ALEXANDRA ZÖBELI
Una temporada en Escocia
SAGA
EGMONT

ALEXANDRA ZÖBELI
Una temporada en Escocia
SAGA
EGMONT

Alexandra Zöbeli

Una temporada en Escocia

Traducción de Adrián Vico

Saga

Una temporada en Escocia

Translated by Adrián Vico Vázquez

Original title: *Ein Ticket nach Schottland*

Original language: German

Copyright © 2015, 2022 Alexandra Zöbeli and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788728033838

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com

Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark's largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Capítulo 1

El encargado de Recursos Humanos del asilo de ancianos observó a Jo con una forzada expresión compasiva en el rostro. Luego, desvió la mirada hacia el sobre que tenía en el escritorio frente a él.

—Lo sentimos muchísimo, señora Müller, pero ya sabe cómo son estas cosas. La situación económica se ha visto afectada y desde la dirección nos han pedido que hagamos recortes. Dado que usted fue la última en unirse al equipo, creemos que lo justo es que sea usted la elegida.

«¿La elegida? ¿Cómo que la elegida?», se preguntó Jo. Pero el encargado de personal continuó:

—Por supuesto, respetaremos el plazo de preaviso de despido de tres meses.

En ese momento se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. No iban a elegirla empleada del año, sino que iban a despedirla.

—¿Me están despidiendo? —cuestionó completamente atónita. Confundida, miró a su jefe, que también estaba sentado en el pequeño despacho de Recursos Humanos. No es que se hubiera llevado muy bien con él, ya que no tenían la misma opinión respecto a la comida que debían comer los ancianos, pero, aun así, esperaba que interviniera y la defendiera. Después de todo, era su jefe. Sin embargo, permaneció tan mudo como el pescado que había preparado hacía solo unos minutos.

El encargado de personal le dio el sobre.

—Por desgracia, no nos queda otra opción. La situación económica... Y desde luego que no podemos ahorrar en la comida de los residentes, ¿sabe?

Jo se había quedado casi sin aliento. La acababan de despedir. Y

todo esto se sumaba al hecho de que Markus llevaba ya un tiempo buscando trabajo sin éxito.

—Pero seguro que hay otras opciones... —empezó a decir, pero el jefe la interrumpió de inmediato.

—Señora Müller, no me haga hablar. Ha hecho lo que ha querido con la comida y eso ha afectado al presupuesto. Ya no nos lo podemos permitir. Ha ignorado gran parte de mis instrucciones. Lo único que ha cumplido es el horario.

El encargado de personal soltó un suspiro mientras se pasaba la mano por el pelo engominado. Todo había ido bien hasta que lo estropeó el jefe de cocina engreído. La cara de Jo se volvió de color rojo oscuro. Se levantó con lentitud de la silla y cogió el sobre que le había dado el encargado de Recursos Humanos. A continuación, ante los ojos de aquellos dos presuntuosos hombres, partió el sobre por la mitad y dijo:

—Perfecto. Entonces, caballeros, no creo que me necesiten durante los tres meses de preaviso, ¿no creen?

—Señora Müller, debo recordarle que su contrato de trabajo sigue en vigor. Usted también debe respetar el plazo de preaviso.

—Pues demándeme —respondió Jo con tono despectivo, agitando su dedo índice frente a la cara del encargado de Recursos Humanos —. Pero tengan mucho cuidado —amenazó con sus ojos verdes llenos de ira—. No me temblará el pulso a la hora de contarle a todo el mundo la forma en que tratan a los ancianos aquí. Le diré a diestro y siniestro que tratan a los residentes según el dinero que tengan en la cartera. A los ricos les sirven carne tierna y al resto les dan carne dura para que no puedan ni masticarla. Seguro que también les interesará saber cómo se ahorran dinero sirviendo comida caducada. Créanme. Tengo muchas cosas que contar.

—No la creerán —aseguró el jefe de cocina entre dientes.

—¿Quiere comprobarlo?

—Vale, vamos a tranquilizarnos. Esta confrontación no sirve de

nada ahora. Respiremos hondo y seamos razonables. Señora Müller, si no quiere seguir trabajando aquí durante los próximos tres meses, el señor Huber la acompañará a su taquilla para que pueda recoger sus cosas. Después, le pido que abandone la residencia para siempre sin causar ningún problema.

El jefe de cocina resopló disgustado mientras alzaba las manos al aire.

—¿Y quién va a servir la comida hoy?

—Eso, caballeros, deberían haberlo pensado antes.

Jo se volvió y salió del despacho. Huber salió corriendo furioso tras ella. De camino a la taquilla, se encontró con Heidi, quien la miró con asombro y espetó:

—¿Qué está pasando?

Pero Jo simplemente negó con la cabeza y le hizo un gesto indicándole que la llamaría después. A Heidi la conoció en el trabajo. Tenía diez años menos que Jo, quien había cumplido treinta y nueve ese mismo año. A pesar de la diferencia de edad, se hicieron amigas al momento. Heidi podría ser perfectamente el prototipo ideal para los hombres, con su largo cabello rubio, sus ojos azules y un cuerpo con el que Jo solo podía soñar. ¿Cómo lo conseguía? Comer dulces era una de sus debilidades y, a pesar de ello, tenía la figura de una supermodelo. Jo, sin embargo, engordaba con solo mirar un simple *mousse* de chocolate. No es que tuviera sobrepeso, pero siempre tenía que andar con cuidado de no engordar. Tenía que abstenerse de comer exquisiteces, y eso que no era fácil siendo cocinera. Pero ahora que se había quedado sin trabajo, tendría menos problemas de calorías, pensó de forma lacónica. Aunque Jo recordó que una gran figura no lo era todo, porque Heidi también tenía sus preocupaciones. Solía toparse con los hombres equivocados; los atraía como si fueran moscas. Heidi era demasiado confiada, pensó Jo. Ella, por otro lado, llevaba diez años con Markus. No habían hablado de casarse, pero aún les quedaba tiempo para eso.

Entró en silencio en el guardarropa seguida por Huber.

—¿Quiere ver cómo me cambio? —dijo con tono despectivo.

—Solo quiero asegurarme de que no se lleva nada —respondió Huber.

—Después le dejo la mochila para que la registre, si así se queda más tranquilo.

Esforzándose por controlarse, Huber salió de la habitación y Jo se cambió el uniforme y se puso ropa de calle. Después, guardó todas sus cosas rápidamente y, cuando salió de los vestuarios, le colocó a Huber el bolso abierto justo debajo de la nariz para que viera lo que llevaba. Salió de allí de mala leche y con paso firme y, frente a la puerta corredera, se volvió hacia él y le dijo:

—¿Sabe qué le digo, señor Huber? No le deseo que le pase nada malo en la vida, pero espero que, cuando sea tan mayor como los residentes del asilo, alguien le sirva la comida tan dura que no pueda ni masticarla con los pocos dientes que le queden y le resulte difícil digerirla. —Y, por último, salió del edificio.

—Serás imbécil —le gritó Huber, pero a Jo no le importó mucho. Cogió su bicicleta y colocó el bolso con sus pertenencias en la parte de atrás, pero era tan grande que no pudo amarrarlo bien, por lo que tuvo que ir empujando la bicicleta a pie por toda la ciudad hasta llegar a casa. Como todavía era solo mediados de marzo, había nieve medio derretida en las aceras y era difícil avanzar. Por el camino se detuvo en un quiosco para comprar un periódico en el que había anuncios de trabajo. Cuando llegó a casa, dejó la bicicleta en el sótano y tomó el ascensor hasta la cuarta planta del edificio en el que se encontraba el pequeño apartamento que compartía con Markus. Sabía que estaba en casa, por lo que estaba deseando entrar para que le diera un abrazo y la consolase. Sacó las llaves de las profundidades del bolso y entró en el apartamento.

—¿Markus? ¿Estás en casa?

Dejó el bolso con la ropa del trabajo sobre la mesa de la cocina y luego se dirigió al salón. De repente, oyó unos ruidos un tanto extraños que provenían del dormitorio. Ya sospechaba lo que se iba a encontrar antes incluso de abrir la puerta, pero nunca se habría

imaginado lo que vio ante sus ojos. Markus estaba en la cama desnudo, bocabajo y con la cabeza apoyada en la almohada. Sentada encima de él se encontró a una dominatriz un poco regordeta que le golpeaba el culo con una fusta mientras él gemía de forma lujuriosa. Si no hubiera sido algo tan trágico, Jo se habría reído, pero era su novio, y la otra, ¿no era...?

—¿Susi? —preguntó con incredulidad. La dominatriz enmascarada se sorprendió y de un salto soltó a su supuesta víctima y entró corriendo al baño. Markus se volvió hacia Jo y también la miró con asombro.

—No es lo que parece —dijo sin mucho convencimiento, quizá porque sabía que no eran las palabras más adecuadas.

Jo soltó una carcajada por los nervios y dijo:

—Serás insolente.

—¿Por qué has llegado tan temprano?

Jo fue al armario y se puso de puntillas para alcanzar la maleta que tenía encima. Una gran nube de polvo cayó sobre su cara al bajarla. Entonces, abrió el armario y comenzó a meter sus cosas con bastante prisa.

—¿Qué te pasa? —preguntó Markus—. No irás a ponerte histérica y a reaccionar de forma exagerada, ¿no? Solo me estaba divirtiendo un poco con Susi.

Temblando de ira, Jo se volvió hacia Markus y gritó:

—¡Y podéis seguir sin problema, pero yo me voy! ¿Lleváis mucho tiempo haciendo esto?

Markus la miró con cara de culpable.

—Mejor no respondas. Prefiero no saberlo. Pero ¿por qué Susi? ¿Tenías que hacerlo con nuestra vecina? ¡Podrías haber llamado a una puta si tan necesitado estabas!

—¿Para que me pegara alguna enfermedad? No te habría hecho

mucha gracia.

Jo siguió tirando cosas a la maleta y la llenó en cuestión de segundos.

—Seré imbécil. Yo creyendo que estabas buscando trabajo y, en realidad, estabas poniéndome los cuernos y viviendo de mi dinero.

—Eso no es cierto —se defendió Markus—. No puedo pasarme ocho horas al día buscando trabajo. Necesito divertirme de vez en cuando, aunque tú no sepas ni lo que es eso.

—¿Se supone que es divertido que te azoten con una fusta en el culo? Pues prefiero aburrirme, gracias.

—Así es. He tenido que buscar a alguien que cumpliera mis deseos y necesidades.

—De verdad que no sé cómo podéis estar engañándonos a mí y al marido de Susi. —Como si fuera una señal, Susi salió del baño vestida—. Lo siento mucho, Jo. No le dirás nada a Hans, ¿verdad?

Jo miró a Susi, disgustada. Hacía solo una semana, los cuatro habían pasado una agradable velada comiendo *raclette*. Y la cosa empeoró cuando pensó en que aquella tarde ya podrían haber estado juntos.

—Sois unos cerdos —exclamó antes de cerrar la maleta y arrastrarla hasta la puerta.

—Vamos a hablarlo —dijo Markus, que mientras tanto se había levantado de la cama y había corrido tras ella desnudo.

—¿Hablarlo? —Se volvió enfadada hacia su futuro exnovio y le gritó—: ¿Ahora quieres hablar? Creo que eso deberíamos haberlo hecho antes. Ahora como si Susi te mete la fusta por el culo hasta que te salga por la boca. No quiero saber nada más de vosotros.

—¿Adónde vas a ir?

—Eso no es asunto tuyo, pero me quedaré en casa de mis padres por ahora.

—Claro. Lo fácil es volver a la madriguera. Solo tienes treinta y nueve años... ¿No te da vergüenza volver a casa de tus padres?

Los ojos de Jo brillaron de furia cuando volvió a dejar la maleta.

—No te atrevas a hablarme como si fuera una fracasada. A diferencia de ti, al menos mis padres se preocupan por mí. En mi familia todavía nos cuidamos los unos a los otros.

—Eso es lo que dice alguien que siempre ha dependido de sus padres —afirmó Markus burlándose de ella—. En realidad, me alegro de que te vayas porque eres conservadora y aburrida.

Mientras tanto, Susi se escabulló entre los dos y se fue.

—Ah, claro. Porque tú eres pura emoción, ¿verdad?

—Al menos intento probar cosas nuevas, no como tú que siempre haces lo que se te pide: llegas temprano al trabajo, limpias el apartamento, haces la comida y, para rematar la semana, me dejas follarte en la posición del misionero los domingos por la mañana. La verdad es que estoy harto de ti.

Jo se esforzó para no derramar ninguna lágrima y dijo:

—Eres la persona más repugnante que he conocido, Markus. No sé qué vi en ti.

Dio media vuelta y dejó el que había sido su hogar para siempre. Al llegar a la calle, pidió un taxi, ya que no quería volver a pasearse por media ciudad con la maleta. Estaba orgullosa de sí misma por no haberse derrumbado frente a Markus y ahora tampoco es que lo hubiera hecho en el taxi, pero, cuando su madre la recibió con los brazos abiertos, rompió a llorar.

—Será cabrón —murmuraba su padre por detrás—. Me encantaría ir a partirle la cara. —Su padre ya tenía setenta años, pero Jo habría confiado en él para que le diera un buen puñetazo a Markus.

—La idiota he sido yo. ¿Cómo he podido estar tan ciega? —dijo resoplando.

María colocó el brazo encima del hombro de su hija para consolarla y la llevó a la cocina.

—Voy a preparar un poco de té y ahora me cuentas lo que ha pasado. Ya veremos lo que hacemos. Sabes que aquí siempre tendrás una habitación.

—Gracias —dijo Jo con ganas de llorar.

Después de contarles a sus padres el horrendo día que había tenido, apoyó los brazos en la mesa sosteniéndose la cabeza, la cual sentía que pesaba una tonelada.

—¿Será verdad que soy muy aburrida? A mi edad ya no vuelves corriendo a casa llorando. Markus tiene razón.

—¿Adónde ibas a ir si no? La familia está para eso. Nos mantenemos unidos pase lo que pase. —Su madre le dio unas palmaditas en la mano—. Te quedarás aquí con nosotros hasta que encuentres trabajo y casa.

—¿Te has dejado algo en casa de Markus? Puedo ir con mis amigos a recogerlo. —La expresión en el rostro de su padre indicaba claramente que estaba esperando la ocasión perfecta para cantarle las cuarenta a su ex. Pero Jo negó con la cabeza.

—No quiero nada que me recuerde a ese capullo. Lo que necesito por ahora está en la maleta. —Sonrió un poco de mala gana—. La verdad es que fue graciosa la imagen de los dos en la cama. —Jo continuó sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Aunque me da pena el marido de Susi.

—¿Se lo vas a contar? —le preguntó su madre. Jo tomó un sorbo de té que su madre le había servido en una taza—. No, eso es cosa de ellos.

En los días siguientes, sus padres la mimaron mucho. Una de las noches, quedó con Heidi en un restaurante. Heidi le contó que Huber apenas había informado al equipo de que habían despedido a Jo para ahorrar costes.

—Ahora me aburro sin ti. Creo que me voy a ir pronto, pero quiero

tener otro trabajo antes para asegurarme de que puedo pagar el alquiler.

—Sí, yo también habría preferido eso, pero, una vez que me dieron la notificación de despido, no podía soportar la mirada engreída de Huber.

—Entonces, ¿has encontrado ya algo?

Jo negó con la cabeza.

—He enviado un par de currículos, pero todavía no me han contestado. Tampoco quiero un trabajo en el que tenga que trabajar hasta las tantas de la noche, como suele ser normal en lo nuestro. Ya tengo mis años.

—Venga ya, Jo. No te hagas más mayor de lo que eres.

—Creo que Markus en realidad tiene algo de razón. Soy una aburrida.

Heidi la miró asombrada.

—¿Estás loca? No eres nada aburrida.

—En realidad sí lo soy. ¿Cuándo fue la última vez que hice algo fuera de lo normal? No me atrevo a hacer nada. Salgo a las seis y media de la mañana y vuelvo alrededor de las seis y media de la tarde. Los fines de semana hago la compra y limpio el apartamento.

Heidi levantó la mano.

—Para el carro, cielo. El hecho de que lleves la vida de una mujer trabajadora normal no significa que seas una aburrida. Alguien tiene que llevar el dinero a casa, después de todo. La comida no cae del cielo y los caseros no es que sean muy altruistas. Menuda tontería que te ha metido Markus en la cabeza. Será capullo.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Jo estaba sola en casa. Se había preparado un café y estaba echando un vistazo con desgana a la revista de jardinería de su madre. Fue entonces cuando se fijó en un artículo sobre los jardines de Escocia. Los jardines tenían un aspecto espectacular y, después de un largo y oscuro invierno, agradeció esa explosión de colores. El artículo le pareció muy divertido; estaba entusiasmada. En cada palabra se notaba que el escritor estaba enamorado del país. Jo había estado en Inglaterra varias veces y hablaba inglés con fluidez, pero no había viajado nunca a Escocia. En una fotografía contempló un jardín precioso y, al fondo, se veía el mar brillando con un característico color azul oscuro. Suspiró con nostalgia. Hacía siglos que no disfrutaba del olor del mar. De repente, el zumbido de su teléfono interfirió en sus pensamientos de entusiasmo. Estaba a punto de alcanzarlo cuando rozó la taza de café de forma accidental y la volcó sobre la mesa.

—Mierda. —Con una mano cogió la revista de jardinería, que también se había manchado, y con la otra volvió a coger el teléfono.

—¿Diga? —dijo irritada antes de acercarse al fregadero para limpiar la revista con el paño de cocina.

—Soy yo, Markus. Espera un momento antes de colgar. Te llamo por el apartamento.

Tuvo suerte porque tenía pensado colgar de inmediato, pero, al tratarse del apartamento, cambió de opinión.

—¿Qué pasa?

—Tienes que pagar el alquiler hasta que encuentre algo —dijo con tal descaro que la dejó sin palabras—. El contrato también está a tu nombre —añadió.

—Markus, eres un sinvergüenza. —Y, a continuación, le colgó.

Entonces, llamó al administrador de la propiedad y le explicó la situación. Le dijo que le enviaría el aviso de finalización del contrato y que le haría una transferencia con la mitad del alquiler cada mes hasta finalizarlo, pero que el resto corría a cargo del segundo inquilino. El hombre le explicó de forma amistosa pero decidida que, dado que ella también había firmado el contrato de alquiler, era la responsable solidaria del importe total. Entonces, si Markus no pagaba la otra mitad a tiempo, recurrirían a ella. ¡Estupendo!

Después de la deprimente conversación con el administrador de la propiedad, volvió a centrar su atención en la revista. Un pequeño anuncio despertó su curiosidad:

¿... un año de prácticas? Nos encantaría que hicieras las prácticas con nosotros. Aprenderás a mantener un jardín de manera profesional y ayudarás a sacar adelante el trabajo diario. Si te interesa, ponte en contacto con el Lochcarron Garden Estate.

El anuncio terminaba con una dirección de correo electrónico y un número de teléfono. El problema es que no podía leer el principio del anuncio porque el café había caído en esa parte y lo había empeorado al pasarle el paño. Jo miró pensativa por la ventana. Sería increíble poder trabajar al aire libre, poder disfrutar del olor del mar y dejar a un lado las cocinas. Estaba segura de que iba a disfrutar, aunque no tuviera experiencia en jardinería. Antes ayudaba a sus padres con el pequeño jardín que tenían, pero, desde que se fue de casa, no había tenido la oportunidad de volver a hacerlo. Sin embargo, el anuncio decía que estaría de formación durante ese año, no que fuera necesario tener experiencia.

¿Serían muy difíciles las tareas de jardinería? ¿Debía atreverse a dar el paso? Escocia no es que estuviera a la vuelta de la esquina, y no sabía si sería capaz de entender un dialecto tan complicado. Por otro lado, ¿en qué momento de su vida iba a tener otra oportunidad así para desconectar? No tenía ninguna obligación, no tenía casa ni tenía trabajo. Entonces, recordó a Markus burlándose de ella con una mueca en la cara porque no se atrevía a nada y era una aburrida y, antes de que se apagaran los ánimos del momento, fue al ordenador de sus padres y le echó un vistazo al Lochcarron Garden Estate. Era un enorme parterre con un elegante hotel de

cinco estrellas. En las fotos se podían ver alfombras de flores primaverales azules, rosas y otras plantas que no conocía, pero que eran preciosas. También se veía un huerto de verduras y hierbas. En el jardín forestal había una pasarela que conducía al mar. Todo el complejo parecía sacado de un cuento. El hotel tenía solo quince habitaciones, pero contaba con un restaurante gourmet y un hermoso salón para tomar té por la tarde. También se vendían plantas y pequeños regalos. Jo se vio a sí misma trabajando en el jardín y sentada junto al mar por la tarde.

Abrió el correo y le escribió a la gerente diciéndole que estaba muy interesada en trabajar con ellos durante un año y que podía incorporarse de inmediato.

Cuando sus padres llegaron a casa de hacer la compra, primero se disculpó con su madre por destrozar la revista y luego les contó que había respondido a un anuncio que había debajo del artículo.

—Pero, cariño, ¿eso no está un poco lejos? —le planteó su madre, preocupada.

—Y ya sabes que los escoceses tienen un acento muy gracioso que es muy difícil de entender —añadió su padre sonriendo.

Jo, que ya estaba un poco tensa, había estado pensando exactamente lo mismo en la última hora.

—Bueno, si no me va bien, puedo volverme a casa en un instante. Hoy en día todo está cerca. —Sonrió de forma tímida—. Y aún no me han contestado del hotel. Lo mismo ya no quedan vacantes. Puede que el equipo ya esté completo.

Pero por la noche, cuando revisó el correo, vio la respuesta. Si tenía formación profesional, la contratarían sin problemas. Incluso había una habitación disponible para ella en el alojamiento del personal. Jo inspiró y espiró hondo. ¿Debía atreverse? En su cabeza escuchaba a Markus diciéndole con maldad lo aburrida que era.

—Vete a la mierda —siseó antes de escribirle a la gerente que aceptaba la oferta y que se iba a Glasgow en uno de los primeros aviones que salieran.

Y una semana después de que Jo se comunicara con la gerente por correo electrónico, se encontraba en un avión con el estómago cerrado del nerviosismo. Al aterrizar, fue a la estación de tren con sus dos maletas y compró un billete a Oban. De allí prosiguió en el autobús interurbano. Tuvo suerte porque la parada del autobús estaba muy cerca del hotel. Se encontró con las grandes puertas de hierro del hotel abiertas de par en par, así que siguió adelante con sus pesadas maletas, bastante impresionada por la grandiosa apariencia de la entrada. Pero si pensaba que el hotel estaba cerca, estaba equivocada, porque tuvo que andar otros quince minutos con el equipaje antes de llegar al edificio principal. A pesar del aire fresco de marzo, empezó a sudar. Agotada, pero feliz por haber llegado finalmente al hotel, Jo informó en la recepción de que había llegado.

—Tú debes de ser Josephine Müller —le dijo una mujer joven con aspecto formal mientras le extendía la mano para saludarla—. Vaya. ¿Has venido a pie cargando con las maletas? Te podríamos haber recogido.

Jo esbozó una sonrisa.

—No pasa nada. Así he podido ver ya parte del jardín. Es un lugar mágico.

—Gracias. Yo soy la señorita Douglas. Vamos, te enseño tu habitación para que puedas ir a refrescarte. Esta noche hay una pequeña cena de bienvenida para que puedas conocer a tus compañeros de prácticas y a los jardineros. El jardinero jefe no va a poder venir, pero lo conocerás mañana.

La señorita Douglas la sacó del edificio principal y se dirigió a un pequeño carrito de golf.

—Pon las maletas en la parte trasera.

Jo lo hizo y luego se sentó junto a ella.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? —le preguntó.

—Casi toda mi vida. El hotel pertenecía a mis padres y en el futuro

será mío.

—Oh. —Y no dijo nada más. El viaje duró solo unos pocos minutos pasando por jardines encantadores. La señorita Douglas detuvo el carrito de golf justo frente a un edifico enorme.

—Ya hemos llegado. Este es el alojamiento para los empleados.

Jo salió del carrito y recogió sus maletas. La señorita Douglas no hizo ningún intento de ayudarla. Sin llamar, abrió la puerta y le dijo a Jo que la siguiera. En la planta baja había una cocina común bastante grande y un salón acogedor con televisión y chimenea. La señorita Douglas le explicó que todos tenían su propia habitación.

—Y la tuya, querida, está ahí detrás, justo al lado de la cocina.

Abrió la puerta y se encontró con una habitación sencilla pero espaciosa. Había una cama, una mesa, una silla y una mesita de noche pequeña con una lámpara Tiffany antigua encima. Tenía que compartir el baño de la planta con tres personas más.

—Te dejo sola para que te acomodes y descanses. Por favor, necesito que vengas a la oficina mañana con tus datos personales para que me pueda encargar del papeleo. La jornada comienza a las nueve de la mañana. Tus compañeros te mostrarán dónde debes ir luego. Si tienes alguna pregunta, puede hacérsela al jardinero jefe. Ya mañana lo conocerás. Como te he comentado, la cena de hoy corre a cargo del hotel de forma excepcional para darte la bienvenida al equipo. Te deseo una estancia emocionante y educativa aquí con nosotros.

—Muchas gracias.

Después de que la señorita Douglas la dejara sola en la habitación, Jo comenzó a sacar la ropa, pero pronto oyó ruidos cerca, lo que indicaba que probablemente los demás habían regresado. Abrió la puerta con valentía y se presentó a sus compañeros.

—Eh, hola. —La primera que la vio fue una chica con el pelo rojo brillante.

—Tú debes de ser la nueva.

Jo sonrió un poco avergonzada y le tendió la mano.

—Así es. Soy Jo. Y os pido perdón de antemano porque mi inglés está un poco oxidado.

—No tienes que disculparte. Yo llevo un tiempo aquí ya y todavía se nota que soy extranjera. Soy Marie, de Holanda. —Luego señaló a los demás uno por uno y los presentó como Agnes, Giovanni y Olav. La mayoría de ellos también llevaban meses allí.

—Liz y Greg todavía están afuera. Los conocerás más tarde.

—¿Todos los empleados del hotel viven aquí? —preguntó Jo.

—No, no. La mayoría viven en el pueblo. Audrey solo está aquí entre semana. Acaba de empezar su formación, pero sigue viviendo con sus padres. ¿De dónde eres, Jo?

—De Suiza.

—¿Y cómo es que vienes de prácticas? —preguntó Agnes—. ¿No eres un poco mayor ya?

Jo podría haberse sentido ofendida por la pregunta, pero, en cambio, se rio a carcajadas.

—Sí, puede que tengas razón, pero siempre se puede aprender algo nuevo y, además, necesitaba un descanso. Este trabajo me viene de perlas.

Marie enarcó una ceja.

—¿Un descanso? Cuando conozcas a nuestro jefe el explotador, necesitarás un descanso del descanso.

—¿Tan malo es?

—Peor —dijo Giovanni—. Es un placer conocerte, Jo, pero necesito una ducha caliente de inmediato. Luego hablamos en la cena.

Marie le arrojó uno de sus guantes de jardinería.

—Si crees que vas a gastar toda el agua caliente, estás muy equivocado, querido. —Entonces, salió corriendo al baño y cerró la puerta con un fuerte estruendo.

Agnes se rio.

—No te asustes, Jo. Hay suficiente agua para todos. Es solo que Giovanni es un sibarita y, cuando se mete en la ducha, puedes olvidarte de entrar en mínimo media hora. Como el baño está ocupado, puedo enseñarte la casa. ¿O ya lo ha hecho Jane?

Jo negó con la cabeza y siguió a Agnes, quien le explicó todo en detalle mientras caminaban por las habitaciones. La cocina era compartida, pero no había ninguna norma sobre quién tenía que limpiarla o cuándo. Era algo que funcionaba sin más. Además, cada uno iba al pueblo a comprarse su propia comida.

—¿Cómo voy hasta allí? ¿Hay alguna bicicleta aquí?

—¿No sabes conducir? —preguntó Olav apareciendo detrás de ellas.

—Me saqué el carné hace años, pero llevo sin conducir desde entonces. No me ha hecho falta. Y empezar a conducir ahora aquí que circuláis por la izquierda sería demasiado para mí. Prefiero ir en bicicleta si es posible.

—Creo que hay una vieja en el cobertizo.

La puerta principal se abrió y Liz iba agarrada del brazo de Greg. Entonces, se dio cuenta de que eran pareja. Se conocieron allí y llevaban cinco años trabajando juntos. A Jo le cayeron bien al instante. Más tarde, en la cena, hubo un ambiente muy relajado. Jo se sentía cómoda en el grupo, aunque fuera la mayor con diferencia. Se preguntaba qué tan grande era el jardín para que trabajara tanta gente en él.

Liz sonrió cuando Jo lo preguntó en voz alta.

—Es enorme. Pero también somos los responsables de los animales de la granja, cultivamos la mayoría de las plantas y tenemos un pequeño vivero con una tienda, que es de lo que yo me encargo.

Greg miró con orgullo a su novia y luego le dijo a Jo:

—Tienes que ir a ver el vivero mañana. Liz ha convertido aquella vieja caseta en una auténtica joya.

—¿Y el jardinero jefe es tan malo de verdad? —preguntó Jo de nuevo, imaginándose a un tipo como su antiguo jefe de la residencia de ancianos.

Greg miró a su alrededor y algunos de los presentes se sonrojaron.

—Bueno. Digámoslo de esta manera: es bastante estricto y exigente.

Marie resopló.

—Puedes decirlo así, pero también podría ser exigente de una forma más amable, sin reñirnos.

—Hay que saber llevarlo —añadió Liz para calmar las cosas.

—Debería llamarse Scary Man, en lugar de Scarman —soltó Marie enfadada—. Puede que te asuste con sus arrebatos de ira. Deberías haber escuchado la bronca que le ha echado a Audrey hoy. Y solo es su primer año de formación. Todavía me acuerdo de las veces que la cagué durante mi primer año.

Greg miró a Audrey burlándose de ella.

—¿A quién se le ocurre dejar abierta la puerta de los cerdos? Se lo estaban pasando genial en el huerto recién sembrado.

Giovanni sonrió.

—Pero ha sido maravilloso ver a Scary Man corriendo detrás de los cerdos. Todos comenzaron a reírse, y Jo se unió a ellos cuando se imaginó a los cerdos hurgando en la tierra y al jardinero jefe tratando de alejarlos de allí.

—Podemos aprender mucho de él —dijo Liz de nuevo con un tono más serio—. Al fin y al cabo, ha ganado dos medallas de oro en el Chelsea.

—¿El Chelsea? ¿Qué es eso? —preguntó Jo con curiosidad.

—¿En qué mundo vives? —cuestionó Olav asombrado—. Es un concurso de jardinería. Es el sueño de todo jardinero. —Sacudió la cabeza sin entender que no supiera a qué se referían.

—Ah, vale, no sabía que os referíais a eso. —Jo fingió que sabía de qué se trataba. Lo iba a buscar en internet luego. Parecía ser una novata en el mundo de la jardinería, pero, después de todo, estaba allí para aprender.

—Tú no llegues tarde y haz lo que te diga. Así te llevarás bien con él —le aconsejó Liz al final.

Capítulo 3

Jo no durmió nada bien la primera noche. Estaba emocionada por la experiencia y se preguntaba si se llevaría bien con su nuevo jefe. Todavía tenía la imagen de su antiguo jefe con un toque de Hitler y otro del príncipe Carlos. ¡Qué mezcla tan explosiva! A las ocho de la mañana, se levantó agotadísima y lo primero que hizo fue darse el capricho de prepararse un café. Dejó que los demás se ducharan antes, puesto que, al ser la nueva, era lo que le parecía más justo. Cuando llegó a la cocina, recién duchada, todos habían desayunado y se habían marchado. Solo quedaban los platos sucios en el fregadero. Por costumbre en su trabajo anterior, Jo abrió el grifo y comenzó a lavarlos. Cuando salió, siguió sin ver a ninguno de sus compañeros, pero Agnes ya se lo había explicado todo la noche anterior y sabía dónde era el punto de encuentro, por lo que fue caminando sin ninguna prisa por el camino de grava bajo los primeros rayos de sol del día. Cuando llegó a la plaza, vio a un hombre apoyado en un árbol mordiendo una manzana de una forma muy molesta. La miró de arriba abajo y se limpió el jugo de la manzana de las comisuras de la boca con la manga. ¡Dios, qué hombre tan atractivo! Jo intentó apartar la mirada de sus ojos azules oscuros, pero la estaba mirando con tanta intensidad que casi la dejó sin aliento.

Tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para apartar la mirada mientras él se llevaba la manzana a la boca y le daba otro mordisco. El hombre no le había dicho ni una sola palabra. Solo se dedicaba a seguir masticando la manzana con muchas ganas y parecía estar esperando, como ella.

—Creía que ya era tarde —dijo Jo con una sonrisa avergonzada—. Me he acordado de que a este tipo, al jardinero jefe, le molesta muchísimo que lleguemos tarde.

El hombre seguía haciendo ruido al masticar, lo que poco a poco comenzó a poner nerviosa a Jo, que, cuando se encontraba en esa

tesitura, empezaba a balbucear.

—Tiene pinta de ser un capullo. ¿Lo conoces?

El hombre ahora, por lo menos, asintió.

—¿Y es tan malo como dicen?

El hombre tiró el hueso de la manzana al jardín, se despegó del árbol y le dijo:

—¿Qué es lo que dicen de él?

Esto ya debería haber sido una advertencia para Jo, pero estaba tan tensa que seguía balbuceando.

—Bueno, lo llaman Scary Man en privado. Eso ya habla del miedo que da. Por cierto, soy Jo, la chica nueva de prácticas. —A continuación, le tendió la mano, pero él la ignoró de forma deliberada y pasó por delante de ella.

—Si me acompañas, Jo, te explicaré cuál es tu primer trabajo.

—¿No deberíamos esperar a que llegara el jefe? —preguntó con incertidumbre—. ¿Cómo te llamas?

Se volvió hacia ella con un gesto muy serio y respondió:

—Soy Scary Man, y sí, llegas tardísimo.

Se dio cuenta de que había cometido una gran cagada por no mantener el pico cerrado y se apresuró a correr detrás de él.

—Lo siento.

—¿Qué sientes: llegar tarde o decir la verdad?

—Ambas cosas —dijo con timidez mientras iba pisándole los talones.

El hombre se detuvo en un edificio pequeño y le dijo:

—Lo primero que debes saber es que ya soy consciente de que no

tengo muy buena reputación, y lo segundo, que aquí se aplica lo siguiente: quien llega tarde tiene castigo, así que tendrás que limpiar la pocilga. Siempre es la tarea del último que llega. Supongo que tus amables amiguitos no te han dicho eso.

De ahí que salieran corriendo sin lavar los platos. El jefe bajó la mirada hacia ella y le dijo:

—¿Esta es tu ropa de trabajo? —Llevaba unos vaqueros y un suéter de lana gruesa con un chaleco encima y unos mocasines.

—¿Qué ocurre?

—Si quieres tirar los zapatos después, no pasa nada. —Señaló al edificio principal y prosiguió—: Ve a ver a la señorita Douglas y dile que necesitas el kit para novatos. Luego, vuelve y limpia la pocilga. La carretilla, la pala y el bieldo están justo al lado de la pocilga. El montón de estiércol está detrás de la casetilla y puedes usar la carretilla para llevar las pacas de paja del edificio de allí. Que te lo pases bien. —Eso parecía decirlo todo. El jardinero jefe se volvió y se alejó dando grandes zancadas.

Jo lo siguió con la mirada, atónita. El tipo era tan raro como lo habían descrito. Se dirigió al edificio principal un poco enfadada. Como no conocía las instalaciones, se perdió y tardó una eternidad en llegar a la recepción y preguntar por la señorita Douglas.

—Bueno, querida, ya que estás aquí, puedes darme tus datos personales y el certificado de formación profesional para que no tengas que venir otra vez.

Jo miró hacia el jardín como si el temido jefe estuviera al acecho.

—No sé. Ya voy un poco tarde y el señor Scarman está un poco molesto porque he llegado tarde.

La señorita Douglas sonrió de forma despectiva.

—El señor Scarman es un empleado más, querida, aunque a veces actúe como si todo esto fuera suyo. Sígueme al despacho para que podamos terminar con el papeleo.

—Pero no tengo el certificado aquí. No sabía que era necesario. —No sabía que su formación de cocinera tenía relevancia allí.

—Pues pídele a alguien que te lo envíe.

Veinte minutos después, Jo regresó a la pocilga con unas botas de goma, unos zapatos de trabajo, dos suéteres, tres pantalones y dos camisetas.

—¡Todavía ni has empezado! —le dijo Duncan regañándola mientras salía de la pocilga. Había vuelto para ver cómo iba.

—No se enfade conmigo, sino con su jefa. Tenía que darle mis datos personales. —La gente del hotel estaba poniendo de los nervios a Jo poco a poco. Dejó con cuidado la ropa que le habían dado en el alféizar de la ventana, se quitó los zapatos y se puso las botas de goma. Luego, pasó junto a él y entró en la pocilga sin volver a mirarlo. Duncan la siguió.

—A ver...

Jo se volvió enfadada hacia él con sus ojos de color verde llenos de ira.

—Todavía no he empezado, así que es imposible que haya hecho algo mal. Tampoco hace falta un título universitario para limpiar cerdos. ¿No tiene nada mejor que hacer que quedarse aquí mirándome?

Duncan dio un paso atrás, sorprendido. Jo miró a su alrededor y vio seis cerdos, cinco hembras y un macho. Luego, cogió la carretilla y el bieldo, abrió la puerta y entró.

Duncan la miró con interés. Él ya conocía a Heribert, por lo que quería advertir a Jo, pero, como no quiso escucharlo, tendría que vivirlo en sus propias carnes. Se quedó esperando con ganas de ver el encuentro y Heribert no lo defraudó. Tan pronto como se dio cuenta de que había alguien en la pocilga, giró la cabeza y se dirigió hacia Jo gruñendo con fuerza. Jo gritó sorprendida y quiso salir corriendo, pero, cuando oyó a Duncan riéndose, se detuvo.

—Será mejor que te des prisa en limpiar, querida. Por cierto, no

hace nada. Solo quiere jugar.

Jo miró con temor al cerdo, que se detuvo ante ella. Por suerte, las hembras no siguieron los pasos de su compañero y se quedaron donde estaban.

—Qué bueno este cerdito.

—No sé yo si conviene decirle que está bueno. Se llama Heribert, por cierto. —A Duncan se le notaba en la voz que se estaba divirtiendo.

Jo le tendió la mano a Heribert para que la oliera y luego le acarició con cuidado la mejilla, la cual sintió que estaba áspera. Era un animal grande que le llegaba hasta la cintura. Heribert se acercó al trote para poder frotar su cabeza contra sus piernas. Jo comenzó a acariciarle el costado con cuidado y Heribert se tiró al suelo para dejar que le rascara la panza al mismo tiempo.

—Cuando hayas terminado con los mimos, avísame y te digo qué más tienes que hacer. Por cierto, es más fácil limpiar si sueltas a los cerdos al corral antes. Y sí, no hace falta un título universitario para saberlo, pero sí que se necesita un poco de sentido común, cosa que, al parecer, no todo el mundo tiene.

Duncan salió del establo un poco decepcionado, puesto que esperaba que Heribert asustara a Jo y que esta saliera corriendo de la pocilga. Por lo general, solía funcionar bastante bien con los recién llegados, pero en esta ocasión no fue así. Puede que fuera porque Jo era más mayor que el resto y no se dejaba intimidar por nadie, ni siquiera por él.

Jo terminó poco antes de las once y media. Se cambió de zapatos y fue a buscar al resto. Pasó por un bosque pequeño con el suelo repleto de flores azules y se detuvo asombrada. Cuando oyó unos pasos detrás de ella, se dio la vuelta y vio que era Duncan.

—Este lugar es mágico. ¿Cómo se llaman esas flores?

Él la miró asombrado.

—¿No lo sabes?

—No habría preguntado de ser así.

—Son jacintos de los bosques. Todo el mundo lo sabe.

—En mi país no tenemos esas flores. No había visto nunca algo tan hermoso.

Duncan sonrió, un poco más conciliador.

—Sí, siempre florecen a finales de marzo y se multiplican solas prácticamente. Sin embargo, se necesitan muchos bulbos durante varios años para hacer una alfombra como esta.

—Sé que esto puede sonar un poco descarado y más después de haber llegado tarde, pero ¿podría tomarme ya el descanso del mediodía? Tengo que ir a comprar algunas cosas. Llegué ayer y todavía no he tenido tiempo para comprar comida.

—Has sido muy meticulosa limpiando, así que haré la vista gorda. Te quiero de vuelta en el punto de encuentro a la una y media.

—¿Puedo llevarme la bicicleta del cobertizo?

Él la miró con asombro.

—¿No tienes carné de conducir?

—Sí tengo, pero la última vez que conduje un coche sería hace unos diez años. Vivía en la ciudad y no lo necesitaba.

Duncan asintió. Una muñequita de ciudad era lo que le faltaba allí.

—Haz lo que te dé la gana, pero no llegues tarde.

Jo corrió hasta el cobertizo y encontró una bicicleta vieja dentro. Tenía las ruedas desinfladas, pero era posible que se debiera a que nadie la había utilizado en mucho tiempo. Esperaba que solo les faltara aire y que no estuvieran pinchadas. En una caja que había junto a la bicicleta, encontró una bomba de aire sucia y vieja que, por suerte, todavía funcionaba. Entonces, llenó las ruedas y fue a su habitación para coger la cartera. Marie le explicó cómo llegar al pueblo y Jo se dirigió hacia allí en bicicleta. Se pasó un buen rato

sola por la carretera. Un coche se acercó a ella y tocó el claxon con fuerza. ¡Será imbécil! Pero, luego, de repente, se dio cuenta de que estaba conduciendo por el lado equivocado de la carretera, ya que no estaba acostumbrada a conducir por la izquierda. Pasó un cuarto de hora y llegó a las primeras casas y, al poco tiempo, llegó a la tienda. Ya con la compra hecha y un sándwich en la mano, regresó. Se había dejado los guantes de jardinería para montar en bicicleta. Incluso cuando salía el sol, el aire seguía siendo frío a finales de marzo. Los campos todavía no habían empezado a florecer y la primavera no había llegado, pero el paisaje era precioso. Tenía la sensación de que nunca había visto tanto cielo sobre ella y de que por fin podía respirar tranquila. Todas sus preocupaciones parecieron haberse esfumado en el aire. A pesar de que se encontraba cerca de las Tierras Altas de Escocia, el camino hacia el pueblo era bastante plano. Había disfrutado tanto del paseo que casi se pasa el cruce hacia el recinto del hotel. Se rio ante la idea de que podría haber llegado tarde de nuevo. De ser así, el señor Scarman probablemente habría echado humo.

Pero no quería que fuera así y llegó cinco minutos antes al punto de encuentro. Agnes fue la segunda en llegar.

—Muchas gracias por fregar los platos esta mañana.

—Podrías haberme dicho que el último en llegar limpiaba la pocilga.

Agnes se rio.

—Lo siento, pero todos hemos pasado por lo mismo.

Jo llevaba puesto su traje de jardinería y los zapatos de trabajo, que eran de todo menos cómodos. Los demás llegaron uno tras otro y el jardinero jefe llegó puntual también.

Dividió al grupo y le pidió a Jo que cortara y fertilizara las hortensias de una zona cercana del jardín donde más daba la sombra. Audrey, la aprendiz, tenía que mostrarle dónde estaba el fertilizante antes de ir a ayudar a Liz con el vivero. Ambas se fueron al cobertizo a cargar un saco de estiércol en la carretilla. Luego, Audrey la llevó al jardín de las hortensias y, cuando se pararon

frente a los tallos marrones, Jo miró a Audrey dubitativa y le dijo:

—¿A qué altura los tengo que cortar?

Audrey la miró sorprendida.

—¿No lo sabes? Estas son hortensias Annabelle. así que lo mejor que puedes hacer es cortarlas a un palmo del suelo. Pero si quieres asegurarte, yo que tú le preguntaba al señor Scarman.

—No, no, lo tengo claro. ¿Y dónde tiro lo que me sobre?

Audrey le explicó dónde estaba la zona de compostaje y picado.

—Vale. Pues ya puedo empezar. Gracias, Audrey.

La tarea era muy fácil, así que tardó muy poco en cortar las hortensias de aquel arriate. Después, leyó en el saco de fertilizante cuánto necesitaba para las plantas y cómo tenía que aplicarlo. Todo parecía bastante sencillo. Orgullosa de su trabajo, se volvió y se dirigió al siguiente arriate. Después de haber cortado diez plantas más y haberlas fertilizado mientras tarareaba una canción en voz baja, salió con la carretilla hacia el área de compostaje para dejar allí las partes que había cortado. Cuando regresó, Duncan estaba observando el primer arriate que había cortado. Cuando la oyó, se giró con los ojos brillantes, lo cual no era una buena señal.

—¿Estás loca o qué te pasa?

Jo vio por el rabillo del ojo que se acercaba otro hombre mayor, también con ropa de jardinero.

—¿Qué? He hecho lo que me dijo. He cortado y fertilizado las hortensias como decía en el saco.

—No has cortado las hortensias, las has asesinado.

—Pero...

Duncan le puso el dedo índice en la cara.

—Nada de peros. ¿Dónde te han enseñado a hacer este desastre?

¿En una granja? Porque lo único que, al parecer, sabes hacer es limpiar la pocilga.

—En un asilo de ancianos, pero eso no es asunto suyo.

Se detuvo un momento confundido. Le resultaba extraño que un asilo de ancianos se pudiera costear un jardinero y su propio aprendiz, pero en Suiza, de donde venía aquella loca, las cosas podían ser diferentes.

—Audrey me dijo que cortara las hortensias Annabelle a un palmo del suelo.

—Estas —señaló el arriate detrás de él— no son hortensias Annabelle, son hortensias de granja, inútil. Lo primero que se aprende es que solo se corta la flor. Eso es de primero de jardinería. Pero tú ya no te acordarás de nada porque hace décadas que terminaste los estudios.

—Si se refiere a mi edad, le recuerdo que usted tampoco es que tenga veinte años.

El jardinero mayor, que había estado observando la divertida escena, intervino antes de que Duncan despedazara a Jo.

—Duncan, vamos, yo me encargo. Vamos a desenterrar las hortensias y las plantamos en macetas. Tú ve a llamar al vivero. Seguro que podemos pedir hortensias nuevas.

—Esto te lo descuento de tu salario.

—Lo cual no entiendo, ya que estoy de prácticas y solo me costean el alojamiento. ¿O quiere que me quede en la calle una noche como castigo?

Comenzó a atacarla, pero el hombre mayor colocó su mano sobre el pecho de Duncan y le dijo:

—Venga, Duncan.

Duncan la fulminó con la mirada.

—Esto no se va a quedar así. Te pasarás limpiando la pocilga hasta que te vayas.

—Pues lo prefiero, porque los cerdos son mucho más amables que usted.

Duncan se dio la vuelta y se marchó bufando de forma airada. Cuando ya no podía escucharla, Jo suspiró. No se había dado cuenta de que le temblaban las rodillas, pero necesitaba sentarse.

—No quiero ni pensar la que habré liado.

El jardinero se rio y se sentó en el banco junto a ella.

—Debo decir que hacía mucho tiempo que no me divertía tanto.

—Bueno, al menos se entretienen conmigo, porque parece que no valgo para mucho más. Aunque es cierto que debería haberme formado antes. No puede asumir sin más que sé cortar las hortensias.

—Se considera que una persona que se haya formado en jardinería debería saber cómo hacerlo.

—¿Que se haya formado en qué? —Miró al hombre, consternada.

—¿No tienes formación? —le preguntó él.

Jo negó con la cabeza.

—En el anuncio no decía nada sobre formación en jardinería. Y la señorita Douglas solo me dijo que necesitaba formación profesional como requisito previo, pero no dijo en qué sector. Pensé que tenía que ver con la edad, para que ningún egresado se pusiera en contacto con ellos. Además, el anuncio decía que te iniciarían en las labores principales de jardinería.

—No lo entiendo —dijo el hombre rascándose la barbilla—. Por lo general, los anuncios suelen decir que, después de completar la formación profesional en jardinería, puedes hacer un año de prácticas con nosotros.

Jo se tapó la boca con la mano por la sorpresa cuando se dio cuenta de lo que había sucedido. Miró al jardinero consciente de su culpabilidad y dijo en voz baja:

—El día que leí el anunció derramé café en la revista y solo pude leer una parte.

—¿A qué te has estado dedicando hasta ahora?

—Era cocinera.

El hombre se rio entre dientes.

—Lo siento mucho, pero esto está siendo demasiado divertido. Por cierto, no me he presentado. Soy Seamus Scarman.

—Jo Müller. —Le estrechó la mano—. ¿Eres el padre de este...? —No quiso continuar para no ofenderlo.

—No, soy su tío. No te tomes a mal su comportamiento, porque ¿cómo iba a saber que no tienes experiencia?

—Mierda. Ahora me va a echar a patadas.

—¿Y eso sería tan grave?

Jo apoyó los brazos en las rodillas y enterró la cara entre las manos. Luego, suspiró y dijo:

—No, pero me venía muy bien este descanso. Hace poco perdí mi puesto de cocinera en un asilo de ancianos y, cuando llegué a casa, para rematar el día, me encontré a mi novio tirándose a la vecina. Eché mis cosas en una maleta y me fui a casa de mis padres. Y ahora no tendría más remedio que volver con ellos. Pero ya empiezo a tener una edad en la que debería valerme por mí misma.

—No tienes por qué decírselo a Duncan ahora mismo —dijo Seamus con simpatía—. Ya le has demostrado esta mañana con los cerdos que puedes echar una mano con el trabajo. Hablaré con él para que te asignen conmigo. Así me ayudarás y te podré vigilar para que no te equivoques.

—Pero si es tu sobrino. ¿No deberías decírselo?

—En teoría sí, pero tampoco le estás haciendo daño a nadie.

—La señorita Douglas me pidió el certificado de formación profesional. Ahora entiendo por qué.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad. Que lo dejé en Suiza. No sabía que necesitaría mi título de cocinera aquí.

Seamus sonrió.

—Entonces, sigue dándole largas y en algún momento se le olvidará. Y ahora vamos a ponernos a trabajar antes de que Duncan nos eche a los dos.

Seamus le enseñó a arrancar las hortensias con cuidado. Luego, le dijo que fuera a buscar tierra ácida y la ayudó a preparar las macetas, las cuales llevaron al invernadero para que las heladas no dañaran las raíces. Y, tan pronto como dejaron la última maceta, Duncan se acercó. No la miró y se dirigió directamente a su tío. Al parecer, había conseguido hortensias en dos de los viveros de la zona que ya estaban listas para recoger. Tenían que esperar hasta finales de abril para plantarlas, pero Duncan no quería correr ningún riesgo. No quería que le quitaran las plantas delante de sus narices.

—No te preocupes. Terminamos con esto y vamos a recogerlas.

Duncan asintió antes de volver a sus tareas mientras Seamus llevaba a Jo a los viveros.

Por la noche, Jo estaba tan exhausta que se alegró de que cada uno comiera por su cuenta y no hubiera ninguna comida conjunta. Antes de retirarse, le dijo a Agnes:

—Por cierto, les puedes decir a los demás que pueden fregar los platos sin prisas, porque seré la encargada de limpiar la pocilga de ahora en adelante.

—Me he enterado de que la has cagado, pero tampoco creo que te merezcas ese castigo en la pocilga.

—No, no me importa. Me gustan los animales. Me gustan los cerdos tanto como cualquier otro animal. Que descanses. Yo me voy ya a dormir.

Pero, aunque estaba bastante cansada, no paraba de dar vueltas en la cama preguntándose si debía contarle la verdad a la señorita Douglas. Se sentía un poco mal al tener que fingir delante de todo el mundo. Entonces, decidió buscar otro trabajo lo antes posible y dejar el año que tenía planeado allí. Hasta entonces, trabajaría con Seamus para causar el menor daño posible.

Jo tuvo sueños extraños en los que veía árboles arrancados de raíz, rosas trituradas, y a Duncan mirándola y sospechando de ella. Alrededor de las cinco de la mañana se despertó. Decidió levantarse y limpiar la pocilga para poder ayudar a Seamus con el trabajo antes de lo previsto. Se puso unos vaqueros y un suéter, ya que se ducharía después de limpiar. Cogió una manzana del frutero para Heribert y se dirigió a la pocilga. Todavía era de noche, por lo que no le sorprendió encontrarse a los cerdos tumbados en la paja durmiendo. Pero Heribert se despertó al notar la luz tenue de la pocilga y se levantó poco a poco.

—Hola, cariño. ¿Has dormido bien?

Extendió la mano por la rejilla y le acarició el hocico. Luego, salió para abrir la puerta de la pocilga mientras Heribert salía y cogía la manzana de su mano con cuidado.

—Vamos a desayunar pronto, pero primero tenemos que sacar a las chicas para que os pueda limpiar vuestra casita. —Después de un tiempo llamándolas, el resto salió con curiosidad y al fin pudo cerrar la puerta para limpiar. Luego, fue al hotel con la carretilla a recoger las sobras de la cocina para los cerdos y les cambió el agua antes de volver a abrir la puerta y gritarles—: ¡A comer!

Jo se tuvo que reír al ver lo rápido que se acercaron al comedero y, a juzgar por los fuertes ruidos que hacían al masticar, la comida pareció gustarles. Luego, volvió a colocar las herramientas en su

sitio y regresó a la habitación. Como todavía tenía tiempo, se desvió y tomó el camino del pequeño bosque hacia el mar. El sol bañaba el paisaje con una luz cálida, pero engañosa, ya que Jo podía notar su propia respiración debido a las bajas temperaturas. Cuando salió del bosque hacia la costa, vio a alguien sentado en una piedra con un perro enorme a su lado. Se trataba de Duncan, quien estaba mirando al mar y parecía absorto en sus pensamientos. Por sorpresa para ella, el perro no notó su presencia, puede que porque el viento soplaba hacia la otra dirección. A aquellas horas de la mañana no tenía ninguna gana de hablar de la que había liado en el jardín, así que se dio la vuelta y volvió a casa para desayunar y ducharse.

Esta vez llegó a tiempo con los demás al punto de encuentro. Duncan dividió a todos en grupos y le ordenó a Jo que limpiara la pocilga.

—Ya lo he hecho —respondió un poco orgullosa de sí misma.

Duncan la miró asombrado.

—Bien. Entonces, puedes ayudar a Audrey en el invernadero. Tenéis que limpiar, sembrar flores de verano y cambiar las fucsias de maceta.

Duncan estaba a punto de salir de la reunión cuando Jo se aclaró la garganta.

—Ejem...

Se dio la vuelta y le preguntó:

—¿Tienes alguna duda? Si crees que te salvarás de limpiar la pocilga el resto de los días porque te hayas levantado un poco antes, siento decirte que no será así. Eso no compensa lo que hiciste ayer.

¡Pero qué tipo más engreído!

—No es eso. Ya sé que la cagué ayer. No hace falta que me sermonee de esa forma. Y no tengo ningún problema por limpiar la pocilga porque los cerdos son mucho más agradables que muchas personas que actúan como si fueran jardineros jefes.

Se le había ido de las manos la situación, aunque había intentado controlarse. Duncan dio un paso hacia ella y, a pesar de que llevaba puesto un sombrero, Jo vio cómo le brillaban los ojos.

—Será mejor que mantengas la boca cerrada si quieres terminar las prácticas con nosotros, querida. —Se dio la vuelta y comenzó a alejarse, pero Jo insistió.

—¿Dónde está Seamus? ¿No le ha dicho nada? Me dijo que trabajaríamos juntos.

Sin darse la vuelta, Duncan gritó:

—Ha llamado para avisar de que está enfermo, así que mejor que hagas lo que te he mandado.

Jo respiró hondo y rezó por no volver a meter la pata. Decidió fijarse en Audrey para hacer lo mismo.

—Bien —comenzó—. Vamos a dividirnos el invernadero. Tú limpias el lado izquierdo y yo el derecho.

—Perfecto —contestó Jo.

Observó a Audrey sacar primero las plantas del invernadero y se dedicó a lo mismo. Al menos no podía hacer nada mal en esa tarea. No podía romper nada mientras limpiaba. Cuando ordenó todas las plantas de su lado en una fila frente al invernadero, comenzó a barrer el suelo con la escoba y a quitar las telarañas. Luego, decidió ir a buscar un cubo de agua para limpiar los cristales y dejarlos relucientes. Hacia las doce, cuando Duncan pasó a controlar cómo iba la tarea, todo estaba impecable. Mucho más limpio que el lado de Audrey. Estaba un poco orgullosa de ello, aunque Audrey ya había metido las plantas en el invernadero y ella aún no. Pero lo haría enseguida.

—¿Quién ha sido la idiota que ha dejado los plantones de tomate al sol? —gritó Scarman en el invernadero. Solo podía ser Jo porque las plantas de Audrey estaban todas dentro. Pero el inofensivo sol de marzo no podría haber causado mucho daño a los plantones, ¿no? Se apresuró a salir y se topó con una imagen patética. Las pequeñas

hojas de aquellas delicadas plantas de color verde claro colgaban de los tallos sin fuerza, algunas de ellas ya secas. Duncan, muy furioso, estaba al lado de las plantas.

—Lo siento. No pensaba que...

—Claro que no has pensado. ¡Como si tú supieras lo que es pensar! Dime, ¿que has venido, aquí a destrozar mi jardín? ¡Tú, tú, tú... la Terminator de las plantas! No sé dónde te has formado o si llegaste a terminar los estudios, pero no volverás a tocar una planta de mi jardín sin mi consentimiento. Si Seamus no está, a partir de ahora trabajarás conmigo. Y ni te atrevas a mirar una de mis plantas sin preguntar primero. ¿Entendido?

Jo asintió y no se atrevió a decir ni pío.

—Ahora lleva las plantas de tomate muertas a la zona de compostaje y el resto llévalo al invernadero. Cuando acabes, podrás hacer el descanso.

Por la tarde, iba caminando detrás de Duncan mientras miraba al suelo después de que le dijera que se fuera del invernadero y que tenía un trabajo para ella en el que no podría dañar ninguna planta. Entonces, se detuvieron frente a un gran prado.

—Esta es tu tarea de esta tarde. Quiero que prepares este terreno para después poder plantar un jardín de pradera. Saca las herramientas que necesites del cobertizo y a trabajar. Los tepes de césped los puedes llevar a la zona de compostaje.

La dejó sola porque tenía una cita fuera del recinto del hotel esa misma tarde. Jo miró al campo aliviada por el hecho de que no podía destrozar nada, pero, por otro lado, un poco asustada por el tamaño del terreno en el que tenía que trabajar.

—Cuanto antes empieces, antes terminas —se dijo a sí misma antes de ir a por las herramientas.

Poco después de excavar los primeros metros, se dio cuenta de la tarea tan agotadora que le habían encomendado. Por suerte, al menos el sol se había escondido tras las nubes y no hacía tanto

calor como por la mañana. Aun así, estaba sudando como un pollo. ¿Qué le pasaba a Seamus? Esperaba que estuviera bien al día siguiente y que pudiera hacer un trabajo más liviano con él. Estaba claro que tendría muchas agujetas después de un trabajo tan laborioso.

Conforme fue pasando el tiempo, encontró el ritmo de trabajo. Primero cortaba los trozos de césped con la pala y los tiraba a la carretilla, luego iba hacia la zona de compostaje y vaciaba el carro, y, por último, estiraba la tierra y quitaba las malas hierbas antes de seguir cortando.

Las nubes en el cielo se oscurecieron cada vez más y, para empeorar las cosas, empezó a llover. La tierra se convirtió en gruesos terrones de barro con bastante rapidez, pero aún no había acabado con la mitad del terreno, por lo que no se atrevía a marcharse. En caso de hacerlo, se metería en problemas de nuevo y ya no podía permitírselo. No quería correr el riesgo de que la despidieran hasta que encontrara algo nuevo. En ese momento, volvió a recordar una vez más las palabras de Markus:

—Sí, sí, a casa con mamá y con papá.

No, esta vez no. Iba a salir adelante y quería demostrárselo a todos. Furiosa, volvió a clavar la pala en la tierra y arrancó el siguiente trozo de césped. Se abrió camino hacia adelante como una loca. Le temblaban los brazos por la tensión y el frío; estaba completamente empapada, pero no pensaba parar, no. Quería demostrarles a todos que no era ninguna cobarde.

De vuelta en el recinto, Duncan fue a ver cómo había progresado el trabajo de su equipo. Se puso en marcha con su perro Bandit. En general, estaba satisfecho con sus becarios, solo la nueva y la aprendiz Audrey le preocupaban un poco. Ya eran más de las seis de la tarde y empezaba a oscurecer poco a poco cuando llegó a la zona que le había asignado a Jo. Cuando llegó, no podía creer lo que veía. La loca de Jo seguía cortando los tepes de césped bajo un torrente de agua. Tenía la ropa pegada a la piel. Era como si alguien la hubiera metido en un barril de agua.

—No puedo dejarla sola ni un momento —gritó.

Jo lo miró asombrada. Fue entonces cuando la ira recorrió todo su cuerpo. Tiró la pala al suelo, se acercó a él indignada con las manos en los costados y le dijo:

—¿Qué? ¿Qué se supone que he hecho mal ahora?

La lluvia goteaba de su cabello y Duncan la vio temblar. Frente a él tenía una carga concentrada de ira femenina, pero, sin embargo, a él le pareció una diosa, una diosa en pie de guerra. Tuvo que resistir la risa y, en su lugar, levantó la mano para moverle un mechón de pelo detrás de la oreja. El gesto los sorprendió a ambos, pero Jo ni se inmutó.

—No te he dicho que tuvieras que hacerlo todo hoy, Jo. Estás empapada. Vete a casa y date una ducha caliente. Aunque sea por una vez, me encargo yo de recoger —dijo con un tono más conciliador.

—No hace falta. Ya puedo yo sola. —Se volvió para recoger la pala, pero él la retuvo colocándole la mano en el brazo.

—Estás tiritando del frío y del esfuerzo, maldita sea.

Antes de que Jo supiera lo que le estaba pasando, Duncan la agarró por la cintura con ambas manos, la levantó y la tiró sobre su hombro como si fuera un saco mojado. Ella pataleó y trató de liberarse.

—Bájame. Eh, bájame.

Pero él solo se reía y caminaba cargando con ella bajo la lluvia.

—Ya puedo andar yo sola —dijo bocabajo—. Y, además, peso mucho para que me lleven así.

—Estoy acostumbrado a cargar sacos pesados. —Ella le dio un golpe en la espalda con la palma de la mano, lo que solo provocó que soltara una carcajada—. Aunque se resisten menos que tú.

Poco después se detuvo frente al alojamiento del personal. Al parecer, había tomado un atajo que ella no conocía. Entonces, la bajó, abrió la puerta y gritó:

—¡Marie!

—Dime.

—Prepárale un baño caliente a Jo y un poco de té.

—Puedo hacerlo yo sola —gritó Jo.

Duncan la miró hacia abajo, puesto que era una cabeza más alto que ella. Jo vio un brillo divertido en sus ojos cuando le levantó la barbilla.

—Lo sé, Jo. Sé que eres una niña grande y por eso te gusta jugar en el barro. —Después, la dejó al cuidado de Marie, que apareció por la puerta.

—¿Pero qué pintas llevas? ¿Te ha dejado tanto tiempo en el campo trabajando? Será cabrón.

Jo solo negó con la cabeza y pasó junto a ella al baño. Con cada paso que daba, dejaba charcos de agua en el suelo. Marie se apresuró a seguirla, pero Jo la retuvo en la puerta del baño.

—Me puedo preparar un baño yo sola. Gracias.

—Vale. Bueno, deja que te prepare un poco de té al menos. Ahora te lo traigo.

—Muchas gracias. —Jo cerró la puerta y abrió el grifo para llenar la bañera de agua. Temblaba de frío y estaba un poco molesta por lo irracional que había sido. Lo único que quería era demostrar que podía trabajar y que no lo hacía todo mal. Suspiró y se sentó en la bañera antes de cerrar los ojos y sentir que las lágrimas le ardían detrás de los párpados. Quizá debía dejarlo todo y marcharse a casa. Todo esto había sido una mala idea. Entonces, oyó un ruido en la puerta y se echó agua en la cara para disimular las lágrimas.

Marie asomó la cabeza.

—Te he traído el té. ¿Puedo entrar?

Era una situación un poco incómoda para Jo, pero tampoco quería

parecer pudibunda, así que asintió. Marie le dejó la taza en el borde de la bañera y se sentó junto a ella.

—Duncan ha sido muy duro con todos nosotros, pero nunca había hecho algo así.

—No ha sido culpa suya —la corrigió Jo—. Solo me dijo que preparara el terreno para plantar flores. Podría haber parado en cualquier momento, pero no he parado de ser la tonta desde que estoy aquí y por culpa de mi ego he seguido trabajando.

—Vaya, cielo. —Marie le acarició con simpatía la mano que tenía al borde de la bañera.

—No quiero dejar las prácticas antes de encontrar otra cosa.

Marie la miró asombrada.

—¿Te quieres ir de aquí?

—No es que quiera. Pero creo que es evidente que no sé hacer nada. Soy más una carga que una ayuda.

Marie sonrió.

—No pasa nada. Todos hemos tenido momentos en los que queríamos tirarlo todo por la borda.

—Pero vosotros entendéis de jardinería; yo, en cambio, por alguna razón, tengo dos manos izquierdas. —Casi se le escapó que no se había formado en jardinería, pero no quería arriesgarse en aquel momento. No conocía bien a Marie y no sabía si podía confiar en ella.

—Acabas de llegar. Tómate un tiempo para adaptarte y familiarizarte con el flujo de trabajo. En unos días, todo te parecerá diferente. Ya lo verás. —Marie se levantó—. No te rindas tan rápido, Jo. Puedes hacerlo. —Recogió del suelo la ropa mojada y sucia de Jo—. Voy a meterla en la lavadora.

—Gracias. Eres un cielo, Marie.

Después del baño, Jo se fue directa a su habitación sin cenar. No podría haber soportado las miradas de los demás preguntándose qué había sucedido.

Duncan regresó al campo con su perro. Recogió las herramientas y las puso en la carretilla. Antes de irse, echó un último vistazo. Jo había acabado una gran parte y, después de todo lo que había llovido, esa parte ni siquiera tenía mala pinta. Le sonrió a su perro.

—Esta mujer está loca. —El perro movió los labios hacia atrás como si estuviera de acuerdo con él, como sonriendo. Duncan sonrió y le tocó la cabeza—. Vamos, Bandit. Vamos a secarnos nosotros también.

Capítulo 4

Seamus no se incorporó al día siguiente y Jo volvió al terreno en el que había estado trabajando, pero esta vez con Olav. Avanzaron mucho más rápido juntos y pudieron prepararlo para sembrar por la tarde. Echaron abono y movieron la tierra con el rastrillo hasta desmoronarla. Jo sintió cada hueso, cada músculo de su cuerpo, y estaba más que contenta de que se acercara el fin de semana para poder descansar un poco. Solo tenía que cuidar a los cerdos, así que, por lo demás, podía hacer lo que quisiera. Olav le dijo que iba al norte con los demás, a visitar Inverness.

—¿No quieres venirte con nosotros? —le preguntó.

—No, no. No creo que mañana pueda mover los brazos y mucho menos las piernas. Estoy deseando pasar el día en la cama. Solo podrían separarme de ella a punta de pistola —dijo Jo.

Olav sonrió.

—Todavía estás bastante en forma para tu edad. —Y ella le dio una palmadita por el comentario.

El sábado tenía toda la casa para ella sola porque incluso Liz y Greg habían ido a visitar a los padres de Greg.

Después de limpiar la pocilga y darles de comer a los cerdos, se fue a la cama con un libro para disfrutar de la paz y la tranquilidad. Por la tarde, se dispuso a echar un vistazo más de cerca a la propiedad. Incluso en aquella época, que todavía la primavera no había llegado en realidad, se veía lo maravilloso que era el jardín. Un poco más tarde, se sentó bien abrigada en la costa pedregosa mirando hacia el mar. Una gaviota argéntea volaba por encima de ella, emitiendo sonidos quejumbrosos sobre el agua. El aire estaba impregnado del olor a mar que tanto le gustaba a Jo. Veía claro que tenía que buscarse un nuevo trabajo para financiarse el año en Escocia, pero no quería marcharse de aquel hermoso jardín. Tenía que

arreglárselas para poder quedarse aun sin haber completado la formación profesional en jardinería. Quería darle más vueltas a esa idea y, cuando hacía repostería, era cuando se le ocurrían las mejores ideas, así que decidió ir en bicicleta al pueblo para comprar los ingredientes para hacer magdalenas de chocolate. Como iba a pasar la noche sola, la compañía de un buen vino tampoco estaba de más, así que aprovechó el viaje al pueblo para comprar una botella.

Cuando ya llevaba recorrida la mitad del camino, las nubes empezaron a acercarse poco a poco, así que tenía que darse prisa si quería volver a casa seca. Al fin, llegó a la tienda. Estaba a punto de aparcar la bicicleta en el callejón cuando vio a tres matones abusando de un niño. Dos de aquellos idiotas sujetaban al pequeño con fuerza mientras que el tercero lo golpeaba en la boca del estómago para que se retorciera de dolor.

—Eres un retrasado —se reía el matón con mala intención.

Jo dejó caer la bicicleta al suelo.

—El único retrasado que veo yo aquí eres tú. Supongo que el chico será muy fuerte y peligroso para que tus dos amigos lo estén sujetando.

El chico dio un paso hacia ella.

—Será mejor que no te metas, zorra.

Los otros dos soltaron al niño y rodearon a Jo acorralándola contra la pared de la tienda. El niño aprovechó la oportunidad y se escapó. Bien hecho, Jo, pensó con amargura, pero no podía dejar que los demás se dieran cuenta de que estaba asustada, así que mantuvo su cara de póquer.

—Y si piensas que me he metido en esto sin llamar antes a la Policía, es que eres más imbécil incluso de lo que pensaba —dijo. O más que yo, pensó suspirando por dentro.

El chico colocó los brazos en jarra y sonrió de tal forma que le recordó a Joker, el enemigo de Batman. Hizo que un escalofrío

recorriera su columna vertebral. «Mantén los nervios, Jo», pensó para animarse a sí misma.

—¿Has llamado a la Policía? —Miró a sus dos amigos y se rio a carcajadas—. Ya nos habremos ido cuando lleguen aquí. Las cosas aquí no funcionan igual que en tu país, *Kartoffel*. La poli no tiene una puta comisaría en cada pueblucho.

Aunque Jo sintió que el corazón le latía con fuerza, se hizo la dura para disimularlo.

—Eres tan estúpido que piensas que soy alemana cuando, en realidad, soy suiza, aunque es muy probable que no sepas ni dónde está mi país. Lo que sí te puedo asegurar es que en mi país desayunamos niños como tú.

—¿Qué está pasando aquí? —Duncan y el dueño de la tienda entraron en el callejón con bates de béisbol. Jo les habría besado los pies en aquel momento, pero decidió dar un suspiro de alivio.

Los jóvenes se dieron cuenta de que estaban en desventaja, y el líder levantó la mano en señal de retirada.

—No, amigo, solo estábamos charlando un poco.

De repente, el niño al que los chicos habían acosado antes salió y les echó fotos con una cámara.

—Eh, ¿qué estás haciendo? —gritó uno de los matones tapándose la cara con las manos.

—Marchaos de aquí y no volváis nunca más o, de lo contrario, le entregaremos las fotos junto con una denuncia a la Policía. —El dueño de la tienda señaló con la cabeza al chico de la cámara—. Este es un lugar pacífico, así que id con vuestros jueguecitos a otra parte.

Duncan y el dueño de la tienda se echaron a un lado para que los matones pudieran pasar junto a ellos. Cuando estos doblaron la esquina, las rodillas de Jo cedieron y tuvo que sentarse en el suelo. Duncan se agachó junto a ella.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Sí, solo necesito un momento.

El chico también se acercó a ella.

—Gracias. Si no me hubieras ayudado, me habrían dado una paliza —. Jo le alborotó el pelo de color castaño oscuro al chico y vio que junto a al ojo derecho tenía una herida un poco desagradable. El chico también seguía un poco pálido por lo sucedido.

—De nada. Ojalá hubiera llegado antes. Entonces, no tendrías ningún moratón —le dijo señalándole el ojo, pero él ni siquiera parpadeó, como si estuviera orgulloso de ello. Había algo extraño en el chico. En realidad, parecía tener una leve discapacidad. Pero antes de que pudiera darle más vueltas al asunto, Duncan le tendió la mano para levantarla.

—Me alegro de que hayas llegado a tiempo. Estaba comprando y Nick me dijo que quería esperar fuera, así que...

En ese momento, Jo se dio cuenta de que el niño podía ser el hijo de Duncan. Pues claro. Se fijó en que Nick tenía los mismos ojos azules, y por lo demás parecía una versión en miniatura de Duncan. Solo el color de pelo era diferente, pues Duncan lo tenía castaño claro, aunque con algunas canas en las sienes, y Nick lo tenía castaño oscuro.

—¿Es tu hijo?

—Sí. Nick, esta es Jo. Está de prácticas en el jardín. Jo, este es Nick, mi hijo —dijo con orgullo.

Nick la miró con la cabeza ladeada.

—¿Jo? Pero ¿ese nombre no es de hombres?

Jo se rio.

—Mi verdadero nombre es Josephine. No sé en qué estaban

pensando mis padres al ponerme un nombre tan largo.

Nick se rio.

—No puedo llamarte Jo porque hay un chico en mi clase que se llama así y es bastante estúpido.

—Entonces, llámame Josy.

Nick la rodeó de forma espontánea con sus brazos a la altura de la cintura para darle un abrazo.

—Gracias.

—De nada. Gracias a ti por traer refuerzos.

—Ha sido un poco imprudente por tu parte enfrentarte a ellos sin nada para defenderte.

Jo ignoró la objeción de Duncan y le devolvió el abrazo a Nick, conmovida por su gesto. Luego, se arrodilló junto a él.

—¿Estás bien de verdad? Te ha dado un buen puñetazo en el estómago.

—¿Qué? —dijo Duncan levantándole la barbilla para mirarlo a los ojos—. Eso no me lo has dicho. ¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?

Nick sonrió de lado y le contestó:

—Papá, estoy bien. No estoy hecho de cristal.

Sin embargo, cuando Duncan le levantó la camiseta y vio las marcas rojas que le había dejado el puñetazo, pensó en matar a aquel chico él mismo.

—Ahora mismo vamos a ver al médico.

—No quiero ir, papá. Estoy bien, de verdad. Por favor, me da mucha vergüenza.

—Harás lo que yo diga. —Luego se volvió hacia Jo—. Gracias de nuevo. —Y tiró de Nick pese a su oposición para marcharse

mientras Jo entraba en la tienda para hacer al fin la compra. Cuando se detuvo frente a la caja registradora para sacar la cartera, el dueño de la tienda negó con la cabeza—. Déjalo. Invita la casa. Si le hubiera pasado algo al chico, me habría roto el corazón.

—Muchas gracias, pero no hace...

—Claro que sí —la interrumpió el vendedor—. Por cierto, me llamo Alistair. Ambos han tenido que pasar por muchas dificultades. Como habrás notado, Nick tiene un poco de discapacidad. Los chicos de por aquí se burlan de él y por eso Duncan lo mandó a un internado. Pero nunca había ocurrido algo como lo de hoy.

—¿Qué le pasa a Nick? —preguntó Jo con curiosidad.

—Tuvo un accidente de coche cuando era pequeño. Su madre murió, y durante mucho tiempo no se sabía si Nick sobreviviría. Estuvo en coma durante semanas y, cuando se despertó, descubrieron que le había afectado un poco al cerebro. No es muy grave. Solo es un poco más lento que otros niños y tiene dificultades de aprendizaje, pero es un buen chico. Todos lo queremos mucho aquí en el pueblo.

—Menos mal que se dio cuenta rápido de que tenía que buscar ayuda, porque, si se hubiera ido sin más, como temí al principio, me habría metido en problemas.

Guardó la compra y se despidió de Alistair. De vuelta, pensó preocupada en Duncan y Nick. Los dos parecían haberlo pasado mal, por lo que Jo no quería tenerle en cuenta a Duncan el comportamiento que había tenido con ella. Después de pedalear durante pocos minutos, el cielo decidió que había llegado el momento y comenzó a diluviar. En poco tiempo, estaba empapada de arriba abajo. Se lamentó por no haber llevado la ropa de agua. Entonces, un gran Land Rover negro pasó a su lado y se detuvo. Duncan salió de él y le indicó que se bajara de la bicicleta.

—Móntate antes de que acabes empapada. Voy a meter la bicicleta en la parte de atrás.

Jo se subió agradecida al asiento del copiloto. Luego, se volvió

hacia Nick.

—¿Qué te ha dicho el doctor? ¿Todo bien?

Nick sonrió de lado.

—Sí, todo bien. Me ha dicho que solo tendré un precioso moratón.

—Lo mismo que dije yo —afirmó Jo sonriendo.

Duncan regresó al coche y volvieron a arrancar.

—¿No tienes nada en el estómago?

—El doctor ha dicho que se puede solucionar con una buena comida, pero, tal y como cocina papá, será difícil. —Miró desafiante a su padre.

—Está bien, está bien. Iré al restaurante para ver si queda una mesa para dos.

—Yo ya tengo la compra hecha y estoy sola esta noche, así que podéis hacerme compañía si queréis.

Nick la miró con escepticismo.

—¿Sabes cocinar?

—Al menos eso me han dicho. Pero, si me ayudas, seguro que las magdalenas de chocolate que voy a preparar para el postre salen aún más ricas.

—No vamos a ir —dijo Duncan—. No vamos a molestarla así sin avisar.

—Pero si nos ha invitado ella, papá.

—Sí, pero porque eres tan pesado que la has presionado para que lo haga.

Jo se rio.

—Bueno, si a eso lo llamas presionar... No, en serio, me encantaría

tener compañía.

—¿Seguro? —preguntó Duncan de nuevo.

—Pues claro.

—Bueno, entonces, estaremos encantados de acompañarte. —Mientras tanto, habían llegado al alojamiento del personal—. ¿A qué hora venimos?

—Yo quiero ayudarla al menos a hacer el postre —dijo Nick de nuevo.

Jo se rio de buen humor.

—Te refieres a lamer el cuenco, ¿no? Me voy a dar una ducha rápida, me pongo algo seco y me pondré a cocinar. Venid cuando queráis.

—Yo traigo el vino —dijo Duncan arrancando de nuevo cuando salió Jo.

Una hora más tarde, cuando sonó el timbre de la puerta, Jo ya se había duchado y se había puesto ropa limpia, pero por lo demás solo había guardado la compra en el frigorífico y había puesto agua a calentar para los espaguetis. Abrió la puerta y Nick pasó corriendo hacia la cocina.

—No sabes lo que te espera —sonrió Duncan sosteniendo una botella de vino tinto en la mano.

—¿Qué hay de comer? —preguntó Nick desde la cocina.

—No te va a gustar de primeras, pero te aseguro que a todos los niños les gustan mis espaguetis con brócoli.

—¿Brócoli? —exclamó horrorizado—. ¿No puedes hacer espaguetis con tomate que es lo que me gusta a mí?

—¡Nick! —dijo su padre.

Jo se rio de forma afable.

—Ya verás como te gustan. —Nick la miró con cara de escepticismo.

—Me puedes ayudar a triturar el brócoli luego. Ya verás qué divertido. —Nick la siguió a la cocina mientras Jo sacaba el brócoli del cajón de las verduras del frigorífico. Después le mostró a Nick cómo lavarlo y cortarlo. Duncan preguntó por las copas de vino y sirvió una para ella y otra para él mientras llenaba el vaso de Nick con limonada. Después, se quedó al margen y observó cómo cocinaban. A Jo se le daban bien los niños. No parecía importarle que, en algunas ocasiones, tuviera que explicarle varias veces las cosas a Nick. Mientras el brócoli estaba hirviendo en el agua con sal, le explicó a Nick cómo elaborar las magdalenas de chocolate. Y Duncan tampoco es que se librara de hacer alguna tarea. Jo le pidió que lavara la lechuga mientras ella preparaba el aderezo para la ensalada. Nick estaba muy orgulloso porque estaba haciendo las magdalenas prácticamente él solo. Jo solo le había ayudado con los huevos, a derretir la mantequilla y a echar la masa en los moldes.

Le resultó muy fácil medir los ingredientes porque ella le iba explicando cuántas tazas de cada cosa tenía que añadir, por lo que no hacía falta utilizar la báscula. Luego, cuando Nick acabó su tarea, pusieron las magdalenas en el horno y pudo lamer el cuenco por fin.

—Qué rico. Van a ser las mejores magdalenas del mundo.

—Por supuesto que sí —dijo Jo—. Las has hecho tú.

Nick tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Venga. Vamos a triturar el brócoli ahora que ya está bien cocido.

Duncan la miró con escepticismo.

—No sé yo si eso va a saber bien.

Jo replicó indignada:

—Serás incrédulo. Te demostraremos que te equivocas. —Vertió el agua salada del brócoli, volvió a poner las verduras en la sartén, sacó la batidora y puso la sartén con el brócoli en el fregadero para

no salpicar toda la cocina.

—Te voy a enseñar a hacerlo y luego te encargas tú.

Nick la miró con interés. Luego, cogió la batidora y, a diferencia de muchos niños, no solo comenzó con la tarea, sino que la llevó a cabo con mucho cuidado de que no salpicara.

—Qué bien lo has hecho. Ahora añadimos especias, crema y queso. Tiene buena pinta, ¿no?

Nick miró dentro de la sartén, volvió a mirarla y dijo dubitativo:

—Bueno, está demasiado verde, ¿no?

Jo le movió el pelo.

—Otro incrédulo en mi cocina —exclamó riéndose—. Nick, tienes que aprender a no juzgar las cosas por su apariencia. —Sacó los cubiertos del cajón, enrolló unos espaguetis con el tenedor, lo sumergió en la salsa y luego se lo acercó a Nick—. Prueba.

Con cuidado, cogió el tenedor y sopló para no quemarse. Luego, se lo metió en la boca, lo masticó y volvió a mirar a Jo.

—Está muy rico.

—Te lo estoy diciendo. Pero, ahora, don pastelitos, vamos a sacar las magdalenas del horno antes de que se quemen. Duncan, ve poniendo la mesa.

Un poco más tarde, se encontraban sentados frente a los platos llenos y disfrutando de su trabajo.

—¿Seguro que no te has equivocado de trabajo? Deberías ser cocinera.

Jo se sonrojó. No podía confesarle cuál era su verdadera profesión si quería seguir con las prácticas.

—Lo siento. Eso no ha sido muy apropiado —dijo Duncan cuando vio que se había sonrojado—. Me refería a que está riquísimo.

—Gracias.

La conversación durante la comida volvió a terreno seguro. Nick contó historias divertidas del colegio y le preguntó a Jo sobre su vida en Suiza. Ella le habló de su familia, pero omitió la parte del trabajo de forma deliberada. Al rato, después de comerse dos magdalenas, Nick se fue al sofá y se quedó dormido.

—Parece agotado el peque —dijo Jo sonriendo.

—Sí, ha sido un día de aventuras.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Jo.

—Cumplió diez años hace unas semanas. Sé que parece más joven; eso tiene que ver con su discapacidad.

—Alistair me dijo en la tienda que había tenido un accidente. Supongo que fue duro para ti.

Duncan solo asintió.

—Pero Nick es lo más y, si te soy sincera, casi no me doy cuenta de que tiene una discapacidad.

—Por suerte, no sufrió lesiones muy graves tras el golpe en la cabeza. Tiene problemas de memoria. Por eso has tenido que repetirle los procesos mientras cocinaba. No ve apenas sin gafas porque tiene el nervio óptico dañado. Antes iba al colegio del pueblo, pero los niños se burlaban de él porque tardaba más que ellos en entender las cosas y como lleva gafas de culo de botella...

—Los niños pueden llegar a ser bastante crueles.

—Sí. Ya no pude aguantarlo más y terminé llevándolo a un internado para niños con problemas de aprendizaje. Solo lo veo los fines de semana, pero al menos allí no se ríen de él ni lo pegan. —Duncan se levantó de la silla—. Vamos a limpiar la cocina. Después será mejor que lleve al dormilón a su cama.

Jo también se levantó.

—Déjalo. Ya recojo yo. Tampoco hay mucho que hacer.

—¿Seguro?

—Sí. Lleva a Nick a dormir.

Cogió a su hijo, que ni siquiera se despertó, y en la puerta se volvió hacia Jo.

—Muchas gracias. No solo por la agradable velada, sino también por pasar por la tienda en el momento justo. No quiero ni pensar en qué podría haber sucedido si no hubieras estado allí.

—Yo también tengo que darte las gracias. No sé qué habría hecho sin ti y Alistair. Fui un poco ingenua al enfrentarme yo sola a esos matones.

Duncan sonrió.

—Bueno, si tuviera que apostar, no lo habría hecho por los chicos. Buenas noches, Josy.

—Buenas noches, Duncan.

Cerró la puerta cuando se marcharon y, por un instante, se quedó apoyada en ella. Luego, suspiró y se dirigió a la cocina. Su jefe podía llegar a ser muy encantador, y esos ojos azules eran muy peligrosos.

Capítulo 5

Al día siguiente, Jo estaba a punto de darles de comer a los cerdos las sobras de la cocina del hotel cuando, de repente, oyó un crujido en el árbol que se encontraba junto a ella y una voz alegre gritó:

—Hola, Josy.

Se quedó al borde del infarto.

—Eh, Nick, no deberías asustar así a las ancianas.

Nick se rio.

—No eres una anciana. ¿Qué estás haciendo?

—Darle de comer a los cerdos.

—¡Puaj...!

—¿Cómo que «puaj? Los cerdos también tienen que comer.

—Los cerdos son repugnantes —dijo Nick arrugando la nariz.

—¿Y tú cómo lo sabes? Yo no pienso que Heribert y sus chicas sean repugnantes. Al contrario, son animales muy limpios. ¿Alguna vez has acariciado a un cerdo?

La nariz de Nick se arrugó aún más.

—¿Me ves cara de loco?

Jo se rio.

—No estás loco, pero ¿te gusta que la gente hable de ti sin ni siquiera conocerte?

Nick pensó por un momento y, luego, negó con la cabeza.

—Ven conmigo. Te voy a presentar a Heribert y a sus chicas.

—Vale.

—Pero dile a tu papá dónde estás para que no tenga que buscarte.

—Está de reunión con Jane, así que tardarán un tiempo. Además, me ha dicho que, si me quedo por la propiedad, no pasa nada.

—Bien. Pues vámonos.

Al llegar a la pocilga, lo primero que hicieron fue llenar el comedero de fuera antes de dejar salir a los animales. Nick sonrió cuando oyó a los cerdos haciendo ruido mientras comían.

—Te he dicho que son repugnantes.

Jo se rio.

—Créeme, Nick, he oído a gente comer de una forma muy similar. Venga, vamos a limpiar la pocilga y, cuando terminen de comer, podrás acariciar a Heribert.

Nick la miró con escepticismo.

—No sé si me atreveré.

—Tranquilo. No hace nada. Es muy simpático. —Jo caminó hacia la pocilga, cogió el bieldo y comenzó a limpiar. Al momento, Nick comenzó a ayudarla, llenando la carretilla detrás de ella y vaciándola de nuevo en el montón de estiércol. Luego, hicieron una pelea de paja. Cuando terminaron, ambos tenían paja en el pelo y la ropa. Jo le quitó un trozo de paja del cabello a Nick y le dijo—: Y, ahora, mi pequeño héroe, conocerás al gran Heribert.

Cuando vio la expresión de miedo en su rostro, le cogió la mano.

—No te preocupes. Te vas a quedar en la entrada primero. Voy a entrar yo sola y, cuando te apetezca, me acompañas. ¿Te parece bien?

Él asintió con la cabeza y luego vio entrar a los cerdos, que

mientras tanto habían vaciado el comedero y estaban holgazaneando al sol. Heribert ya la había oído y había girado la cabeza en su dirección.

—Hola, cariño —le saludó ofreciéndole una manzana. Heribert se acercó trotando sin prisa y le quitó la manzana de la mano con cuidado para comérsela con satisfacción. Mientras tanto dejó que Jo le acariciara la cabeza y se acostó para que hiciera lo mismo en su panza. Nick comenzó a reírse entre dientes desde la puerta.

—Ya ves, es un grandullón muy amable si lo tratas bien.

Jo estaba a punto de volverse hacia Nick cuando notó que ya estaba a su lado.

—¿Puedo yo también?

—Pues claro.

—Es extraño, pero no es para nada suave —comentó mientras seguía acariciando a Heribert al ver que este se frotaba la cara contra el suelo y disfrutaba de las caricias.

—Bueno, tampoco tiene pelo. Nuestra piel no es tan agradable como la de un gato, por ejemplo.

Nick se rio.

—Qué raro.

Jo sonrió.

—Pues sí.

—Los otros becarios de mi papá son mucho más jóvenes que tú. ¿No eres demasiado mayor para esto?

—Puede que sí, pero, a veces, debemos hacer lo que creemos que es lo correcto y no lo que los otros esperan que hagamos.

Él la miró por un momento y luego dijo en voz baja:

—Yo no soy normal, ¿lo sabes?

Ella se agachó frente a él y lo miró seria a sus hermosos ojos azules.

—Nick, quien sea que te haya dicho eso está muy equivocado. Eres un gran chico y a mí me caes muy bien. Puede que te lleve un poco más de tiempo aprender algunas cosas, pero todo el mundo tiene puntos fuertes y puntos débiles. El truco está en no dejar que los demás te hagan creer que las debilidades predominan solo porque no conocen tus fortalezas.

Entretanto, Duncan, que estaba buscando a Nick, los encontró a los dos en la pocilga y llegó a tiempo para escuchar las últimas frases. Fue desgarrador escuchar a su hijo decir algo así, pero se detuvo en la puerta en silencio.

—No sé cuáles son mis puntos fuertes —susurró Nick con la voz tan baja que Duncan casi no pudo entenderlo. Jo se acercó a él y le acarició la espalda con suavidad—. Se necesita tiempo para averiguarlo, Nick. A tu edad, yo tampoco lo sabía. Pero tienes tiempo para descubrir qué te gusta y qué se te da bien. Además, yo sé una cosa que se te da muy muy bien.

Nick la miró dubitativo.

—Sabes empatizar muy bien con los demás. Mira a Heribert. Le ha encantado cómo lo has acariciado.

—Vaya. Se me da bien acariciar cerdos... —Nick puso los ojos en blanco y Jo no pudo evitar reírse.

—No, no me refería a eso. Has identificado qué es lo que le gusta. No mucha gente es capaz de hacer eso o, mejor dicho, a muchos no les importa. Solo se centran en su propio placer. Por ejemplo, podrías haber dicho que la piel de Heribert no era suave y dejar de acariciarlo, pero no. Te has dado cuenta de que le gustaba que lo acariciaras ahí y has seguido, aunque no te sintieras cómodo. Y aunque este sea solo un pequeño ejemplo con cerdos, creo que también puedes hacerlo con personas. Tienes mucha empatía, y eso te hace especial.

Duncan se aclaró la garganta para que ambos notaran su presencia.

—Ahí estás, Nick. Deberíamos irnos ya. Marge nos está esperando para el almuerzo y parece que primero tendremos que darte una buena ducha.

Mantuvo la puerta abierta para los dos y, cuando Jo pasó a su lado, susurró:

—Gracias por lo que le has dicho.

—Lo pienso de verdad. Tu hijo es un encanto.

—Lo sé, pero todavía no he sido capaz de hacer que sea consciente de ello.

Nick ya se había adelantado y comenzó a gritar con impaciencia:

—¡Venga, vamos, papá!

Levantó un hombro y miró a Jo con una leve sonrisa.

—Tengo que irme. Por cierto, la semana que viene me voy, pero Seamus se ha recuperado, así que ya puedes trabajar con él.

Jo asintió y Duncan siguió a su hijo dando grandes zancadas. Luego, se volvió hacia ella y le dijo:

—Estarás tratando bien a mis plantas, ¿no?

Ella se rio y se fue caminando de vuelta a casa.

Por la noche, regresó todo el grupo menos Greg. Liz dijo que se había despertado con bastante fiebre y que era posible que tuviera gripe.

—Lo he dejado en casa de sus padres para que su mamá cuide de él —dijo Liz poniendo los ojos en blanco.

Jo sonrió.

—Sí, los hombres tienen el umbral del dolor muy bajo. Al menos será la madre la que tenga que soportar cómo se queja de una

enfermedad tan mortal y no tú.

—Eh —dijo Olav protestando—. Si los hombres no os hubiéramos defendido con nuestro coraje y nuestras armas, os habríais extinguido hace mucho tiempo.

Las chicas se miraron y se echaron a reír.

—Pues claro —dijo Marie llorando de la risa—. Fuimos más bien nosotras quienes os tuvimos que enseñar a ser razonables y a no daros golpes en la cabeza porque no queríamos que la humanidad se extinguiera. Si no os hubiéramos enseñado modales, todavía estaríais gruñendo en las cuevas.

Antes de que las bromas provocaran alguna discusión, Jo intervino.

—¿Qué os parece si hacemos una pizza? Esta tarde he preparado la masa y lo único que tengo que hacer es ponerle los ingredientes y meterla en el horno.

Giovanni le dio un beso en la mejilla.

—Eres un ángel.

Durante los días siguientes, Jo acompañó a Seamus de nuevo después de que este hubiera superado la gripe. Ya solo tenía un resfriado leve. Seamus le explicó con paciencia todos los pasos de lo que tenía que hacer y la observó primero durante un tiempo antes de dejar que siguiera trabajando sola. Así se aseguraba de que no destrozara más plantas. Greg seguía con sus padres; parecía que la gripe le había hecho bastante mella. Cuando Jo llegó a casa esa noche, vio a Liz sentada frente al ordenador con sensación de haber cogido frío. Tenía la cara pálida y parecía agotadísima.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jo preocupada.

Liz suspiró.

—Parece que Greg me ha pegado la gripe. Llevo un día de perros.

—Pues vete a dormir. Ahora te subo un poco de té.

—No puedo. Tengo que pedir estas plantas cuanto antes. —Liz cogió una lista con cosas apuntadas a mano—. Duncan las necesita para el Chelsea Flower Show. Las plantas deben estar aquí la semana que viene a más tardar.

—¿Y no lo ha podido pensar antes?

Liz parecía un poco culpable.

—Debería haberlo hecho la semana pasada, pero me surgió una cosa y se me pasó. Me he acordado hoy, así que tengo que hacerlo antes de que vuelva.

Jo puso la mano sobre la frente de Liz.

—Estás ardiendo, Liz. Vete a la cama. Yo me encargo de hacer el pedido.

Liz la miró pensativa.

—Sí, lo sé, he metido la pata muchas veces, pero soy la reina de las compras. Además, ¿qué puede salir mal? Solo tengo que pedir lo que está en la lista.

Liz volvió a mirar la larga lista y luego miró a Jo.

—Está bien, pero, si tienes cualquier duda, vienes y me preguntas. Mira, ya tengo abiertas dos ventanas de los dos viveros donde siempre hacemos los pedidos, así que solo tienes que ir de una a otra si no encuentras algo en uno de los viveros.

—Entendido. Ahora vete a la cama.

—Gracias, Jo. Te debo una.

—No te preocupes, para eso estamos. —Antes de sentarse frente al ordenador, preparó otro té para Liz y se lo llevó a su habitación con una pastilla antipirética.

Luego, se sentó en la mesa y trató de descifrar las notas de Duncan, quien tenía una letra bastante horrible. Decidió pedir las cosas que estaba segura de que podía leer bien y marcarlas. Las otras plantas

ya las pediría al final. De vez en cuando, entraba alguno de sus compañeros de piso y les preguntaba, pero tampoco eran capaces de descifrar aquellos garabatos. Al final, solo le quedaban unos pocos puntos, por lo que decidió ir a buscar a Liz a su habitación para preguntarle, pero, al abrir la puerta tratando de no hacer ruido, vio que estaba durmiendo de forma plácida y no se atrevió a despertarla. Entonces, cerró la puerta y volvió a bajar al salón. Se las tenía que apañar sola. Tras soltar un suspiro, se sentó en la mesa de nuevo para tratar de descifrar la letra de Duncan por enésima vez. Geranios ros... ¿Qué pasaba con los geranios rosados? ¿Y de qué tipo? Al final, decidió elegir los que más le gustaban. ¿Y quería cuatro robles? Tampoco dejaba claro el color y el tipo de las hortensias que quería, así que decidió pedirlas blancas porque era un color neutro y pegaba con cualquier cosa. Alrededor de la medianoche, cerró el portátil tras haberlo hecho todo lo mejor que sabía. Liz se pasó tres días en la cama, por lo que Jo y Audrey la sustituyeron en la tienda. Cuando los clientes les hacían preguntas, llamaban a Seamus para que les echara una mano. Al tercer día, Audrey apareció con los ojos enrojecidos y Jo temió que Liz le hubiera contagiado el virus.

—No, no es eso —dijo Audrey un poco avergonzada—. Jane me ha pillado in fraganti con un huésped.

Cuando vio la cara que puso Jo de no entender nada, agregó:

—No se nos permite hacer nada con los huéspedes..., pero es que Phil me encanta. Ayer fui con él al *pub* y nos lo pasamos tan bien... Dios. Qué bien besa. —Audrey sonrió radiante mientras lo recordaba y Jo comenzó a comprender lo que sucedía—. Y, cuando traje las flores frescas al vestíbulo esta mañana, se quedó mirándome con su dulce sonrisa. Luego, nos besamos un poco frente al baño de huéspedes, pero, por desgracia, justo en ese momento llegó Jane.

Jo emitió un sonido cargado de simpatía.

—¿Y ahora?

—Me ha amenazado con que, si me vuelve a pillar, me quedaré sin el puesto de aprendiz. —Los ojos de Audrey se llenaron de lágrimas

de nuevo, por lo que Jo se acercó para abrazarla y consolarla.

—¿Qué ha dicho Phil sobre todo esto?

—No quiere que esa imbécil entrometida le diga a quién tiene que besar y a quién no. No tiene derecho a gobernar mi vida.

—Bueno, puede ser, pero tiene la sartén por el mango.

—Sí. Y no hay muchos puestos de aprendiz por aquí. Me ha dicho que nos veremos fuera del hotel.

Jo le entregó a Audrey un pañuelo para que pudiera sonarse la nariz.

—¿Y si os esperáis para veros de nuevo después de las vacaciones?

—Él vive en Londres. ¿Cómo vamos a vernos tan poco? No podría soportarlo.

—Entonces, no te queda otra que tener cuidado e intentar que no te pillen. Eres muy joven, Audrey, y no merece la pena arruinar tu futuro por un hombre. Deberías tenerlo en cuenta.

El viernes, Liz ya estaba en condiciones de hacerse cargo de la tienda de nuevo y Greg también había regresado aquella noche. Marie y Agnes estaban planeando un viaje a Glasgow el sábado y le preguntaron a Jo si quería apuntarse. Esta vez aceptó la invitación con mucho gusto. Fue un día de chicas estupendo. Volvieron a altas horas de la noche después de hacer varias compras. Jo se pasó el domingo leyendo en la cama. Se había comprado algunos libros en Glasgow y estaba disfrutando por fin de poder tener tiempo para sumergirse en las historias de otras personas.

Cuando los rayos de sol se colaron por la ventana por la tarde, decidió dar una vuelta por el parque y desviarse hacia el mar. Se puso una chaqueta abrigada y comenzó a caminar.

Llevaba más de una semana sin ver a Duncan. Aun así, se había acordado de él un par de veces. Era una persona muy amable cuando no hacía de jardinero jefe. Y la forma en que trataba a su hijo la conmovió. Formaban un buen equipo. Estaba segura de que

Nick se convertiría en un rompecorazones porque había heredado los ojos azules de su padre, aunque los tuviera escondidos detrás de unas gafas con los cristales tan gruesos.

Mientras tanto, había llegado al límite del pequeño bosque y ahora estaba acercándose a la costa. El sonido de las olas y los cantos de las gaviotas argénteas eran una delicia. Una gran piedra la invitó a sentarse y disfrutar del sol. Hacía tanto calor que decidió quitarse la chaqueta y utilizarla como almohada para tumbarse sobre la roca calentada por el sol. Suspiró y cerró los ojos por un momento. El sonido de las olas rompiendo la adormeció.

Caminando por el huerto de frutas vio a Duncan apoyado contra el tronco de un árbol. Otra vez estaba masticando una manzana, igual que el primer día. Cuando este la vio, dejó de morder la manzana y sonrió.

—Ahí estás —dijo arrojando la manzana a un lado y dando un paso hacia ella. Con ternura le apartó un mechón de pelo de la cara, lo que provocó un agradable suspiro en ella. De repente, colocó los labios sobre los de ella y la besó suavemente. Sin pensarlo, ella le devolvió el beso. Una sensación de hormigueo recorrió todo su cuerpo e incluso tuvo que reprimir una risita. Duncan continuó viajando desde su boca hasta su garganta y luego hasta su oreja, aunque fue entonces cuando sintió que era un movimiento un poco repugnante por la humedad que sintió. Trató de ahuyentarlo con la mano, y fue entonces cuando abrió los ojos de mala gana y se encontró un perro emocionado, con el aliento bastante maloliente.

—Bandit, para —dijo alguien en voz alta. Sobresaltada y sonrojada, Jo se sentó. Se había quedado dormida sobre la roca y se acababa de encontrar con el protagonista de su sueño.

—Disculpa, Jo. No queríamos molestarte. Bandit es un poco maleducado a veces. —Duncan le pasó la mano por el pelo enmarañado a su perro lobo.

—No pasa nada —dijo Jo todavía conmovida por el sueño.

—Debía de ser un sueño precioso — pronunció Duncan con una sonrisa.

Vaya, había hablado mientras soñaba. Las mejillas de Jo se enrojecieron aún más.

—Estabas sonriendo dormida hasta que este travieso te ha dado un buen lametón. Lo siento mucho. —Le tendió la mano para ayudarla a levantarse y no la soltó cuando se colocó frente a él. Le mantuvo la mirada y le dijo susurrando—: Solo necesito saber una cosa. —Se inclinó hacia delante y la besó. ¿Era cierto lo que estaba pasando? ¿Estaba sucediendo justo lo que acababa de soñar? ¿O todavía seguía soñando? Entonces, cerró los ojos y disfrutó de la suave caricia. No, era evidente que no era un sueño. Su beso se hizo más intenso y ella tuvo que aferrarse a él para no perder el pie. Volvió a sentir un hormigueo increíble en el estómago, como si miles de mariposas estuvieran ensayando para un baile de claqué y estuvieran pateándole el abdomen con sus pequeñas patas.

Un suspiro se le escapó junto a sus labios y él lo absorbió. Había supuesto que un beso suyo iba a ser bonito, pero no solo era bonito, era perfecto. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, pero oyó un ladrido a lo lejos que lo trajo de vuelta al presente. Entonces, se apartó de ella con un ligero movimiento.

—Tendremos que terminar esto en otro momento, Josy. —Pero las manos de Jo lo acercaron hacia ella tirando de la solapa de su chaqueta sin querer que se marchara.

Él se soltó y le cogió las manos.

—Lo siento, pero tenemos que continuar en un lugar donde tengamos un poco más de privacidad. Necesito un poco más de tiempo.

Ella lo miró confundida. ¿A qué estaba jugando con ella? ¿Y cómo era capaz de arrojarse así sobre su cuello? Era como si el beso que le había dado la hubiera dejado totalmente fuera de combate.

—Lo siento, no quería...

Le dio un ligero beso en la mano.

—No te preocupes. Pero tengo que ir a recoger a Nick a casa de sus

abuelos y llevarlo de vuelta al colegio. Estaba dando un paseo rápido con Bandit. —Entonces, miró la hora, la contempló de nuevo y suspiró—. Ojalá pudiera quedarme, pero tengo que irme. ¿Vale?

Se quedó atónita por un momento «¿Excepto por el hecho de que me has dejado con cara de tonta?»

—Sí, claro, vete.

—Hasta mañana.

—Adiós.

Llamó al perro y se marchó de inmediato.

Jo volvió a sentarse en la roca un poco desesperada.

—Serás estúpida, Jo —se dijo regañándose a sí misma. ¿Cómo se le ocurría besar a su jefe? Estaba claro que recapacitaría de camino a recoger a su hijo y la despediría. Si se consideraba pecado mortal besarse con un huésped, ¿qué sucedería al besar a su jefe? Aunque, después de todo, él la había besado primero. ¿Y qué quería decir con: «Necesito saber una cosa»? ¿Estaba loco? Cuando quieres saber algo, no besas a la otra persona de forma apasionada. Se llevó las manos a la cabeza y gritó de vergüenza. Dios, ¿qué había hecho?

Jo temía el momento en que tuviera que volver a encontrarse con él y mirarlo a los ojos. La idea de ni siquiera presentarse en el punto de encuentro y quedarse un poco más de tiempo con los cerdos era muy tentadora, pero entonces pensaría que era una cobarde y ese no era el caso. Así que esa mañana se aseguró de no ser la primera en aparecer en el punto de encuentro para no tener que pasar tiempo a solas con él. Por el momento, intentaría evitarlo lo mejor que pudiera. Si tenía una aventura con su jefe, solo podía salir perdiendo. Cuando apareció en el punto de encuentro, lo vio hablando con Audrey. ¡Dios, qué guapo estaba! La camisa azul oscuro le combinaba a la perfección con sus ojos, pero se obligó a fijarse en las puntas de sus zapatos para dejar de mirarlo.

—Jo.

—¿Eh? —Miró al manzano junto a él y comenzó a sentir cómo se

iba sonrojando poco a poco.

—Hoy trabajas con Seamus de nuevo. Os encargaréis de sacar las plantas de eléboro. —Le divirtió ver cómo ella trataba de evitarle la mirada de forma desesperada y fingir indiferencia. Sabía que lo que había sucedido ayer entre los dos tenía que resolverse, pero también sabía que no les quedaba otra opción. La tensión se podía palpar, y Seamus ya lo miraba con sospecha desde el otro lado. Lo solucionaremos, se dijo de nuevo, pero tuvo que esperar un poco más porque tenía una reunión con la gerencia del hotel esa misma noche. Después, podría ir a hacerle una visita. Agradecida por poder marcharse de allí, Jo se apresuró a seguir a Seamus.

Estaba a punto de usar la carretilla para buscar una nueva carga de eléboros del invernadero cuando oyó unos gritos que provenían de la entrada.

—¿Te has vuelto loca, Liz? ¿Qué quieres que haga con estos geranios rosas en el Chelsea?

Jo dio la vuelta a la esquina y vio un gran camión descargando plantas. Duncan corrió de una paleta de plantas a la siguiente y se subió al camión.

—¿Robles? ¿Has pedido robles? ¿Te has vuelto loca?

Liz miró al suelo y no se atrevió a decir ni pío. Jo se dio cuenta de que se trataba de la entrega del pedido que había hecho para el Chelsea. Aunque su corazón no paraba de latir y lo único que quería era esconderse, no podía dejar que Liz asumiera la culpa por un error que había cometido ella misma, así que dio un paso adelante con valentía.

—Duncan...

—Ahora no, Jo. —Duncan la ignoró. Se había puesto las manos a los costados y le estaba echando la bronca a Liz de forma despectiva —. ¿Cómo se te ocurre cambiar mi pedido?

Jo se interpuso de forma audaz entre los dos y, mirando a los ojos a Duncan, dijo:

—Ella no ha hecho el pedido. He sido yo.

Por un momento pareció confundido, pero luego se enfadó aún más.

—Maldita sea, Liz. Sabes que no tiene ni idea de jardinería. ¿Cómo se te ocurre dejarle una tarea tan importante? —Liz estaba a punto de abrir la boca, pero Jo se le adelantó.

—Estaba enferma con fiebre.

—Esa excusa no me vale.

—Claro que sí te vale, maldito explotador. —La ira de Jo era tal que había perdido el miedo que le tenía.

Los ojos de Duncan se entrecerraron hasta convertirse en ranuras que parecían troneras.

—Podría haber delegado la tarea en alguien que estuviera familiarizado con la jardinería. Todos sabemos que no eres jardinera.

—Y si tú no tuvieras una letra tan mala y te hubieras esforzado un poco en hacer que la lista fuera legible, todo esto no habría ocurrido.

Jo se había puesto de puntillas para estar a la altura de sus ojos. Los dos se quedaron el uno frente al otro tan molestos que Seamus decidió intervenir antes de que la discusión llegara a más. Había oído a los dos discutir desde lejos y se dirigió hacia ellos para escuchar el motivo.

—Vamos a tranquilizarnos un poco todos. ¿Qué es lo que pasa? —preguntó con un tono apaciguador.

—Esta loca parece estar tratando de evitar que vaya al Chelsea. En lugar de hortensias de hojas de roble ha pedido robles, joder. Y ha pedido unas hortensias campesinas horrendas. En lugar de geranios Rozanne, han traído estos geranios rosados de abuela, y no quiero seguir mirando porque seguro que me encuentro más sorpresas.

El conductor del camión no pareció impresionado por la discusión y

siguió descargando las plantas con calma.

—Quieto —le gritó Duncan—. Cargue toda la mercancía de nuevo y llévesela.

El conductor lo miró con calma.

—No, se queda aquí. El pedido está hecho y, como puede ver en el albarán de entrega, lo que han pedido es lo que les hemos entregado.

Duncan se volvió hacia Jo y la miró enfadado.

—Genial. Maravilloso, señora aspirante a jardinera. Has conseguido que no vaya al Chelsea por primera vez en diez años.

—Puede que no sea jardinera, pero en mi formación como cocinera me enseñaron que hay que aprovechar al máximo lo que tengas, cosa que parece que no te enseñaron a ti en tu formación como jardinero.

—No me estarás aconsejando que exponga una especie de sopa del día de plantas delante de la reina, ¿verdad? —dijo Duncan con voz baja, pero con un tono alarmante mientras se acercaba a ella. Seamus volvió a intervenir antes de que la estrangulara.

—Mi sopa del día le encantaría. Puedes preparar un manjar con pocos ingredientes si sabes cómo, pero, por lo que parece...

—Ya está bien, Jo —ordenó Seamus con severidad—. Tú, toma los eléboros y vuelve al trabajo, y tú, muchachito... —le dijo a su sobrino—, vete a casa ahora mismo, te das una ducha fría y te relajas. Luego veremos cómo solucionarlo.

Liz, que había estado callada hasta ese momento, dijo dócilmente:

—Lo siento. No sabía que era cocinera de verdad. Solo pensaba que necesitaba coger confianza, pero tu letra...

—Ya está, Liz —dijo Seamus antes de que la ira de Duncan pudiera volverse contra ella de nuevo.

—Gracias, Jo, por haber arruinado mi carrera —gritó Duncan después de que Jo se marchara. A mitad del camino, se detuvo y se volvió hacia él.

—No pensaba que fueras tan cobarde. —Duncan comenzó a correr hacia ella, pero Seamus lo agarró del brazo.

Jo evitó a Duncan durante el resto del día. Sin embargo, cuando se calmó un poco, comenzó a sentirse culpable. Debía haberle preguntado a Liz antes de actuar y ahora se había dado cuenta. Seamus se reunió con ella a última hora de la tarde. La expresión de su rostro lo decía todo. Sabía que el problema no había terminado.

—¿De verdad va a cancelar la participación en el Chelsea? —preguntó apocada.

—No lo sé. Es el protagonista del espectáculo. Todo el mundo está esperando ansioso por ver qué presentará este año.

—Pero porque me haya equivocado en un par de plantas... Solo hace falta un poco de imaginación para crear algo con ello.

—¿Qué dirías si tuvieras a varios críticos gastronómicos sentados esperando a que les presentes el menú que llevabas meses planeando y tu ayudante de cocina te trajera una sardina en lugar de un salmón?

Jo guardó silencio y miró al suelo afectada. Continuaron trabajando juntos y dejaron el tema aparcado. Esa noche Jo no pudo dormir y no fue por las mariposas en el estómago, sino por el sentimiento de culpabilidad. No se había dado cuenta de lo importante que era el concurso para Duncan. Además, la reina acudía al espectáculo. Pero las plantas que había pedido eran preciosas. ¿Cómo no podía hacer algo con ellas? Poco antes de las once se volvió a levantar y fue al invernadero. Puede que viendo las plantas de cerca se le ocurriera alguna idea brillante. Así que, equipada con una linterna, salió hacia allí en plena noche. Al acercarse al invernadero, vio que todavía había una luz encendida. Por un momento, quiso darse la vuelta porque pensó que Duncan había tenido la misma idea que ella.

—No seas cobarde —se regañó a sí misma. Además, podía aprovechar la oportunidad para disculparse con él. Empujó la manija hacia abajo y al mismo tiempo gritó: «Duncan... El resto no pudo decirlo porque no era Duncan quien estaba en el invernadero, sino Audrey y un chico joven. Ambos se separaron asustados mientras él se abrochaba los pantalones a toda prisa.

—Madre mía, Audrey —le dijo Jo regañándola—. ¿No te dije que intentaras que no te pillaran? ¿Y si en vez de yo hubieran sido Duncan o Jane?

Audrey se puso en pie sonrojada y mirando hacia abajo. El chico, que era probable que fuera Phil, la miró despreocupado y con una gran sonrisa.

—Pero no eres Jane ni Duncan y no nos vas a delatar, ¿verdad?

Jo lo miró furiosa.

—¿Sabes que estás poniendo en riesgo el futuro de Audrey? ¿No te preocupa?

—Mierda. Viene alguien más —gritó Audrey.

A través del cristal, Jo vio que la luz de una linterna se acercaba.

—Rápido, Audrey, métete debajo de esa mesa de plantación —dijo Phil. Luego, miró a Jo—. Y tú, si tanto te preocupa el futuro de Audrey, sígueme el rollo. —Antes de que Jo pudiera discutir, la levantó y la puso sobre la mesa. Luego, se acercó a ella y la besó con pasión. Le olía muy mal el aliento a cigarrillos y cerveza. Jo intentó empujarlo hacia atrás, pero oyó la puerta abrirse. Las manos de Phil parecieron cobrar vida propia y, de repente, se metieron debajo de su suéter. Mientras tanto, Jo solo intentaba escapar.

Oyó un carraspeo y Phil al fin la soltó. Jo tuvo que controlarse para no limpiarse la boca, pero, cuando miró más allá de Phil, se alegró de estar sentada porque, de lo contrario, se habría desmayado. Duncan la miró con una mirada fría.

—No sabía que estabas tan necesitada. —Lo dijo en voz baja, pero el mensaje caló hondo en su corazón.

—No es lo que parece —dijo de forma inocente, aunque consciente de lo inverosímil que sonaba.

—Seguro que sí. No obstante, deberíais subir a la habitación para poder terminar lo que parece que estabais haciendo. Ahora largaos de aquí.

Phil se apresuró a pasar junto a Duncan lo más rápido posible, pero, cuando Jo trató de pasar junto a él, la agarró del brazo con rudeza y la obligó a mirarlo de nuevo:

—¿Cómo he podido estar tan equivocado contigo?

A Jo le hubiera encantado aclararlo todo, pero tampoco podía traicionar a Audrey y poner en peligro su educación.

—Me estás haciendo daño —contestó en voz baja.

Entonces, la soltó y dejó que se marchara. Cuando los dos se fueron, miró a sus plantas, pero ya no eran tan importantes. Cogió la pequeña pala de mano de la mesa y la arrojó con rabia contra los geranios rosados. Luego, se agachó y hundió la cabeza entre las manos. Se quedó un rato así sentado. Había tenido una reunión larga con Jane, quien quería despedir a Jo porque también había descubierto que no era jardinera y, como era tan estúpido, la había defendido a pesar del desastre del Chelsea porque la veía comprometida y aprendía muy rápido. Ahora se arrepentía de no haberse callado. Sabía que no la había defendido por puro altruismo. A pesar de que se habían gritado unas horas antes, tenía la impresión de que había algo entre ellos que podía prosperar. Jo se había colado en su corazón, pero ahora lo había cortado en pedazos y lo había mezclado con su maldita sopa del día. Por último, se levantó suspirando por la lección que le había dado la vida y salió del invernadero. Lo que no vio, sin embargo, fue la figura oscura que salió del invernadero unos minutos después que él.

Al día siguiente, Duncan no apareció en el punto de encuentro. Seamus se encargó de distribuir las tareas por él. Un poco más tarde, mientras arrancaba las malas hierbas, Audrey se acercó a Jo.

—Gracias por lo de ayer —susurró en voz baja para que nadie más la oyera.

Jo parecía molesta.

—No te haces una idea del problema en el que me has metido.

—Sí —admitió Audrey de forma tímida—. No sabía que Duncan y tú teníais algo.

—No tenemos nada. Pero Phil es un asqueroso. ¿Qué has visto en él?

—Que es guapo y tiene el culo duro.

Jo suspiró.

—Audrey, eso no te va a dar de comer si te pillan y te echan. Y no tengo la impresión de que Phil se vaya a hacer responsable. Prométeme que tendrás más cuidado a partir de ahora, por favor.

Audrey asintió.

—Duncan se puso muy triste cuando te fuiste.

Jo no dijo nada sobre el hecho de que ella misma no había dormido nada esa noche porque sabía que lo que fuera que estaba sucediendo entre los dos se había terminado después de aquel incidente.

—Supongo que sería por las plantas y el concurso de Chelsea. No era por mí, Audrey, estás equivocada.

Cuando Audrey la dejó sola con sus tareas, Jo cogió el pico para poder reprimir la ira que llevaba dentro de alguna forma. El pequeño tocón en el arriate era perfecto para desahogarse. Entonces, comenzó a golpearlo con fuerza. Cuando ya estaba a punto de desenterrarlo, en uno de esos golpes fuertes, el pico rebotó y se dio con el mango en la barbilla. El dolor atravesó su mandíbula como un rayo y comenzó a ver las estrellas. Se trastabilló hacia atrás de tal manera que tuvo que sentarse. Le dolía muchísimo la mandíbula. Incluso pensaba que había perdido algunos dientes,

pero por suerte todos estaban en su lugar. Se miró los guantes asombrada, pues se habían llenado de sangre. ¿De dónde venía? Duncan, que había visto el accidente desde lejos, corrió hacia ella, al igual que Marie y Olav.

Se arrodilló frente a ella y se quitó los guantes.

—Déjame ver. —Le giró la cabeza con cuidado para poder ver la herida—. Te tiene que ver un médico. Puede que incluso tengan que darte puntos. ¿Puedes ponerte de pie?

Jo asintió, cosa que debería haber evitado, puesto que le dolía la cabeza con cada movimiento.

—Te voy a llevar al médico. —Luego, se volvió hacia Olav y Marie, y les pidió—: Recoged las cosas, por favor.

Jo no se resistió porque le dolía tanto que se alegró de que alguien la estuviera cuidando. Duncan la llevó a su coche, que estaba aparcado frente al hotel, y entró para coger una toalla. Al volver, se la dio a Jo.

—Presiónate la herida.

Luego, se montó en el coche y se pusieron en marcha. Ninguno de los dos dijo una sola palabra durante un buen rato, pero Jo no pudo soportarlo más.

—Lamento mucho lo que ocurrió ayer.

Duncan la miró antes de volver a mirar hacia la carretera.

—¿A qué te refieres exactamente? ¿A que arruinaste mi participación en el Chelsea, a que has manchado mi reputación, a que has destrozado mi jardín o a que nos has estado mintiendo y engañando desde que llegaste?

—Puedo explicártelo todo, Duncan.

—No me importa. No quiero oír más mentiras.

Jo se esforzó para no soltar ni una lágrima.

—No te he mentido —susurró.

—Me hiciste creer que eras jardinera. ¿De verdad creías que no íbamos a notar que no tenías ni idea de jardinería?

—¿Y por qué no me despediste al enterarte?

—Porque quería saber por qué lo estabas haciendo y también porque pensaba que me dirías la verdad en algún momento.

Ya habían llegado al pueblo. Duncan aparcó en la casa del médico. Salió y cerró la puerta, mientras Jo salía corriendo detrás de él.

—Hola, Duncan —lo saludó la enfermera.

—Hola, Doreen. Mi alumna se ha intentado cortar la cabeza, pero, por desgracia, no lo ha conseguido. ¿Podéis echarle un vistazo? Luego envío a alguien para que la recoja.

Doreen miró un poco asombrada a Duncan y a Jo.

—Claro que sí. Ven conmigo, por favor.

Duncan salió de allí sin volver a mirarla. Cuando ya estaba fuera del pueblo, detuvo su Land Rover a un lado de la carretera y respiró hondo. Se quedó muy impactado al ver lo que le había sucedido. A pesar de todo lo que le había dicho en el coche, era importante para él, por mucho que quisiera ocultarlo. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza la imagen de ella besándose con aquel chico en el invernadero. Furioso, le dio un golpe al volante. Qué idiota, pensó. Poco antes de lo sucedido, había defendido a Jo ante Jane para que no la despidiera porque había descubierto que no era jardinera. Tendría que haber mantenido la boca cerrada. ¿Por qué se había metido en su jardín? ¿Qué estaba buscando? Si lo que quería era irse de vacaciones durante un año a Escocia sin gastarse dinero, podría haberlo hecho de otra manera. No la entendía. Pero tenía clara una cosa, y es que las vacaciones se habían terminado para Jo. No le estaba haciendo ningún bien. Decidió que participaría en el Chelsea y, cuando volviera, ella ya habría hecho las maletas y se habría marchado. Ya era hora de elaborar un plan de emergencia para el Chelsea; debía buscar una solución utilizando

las plantas que tenía. Se lamentó al volver a recordar lo de los robles y dejó caer la frente sobre el volante. ¿No podría al menos haber elegido árboles un poco más inusuales? Nadie quería ver robles en el Chelsea Flower Show, y menos la reina. Molesto, encendió el motor y se puso en marcha.

La enfermera había llevado a Jo a la consulta.

—¿Estás bien? —preguntó Doreen preocupada.

—Estoy bien. —Jo todavía se estaba esforzando por contener las lágrimas. Duncan la había tratado con mucha frialdad. Le habría gustado contárselo todo. Entendía que era normal que estuviera enfadado con ella por lo sucedido.

Doreen le entregó un pañuelo.

—El doctor vendrá en un instante y te dará algo para aliviar el dolor —dijo para consolar a Jo.

—No creo que haya medicina para la estupidez —confesó Jo muy seria.

—A ver, querida, los accidentes como este son muy frecuentes. No tienes que estar molesta por ello. Aunque Duncan podría haber sido un poco más amable contigo. A veces es demasiado antipático. —Al decir aquello, dejó a Jo en la consulta y volvió al trabajo. Parecía que todos se conocían bien el pueblo.

Un poco más tarde la llevaron a la sala de tratamiento y el doctor Hammond le miró la herida.

—Has tenido suerte, querida. No voy a tener que ponerte puntos de sutura. Voy a limpiarte la herida y lo unimos. Aunque te quedará un pequeña cicatriz.

—No importa. Hasta el momento no he ganado ningún concurso de belleza —respondió. El doctor soltó una carcajada.

Por suerte, la mandíbula estaba intacta. Solo la tenía un poco herida.

—Puede que sientas el dolor durante un tiempo. Evita comer cosas duras como nueces o ese tipo de cosas en un tiempo y tómatelo con calma durante una semana más o menos. Después, deberías notar mejoría. Voy a hacerte un certificado médico para que Duncan no te dé la tabarra.

Más tarde se subió al coche de Greg. Duncan le había pedido que fuera a buscarla. No quiso hacerle ninguna pregunta, pero Jo sabía que también estaba enfadado con ella. Liz le debió de haber contado lo que ocurrió con el pedido para el Chelsea. Cerró los ojos y esperó llegar al apartamento lo antes posible para poder esconderse en su habitación.

Al llegar, se acostó de inmediato. Pasado un tiempo, oyó algunas

voces en la sala de estar y se levantó. Se puso un cárdigan y salió de su habitación. Todos se quedaron en silencio de repente, por lo que se dio cuenta de que estaban hablando de ella.

—Tengo que contaros algo —comenzó en voz baja.

—Eso estamos esperando. —Greg la miró de mala gana; Liz le dio un codazo.

—Ven a sentarte con nosotros —le dijo Marie señalando el asiento vacío a su lado. Jo se sentó y Marie cogió la tetera y le sirvió un poco de té.

—De verdad que mi intención no era engañar a nadie —comenzó. La historia continuó, aunque se saltó a propósito la parte en la que se besó con Duncan y la parte en la que le salvaba el culo a Audrey.

—Pero ¿por qué no les contaste a Jane y Duncan que no eras jardinera cuando te diste cuenta de que era necesario tener formación previa? —dijo Greg sin intención de perdonarla.

—Porque no quería arrastrarme de vuelta a casa. Pensé que, si me esforzaba lo suficiente, hacía mi parte y aprendía de jardinería, sería útil. Tenía pensado buscar un trabajo nuevo mientras tanto, pero no me ha dado tiempo todavía. Os prometo que no era mi intención hacerle daño a nadie.

—Pues lo has hecho —dijo Liz en voz baja—. El Chelsea Flower Show es algo muy importante para Duncan. Es lo máximo a lo que puede aspirar un diseñador de jardines y Duncan lleva años ganando la medalla de oro. Todo el mundo espera que vuelva a ser así este año, pero la has cagado. Además, también estás ocupando el puesto de otra persona joven y capacitada.

Marie sintió pena por Jo al verla allí sentada lamentándose por sus miserias y le puso el brazo sobre el hombro.

—Venga ya. Todos sabemos que Jo no lo ha hecho con mala intención.

—Puede ser —dijo Greg mirándola con insistencia—. Pero es hora de que lo aclare todo. Es posible que el tren de Duncan para ir al

Chelsea Flower Show haya pasado, pero deberías hablar con él y con Jane y ofrecerte a dejar el año de prácticas. Eso sería un buen gesto por tu parte.

Jo asintió y se levantó de su asiento para volver a la cama. Lo único que quería era esconderse. Un poco más tarde, Marie se acercó con un plato de sopa.

—Deberías comer algo, Jo.

—Ya lo sé, pero no tengo hambre.

Marie puso el plato en la mesita de noche y se sentó junto a ella.

—Nadie espera que hagas las maletas de inmediato. Habla con Jane y Duncan mañana. Estoy segura de que te darán un tiempo para que te mejores primero. Yo te ayudaré a buscar otra cosa.

—Gracias, Marie. —Eso fue todo lo que pudo decir.

—¿De verdad eres cocinera?

Jo asintió.

—Pues claro. Ahora entiendo por qué estaba tan rico todo lo que nos preparabas. Pero ¿por qué has preferido trabajar al aire libre teniendo que soportar cualquier clima en lugar de estar en una cocina calentita y acogedora?

Jo sonrió.

—Cuando tengas a un jefe de cocina tan pesado como el que tenía yo, necesitarás un poco de aire fresco, créeme. Gracias, Marie. Gracias por no ser como el resto y pensar que soy una canalla.

Marie sonrió.

—Al menos gracias a ti no hemos tenido que limpiar la pocilga. Solo por eso deberían eximirte de todos tus pecados. Y ahora descansa. Mañana será otro día.

Pero Jo no podía dormir aún. Tenía muchas cosas en la cabeza.

Entonces, cogió el móvil y llamó a su amiga Heidi.

—Pero bueno. Por fin sé algo de ti. ¿Cómo te va por allí arriba, por el lejano norte?

Jo suspiró.

—Iba bien, pero ayer perdí una batalla contra un tocón de raíz y puede que mañana no tenga donde vivir.

—¿Cómo? No te entiendo.

Entonces, Jo le abrió su corazón a su amiga, y esta vez no omitió nada.

—Vaya, Jo —suspiró Heidi al final—. La verdad es que todo se ha torcido de una forma muy tonta. ¿No puedes al menos explicarle a Duncan lo que sucedió en el invernadero?

—¿Y correr el riesgo de que Audrey se quede sin puesto de aprendiz? No, no puedo hacer eso.

—¿Los escoceses siguen siendo tan antiguos?

—Bueno, al menos aquí por el hotel sí. Mis compañeros de piso están molestos porque acepté las prácticas sin tener formación previa, pero en realidad no lo hice con mala intención. Tengo que hablar con la dueña del hotel para arreglarlo. Lo más seguro es que me eche de inmediato y me quede en la calle.

—Pues vuelve a casa, Jo. No tienes por qué quedarte en Escocia.

—Sí tengo que hacerlo. No puedo volver a casa de mis padres por haberla cagado. Tengo cuarenta años y no soy capaz de arreglármelas yo sola. Eso se tiene que acabar.

—Sí, pero también puedes hacer lo mismo aquí en Suiza.

—Podría, pero me gusta estar aquí y me prometí que aguantaría un año, así que ya me las arreglaré. No me voy a dar por vencida.

Heidi sonrió.

—Me gusta esa forma de pensar, Jo. Ya lo lograrás y, cuando vuelva a tener vacaciones, iré a visitarte.

—¿Cómo estás? Ni siquiera te he preguntado. Vaya amiga estoy hecha.

—Una amiga muy buena que tiene muchos problemas en la cabeza ahora mismo. Estoy bien. También dejé el trabajo en la residencia y he encontrado uno nuevo en el comedor de la universidad. Tampoco es que sea el trabajo de mis sueños, pero al menos no tengo que volver a aguantar a nuestro antiguo jefe de cocina. La semana que viene empiezo. Pero ahora volvamos a hablar de ese tipo, de Duncan. ¿De verdad piensas que no puedes arreglarlo?

Jo sonrió. Esa manera de pensar era típica de Heidi.

—No, está muy cabreado conmigo. No me extraña, parece que incluso le he arruinado el concurso que gana todos los años. —Volvió a suspirar—. Pero qué bien besa. Nunca me habían besado así.

—¿Y el otro del invernadero?

Jo no pudo evitar estremecerse del asco.

—No hay comparación. Fue asqueroso. De verdad que no entiendo a Audrey. Olía a cenicero sucio y lavado con *whisky*. ¡Puaj!

—Joven y salvaje —dijo Heidi con una sonrisa.

—No. Más bien sucio y asqueroso. Menos mal que nunca he pasado por esa fase.

—¿Qué aspecto tiene el famoso Duncan?

—Alto, cabello castaño claro, hombros anchos, brazos fuertes y... —Entonces, cerró los ojos y lo vio de nuevo en la misma posición que la vez que la besó en la playa—. Ojos azules y oscuros como el mar. —Parpadeó, sacudió la cabeza y dejó los pensamientos de Duncan apartados, puesto que no iba a querer nada más con ella y seguramente tendría que incluso abandonar el hotel—. Tiene un hijo que se parece mucho a él. Nick tiene una discapacidad leve

porque tuvo un accidente cuando era más pequeño. Tendrías que verlos a los dos juntos.

—Vaya —intervino Heidi—. ¿Y dónde está la madre?

—Murió en el accidente, pero no sé qué le sucedió exactamente.

—Olvídate de ese tío, Jo. Eso suena a problemas y tú no trabajas en los servicios sociales.

—Como si pudiera elegir. Duncan está tan enfadado conmigo que no me tocaría ni con un palo. Piensa que me tiraría a cualquiera que pasara por delante de mí.

—Pues, aunque quiera algo contigo, aléjate de él. Ya tuviste suficiente con el otro.

—¿Te refieres a Markus? Sí, eso sí que fue un palo. No sé cómo no me di cuenta antes. Lo único que espero es que pueda pagar su parte del alquiler y que la Administración me deje en paz. Me amenazaron con que recurrirían a mí si Markus no pagaba el resto del alquiler. Por desgracia, los gastos son compartidos.

—Vaya mierda. Rezaré para que Markus pague su parte.

—¿Y tú qué? ¿Has tenido algo serio en este tiempo?

Heidi le contó las aventuras que había tenido con algunos chicos y se rieron y charlaron hasta que se quedó sin batería. Le vino bien hablar con su amiga. Se sintió mucho mejor después. Ya encontraría alguna solución. Decidió que al día siguiente iba a hablar con Jane y Duncan para aclararlo todo y seguro que había alguna solución.

Pero cuando Jo llamó a la secretaria de Jane a la mañana siguiente, no lo hizo con tanta confianza como pensaba. Había dormido mal porque le dolía mucho la mandíbula y, por la mañana, se había tomado otra pastilla para poder desayunar al menos. Después de limpiar la pocilga, se cambió y se dirigió al hotel para coger el toro por los cuernos de una vez. Estaba a punto de pedirle una cita a la secretaria cuando se abrió la puerta y salió Jane.

—Buenos días, Jo.

—Buenos días, Jane. ¿Tienes un momento? Tengo que contarte algo urgente.

—Vamos a mi despacho.

Una vez dentro, le pidió a Jo que se sentara.

—Gracias. ¿Podrías llamar a Duncan para que viniera? También le afecta a él.

Jane la miró con escepticismo, pero, luego, levantó el teléfono y llamó a Duncan al móvil.

—Hola, Duncan. Tengo a Josephine Müller sentada en mi despacho. Quiere contarnos una cosa. ¿Puedes venir un momento? Ah, vale. Ya veo. Sí, vale. —Colgó el teléfono y se volvió hacia Jo—. Dice que no tiene tiempo, pero dime de qué se trata. Creo que ya sé por dónde van los tiros.

Duncan ya sabía que no tenía formación, por lo que Jo podía contárselo a Jane sin él. Respiró hondo y luego soltó la supuesta bomba.

—No soy jardinera.

—Lo sabemos desde hace mucho tiempo, Jo. Lo que no entiendo es cómo pudiste llegar a pensar que engañarías a un jardinero como Duncan.

—Te aseguro que no fue con mala intención —comenzó Jo, y siguió contándole todo lo sucedido—. Mi intención no era hacerle daño a nadie, de verdad.

—Pues lo has hecho, y si hubiera sido por mí, te habríamos despedido hace dos días, pero Duncan te defendió porque te estabas esforzando y trabajabas duro. Sin embargo, me ha llamado antes y me ha dicho que está de acuerdo conmigo y que ya puedo despedirte.

Jo tragó saliva. Sabía que le había hecho daño, pero su rechazo le dolió de todos modos.

—Lo entiendo. Solo te pido que me des un poco más de tiempo para encontrar otra cosa.

Jane la miró de forma directa a los ojos, pero no dijo nada y golpeó el borde de la mesa con un bolígrafo.

—Espera fuera un momento, por favor. Puede que haya una solución —dijo al final.

Cuando llamó a Jo para que volviera, no dejó entrever nada en el gesto de su cara y eso hizo que Jo tuviera miedo de tener que recoger sus cosas de inmediato.

—Bien. Adrián, el chef, me informó esta mañana de que el ayudante de cocina estaba con gripe. Me ha dicho que le parece bien que le eches una mano. Pero si tampoco te desempeñas bien en este trabajo, saldrás de aquí lo antes posible. Puedes quedarte hasta finales de la semana que viene. Duncan insistió en que te fueras para entonces.

Sintió como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago. Asintió y le dio las gracias a Jane por darle más tiempo. No quiso decirle nada sobre el hecho de que tenía un certificado médico y estaba de baja una semana. No quería molestarla más. Ya tenía bastante con que Duncan la odiara.

Después de hablar con Jane, Jo fue directa a la cocina para comenzar a trabajar. Adrián quedó satisfecho con su trabajo porque no tuvo que explicarle apenas nada, pues ya tenía mucha experiencia de cocinera. Era una cocina profesional y Adrián era un jefe justo que no se dedicaba a gritarles a sus empleados y aun así conseguía sacarles rendimiento. Jo guardó silencio, lavó los platos, limpió las verduras, las cortó en trozos pequeños y fue a cuidar a los cerdos, por lo que sus compañeros de piso también estaban contentos. Por las noches, le pedía el ordenador a Liz para seguir buscando trabajo, pero, al ser extranjera, no resultaba nada fácil. El domingo, mientras estaba tumbada en el sofá descansando, llamaron a la puerta. Como no había nadie más en la casa, se levantó y abrió. Se encontró con Nick llorando y arrojándose a sus brazos. Ella lo abrazó con fuerza y le frotó la espalda con dulzura.

—¿Qué te pasa, pequeño? —le preguntó sin soltarlo.

—Mañana van a sacrificar a Heribert —dijo resoplando.

Jo se sorprendió al escucharlo.

—¿Cómo? —Alejó a Nick para poder mirarlo a la cara—. ¿Quién te lo ha dicho?

—He estado en la pocilga antes y he escuchado a papá hablando con el chef. Papá ha intentado convencerlo, pero el chef le ha dicho que tanto Heribert como el resto están listos para la matanza. —Nick continuó llorando—. ¿Cómo van a hacer eso? Tenemos que salvarlos, Josy.

Jo tuvo que aguantar las lágrimas al ver a Nick tan triste y lo abrazó con más fuerza.

—¿Y por qué ya no puedo venir a verte, Josy? Papá me prohibió venir ayer. ¿Qué ha pasado?

Jo tragó saliva y luego reconoció lo sucedido.

—Tu papá está enfadado conmigo porque hice una cosa que no se debe hacer.

—Pues pídele perdón y ya está. A mí siempre me funciona.

Jo sonrió, aunque las lágrimas le picaban los ojos.

—Pero tú eres su hijo. Te perdonaría cualquier cosa.

—¿Qué has hecho?

—Cree que le he mentido.

—¿Y no lo has hecho?

—No es una mentira en realidad, pero, al quedarme en silencio, se lo tomó como tal. Ojalá pudiera volver atrás, pero ya no se puede.

—Pero vas a salvar a Heribert, ¿verdad? —le preguntó mirándola fijamente.

Jo le pasó la mano por el pelo despeinado.

—Nick, no sé si voy a poder —contestó con sinceridad.

—¡Pero tienes que hacerlo! Pensaba que Heribert era tu amigo.

—Sí que lo es, y sus chicas, también, pero yo no tengo ni voz ni voto en este asunto.

Volvieron a llamar a la puerta. Esta vez se trataba de Duncan, quien le dirigió una mirada penetrante y fría.

—¿Nick está aquí? —preguntó sin siquiera saludarla. Luego, la empujó a un lado y entró.

—Hola, Duncan, yo también me alegro de verte —dijo entre dientes.

—Nick, vamos a ver. ¿No te he dicho que no puedes venir aquí?

—Sí me lo has dicho, pero, si tú no me vas a ayudar a salvar a los cerdos, seguro que ella sí lo hará, ¿verdad, Josy?

Jo miró al suelo. Le hubiera encantado prometerle que sí lo haría, pero sabía que no podía hacerlo por mucho que le doliera en el alma lo que les iba a suceder a Heribert y sus chicas.

—No se lo habrás prometido, ¿no, Jo? —Ambos la miraron fijamente. Era asombroso lo mucho que se parecían, excepto por el color de pelo y las gafas. Pero cada uno insistía en su propio punto de vista y esperaba que ella se pusiera de su lado. Enfadada, Jo se encaró con Duncan.

—Sabes muy bien que no puedo hacerlo, pero deberías defender a tu hijo y poner a salvo a los cerdos.

—Maldita sea. ¿Tengo que explicarte cómo funciona esto también? Era evidente desde el día que nacieron que iban a acabar siendo comida. Ese es el propósito de los cerdos.

—Pues no volveré a comer carne nunca más —dijo Nick entre lágrimas.

—De hecho, no deberías, muchacho, si no soportas el hecho de que el ganado está destinado a ser comida.

Jo le puso el brazo por encima del hombro a Nick como gesto de protección.

—Puede que tengas razón, pero no se puede sacrificar a un animal con nombre.

—¿Y a los animales sin nombre sí? Serás hipócrita. Eres cocinera. Estoy convencido de que tú también cocinas carne. Nick, venga, nos vamos.

—Yo me quedo aquí con Josy. ¿Y por qué no la perdonas por no haberte contado todo? A mí sí me perdonas.

Duncan miró enfadado a Jo.

—¿También lo has utilizado a él para tus propósitos?

—No lo he hecho. Solo me ha preguntado por qué no le dejabas venir aquí. Si no le das a tu hijo una explicación razonable, tendré que dársela yo, ¿no?

—Dejad de discutir —gritó Nick entre lágrimas mientras corría hacia fuera.

—Te has lucido otra vez —le espetó Duncan.

—Claro, échame la culpa de todas las desgracias del mundo. Parece ser que antes no había chivo expiatorio en Escocia. Qué bien que ahora me tengas a mí.

Duncan la miró con desdén y luego corrió tras su hijo. Después de la disputa, Jo tuvo que sentarse. Lo sentía mucho por Nick, pero también por Heribert. No le habían dicho que los cerdos verían su fin tan pronto. Al llegar a la cocina más tarde, trató de convencer a Adrián.

—Pero ¿no podrías al menos dejar que Heribert viva? Nick está tan apegado a él.

Adrián la miró sonriendo.

—No solo Nick, tú también.

—Sí —admitió.

—Mira, sé por Jane que eres una cocinera profesional que, aunque sea un trabajo fácil para ti, hace su labor muy bien y sin quejarse, pero los cerdos son de los Douglas, no nuestros, y han decidido que hay que sacrificarlos. Según me han dicho, no volverán a tener cerdos. Hay huéspedes que se han quejado del olor.

Jo se dio por vencida. Estaba claro que no había nada que pudiera hacer desde la cocina. Sin embargo, no pudo quitarse a Nick de la cabeza en toda la noche, preguntándose una y otra vez si todavía había alguna forma de salvar a Heribert y su piara.

Hablar con Jane no iba a ayudar, pues sabía que no quería saber nada más de ella. A las cuatro y media de la mañana todavía seguía despierta, así que decidió vestirse y dirigirse hacia la pocilga. Al llegar, se sorprendió al ver que los cerdos no estaban allí. Iluminó todos los rincones con una linterna, pero no vio a Heribert ni a las cerdas. La pocilga estaba vacía. ¿Se los habrían llevado antes de lo previsto? Cuando estaba a punto de volver a la cama, llegó un camión de transporte. El vehículo se detuvo junto a la pocilga y un tipo fuerte salió de la cabina del conductor con buen humor.

—Buenos días. Supongo que estás aquí para echarme una mano, ¿no?

Jo miró al hombre confundida.

—Pero si ya se han llevado a los cerdos, ¿no? Aquí no queda ninguno.

—No puede ser. Me dijeron que viniera a las cinco e incluso he llegado antes. —El hombre miró hacia la pocilga y volvió a mirar a Jo—. Aun así tenéis que pagarme el viaje. No he venido hasta aquí a esta hora en vano. ¿Dónde está tu jefe?

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Adrián saliendo de la oscuridad.

—Estaba a punto de recoger los cerdos cuando esta señora me ha dicho que ya se los han llevado.

Ambos la miraron con reproche.

—No he podido evitarlo —se defendió Jo—. Quería despedirme de los cerdos, pero ya no estaban aquí. Luego ha llegado el camión y ahora tú, Adrián.

—¿Y tengo que creerte? Justo ayer me preguntaste si no había alguna forma de salvar a los cerdos, y ahora la pocilga está vacía, aunque dices que no has sido tú. Búscate una excusa mejor. Voy a llamar a la Policía ahora mismo.

—Haz lo que quieras. Yo no tengo nada que ver con esto. —Se dio la vuelta para marcharse a su habitación, pero el camionero la agarró del brazo.

—Quédate aquí hasta que esto se aclare.

—Me estás haciendo daño. Suéltame.

—¿Para que puedas huir? El robo de ganado es un delito grave.

Adrián, que acababa de colgar el teléfono, señaló la pocilga.

—Vamos a encerrarla allí hasta que venga la Policía, para que no pueda escapar.

—¿Te has vuelto loco? Te juro que no tengo nada que ver con esto —dijo mientras los dos hombres la arrastraban hacia la pocilga.

—Ahora se lo explicas a la Policía —dijo Adrián cerrando la puerta. Luego llamó a su jefa, quien llegó al lugar al mismo tiempo que la Policía.

Jo oyó la discusión afuera y le dio puñetazos a la puerta.

—Esto es detención ilegal. ¡Dejadme salir!

Estaba a punto de golpear la puerta de nuevo cuando la abrió un policía, quien pudo parar el puñetazo de milagro antes de que

aterrizara en su cara. Jane se acercó al hombre y miró con desdén a Jo.

—¿Así me agradeces que te haya dado más tiempo? Dime ahora mismo adónde te has llevado a los cerdos.

Jo la miró directamente a los ojos.

—No tengo tus cerdos, joder. ¿Cómo voy a hacer algo así? No tengo camión ni conozco a nadie que se hubiera podido quedar con los animales. Es más, no conozco a nadie aquí todavía.

—Puede que liberara a los cerdos para que no los sacrificaran. Algunos activistas radicales lo hacen por los derechos de los animales —apuntó el camionero.

El policía que estuvo a punto de recibir el puñetazo la miró de forma inquisitiva.

—¿Ha sido usted, señorita?

—¡Por supuesto que no!

—¿Y qué hacía en la pocilga a estas horas de la mañana? —preguntó el otro policía.

—Quería despedirme de los cerdos...

Jane soltó una risa lacónica.

—Y tenemos que creerte, ¿no?

—Bueno, lo admito. Estuve un tiempo pensando en liberar a los cerdos, pero ya no estaban cuando llegué a la pocilga.

Jane levantó las manos.

—Claro que no tienes nada que ver con todo esto. Solo has salido en plena noche por puro placer. —Luego se volvió hacia los policías—. No sé si necesitan más pruebas, pero para mí el caso está claro. La señorita Müller tiene algo que ver con el asunto.

Uno de los policías se aclaró la garganta.

—Eso es lo que parece, pero tenemos que resolverlo debidamente. Señorita, nos la llevaremos a comisaría para interrogarla.

—Tendrán que retenerla allí si no quieren que se escape. No es de aquí —dijo Jane.

—Eso es problema nuestro, señorita Douglas. —Luego, se volvió hacia Jo—. ¿Lleva la documentación encima?

—Claro que no. Solo me había pasado a despedirme de los cerdos.

—Bien. Entonces, la acompañaremos a su casa para que pueda recogerla.

—Aprovecha y haz las maletas porque no quiero volver a verte en mi propiedad. ¡No has traído más que malestar e ira!

—¿Cómo tengo que decirte que no tengo nada que ver con todo esto? —se defendió Jo.

—¿A quién pretendes engañar? Ya nos mentiste con tu supuesta formación en jardinería. Ya he tenido suficiente. Estoy harta de tus mentiras. Agente, llévese a esta mujer de mi propiedad.

Jo se dio cuenta de que no tenía nada que hacer y caminó en silencio junto al policía.

Se encendieron las primeras luces en el apartamento del personal y, cuando Jo entró en casa con el policía, Marie iba saliendo de la cocina recién levantada.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó asombrada.

—Piensan que he robado o liberado a los cerdos —dijo Jo entre dientes.

—Por favor, coja la documentación y haga las maletas. No tenemos tiempo para charlas —ordenó el policía.

Jo empacó sus cosas frente a él.

Marie los había seguido al interior de la habitación.

—¿Han desaparecido los cerdos? —preguntó confundida.

—Sí, tenían que recogerlos para sacrificarlos esta mañana y, como yo estaba junto a la pocilga vacía, ahora todos piensan que he sido yo.

—¿Y has sido tú?

El policía miró a Jo con atención mientras esta contestaba.

—¡Pues claro que no!

—¿Y qué hacías allí tan temprano?

—Quería despedirme de Heribert. Después de todo, he estado cuidándolos a todos durante este tiempo.

Marie la miró escéptica y Jo agregó:

—Bueno, por un momento pensé en liberarlos, pero no pude porque ya no estaban cuando llegué.

—Un poco sospechoso sí que suena —dijo Marie.

Jo suspiró y la miró con insistencia.

—Así no me estás ayudando, Marie.

—¿Y por qué estás recogiendo tus cosas? No te van a encarcelar por algo así.

—Jane me ha echado.

—Bueno, es normal que lo haga.

—¡Marie!

—Desde su punto de vista, claro. Pero si dices que no has sido tú, seguramente será verdad. ¿Puedo ayudarte en algo?

Jo negó con la cabeza, abatida por la situación.

—No, pero gracias.

—¿Ya lo tiene todo? —preguntó el policía, impaciente.

Jo miró alrededor de su habitación por última vez y asintió.

En la comisaría le leyeron sus derechos antes de interrogarla. Después, la dejaron detenida. Era cierto que los británicos no se andaban con tonterías cuando se trataba de robo de ganado.

—¿Qué pasa con la presunción de inocencia? —le dijo al policía que la encerró después del interrogatorio.

Allí se encontraba sentada en el catre, todavía con dolor en la mandíbula y sintiéndose abandonada por Dios y por el mundo. No entendía cómo le había ido todo tan mal, pero la autocompasión no la iba a llevar a ninguna parte. Tenía que haber una solución. Era evidente que desde fuera parecía culpable, pero no lo era. El policía que la interrogó le ofreció contratar a un abogado, pero ella seguía convencida de que, al no haber hecho nada, no tenía por qué temer al sistema legal. Entonces, llegó el momento en que comenzó a pensar en quién más podría haber robado o liberado a los cerdos. Excluyó de inmediato a sus compañeros de piso porque nunca habían mostrado mucho interés por los animales. Y, de repente, se dio cuenta de algo. Era posible que Nick hubiera liberado a Heribert y al resto de los cerdos de alguna forma antes de que Duncan lo llevara de vuelta al internado. Recordó cómo les suplicó a ella y a Duncan con lágrimas en los ojos que los salvaran, y fue entonces cuando pensó que había sido él quien había tomado las medidas correspondientes por su cuenta. Maldita sea. No podía traicionar a ese niño. No era capaz de hacerlo. Era evidente que no podía compartir sus sospechas con nadie, ni siquiera con su padre.

Entonces, cuando ya no sabía ni el tiempo que llevaba sentada en aquel catre, se abrió la puerta chirriando.

—Puede salir. Han pagado la fianza.

En comisaría le devolvieron sus cosas menos el pasaporte, ya que la Policía se lo quedó para que no pudiera salir del país. Luego, uno de los policías la acompañó a la puerta, y fue entonces cuando vio a

Seamus con una sonrisa en la cara.

—Seamus —suspiró aliviada con ganas de abrazarlo.

—Ahora es su responsabilidad si se escapa, y le recuerdo que tiene que estar disponible en caso de que sean necesarios más interrogatorios —instruyó el policía a Seamus.

—Por supuesto, señor. Si ocurre cualquier cosa, puede llamarnos. Tienen mi número.

Seamus cogió una de las maletas y caminó determinado hacia su coche.

—Gracias, Seamus. Te voy a mandar el dinero de la fianza de inmediato.

—No hace falta. Recuperaré el dinero tan pronto como te absuelvan.

—Tú sí me crees —dijo feliz.

—Por supuesto. Y Marie también te cree. Me llamó en cuanto te sacaron de tu casa.

—¿Sabes dónde puedo conseguir una habitación barata? Me han echado del hotel.

—Pues sí que lo sé. Mi vecina Marge dirige un pequeño hotel que es propiedad de un estadounidense que está podrido de dinero. Seguro que tiene una habitación libre para ti.

Subieron al Land Rover y se marcharon. Pasó un buen rato sin que dijeran nada hasta que Jo rompió el hielo.

—¿Duncan también piensa que soy culpable?

Seamus la miró durante un instante.

—¿No lo sabes?

—¿Qué?

—Anoche salió dirección Londres con Liz y Greg. Al final va a participar en el Chelsea Flower Show.

Jo respiró aliviada.

—Qué bien. Así por lo menos ya no soy culpable de haberle arruinado aquello.

Seamus sonrió.

—Mi sobrino a veces necesita una patada en el trasero, pero luego se pone en marcha. Le dolió bastante cuando le dijiste que no era capaz de sobreponerse a los problemas y buscar una solución. Tengo muchas ganas de ver lo que va a presentar. Ha tenido que modificarlo todo.

—Entonces, ¿no sabe nada de lo que ha sucedido aquí esta mañana?

—No. Si lo supiera, te habrías dado cuenta porque te habría sacado de la cárcel él mismo.

Jo sacudió la cabeza con tristeza, lo que provocó que sintiera un dolor punzante en la mandíbula.

—No creo. Estaba muy enfadado conmigo.

—¡Qué va! Se suele enfadar muy rápido, pero se le pasa al momento.

Seamus no sabía lo que había pasado entre ellos.

Capítulo 6

El hotel se llamaba Brambleberry Cottage y ya desde fuera parecía acogedor. Seamus le presentó a la señora mayor, bajita y regordeta que dirigía la posada.

—Marge, ¿tienes alguna cama libre para Jo? —Marge suspiró—. Pues claro. Como podéis ver, no es que tenga a los huéspedes agolpados en la puerta. ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte, querida?

—Unos días solo. Tengo que buscarme otro trabajo y un alojamiento porque no puedo pasar mucho tiempo pagando un hotel.

—Te entiendo. Se me ocurre una cosa. Si limpias tú la habitación, te rebajo el precio.

—Vaya. Qué amable. Muchas gracias. Cada centavo que pueda ahorrarme me vendrá perfecto.

—Bien. Pues yo me vuelvo ya al otro lado de la valla —dijo Seamus.

—Anda. Pensaba que tendrías tiempo para tomarte un té. También tengo bollitos recién horneados.

Marge miró esperanzada a Seamus. Jo sonrió cuando vio cómo le brillaban los ojos. Los dos parecían tener en común algo más que el hecho de ser vecinos.

—No puedo rechazar una oferta así.

—Tú también nos acompañas, ¿no, querida?

—Por supuesto. Pero voy a ir antes a soltar las maletas.

—Claro. —Le entregó la llave a Jo y le explicó cómo llegar a su habitación.

Cuando abrió la puerta, se llevó una grata sorpresa. Era una habitación preciosa, con cortinas de flores, los muebles pintados de blanco y una vista impresionante a las Tierras Altas. La habitación era pequeña, pero compensaba la falta de espacio con su ambiente acogedor. Incluso tenía una pequeña chimenea en la habitación y, dado que quedaba algo de carbón en el cubo que había junto a ella, supuso que funcionaba de verdad y no servía solo de decoración. El baño contiguo también era pequeño, pero bonito, aunque no parecían tomarse muy en serio la limpieza allí. La buena noticia era que ella misma sería la responsable de hacerlo a partir de ahora. Tras soltar el equipaje, se lavó las manos y la cara en la pila y volvió a bajar al comedor, que también era pequeño, pues tenía solo ocho mesas. La fachada de vidrio, a la que también le venía bien un cubo de agua, daba a un jardín descuidado, pero precioso. El hotel en general le causó una gran impresión; pero, por otro lado, se notaba que necesitaba un poco más de mantenimiento. Abrió la puerta al final del comedor y llegó a la cocina, donde se encontró con Seamus y Marge, ambos cargando bandejas con platos, té y bollitos.

—Por cierto, Jo es cocinera —escuchó decir a Seamus mientras iba entrando—. Tal vez te pueda echar una mano.

Marge suspiró.

—Seamus, sabes que no puedo permitirme contratar a nadie. Tuve que despedir a la limpiadora hace unas semanas porque no tenía dinero para pagarle.

Ahí estaba la causa de la suciedad.

—Pero no puedes encargarte de todo tú sola. ¿Por qué no hablas con el estadounidense?

—¿Para que venda el hotel y me quede sin casa? No, Seamus, no puedo hacer eso.

Jo estaba avergonzada de haber estado escuchando la conversación, pero ninguno de los dos parecía haber notado que estaba allí, así que fingió que acababa de entrar y que no había escuchado nada.

—Aquí estáis.

—Bien, nos has encontrado. Venga, vamos al jardín. El sol ya debería estar calentando.

La terraza estaba muy bien situada. Se veía un gran estanque con un paisaje con un encanto especial en el lado derecho del jardín del que sin duda brotarían nenúfares en verano.

—Este lugar es precioso.

—Sí, pero también requiere mucho trabajo. Sin Seamus, no sería capaz de mantenerlo en buen estado. A veces me ayuda con el jardín. —Marge cogió la tetera y sirvió té a todos.

Jo se esforzó en abrir la boca lo suficiente como para morder el bollo que había untado con mermelada de fresa y crema cuajada. Aún le dolía bastante la mandíbula, sobre todo cuando comía.

—¿Qué te ha pasado en la barbilla, cariño?

Jo le contó su pelea con el tocón de raíz y Marge se rio al oír una historia tan divertida.

—Vaya, vaya. Eso tiene que doler muchísimo.

—Lo aguanto. Pero también me gustaría aprovechar para contarte que Seamus me ha sacado de la cárcel.

Los ojos de Marge se abrieron y miró con reproche a Seamus. ¿Cómo se le ocurría? ¿Había llevado a una criminal para alojarse allí? ¿En serio?

—No me mires así, Marge. Es inocente, por supuesto.

—Te lo cuento para que lo sepas antes de que te lo cuente otra persona. —Entonces, Jo le contó lo sucedido.

—¿Y seguro que no has sido tú quien robó los cerdos? —preguntó Marge examinándola.

—¿Qué iba a hacer con los cerdos, Marge? No conoce a casi nadie

aquí.

—Entonces ¿qué hacías en la pocilga a esa hora? —Marge todavía no parecía muy convencida de que Jo no tuviera nada que ver con el asunto.

—Si te digo la verdad, mi intención era la de liberarlos para darles al menos una oportunidad, pero, cuando llegué a la pocilga, alguien se me había adelantado.

Marge la miró con reproche.

—Aunque no lo hayas hecho, no eres del todo inocente porque, si hubieras tenido la oportunidad, lo habrías hecho.

Seamus se rio y le dio una palmada en la mano a Marge.

—Pero las intenciones no son punibles, Marge. Jo es una mujer decente. Pronto lo comprobarás. Llevo unas semanas trabajando con ella y creo que ya la conozco bastante bien —afirmó antes de guiñarle el ojo a Jo.

—Mira. Si no estás segura de si quieres que me hospede aquí, puedo marcharme y buscar otra cosa.

Marge la miró dubitativa y luego miró a Seamus.

—Si Seamus confía en ti, yo también lo haré.

Jo respiró hondo y, luego, siguió masticando el bollo. Aunque Marge les dijo que estaban recién horneados, la masa estaba muy seca. A Seamus no parecía importarle. Le dio un buen mordisco y la elogió sin pensarlo. Por lo que se ve, el amor no solo es ciego, sino que tampoco tiene paladar. Tal vez, después de todo, podría serle útil a Marge.

—Cuando entré en la cocina antes, oí vuestra conversación por accidente.

Las mejillas de Marge se sonrojaron.

—De verdad que no quería escuchar a escondidas, pero, como dijo

Seamus, tengo experiencia como cocinera, aunque no se me caen los anillos si tengo que limpiar o hacer otra cosa. He venido a Escocia para pasar un año aquí y, además, el trabajo que tenía donde trabaja Seamus no era remunerado; me pagaban con comida y alojamiento. Por desgracia, no se me da nada bien la jardinería. Si Seamus no me hubiera echado una mano, me habría tenido que ir del hotel mucho antes.

Seamus se rio de buena gana y le cogió la mano a Marge con total confianza.

—Deberías haberle visto la cara a Duncan cuando vio que había cortado las hortensias de raíz.

Marge sonrió.

—No creo que le hiciera mucha gracia, pero...

Jo la interrumpió de una forma muy brusca antes de que Marge continuara.

—Lo que quiero decir con esto es que no necesito que me pagues. Solo quiero comida y alojamiento.

Marge la miró seria, pero luego negó con la cabeza.

—No puedo. Me sentiría mal, como si me estuviera aprovechando de ti.

—Salís ganando las dos, Marge —dijo Seamus para apoyar la sugerencia de Jo.

—No, no quiero hacerlo. —Marge no cambió de idea y Jo decidió dejarlo pasar.

Se pasó la semana siguiente buscando trabajo sin parar. Buscó anuncios en los periódicos, fue a todas las tiendas del pueblo e incluso fue en autobús a otros lugares más alejados. Pero parecía que le habían echado un mal de ojo. Nadie quería mano de obra barata. Además, en Escocia no había mucho trabajo de por sí, por lo que tenía claro que nadie iba a estar esperándola para contratarla.

El viernes por la tarde, se encontraba en un *pub* tomándose una sidra para ahogar las penas. Al pegar el primer sorbo, suspiró profundamente.

—¿Una semana dura? —preguntó Bob, el propietario del *pub*.

—Ya te digo. No pensaba que fuera tan difícil encontrar trabajo. Ni siquiera pido el sueldo habitual. Solo quiero unas pocas libras para poder pagar el alojamiento y pasar mi año aquí en Escocia.

—¿Qué sabes hacer?

—Jardinería ya te digo yo que no —dijo riéndose de forma breve al ver que Bob no entendió la broma—. Tengo experiencia como cocinera, pero hago lo que me pidan. —Cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir, agregó al momento—: Pero mi cuerpo y mi alma no están en venta.

Bob la miró de arriba abajo y dijo:

—Pues es una pena, la verdad.

Entonces, limpió la barra, se detuvo y la miró pensativo.

—¿Cuánto dinero quieres ganar?

—Como te he dicho, lo suficiente para pagar el alojamiento y tener el estómago lleno. Unas cuarenta libras al día. ¿Por qué? ¿Tienes trabajo para mí? —No se le había ocurrido ir a preguntar a los *pubs*.

—Puede que sí. Mañana tenemos un gran evento aquí. Viene Dougie MacDonald a cantar y vamos a estar hasta arriba. Además, una de mis camareras está enferma. —Cuando vio la mirada de ilusión de Jo, agregó—: Podrías hacer un turno de prueba mañana y, si todo va bien, ya veremos.

Jo se inclinó sobre la barra y besó a Bob en la mejilla.

—Gracias, gracias, gracias. No te arrepentirás.

Bob se rio y puso el paño de cocina al lado.

—Ven conmigo a la cocina. Voy a presentarte a Linda, nuestra cocinera. Ella también decidirá si te quedas o no.

A pesar de las expectativas de Jo, la cocina del *pub* estaba muy limpia y ordenada. Linda estaba cortando verduras para hacer un estofado cuando Bob se la presentó. Se limpió las manos en el delantal limpio para darle la mano a Jo.

—Así que eres cocinera. ¿De verdad no te importa trabajar de camarera, lavar los platos y hacer el trabajo sucio?

—Al contrario. Estaría encantadísima de poder trabajar aquí. Me hospedo en el Brambleberry Cottage, el hotel que está al final de la calle, así que incluso puedo venir andando a trabajar.

—Bueno, ya veremos cómo te desenvuelves mañana —dijo Bob tratando de frenar un poco el entusiasmo de Jo—. Y, cuando Betsy vuelva, tendremos que ver si hay trabajo suficiente para todas.

Linda soltó una carcajada.

—Sabes que hay trabajo de sobra para todas, pedazo de tacaño. Si tuviéramos a alguien que supiera cocinar, podría cogerme algún día libre y no tener que trabajar siempre hasta las tantas de la noche. Hace poco mis hijos le preguntaron a mi marido que quién era esa mujer que parecía estar durmiendo en casa y salía de madrugada.

Jo sonrió. Sabía que se llevaría bien con los dos. Se despidió de Linda y siguió a Bob de regreso al salón, donde se terminó la sidra mientras él le explicaba lo que tenía que hacer al día siguiente. No se puso para nada nerviosa, ya que había sido camarera durante su formación profesional, en la que había aprendido todo desde cero.

—¿Quién es el tal Dougie MacDonald?

—¿No conoces a Dougie MacDonald? Se podría decir que es nuestro héroe nacional.

Jo seguía mirándolo sin tener ni idea.

—Es músico y ha escrito las canciones escocesas más bonitas del mundo. Bueno, ya lo escucharás mañana.

Cuando dio la gran noticia en la pensión, Marge también se sintió aliviada. Se sentía culpable por no darle trabajo a Jo, pero no podía pagarle. Ella ya luchaba por sobrevivir y solo dos parejas tenían reserva para el fin de semana. Su pequeño negocio iba cuesta abajo y no tenía ni idea de cómo solucionarlo. Era solo cuestión de tiempo antes de que el estadounidense rico la echara de su casa y cerrara la pensión. Pero mientras pudiera, lucharía para evitarlo. Estaba cansada, pero apartó este sombrío pensamiento y le sonrió a Jo.

—Me alegro mucho por ti, querida. Pero ten cuidado de que Bob no se aproveche de ti. A veces se pasa de listo.

—Si puedo pasar un año aquí en Escocia sin tener que volver a casa como una fracasada, entonces, puede aprovecharse un poco de mí.

Al día siguiente, Jo se puso sus zapatos más cómodos y, a la hora acordada, se dirigió al *pub*. Pasaron unas dos horas antes de que los primeros clientes llegaran para el concierto. Durante ese tiempo, solo estaban allí los clientes habituales que iban por la cerveza más que por la música. Bob estaba sacando las mesas del comedor con las camareras, a algunas de las cuales había llamado solo para la ocasión. Cuando vio a Jo, le hizo señas para que se acercara.

—Bien. Ya estás aquí. Puedes echar una mano y organizar las sillas de tal manera que quepa la mayor cantidad de gente posible. Hay que dejar espacio en la parte de atrás para quien quiera quedarse de pie.

—¿Cuántas personas esperas?

—Doscientas personas en el salón principal, pero dejaremos las puertas y las ventanas abiertas para que la gente escuche la música desde fuera, así que entre cuatrocientas y quinientas personas.

Jo lo miró con asombro. ¿Cómo era capaz de meter a tanta gente en un *pub* y por qué el artista no había elegido un lugar más grande si era tan conocido?

—Todo el mundo aquí conoce a Dougie —le explicó Bob—. Viaja por todo el país y también toca en locales más pequeños. Le gusta que sea algo cercano, que no sea un evento masivo y frío. —

Trabajaron mano a mano y, cuando la sala estaba lista, Bob asignó tareas a los trabajadores. A Jo le asignó la zona de fuera junto con otras dos camareras.

—Solo servimos bebidas cuando Dougie no esté cantando. Mientras esté cantando, vosotras cuatro... —dijo señalando también a Jo—... os ponéis a lavar los platos de la cocina y el resto va sirviendo a los clientes del bar. Aquí sí seguiremos sirviendo bebidas. ¿Todo el mundo lo tiene claro?

Todos asintieron al unísono.

—Bien. Entonces, atended a los clientes que ya han llegado. Oh, hola, Dougie. Bob se volvió hacia el artista, quien acababa de entrar en el *pub*. Jo lo miró y se dio cuenta de que no era como se lo esperaba tras la descripción de Bob, sino que se trataba de un hombre mayor y poco llamativo. Aunque parecía muy simpático.

Jo cogió una bandeja y comenzó a atender a los primeros clientes. El salón principal se llenó en muy poco tiempo, tanto que Jo tenía que pasar entre la gente con la bandeja llena para atender afuera. Entonces, de repente, alguien le tocó el hombro y, cuando se dio la vuelta, vio a Marie sonriendo. Todo el equipo del Locharron Garden Estate había ido a ver el concierto.

—Te echamos mucho de menos.

Jo se rio.

—Seguro que las plantas no me echan tanto de menos.

—Puede ser —dijo Marie sonriendo—, pero no es tan divertido sin ti y, además, también echamos de menos tu comida. Hemos perdido mucho peso. ¿Lo ves?

Marie hundió el estómago. Jo se rio a carcajadas y le dio a Marie un breve abrazo.

—Tengo que seguir, pero me alegro mucho de veros aquí.

Se preguntó si Duncan también aparecería, aunque Seamus le había dicho que estaba en Londres en el Chelsea Flower Show, por lo que

no era probable que hubiera vuelto solo para ver el concierto. De todas formas, ¿por qué seguía pensando en aquel tipo tan engreído? Enfadada, hizo un esfuerzo por olvidarlo y se volvió hacia las cuatro chicas que la esperaban para pedirle algo con una sonrisa. Jo estaba ofreciéndoles unas Guinness a unos chicos con la bandeja cuando las primeras notas de la guitarra salieron por la ventana. Entonces, cuando Dougie comenzó a cantar, sintió como si su voz le atravesara el pecho hasta llegar a su corazón. Era tan melancólico, dulce y conmovedor que casi se le olvida lo que tenía que hacer a continuación. Se dirigió a toda prisa a la cocina y llenó el lavavajillas al mismo tiempo que dejaba correr el agua por el fregadero porque la máquina no seguía el ritmo debido a la gran cantidad de vasos. Excepto por el ruido de los electrodomésticos de la cocina, reinaba un silencio absoluto. Todos estaban escuchando las maravillosas canciones de Dougie sobre el amor, la amistad, la nostalgia y la inmensidad de las Tierras Altas escocesas.

Linda se acercó a ella y sonrió cuando vio la cara emocionada de Jo.

—Sí, nuestro Dougie es muy bueno. Te envuelve con su música, ¿verdad?

Jo asintió.

—Creo que nunca había escuchado una música tan conmovedora.

—Los escoceses somos muy sentimentales, por si no lo sabías. Puede que parezcamos duros, pero por dentro somos suaves como la mantequilla. Aunque podemos contarte historias preciosas sin que sepas si eso fue lo que ocurrió de verdad.

Jo le sonrió a Linda.

—A mí me caéis bien. Bueno, la mayoría de vosotros.

Después de aproximadamente una hora, Dougie se tomó un descanso y Jo tuvo que volver a salir para servir.

Era bien pasada la medianoche cuando el último de los clientes se fue y la cocina y el comedor volvieron a la normalidad. Las

camareras ya se habían ido a casa y solo quedaban Linda, Bob y Jo en la barra. Bob les sirvió una copa a las dos antes de dormir.

—Bueno, Jo, lo has hecho bastante bien. ¿Qué te parece, Linda? ¿Le damos trabajo?

—Si no la contratas, mañana tienes mi dimisión encima de la mesa. —Tras decir eso, Linda levantó la copa y brindó con Jo—. Bienvenida al equipo.

Las horas de trabajo en el *pub* eran difíciles de llevar y más al estar habituada a levantarse temprano. A menudo no llegaba a casa hasta la medianoche, pero no tenía que estar en la cocina hasta las diez y media de la mañana. Luego, trabajaba hasta las dos de la tarde y tenía libre hasta las cinco. Cuando regresaba a la pensión por la tarde, Marge solía esperarla con el té preparado. Cada vez se iban conociendo mejor y acabaron cogiendo esa hora por costumbre para tomar té y charlar un poco.

Esa noche en el *pub*, cuando Jo salía de la cocina con una bandeja llena de vasos lavados, oyó la voz de Duncan en el televisor de la esquina. Llevaba un tiempo sin pensar en él, pero oír su voz fue suficiente para que las mariposas de su estómago aletearan de nuevo. Dejó la bandeja en la barra para que no se le cayera. No había mucha gente en el *pub*, pero todos estaban pegados a la pantalla. A fin de cuentas, Duncan era uno de ellos. Lo estaba entrevistando un reportero en su jardín del Chelsea Flower Show y estaba diciendo algo en agradecimiento.

—Hubo rumores de que no ibas a asistir porque hubo algún problema con el pedido de las plantas.

—Sí, tuvimos un percance.

—Entonces, ¿por qué decidiste participar?

Duncan sonrió a la cámara de tal manera que a Jo le pareció muy atractivo.

—Digamos que me desafiaron y tenía que defender el honor de mi profesión.

Jo sonrió, ya que se dio cuenta de que sus palabras le habían afectado de verdad.

—¿Cómo se te ocurrió un nombre así para tu jardín? Ponerle «Sopa del día» a un jardín no es algo muy frecuente.

—Como ya he explicado, una de mis nuevas alumnas hizo el pedido mal y tuve que utilizar las plantas que había pedido. El resultado es una mezcla de colores como esta.

—Pero el jardín no es para nada un desastre.

—Bueno. Parece que tanto mi equipo como yo hemos sido capaces de darle sabor a esta sopa. —Duncan sonrió de una forma encantadora.

La cámara grabó el precioso jardín. Jo reconoció algunas de las plantas que ella misma había pedido, como los geranios rosados que estaban dispuestos en una bañera antigua con patas de león. Pero se quedó sin respiración cuando la cámara mostró una zona en la que había varios cerdos.

—Será cabrón —exclamó.

Bob la miró asombrado.

—¿Qué te pasa?

—Se llevó los cerdos al Chelsea y todos piensan que la culpable soy yo.

Enfadada, siguió mirando la pantalla con ganas de arrancarle la cabeza a Duncan. Encima ella había intentado ayudar a su hijo. Lo único que quería era matarlo de forma lenta y dolorosa. Durante la grabación mostraron una secuencia de la reina caminando de jardín en jardín con el príncipe Carlos y la princesa Camila para entregar los premios el día de la inauguración, antes de abrir el recinto al público. Se veía a la reina sonriendo al ver el jardín de Duncan, estrechándole la mano y entregándole la medalla de oro. Luego, se acercó a la cerca donde se encontraba Heribert y este se acercó trotando deprisa y gruñendo sin hacer mucho ruido. La reina no se atrevía a acariciarlo. El príncipe Carlos se quedó a un lado y el

reportero se acercó a él con el micrófono.

—Su Alteza, ¿qué le parece ver cerdos en el Chelsea?

El príncipe sonrió y dijo:

—Me parece genial que no solo veamos jardines elegantes aquí. Este tiene un poco de todo. Representa muy bien a nuestro país. Por un lado, todas estas formas modernas muestran que nuestro país no está anticuado y que podemos seguirle el ritmo al resto del mundo. Por otro lado, los geranios y los magníficos cerdos representan nuestra agricultura, que es una parte muy importante de nuestro país. Los robles, a su vez, representan la persistencia de nuestro reino. Estamos muy orgullosos de tener un diseñador de jardines como el señor Scarman en nuestro país. Lo único que espero es que los cerdos no acaben en un plato después del concurso.

El público se rio y el reportero fue hacia el jardinero jefe con el micrófono.

—¿Y bien, Duncan? ¿Los cerdos vivirán felices para siempre o terminarán en el matadero?

—Los cerdos viven en los terrenos del hotel de la familia Douglas, donde también trabajo de jardinero. Pueden ir allí a visitarlos y estoy convencido de que la señorita Douglas continuará haciendo posible que Heribert y sus chicas sigan siendo felices.

La cámara volvió a enfocar al príncipe Carlos, quien, mientras tanto, acariciaba a Heribert.

—Buen chico.

A Jo le pareció un movimiento muy inteligente por parte de Duncan llevarse a los cerdos al Chelsea, ya que Jane ya no sería capaz de sacrificar a Heribert, puesto que este ya estaba bajo la protección real del príncipe. Pero, aun así, Duncan seguía siendo un sinvergüenza miserable. ¿Cómo era capaz de haberla dejado allí encarcelada?

—¿Puedo hacer una llamada? —le preguntó a Bob.

—Claro, pero hazla desde la cocina.

Entonces, fue a la cocina, marcó el número de la Policía y preguntó por el agente que la había arrestado el otro día. Cuando el agente se puso al teléfono, le preguntó de forma directa:

—¿Lo ha visto?

—¿El qué? ¿Con quién hablo?

—Soy la señorita Müller. Me arrestaron hace poco por robar cerdos.

—Ah, sí, lo recuerdo.

—De acuerdo. ¿Y ha visto el programa en el que hablan sobre el Chelsea?

—No he podido. Estoy trabajando.

—Pues le recomiendo que lo vea cuando pueda porque demuestra que soy inocente. Duncan Scarman se llevó a los cerdos al Chelsea y probablemente no se lo contó a la señorita Douglas. Exijo que retiren los cargos contra mí de inmediato.

—Tranquilícese un poco, señorita. Solo porque haya visto unos cerdos en un programa no significa que sean de la señorita Douglas. No tiene ningún sentido que el señor Scarman no se lo haya contado a su jefa.

—Pues claro que sí. La señorita Douglas quería sacrificar a los cerdos, pero el hijo del señor Scarman está muy apegado a ellos. El Chelsea era justo lo que necesitaba, era su plan de rescate.

—Señorita Müller, le aseguro que investigaremos el caso en profundidad, aunque todo parezca un poco extraño. Volveré a ponerme en contacto con usted.

—Eso espero. —Y con eso terminó la llamada.

—Vaya —dijo Linda, que estaba escuchando la conversación desde la cocina—. ¿Qué es todo eso de lo que hablabas?

Jo suspiró.

—Mejor ni me preguntes.

—¿De verdad has trabajado para Duncan? Pero si eres cocinera, ¿no?

—Habría preferido limitarme a cortar hierbas en lugar de plantarlas —admitió Jo, y le contó a Linda su experiencia como alumna de prácticas en el Lochcarron Garden Estate. Lo único que omitió fue que Duncan la había besado y que luego la sorprendió en el invernadero besándose con un chico.

—Madre mía, no me lo puedo creer —dijo Linda—. ¿Y de verdad Duncan no se molestó en ir a la cárcel para liberarte?

Jo negó con la cabeza.

—No me imaginaba que pudiera llegar a ser tan canalla. Aunque es posible que no lo supiera, ¿no?

—Pero ya tendría una idea de lo que pasaría. No creo que pensara que se podría llevar a los cerdos sin que los Douglas hicieran algo al respecto.

Bob asomó la cabeza por la cocina.

—¿Podríais daros un poco de prisa? Tengo gente ahí fuera que quiere comer.

Linda puso los ojos en blanco, pero volvió a su trabajo.

Cuando Jo pudo tumbarse al fin en la cama, ya era tarde. En realidad, le habría gustado hablar con Seamus sobre el asunto de los cerdos, pero eso tendría que esperar hasta la mañana siguiente, ya que al fin tenía un día libre.

Durante el desayuno, se alegró al notar que Marge tenía otra pareja de invitados. El hotel no parecía ir muy bien, ya que casi ningún huésped se había alojado allí desde que se había mudado. Estaba muy contenta por su nueva amiga, ya que por fin alguien había reservado una habitación para ese fin de semana. Pero primero iba

a pasarse por casa de Seamus y tal vez después le echaría una mano a Marge. Le dolía mucho que un lugar tan bonito se estuviera deteriorando poco a poco. Su sueño siempre había sido tener un pequeño negocio como este, pero eso seguiría siendo un sueño imposible porque no tenía los medios para hacerlo. Más tarde, mientras paseaba por el jardín, se encontró con Seamus, quien estaba recortando los bordes del césped.

—Buenos días, Seamus. ¿Qué haces aquí?

—Buenos días, Jo. De vez en cuando vengo a echarle una mano a Marge con el jardín. Es demasiado grande para ella sola y, además, tiene que encargarse de la casa.

—¿Puedo echarte una mano?

—Si quieres... Hay que arrancar las malas hierbas, aunque supongo que primero debería enseñarte cuales son las malas hierbas, no vaya a ser que arranques las flores —bromeó sonriendo.

—Venga, reíros todos de mí —dijo de buen humor—. Me cambio y vuelvo en un momento.

No pasaron ni quince minutos y Jo ya estaba de vuelta para ocuparse de las malas hierbas con una gubia. Le gustó la idea de volver a hacer labores de jardinería.

—¿Te gusta tu nuevo trabajo? —preguntó Seamus.

—Sí, está bien. En este trabajo no tengo muchas cosas para destrozar.

Le contó a Seamus cómo era el trabajo en el *pub* y, de repente, lo miró de reojo.

—Por cierto, ¿tú sabías que Duncan se había llevado los cerdos al Chelsea?

—¿Cómo?

Seamus la miró con tal asombro que Jo se dio cuenta enseguida de que tampoco estaba al tanto.

—Sí, lo vi ayer por televisión. La reina le dio la medalla de oro por su jardín.

—Sí, me lo dijo por teléfono —la interrumpió Seamus—. Pero no me ha dicho nada de los cerdos.

—Pero lo mejor de todo es que el príncipe Carlos acarició a Heribert.

—¿Y por qué lo hizo?

—¿El príncipe?

—No. Duncan.

—Supongo que por Nick. Estaba muy apegado a los cerdos, como yo, y nos pidió a Duncan y a mí que los salváramos.

Seamus golpeó con fuerza el suelo con el cortabordes.

—Pero eso solo ha hecho que se posponga la matanza.

—Yo no estaría tan segura. Ha anunciado en televisión que pueden ir a ver a los cerdos al Lochcarron Garden Estate y que estos vivirán felices para siempre. Supongo que habrá pensado que Jane ya no querrá sacrificarlos al ver que la reina y Carlos se han encariñado de ellos.

—¿No estás enfadada con él por haber hecho que te detuvieran?

—Pues claro que sí, pero me alegro de que no lo supieras.

—Pero, claro...

Seamus hizo una pausa y la miró enfadado.

—Al fin y al cabo eres su tío. No sabía si te lo había dicho y por eso pagaste la fianza.

Seamus sacudió la cabeza.

—Duncan no me había dicho nada, pero estaba seguro de que, en el caso de que lo hubieras hecho, se lo habrías contado a la Policía. No te conozco desde hace mucho, Jo, pero sé que nunca has tratado de encubrir nada malo que hayas hecho.

—Bueno. No les dije a Jane y a Duncan que era cocinera en lugar de jardinera.

Seamus sonrió.

—Tampoco te lo preguntaron. Yo te pregunté y me contaste la verdad de inmediato. Suelo conocer rápido a la gente y sé que eres una persona honesta.

Jo se sonrojó un poco mientras arrancaba el siguiente diente de león del suelo. Continuaron trabajando en silencio. Seamus había avanzado mucho y ya estaba unos cuantos arriates más abajo. Se encontraba arreglando los bordes del césped cuando, de repente, oyó un fuerte golpe y un grito en la terraza. Ambos se miraron durante un instante y corrieron en la dirección de donde venía el grito. Cuando llegaron a la terraza, Marge estaba sentada en el suelo llorando rodeada de trozos de cristal y restos de sopa recién hecha.

—Maldita sea —dijo sollozando—. Se me ha cruzado un gato y me he tropezado con él.

Los huéspedes también se habían apresurado para ver qué había ocurrido. El hombre estaba a punto de ayudar a Marge a levantarse, pero el dolor de tobillo la hizo gritar.

—No, no puedo —gritó apartándole la mano.

Jo se arrodilló frente a ella y le miró el brazo.

—Seamus, trae un cubo con agua fría de la cocina. Hay que enfriarle el brazo. Se lo ha quemado con la sopa.

Seamus fue corriendo a la cocina mientras Jo le miraba el pie a Marge.

—Voy a llamar a una ambulancia. Puede que tengas el tobillo roto.

—No, no, no. Nada de ambulancias —dijo Marge lamentándose y mirando avergonzada a los huéspedes—. Estoy bien, aunque ya no voy a poder preparar el almuerzo. Id al *pub* que hay arriba de la calle y le decís a Bob que os ponga algo de comer y me lo apunte en

mi cuenta.

—¿Cómo vamos a dejarte aquí? —exclamó el hombre.

—Seamus y Jo cuidarán de mí.

El hombre miró a Jo.

—¿De verdad que no nos necesitáis?

—Creo que nos las podemos arreglar.

Seamus regresó con el cubo de agua y Marge sumergió el brazo quemado. Le temblaba todo el cuerpo.

—Tenemos que pedir una ambulancia —dijo Seamus con un tono sosegado.

—No —protestó Marge de nuevo con vehemencia.

—Pero, Marge —objetó Jo.

—No hay que armar tanto jaleo. Además, la ambulancia tardará una eternidad en llegar hasta aquí —insistió Marge antes de mirar a Seamus suplicándole—. Si me llevas tú al médico, tardamos mucho menos, Seamus.

—Marge...

—Por favor, Seamus...

Eso fue todo lo que necesitó para convencerlo.

—Está bien —dijo de mala gana—. Pero si el doctor dice que vayamos al hospital, entonces...

—Ya lo veremos —terminó Marge la frase.

—Qué cabezona eres. Pero vamos a tener que llevarte en tu coche porque no vas a poder montarte en mi Land Rover con el pie así. ¿Dónde están las llaves?

—Están en el coche puestas.

—Marge, ¿cuántas veces tengo que decirte que dejes las llaves del coche en tu casa? Te lo pueden robar.

—Seamus —dijo Jo preocupada—. Creo que eso lo podemos discutir más tarde. Ahora será mejor que la llevemos al médico.

Entonces, la ayudaron a incorporarse poco a poco y fueron hasta el aparcamiento mientras Marge seguía quejándose del dolor. Cuando la terca enferma ya estaba en el coche y Jo sentada en el asiento de atrás, Seamus arrancó y partieron hacia el médico, que tampoco es que estuviera muy lejos. Cuando las enfermeras los vieron entrar por la puerta, dejaron todo lo que estaban haciendo y los ayudaron a entrar en la consulta. Al poco tiempo, entró el doctor y Seamus y Jo dejaron a Marge a solas con él. Se oía la conversación desde fuera, pero no podían distinguir bien lo que estaban diciendo. El médico salió y los llamó para que entraran.

—No he visto a una mujer más terca en mi vida —gruñó cerrando la puerta cuando entraron.

—Te lo he dicho; no voy a ir al hospital. Me quedaré de reposo en mi cama.

—Alguien tendrá que cuidar de ti, Marge. Si pudieras llevar muletas, sería diferente, pero también te has quemado la mano.

—Yo puedo cuidar de ella —objetó Jo.

—¿Lo ves? —dijo Marge con una sonrisa triunfal al doctor.

—¿Eres enfermera?

A pesar de la gravedad de la situación, Seamus no pudo evitar esbozar una amplia sonrisa.

—Puede ser lo que le pidas. Jardinera, cocinera, enfermera... ¿Me he perdido algo, Jo?

—Déjate de bromas ahora, Seamus. —Jo lo miró con reproche—. Estoy segura de que, si alguien me enseña qué tengo que hacer, puedo encargarme yo misma. Y seguro que también hay alguna enfermera del pueblo que pueda venir una o dos veces al día para

ver cómo está.

La enfermera, que ya le estaba vendando la mano quemada, levantó la vista y le sonrió a Marge.

—Yo paso por tu encantador hotel todos los días. Podría pasarme por la mañana y por la tarde a cambiarte el vendaje.

—Parece que tienes muchos aliados, Marge. Qué bien. —El doctor admitió la derrota—. Entonces, lo haremos así. También me pasaré alguna vez para ver qué tal vas.

Marge respiró aliviada. Al menos se había salvado de ir al hospital y podía quedarse en casa. Sin embargo, iba a perder a los pocos huéspedes que tenía y era muy probable que perdiera el hotel también.

Más tarde, ya de vuelta en su propia cama, Marge no pudo contener las lágrimas de desesperación. Jo le dio un pañuelo mientras Seamus le sostenía la mano que no se había quemado.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —le dijo Seamus con sensibilidad —. Sé que no estás llorando por el dolor porque el médico te ha puesto una inyección. Cuéntame qué te pasa.

Le dolía ver a Marge así porque era una mujer muy alegre y luchadora. Verla tan destrozada le rompió el corazón. Jo salió de la habitación porque no quería molestarlos. Pensó que era lo que quería Marge.

—No, por favor, quédate, Jo. Esto también te afecta a ti, ya que es posible que tengas que buscarte un nuevo alojamiento.

—¿Cómo? Le he prometido al doctor que voy a cuidarte. Ahora no puedo irme a vivir a otra parte.

—Me van a cerrar el hotel —dijo mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¿Qué estás diciendo, Marge? —Seamus le acaricio la mejilla de forma cariñosa—. Que vayas a estar unas semanas sin trabajar no significa que todo se vaya a ir al traste.

—Así va a ser, Seamus —comenzó Marge antes de que siguiera.

Al hotel no le iba bien desde hace mucho tiempo, cosa que Jo ya sospechaba. Como ya sabía, el hotel era de un estadounidense rico y, para evitar que lo vendiera, Marge había hecho todo lo posible para que creyera que el negocio funcionaba. Utilizó todos sus ahorros para fingir que el hotel, aunque no diera muchos beneficios, siempre tuviera clientes y que fuera autosuficiente. Primero, fue despidiendo a las limpiadoras, luego al jardinero y, por último, al cocinero. Ella hacía todo el trabajo y, al tener pocos huéspedes, se apañaba sola, pero ya estaba con el agua hasta el cuello y, si no podía trabajar, se iba a ahogar.

Jo se sentó al otro lado de la cama de Marge. Le dolía ver todo lo que había tenido que pasar estos últimos meses para no perder su hogar.

—Eso no va a pasar, Marge. —Le agarró la mano. Parecía que habían pasado varios años por ella—. Te ayudaré a conservar tu casa. Encontraremos una solución.

Pero Marge se limitó a negar con la cabeza.

—Hay que saber cuándo rendirse, Jo, pero muchas gracias por ofrecerte a ayudarme.

—Cielos, Marge. Ya te he ofrecido mi ayuda antes. Soy cocinera. Si hay algo que se me da bien hacer es cocinar. Y también puedo limpiar y hacer las camas. Puedo hacerlo sin problemas.

—Solo retrasaríamos el hundimiento, querida. La competencia de vuestro hotel es muy grande —dijo mirando a Seamus.

Seamus inclinó la cabeza consternado. Había supuesto que Marge no estaba bien económicamente, pero tampoco pensaba que le fuera tan mal.

—Tienen una clientela completamente diferente, Marge —objetó Jo —. Por lo menos vamos a intentarlo. No tienes nada que perder.

—Yo también me apunto a echarte una mano —dijo Seamus—. Y si no funciona, te vienes a vivir conmigo. Sabes que tenemos espacio

de sobra en mi casa y, además, me encantaría vivir contigo. —Le acaricio la mejilla con suavidad, y fue entonces cuando Jo sintió de forma definitiva que estaba molestando.

—Voy a llamar a Bob para decirle que voy a estar un tiempo sin poder ir a trabajar.

—¿Por qué haces esto por mí, Jo? No me conoces apenas de nada y no puedo ni pagarte por ello.

Marge estaba muy avergonzada. Había fracasado y todo el pueblo lo sabría en breve. Pero Jo le sonreía desde la puerta.

—Aquí tengo comida y alojamiento. Es lo único que necesito para pasar mi año aquí en Escocia, y, si encima puedo ayudarte a mantener este precioso hotel, mucho mejor.

—Gracias. Gracias a los dos por quererme dar esperanzas de nuevo. —Comenzó a llorar de nuevo y Jo fue a ver a Bob mientras Seamus se quedaba consolándola.

De camino, Jo se preguntó cómo era posible que ocurriera lo que les había contado Marge. Dijo que se había tropezado con un gato, pero no había visto ninguno en el hotel ni por el jardín. Aun así, puede que se debiera a un gato tímido.

Bob no se alegró mucho cuando Jo le contó que tenía que dimitir.

—Linda se va a enfadar y me va a pedir que contrate a otra persona.

—Lo siento mucho, Bob. Me ha encantado trabajar contigo, pero Marge me necesita.

—Sí, lo entiendo. ¿Cuánto tiempo tiene que estar de baja?

—El doctor le ha dicho que de cuatro a seis semanas.

—Lo siento, Jo, pero no creo que pueda mantener el puesto libre tanto tiempo ahora que Linda se ha acostumbrado a tener ayuda.

Bob parecía decepcionado. Jo lo entendía a la perfección y se

lamentaba por no poder seguir trabajando con él. Se lo había pasado muy bien trabajando con Linda. En general, se lo había pasado genial trabajando en el *pub*.

—Sí, ya me lo imaginaba. Pero, de todos modos, creo que Marge va a necesitar a alguien que la ayude durante un buen tiempo. Lo que no sé es si lo va a consentir. Voy a la cocina para despedirme de Linda.

—Este tacaño me va a dejar sola con todo el trabajo otra vez —dijo Linda quejándose cuando Jo le explicó lo que había sucedido.

Jo le puso la mano en el hombro y sonrió.

—Parecéis un matrimonio.

Linda le dio un golpe con el paño de la indignación.

—¿Estás loca? Ya tengo bastante con uno y con los mocosos en casa. No quiero otro culo peludo tirado en el sofá. —Linda se estremeció con disgusto—. Ahora no voy a poder quitarme la imagen de la cabeza. Muchas gracias, Jo. —Ambas se rieron a carcajadas al pensar en ello.

—Me ha dicho que iba a contratar a alguien para que no te enfadaras —dijo Jo secándose una lágrima de los ojos.

—Eso lo puede tener claro. Vendrás a vernos de vez en cuando, ¿no?

—Pues claro. Si voy a estar justo aquí al lado.

Se abrazaron antes de que Jo regresara al hotel. Seamus estaba saliendo de la habitación de Marge cuando Jo iba con un té que le había preparado. Seamus cogió la taza.

—Se ha quedado dormida. ¿Me lo puedo beber yo?

Regresaron a la cocina y Jo se sirvió un poco de té también antes de sentarse junto a Seamus en la mesa.

—No sabía que el hotel iba tan mal. —Seamus se pasó una mano

por su cabello ralo—. Nunca me contó nada de eso. Sí es cierto que me había dado cuenta de que los empleados iban cayendo como moscas poco a poco, pero me decía que era complicadísimo encontrar buenos trabajadores hoy en día y que era mejor que lo hiciera ella sola. Me contó que no le iba muy bien por primera vez cuando no quiso contratarte, pero de ahí a que le vaya tan mal...

—No te culpes, Seamus. Ella no quería que lo supieras y, cuando intentas encubrir algo, por lo general, lo haces con mucha astucia.

Se quedaron un momento en silencio.

—¿Crees que podremos hacer algo? —le preguntó abatido.

—No sé. Tendré que echarle un vistazo a las cuentas, pero si Marge nos ha dicho que ya ha invertido todo su dinero en el negocio...

—Al menos lo vamos a intentar. El Brambleberry Cottage es su hogar. No puedo permitir que se quede sin él.

—¿Conoces al dueño? —le preguntó Jo.

—No, pero Marge no habla muy bien de él. Siempre se refiere a él como el ricachón imbécil.

—Entonces, no servirá de nada hablar con él.

Seamus miró a Jo serio.

—¿Se te ocurre algo más?

Jo se puso de pie mirando al reloj.

—Primero voy a prepararles la cena a los dos huéspedes. Si quieres, puedes quedarte a cenar. —Empujó la silla hacia la mesa—. ¿Hay algún ordenador por aquí?

—Duncan me trajo una vez uno, pero está en mi oficina sin utilizar. Te lo puedo dar si quieres.

—Me vendría bien, pero dudo que tengamos internet en el hotel. Supongo que Duncan te lo dejaría todo conectado, ¿no?

—No tengo ni idea. Como te he dicho, no lo he usado. Puedes probarlo en mi oficina.

—Lo haré, pero ya mañana. Por cierto, Seamus... —continuó—. ¿Has visto alguna vez algún gato por aquí?

—No. Yo también me sorprendí cuando Marge nos contó que se había tropezado con uno.

—Qué raro. Bueno, voy a encargarme de la cena primero.

Seamus también se levantó y dejó la taza en el fregadero.

—Gracias por el té. Voy a seguir un poco más con el jardín.

Jo rebuscó en la cocina y se dio cuenta de que tendría que ir de compras al día siguiente, ya que no quedaban muchos suministros. Solo para cenar y desayunar.

Los dos únicos comensales del recinto quedaron encantados con el sencillo pero delicioso menú. Comieron sopa de zanahoria de entrante, seguida de un gratinado de verduras con patatas salteadas y ensalada. Para el postre preparó una crema de limón, ya que era algo rápido y sencillo. Después de la cena le quedó algo de tiempo para echarle un vistazo al ordenador de Seamus, que, como era de esperar, estaba conectado a internet. Aunque la pareja se iba al día siguiente, Jo preparó un menú para toda la semana. Quería estar preparada en caso de que llegaran más huéspedes. Luego comprobó que el Brambleberry Cottage no tenía ningún anuncio en internet. El pequeño hotel solo figuraba en la página web de la ciudad, pero no había ni una foto. Tenía que hacer algo al respecto cuanto antes. Necesitaban una página web para que la gente pudiera reservar por internet. Mucho después de que anocheciera, Seamus le llevó un té a la oficina. Había ido a ver a Marge para que se distrajera un poco.

—¿Y bien? ¿Algún avance?

—Sí, pero creo que vamos a necesitar ayuda. El hotel no aparece en ninguna parte en internet. Si quiere que el negocio le vaya bien, debe tener su propia página web donde la gente pueda reservar directamente las estancias.

—¿Sabes hacerlo?

Jo lo miró cansada.

—No. Entiendo de ordenadores, pero no sé programar una web. No, no sé hacerlo. También necesitamos fotos del hotel que hagan que los turistas quieran pasar su estancia aquí. ¿Conoces a alguien que sepa hacer buenas fotos?

—Ahora mismo no se me ocurre, pero vamos a dejarlo por hoy y pensamos en alguien. Mañana pregunto.

Jo apagó el ordenador y guardó sus cosas para irse a casa. Antes de marcharse, desde la puerta, se volvió hacia Seamus.

—Te gusta de verdad, ¿eh?

Seamus se rio entre dientes.

—Sí, pero Marge es muy terca. Ya me ha rechazado dos veces.

—Y ahora ya sabes por qué.

Seamus la miró sin comprender a qué se refería.

—Bueno, es obvio, Seamus. No quiere comenzar una relación contigo sin dinero. Marge es una mujer orgullosa, pero también te quiere. Hasta un ciego se daría cuenta.

—Eso es una tontería, y ella debería saberlo. Me da igual que sea rica o pobre.

—Pero a ella no. Y no creo que te vaya a decir que sí hasta que no solucione este lío.

—¿Todas las mujeres sois así de complicadas?

—¿Complicadas? Esto no tiene ninguna complicación. Es algo lógico y comprensible.

Seamus se quedó mirando a Jo mientras esta se despedía con la mano. Estaba a punto de entrar por la puerta de la cocina cuando

algo pequeño pasó por delante de ella. Se sorprendió por un breve momento, pero luego se dio cuenta de que debía tratarse del presunto gato. Al entrar en la cocina, encendió la luz y sacó un cuenco pequeño con agua y nata. También le puso un poco de jamón cocido que había en la nevera. Pensó que, como no lo necesitaría para los huéspedes, podía cortarlo en trocitos para la que finalmente pareció ser una gata. Entonces, dejó el cuenco con el agua y la nata, así como el plato con el jamón cocido cortado en la terraza, y luego se sentó alejada para observar. De repente, la gatita salió a toda prisa de su escondite y atacó al inesperado banquete nocturno que le habían preparado. A pesar de la luz tenue de la cocina, Jo pudo ver que se trataba de una cría con el pelo blanco y gris. Le habló en voz baja y esta la miró por un momento dubitativa, pero luego siguió comiendo. Parecía hambrienta. Jo decidió que le compraría pienso para gatos al día siguiente. La gata regresó a su escondite después de dejarlo todo limpio. Jo recogió el plato y el cuenco y los limpió en la cocina antes de ir a ver a Marge.

—¿Sigues despierta? —susurró Jo.

—Sí, pasa. —Marge encendió una lámpara pequeña que había en la mesita de noche.

—¿Te sigue doliendo?

—No, ya estoy bien. Seamus me ha traído un analgésico hace un rato.

Jo fue hasta la cama y se sentó en el sillón de al lado.

—Acabo de ver a la gatita con la que te tropezaste.

—Maldita sea. —Pero Marge sonrió al oírlo—. Nunca hemos tenido gatos aquí.

—Puede que te haya venido bien haberte tropezado con ella. No por el golpe, claro, sino porque sin ella Seamus y yo no nos habríamos enterado de que necesitabas ayuda.

Marge no dijo nada, luchando por contener las lágrimas de nuevo.

—Nos las arreglaremos, Marge —le aseguró Jo con simpatía.

—Pero no puedo pagarte.

La voz de Marge sonaba un poco rota.

—Marge, ni yo ni Seamus queremos dinero. Solo queremos que te quedes con el hotel, nada más.

—No estoy acostumbrada a aceptar que me ayuden.

Jo se rio.

—No me digas... Tengo algunas ideas para hacer que el hotel vuelva a funcionar, pero vamos a necesitar ayuda.

—¿Más ayuda?

—Sí, y tendrás que aceptarla. Pero ya verás cómo encontraremos la forma de que compenses a quien te vaya a ayudar. No siempre tiene que ser con dinero.

Marge se recostó triste sobre la almohada.

—Si pudiera levantarme y hacerlo yo misma...

—Seguro que pronto podrás volver. ¿Quieres que te traiga otra pastilla para dormir?

—Sí, por favor, querida.

Tras ocuparse de Marge, Jo también se acostó. Pero tenía tantas cosas en la cabeza que se despertó a las cinco para hornear un poco de pan y ya aprovechó para dejarle un poco de nata mezclada con agua a la gatita en la puerta de la cocina.

Por desgracia, la pareja que se alojaba en el hotel se marchó. Por un lado, Jo estaba contenta porque podía dar vueltas por la posada sin molestar a nadie, pero por otro, se dio cuenta de que un hotel, por pequeño que fuera, sin huéspedes ni era hotel ni nada. Comenzó a limpiar el hotel de arriba abajo, fue de compras y cuidó de Marge cada cierto tiempo.

—¿Cómo te las arreglas sin ordenador, Marge? —le preguntó a su

paciente durante el té de la tarde—. ¿Cómo reservan las habitaciones?

—Pues por teléfono. —Marge estaba un poco gruñona—. No quiero cosas tan modernas. No sé utilizarlas.

—Pero hoy en día los huéspedes buscan primero por internet para conocer el hotel y la zona antes de hacer la reserva. Leen las reseñas de otros huéspedes para asegurarse de que no los engañan. Y, cuando reservan, lo suelen hacer *online*, no por teléfono. No me extraña que no tengas huéspedes. Necesitas publicidad y una página web propia de forma urgente.

Marge miró desafiante dentro de su taza.

—Marge, o te pones al día o tendrás que cerrar.

—Tengo una máquina de fax, no necesito nada más.

—¿Una máquina de fax? Nadie envía faxes ya. La gente usa correo electrónico. Marge, puedo echarte una mano y enseñarte a manejarlo. No tendrás que hacer magia ni brujería.

—No tengo dinero para un ordenador.

—Pero Seamus tiene uno que no usa. Seguro que te lo presta hasta que puedas comprarte uno. Solo tendríamos que pagar el internet.

Marge la miró fijamente.

—¿Te lo tengo que repetir? No puedo ni pagar eso. Me daré con un canto en los dientes si soy capaz de darles de comer a los huéspedes. —Comenzó a soltar algunas lágrimas—. Lo siento. No quiero volver a llorar, pero no sé qué hacer.

Jo le quitó la taza y la abrazó.

—No estás sola, Marge. Seamus y yo te ayudaremos y lo lograremos, si nos dejas.

—¿Por qué estás tan comprometida, Jo? Solo me conoces de hace unos días. —Jo le dio un pañuelo de la caja que estaba en la mesita

de noche. Marge lo cogió con suavidad y se sonó la nariz.

—Me caes bien y Seamus también. Además, tengo tiempo. ¿Por qué no voy a hacerlo?

—Espero poder devolverte el favor en algún momento.

—Pues claro, Marge. ¿Eso significa que me das vía libre?

—Haz lo que quieras. Ya no puede empeorar más.

Capítulo 7

Pero las cosas empeoraron. Cuando Jo fue a la recepción después de tener aquella conversación, vio que había llegado un fax. Se emocionó, pues pensaba que eran huéspedes haciendo una reserva, pero, una vez que terminó de leerlo, tuvo que sentarse.

Estimada señora Appleton:

Como siempre parece evitar mis llamadas, no me queda otra que pasarme por el hotel. Le pido que me reserve una habitación para un par de noches desde el día 25 de mayo. Así podremos aclarar algunos asuntos y también veré en primera persona cómo va el negocio.

Reciba un cordial saludo,

Tom Hudson

Mierda, mierda, mierda. ¿Por qué tenía que aparecer ahora aquel ricachón imbécil? No había mostrado interés en el hotel hasta aquel momento. Solo quedaban cinco días para arreglar el hotel hasta el martes. Miró el reloj y ya eran casi las cuatro y media de la tarde. Era posible que Seamus ya estuviera de vuelta en casa y necesitaba contárselo a alguien de forma urgente. En ese momento, le sonó el teléfono y en la pantalla vio el número de Heidi.

—Vamos a ver. ¿Tienes algún tipo de sensor que te avisa cuando necesito a una amiga? —preguntó Jo.

Heidi se rio.

—La verdad es que no. He tenido un mal día y quería saber cómo te iba.

—Igual de mal que a ti, pero cuéntame tú primero.

Heidi estaba harta de su nuevo trabajo en el comedor de la

universidad. Uno de los cocineros había intentado aprovecharse de ella en la despensa y, antes de que pudiera echarlo de allí, apareció el jefe de cocina.

—Y a ver si adivinas a quién le ha echado la culpa. A mí, claro. Me ha dado un aviso. Si vuelve a suceder, me despedirán. Al final el tipo se salió con la suya. Estoy enfadadísima.

Después, cuando Jo le contó su historia, Heidi sonrió.

—Sigues siendo una luchadora. Me encantaría irme a Escocia a echaros una mano.

Jo no se lo pensó ni un segundo.

—Bueno, si lo dices en serio, nos vendría bien un poco de ayuda por aquí. Pero hay un problemilla.

—¿Qué problema?

—Que no creo que te vayan a pagar. El hotel está desierto.

—Me gustan las situaciones extremas y también me vendrían bien unas vacaciones.

—¿Vacaciones? ¿Crees que tu jefe te va a dar días libres después de lo que ha pasado a las pocas semanas de empezar a trabajar allí? ¿Y con tan poca antelación?

—No lo hará. Pero ¿sabes qué? Que le den. Voy a dejar el trabajo.

—Heidi, piensa las cosas con detenimiento. Hoy en día es muy difícil encontrar un trabajo de cocinera con un horario tan bueno como el de la universidad.

—¿De qué te sirve un horario tan bueno si tu jefe es un completo idiota y tu compañero intenta meterte mano? ¿De verdad necesitáis ayuda?

—Y tanto. Hay mucho que hacer por aquí. Puedes distraer al ricachón y mantenerlo alejado de la contabilidad.

—No sé si sería capaz.

Jo se rio.

—Es un hombre, y los hombres se suelen enamorar de ti. ¿Te recuerdo otra vez lo del cocinero y la despensa?

Heidi se rio.

—No exageres. Solo ha sido un tío, no varios.

—¿Cuándo puedes venirte? —preguntó Jo.

—¿El lunes, por ejemplo?

—Eres la mejor —vitoreó Jo—. Tengo muchas ganas de verte, y ya verás cómo te encanta el hotel. Es una monada.

Después de hablar con su amiga, el estado de ánimo de Jo mejoró de forma considerable, aunque el problema de Tom Hudson no estaba resuelto todavía. Sin embargo, contaba con las habilidades mágicas de Heidi para distraerlo de las cuentas del hotel. Solo le quedaba conseguir huéspedes porque un hotel vacío llamaría la atención de Hudson por muy distraído que estuviera, así que fue corriendo a buscar a Seamus para ponerlo al tanto de la situación.

—Tenemos que encontrar huéspedes para el Brambleberry Cottage, pero ¿cómo?

Jo suspiró y se dejó caer en el cómodo sillón del salón.

—También deberemos tener el hotel en buen estado antes de que llegue. Mañana me encargaré del jardín —prometió Seamus.

Jo miró la hora. Ya eran las ocho de la tarde. Se le había ocurrido una cosa, pero no estaba segura de qué pensaría Seamus.

—¿Marge es popular en el pueblo?

—No sabría qué decirte. Es más una loba solitaria, pero sí que la respetan y la aprecian. ¿Por qué lo preguntas?

—He pensado que podríamos engañar a Hudson con huéspedes de mentira durante una semana. Ha avisado con muy poca antelación. Estoy segura de que podremos salvar el hotel, pero no en cinco, o ya en tan solo cuatro días.

Seamus puso los ojos en blanco.

—Ya sabes lo que te pasa con las mentiras.

—Sí, pero no le estamos haciendo daño a nadie. El estadounidense está superforrado, y Marge se ha gastado todos sus ahorros. Si no la ayudamos, acabará en la calle. Digamos que es una emergencia, y nuestro deber es hacer algo al respecto.

—¿Y cómo vamos a conseguir huéspedes tan rápido? No podemos decirle a Hudson que las habitaciones están ocupadas porque, cuando vea que las salas están vacías, se dará cuenta de que es mentira.

—La gente del pueblo podría ayudarnos. Venga, vamos al *pub*. La mayoría de la gente está allí los viernes por la noche. Puede que consigamos que alguien participe.

—Esa idea, querida... Te voy a ayudar, pero, como Marge se entere, la hemos cagado.

—Pues solo tenemos que asegurarnos de que no se entere. No puede levantarse por ahora, así que no puede salir de la habitación.

Seamus aún la miraba dubitativo, pero la acompañó de todos modos al *pub*.

Primero, le explicó la situación a Bob, quien dio un golpe fuerte en su gong para que todo el mundo se quedara en silencio. Con tono serio, le cedió la palabra a Jo. Esta miró a su alrededor y reconoció a Alistair, el tendero, y a sus dos antiguos compañeros de piso, Marie y Olav, entre muchas caras desconocidas. Marie la saludó sonriendo.

—Muchos de los presentes conoceréis el Brambleberry Cottage y a Marge, quien se encarga de mantenerlo. Por desgracia, el hotel no está pasando por sus mejores momentos y Marge ha invertido todo

lo que tenía para intentar sacarlo a flote, pero hasta el día de hoy no ha podido hacer nada y el dueño del hotel viene este martes desde Estados Unidos. Tememos que, si descubre que el hotel no va bien, lo cerrará y echará a Marge de su casa. Sin embargo, tenemos algunas ideas sobre cómo reactivar el negocio y así también crear puestos de trabajo. El problema es que el dueño no nos ha dado margen y no tenemos tiempo para poner en práctica estas ideas.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros en todo esto? —gritó un tipo desde el fondo.

—Marge os necesita. Para ser más precisos, necesitamos huéspedes para el hotel.

—¿Tenemos que reservar y pagar una habitación de hotel en nuestro propio pueblo? —preguntó alguien desde el lado derecho del salón.

—No, claro que no. —Jo se apresuró para aclarar la situación—. Solo tenéis que fingir que estáis pagando la habitación. Por supuesto, os devolveremos el dinero y las comidas corren a cargo de nosotros. Sé que parece una locura, pero solo es una semana. Después, este tipo volverá a marcharse. Tampoco tenéis que quedaros en el hotel toda la semana. Os podéis turnar.

—Cuenta conmigo y con mi esposa —dijo Alistair.

A Jo le habría gustado besarlo en señal de gratitud.

—Tenemos que cuidar de nuestra gente y, si eso genera empleo, mejor todavía —agregó.

—Bien. Lo haremos de la siguiente forma. Me voy a sentar allí y todos los que queráis participar venís y os apuntáis en la lista. ¿De acuerdo?

En ese momento, comenzó el murmullo de aprobación. Cuando Seamus y ella salieron del bar una hora más tarde, no solo tenían reservas para la próxima semana, sino que también Marie se ofreció a echarles una mano con la creación de la página web. Su hermano había estudiado diseño web y no le suponía un gran esfuerzo crear

una página web para el hotel. Jo la abrazó con alegría al oír la noticia.

—Eres nuestra salvación, Marie. Hoy en día es muy importante estar presente en internet si no quieres cerrar tu negocio. Dile a tu hermano que tiene unas vacaciones pagadas en el Brambleberry.

—Eso ni pensarlo, que después tengo que aguantarlo yo. Deja que haga algo gratis y por una buena causa. No le va a pasar nada por hacerlo.

—¿Seamus? ¿Dónde estás, Seamus?

Duncan apareció caminando por el jardín con su hijo, ya que nadie le abría la puerta. Era sábado y con un clima tan bueno suponía que su tío estaría haciendo algo en el jardín.

—¡Seamus! —gritó de nuevo.

—Por aquí, Duncan.

La voz provenía del jardín de la casa de la vecina. Duncan sabía que su tío quería mucho a Marge y que a veces le echaba una mano. Nick salió a correr y se encontró a su tío cortando las bolas de boj.

—Hola, grandullón —dijo Seamus devolviéndole el abrazo.

—Aquí estás —exclamó Duncan mirando alrededor del jardín con interés.

—Hola, Duncan. ¿Cuándo has vuelto de Londres? —preguntó Seamus, pasándole la mano por la cabeza a Nick.

Duncan había recibido un encargo para un jardín de Londres después del Chelsea Flower Show y lo había aceptado de forma espontánea para poder sacarse los ojos verdes de Jo de la cabeza.

—Llegué ayer por la noche. Ya tenía ganas de volver. No estoy hecho para la ciudad.

Seamus sonrió.

—Bueno, si necesitas aire fresco, me vendría bien un poco de ayuda aquí.

—El jardín parece bastante descuidado. ¿Marge no tenía jardinero?

—Lo tenía —dijo Seamus—. Es una larga historia.

—Antes tengo que pedirte un favor. Hay un brote de sarampión en el internado de Nick y a todos los niños que no lo han pasado todavía les han pedido que se queden en casa un par de semanas hasta que el riesgo de infección haya pasado, pero la semana que viene tengo que organizar bien todo en el jardín del hotel. He estado mucho tiempo fuera y hay muchas cosas pendientes. ¿Puede quedarse contigo durante el día?

—¿Eso significa que me das vacaciones? —dijo Seamus sonriendo.

—Vacaciones de tío abuelo, por así decirlo —confirmó Duncan. Seamus le alborotó el pelo a Nick.

—Nos lo pasaremos genial esta semana, ¿verdad?

—Gracias. Voy a ir a casa a cambiarme y luego te ayudo a luchar contra esta jungla.

Cuando Duncan estaba a punto de darse la vuelta, vio a Jo en la terraza del hotel.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Marge ha sufrido un pequeño accidente y Jo está cuidando de ella. También está tratando de salvar el hotel, pero es una larga historia.

Nick ya había salido corriendo, por lo que Duncan no tuvo tiempo de detenerlo.

—¡Jo, Jo! —Nick voló hacia ella y esta lo atrapó riéndose.

—Nick. ¿Qué haces aquí?

—Me voy a quedar con el tío Seamus toda la semana porque hay un

brote de sarampión en el internado y yo no lo he pasado todavía. Tenía miedo de no volverte a ver, Jo. Papá me dijo que te habías marchado sin más.

—Eso te dijo, ¿no? —dijo Jo mirando a Duncan, que seguía junto a su tío—. Espera un momento aquí, Nick.

Se acercó a los dos y Duncan se dio cuenta de que estaba bastante enfadada.

—¿Cómo te atreves a aparecer por aquí sin más? —le dijo susurrando antes de pararse frente a él. Sus ojos verdes brillaron de forma alarmante, pero él no cambió la expresión y mantuvo la calma.

—No es tu propiedad y, que yo sepa, tampoco he hecho nada malo, ¿no?

—Podrías disculparte al menos —continuó regañándole.

—¿Por qué?

—Te estás quedando conmigo, ¿no? Me detuvieron por tu culpa.

Duncan miró a Jo y luego a Seamus con incredulidad.

—¿Y por qué te detuvieron?

Seamus suspiró.

—Porque te llevaste a los cerdos al Chelsea sin decírselo a nadie y sospecharon que Jo había sido quien los había robado o liberado.

Al ver a Duncan tan desconcertado, Jo supo que él no sabía nada.

—Al menos podrías haber informado a alguien de que los cerdos estaban a salvo. Eso me habría aliviado. Seamus tuvo que pagar la fianza para que me dejaran salir.

—Pero si le dejé una nota a Jane. Le dije que había incluido a los cerdos en el proyecto de mi jardín y que yo mismo asumía los gastos.

Seamus y Jo se miraron asombrados.

—Será mala —dijo Jo enfadada—. Si fue ella la que me echó. Por lo que se ve, se conformó y no le insistió más a la Policía cuando vio tu mensaje.

—¿Por qué sospecharon de ti?

Jo se sonrojó un poco.

—Porque estaba en la pocilga cuando llegó el transportista. Quería liberar a los cerdos porque no se me ocurría una mejor forma de ayudarlos, pero, cuando llegué, ya no estaban.

—Entonces, a fin de cuentas, querías salvar a los animales y tampoco eres tan inocente como querías parecer.

Intentó darle un empujón, pero la reacción de Duncan fue rápida y le agarró las manos antes.

—Voy a tener que hablar con la Policía de nuevo. Pareces una persona demasiado violenta. Piensa en todas la plantas que has masacrado en mi jardín.

Jo tenía el corazón acelerado. Estaba tan cerca de Duncan que incluso pudo diferenciar el olor a *aftershave*. Dio un paso atrás y, por suerte, Nick la llamó en ese momento.

—Creo que hay una gatita escondida ahí abajo —dijo señalando un arbusto.

Ella se dio la vuelta y caminó hacia Nick.

—¿No podías haberte disculpado? —preguntó Seamus a su sobrino.

Duncan se limitó a negar con la cabeza.

—Me voy a cambiar. Vuelvo enseguida.

Más tarde, cuando estaba trabajando mano a mano con su sobrino, Seamus le contó a Duncan cómo planeaban salvar el hotel.

—Estáis locos —dijo Duncan mientras colocaba soportes alrededor de las plantas—. Como el estadounidense se entere, cierra el hotel.

—Puede ser, pero, si descubre que Marge lo ha estado engañando todo este tiempo, también lo hará. Sin embargo, si logramos demostrarle que el negocio va bien durante esta semana, ganaremos algo de tiempo y Jo podría ponerse a buscar clientes reales con los cambios que tenemos previstos. Ha pensado que Marge debería tener una página web del hotel donde la gente pueda reservar y verlo antes de pasar sus vacaciones allí.

—Puede que tenga razón, pero os llevará más de unas pocas semanas poner el hotel en funcionamiento de nuevo. ¿Y qué opina Marge?

—No sabe lo del estadounidense. Jo dice que es mejor que no lo sepa teniendo en cuenta su situación actual.

—Otra vez mintiendo. —Duncan se enfadó—. ¿Esta mujer no puede decir nunca la verdad?

—Sí que puede, pero lo está haciendo por una buena causa.

—También podría explicarle la situación al estadounidense y pedirle un poco de tiempo. Pero no, prefiere volver a mentir. ¿Me haces el favor de asegurarte de que Nick no pasa mucho tiempo con ella durante esta semana? No quiero que aprenda a mentir como ella.

—Estás siendo demasiado duro con ella, Duncan. Tiene un gran corazón.

Duncan gruñó algo difícil de entender.

Jo y Nick habían logrado sacar a la gatita del arbusto con una golosina, pero esta no quería que la tocaran todavía.

—Tenemos que darle un poco de tiempo. No sabemos por lo que habrá pasado.

El niño asintió y, luego, siguió a Jo de vuelta a la cocina para que llenara un cubo de agua caliente.

—¿Qué haces con eso? —preguntó con curiosidad.

—Voy a limpiar las ventanas. ¿Quieres ayudarme?

—¿Puedo? No lo he hecho nunca.

Jo sonrió.

—Seguro que nos las arreglamos. Pero también puedes ayudar a tu papá y al tío Seamus en el jardín si lo prefieres.

—No, prefiero quedarme contigo.

Jo le pasó los dedos de forma cariñosa por su cabello castaño oscuro y le dio unos guantes de goma y los trapos de limpieza.

—Pues vamos a poner un poco de música para motivarnos.

Comenzó a sonar una canción de los ochenta por todo el hotel, lo que provocó que Duncan y Seamus miraran hacia arriba. La puerta del patio se abrió y Nick y Jo salieron de la casa al ritmo de *Footloose*. Se reían mientras movían las caderas, lo que provocó que a Jo se le derramara el agua del cubo. Lo dejó a toda prisa en la ventana y comenzó a animar a Nick, quien saltaba y hacía movimientos extraños.

Seamus se rio y miró a Duncan, quien también tenía una sonrisa dibujada en su rostro.

—Le viene muy bien pasar tiempo con ella —dijo Seamus. «Y a ti también te vendría bien», pensó.

Cuando terminó la canción, los dos se tiraron al suelo riéndose.

—¿Esto escuchabas cuando tenías mi edad?

—Está chula, ¿no? —jadeó Jo.

—No está mal.

—¿Que no está mal? Si te ha hecho incluso saltar. —Jo se inclinó y comenzó a hacerle cosquillas—. Di la verdad, Nick.

Él se rio y trató de resistir el ataque de cosquillas.

—Sí, es buena, la canción es buena, pero para de hacerme cosquillas.

—Vale, pero como castigo me vas a ayudar a limpiar las ventanas.

Se levantó y le mostró cómo hacerlo. Luego, Nick, orgulloso de poder ayudar, se puso a ello con las ventanas de la planta baja mientras que Jo se encargó de las de las plantas superiores. Estuvieron trabajando hasta la tarde. Jo quiso invitarlos a cenar a los tres como agradecimiento, pero Duncan dijo que tenía que ir a casa a ponerle de comer a Bandit y sacarlo a pasear.

—Aunque me gustaría saludar a Marge antes de irme. ¿Puedo ducharme en tu casa? —le preguntó Duncan a Seamus.

—Claro. Pero recuerda no contarle nada a Marge sobre el estadounidense. No queremos preocuparla más.

Duncan miró con cara de pocos amigos a Jo y a Seamus.

—No voy a mentirle a Marge.

—Nadie te ha pedido que lo hagas, pero tampoco se lo cuentes todo de golpe —dijo Jo fría.

—Creo que tenemos un concepto diferente de mentira.

—Cállate ya. —Jo se puso las manos en las caderas y se paró frente a Duncan mientras Nick daba la vuelta a la esquina tras lavarse las manos en el baño. Jo consiguió contenerse en el momento adecuado.

—Gracias por vuestra ayuda. Voy a prepararle la cena a Marge. Quédate a cenar si quieres, Seamus.

—Acepto la invitación.

Nick también quería ir con su padre a casa de Marge, pero Duncan le dijo que podía ser peligroso porque podía infectarla de sarampión.

—Será mejor que esperes aquí. No voy a tardar mucho.

Marge se alegró mucho al ver a Duncan, quien le contó cómo le había ido en el Chelsea Flower Show.

—¿Te ha contado Seamus cómo van las cosas por el hotel? —preguntó Marge un poco avergonzada.

—Sí, me lo ha contado. Duncan le agarró la mano. —Lo siento mucho, Marge.

Ella asintió, luchando con valentía por contener las lágrimas.

—No sé qué haría sin tu tío y sin Jo. Están haciendo todo lo posible por salvar el hotel.

—Así es —confirmó Duncan—. Todo irá bien, Marge. —Le contó que Nick y Jo habían limpiado las ventanas y que habían bailado como dos locos, lo que provocó una breve sonrisa en la cara de Marge. En ese momento, Duncan se dio cuenta de que la mentira de Jo quizá no fuera tan despiadada. Era cierto que Marge no necesitaba más preocupaciones por el momento.

Jo se pasó la mayor parte del domingo en casa de Marge jugando a las cartas con ella y pasando tiempo juntas.

—¿Ha llegado alguna reserva? —preguntó Marge pasado un tiempo, tratando de parecer lo más despreocupada posible.

—Sí, a partir del martes tendremos algunos huéspedes. Y mañana llega mi amiga Heidi, que también viene a echarnos una mano.

Entonces, le contó a Marge cómo le había ido con Heidi en la residencia de ancianos y cómo la conoció.

—Te caerá bien, Marge.

Marge parecía todavía un poco preocupada.

—No deberías haber llamado a nadie más. No puedo pagarte ni a ti.

Jo dejó las cartas a un lado y le cogió la mano.

—¿Cuándo vas a dejar de preocuparte por el asqueroso dinero? Ni Heidi ni yo lo hacemos por dinero.

—Entonces ¿por qué? Heidi ni siquiera me conoce.

—Heidi viene por mí. Hace mucho tiempo que no nos vemos. Ha tenido muchos problemas en el trabajo y le vendrá bien distraerse un poco. Seguro que se lo pasa tan bien como yo sustituyéndote aquí.

Marge tenía lágrimas en los ojos.

—Lo siento mucho. Esto es demasiado para mí. Y estar aquí tirada sin hacer nada, excepto preocuparme, hace que me preocupe aún más.

—Te entiendo, pero tienes que ser paciente y confiar en mí y en tus amigos. Seamus y Duncan han hecho un gran trabajo con el jardín. Tiene una pinta estupenda. Y Nick y yo hemos limpiado las ventanas.

—Me lo ha contado Duncan. Hacía falta desde hace mucho limpiar las ventanas, pero no tenía tiempo. ¿Ha intentado ponerse en contacto conmigo Tom Hudson, el propietario?

—¿Por qué? ¿Esperas un mensaje?

—Me ha llamado varias veces estas semanas atrás, pero he estado evitándolo. No creo que le pueda dar más largas. —Suspiró de forma exagerada y continuó—. Lamento que el hotel no esté en buenas condiciones, pero, cuando estás tan consumida por todas esas preocupaciones, apenas te queda energía para otra cosa.

—Olvídate de Tom Hudson y del hotel durante un tiempo. Lo primero es curarte, y lo demás ya se solucionará de alguna forma, ya verás.

Más tarde, Jo se sentó en el jardín a beberse un té. Podía ser la última oportunidad que tuviera de disfrutar del jardín sola. Era un espectáculo digno de presenciar. Seamus y Duncan habían hecho un gran trabajo. Cuando estaba mirando de forma fija al otro lado del estanque, oyó un maullido a sus pies. La gatita se había atrevido a

salir de los arbustos. Jo se inclinó poco a poco hacia ella y le tendió la mano para que la olfateara. Al principio, la gatita retrocedió, pero luego le olfateó los dedos con un poco más de valor.

—Deberíamos ponerte un nombre, ¿no?

La gata la miró de forma inquisitiva y luego comenzó a jugar con los cordones de su zapato.

—¿Te gusta Lizzie? La reina de este país se llama Elizabeth. Tú podrías ser reina algún día. Seguro que a ella la llamaban Lizzie de pequeña.

Lizzie tenía el cordón del zapato de Jo en la pata y avanzó dando una voltereta por encima. Jo le pasó la mano con suavidad por la cabeza y esta la miró con asombro por un momento. Jo siguió acariciándola y fue como si la gatita se hubiera dado cuenta de que le gustaban las caricias. Estaba disfrutando de forma notable, deslizándose por la mano de Jo. Ya habían roto el hielo. Cuando Jo le sirvió la comida por la noche, no se escondió entre los arbustos. Al contrario, tan pronto como vació el cuenco, entró en casa con Jo como si nada. Lizzie comenzó a explorar la cocina con mucha curiosidad, pero, al menor ruido, saltaba del susto, así que prefirió volver a salir por la puerta. Jo la vio desaparecer en la oscuridad. Sabía que pasaría un tiempo hasta que Lizzie se sintiera cómoda, pero ya habían dado un gran paso. Ojalá fuera igual de fácil con el hotel.

Al día siguiente, Jo tenía muchas cosas pendientes, como cuidar de Marge, planificar el menú de la semana, ir a hacer la compra o revisar las cuentas. A eso último era a lo que más miedo le tenía, porque se le daban muy mal los números. Más tarde, oyó un coche detenerse. Cuando miró por la ventana, vio un taxi en el camino de la entrada del que estaba saliendo Heidi mientras pagaba al conductor. Jo lo dejó todo y salió corriendo a saludar a su amiga.

—¡Por fin has llegado!

Se rieron y se abrazaron. Heidi miró a su alrededor con curiosidad.

—Este sitio es precioso. Es un lugar encantador.

—Espera a ver la habitación. Desde tu ventana se ve el jardín. Estoy segura de que te va a encantar.

—Espero que hayas reservado la mejor habitación para el tal Hudson.

—¿Tenía que hacerlo? Le había preparado una en el sótano.

Le encantaba volver a estar bromeando con Heidi. Jo la ayudó con las maletas y luego la dejó sola para que pudiera deshacerlas con tranquilidad. Mientras tanto, preparó un poco de té y luego se lo bebieron juntas en la cocina.

—Siempre has soñado con algo así, ¿verdad? —sonrió Heidi haciendo referencia al pequeño complejo hotelero.

—Sí, pero solo estoy echando una mano.

Entonces, oyeron un fuerte golpe en la puerta de la cocina que conducía al jardín. Cuando Jo la abrió, se encontró con Nick mirándola con descaro.

—El tío Seamus está durmiendo y estoy aburrido.

—Espero que le hayas dejado una nota para que sepa dónde estás. No quiero que se preocupe cuando se despierte y no te vea allí.

Nick parecía un poco culpable.

—No la he puesto. Papá le ha dicho al tío Seamus que no puedo venir a verte.

Jo se rio y le pasó una mano por su ya desordenado cabello.

—Veo que le estás haciendo mucho caso.

—No tiene por qué enterarse.

—A ver. Esta noche tengo que ir a tu casa porque tengo que revisar una cosa en el ordenador y hablaré con Seamus. Si él da el visto bueno, por supuesto que puedes venir aquí.

—¡Nick! —resonó la voz de Duncan desde la casa de Seamus. Había venido a recoger a su hijo, pero este parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra.

Nick miró a Jo sonriendo.

—Será mejor que vuelva a escondidas.

—Me parece bien.

Nick dio media vuelta y salió corriendo.

—¿Quién era? —preguntó Heidi, que había observado aquella divertida escena.

—Ese era Nick, el hijo de Duncan.

—¿El esclavizador del jardín que te metió en la cárcel?

—Sí.

—Bueno, si es la mitad de guapo que su hijo...

Jo suspiró y volvió a sentarse junto a su amiga.

—Me temo que así es, pero es un verdadero imbécil. Como puedes ver, no me ve con muy buenos ojos.

—¿Su hijo no va al colegio?

—Sí, pero hay un brote de sarampión en el internado y no puede ir.

—Es muy lindo, pero parece un poco extraño cuando habla.

—Te dije que había tenido un accidente que le afectó al cerebro. Es algo muy leve. Yo casi ni se lo noto.

—Te has encariñado del niño. —Heidi sonrió—. Tú que siempre has dicho que los niños son unos monstruitos sucios y egoístas.

—Y lo son. Nick es la excepción que confirma la regla.

—¿Y seguro que no es porque te gusta su padre?

—Te lo aseguro. Porque su padre puede ser guapo, pero, a diferencia de Nick, es un auténtico idiota.

—Bueno. Ahora dime qué es lo que quieres que haga por aquí.

—A ver, antes de nada, sería genial si pudieras encargarte de la contabilidad. Iba a echar un vistazo antes de que entraras, pero he ido posponiéndolo.

Heidi sonrió.

—Nunca se te han dado bien los números. Le echaré un vistazo.

—Aparte de eso, estaría bien si pudieras quitarme al tal Hudson de encima mientras trato de hacer que su hotel parezca que funciona.

—¿Habrá huéspedes?

—La gente del pueblo nos echará una mano. Unos se quedan a dormir y otros solo vienen a cenar.

—Entonces, también necesitarás ayuda en la cocina —dijo Heidi con naturalidad.

—No creo que me haga falta porque solo tendremos uno o dos menús. Pero me vendría bien que te encargaras de servirla. Durante el día debemos mantener ocupado al tal Hudson para que no se le ocurra revisar las cuentas.

—¿Alguna idea?

—Todavía no, pero ya se me ocurrirá algo.

Más tarde, subieron a la habitación de Marge para que se conocieran. Marge estaba avergonzada, pero le agradeció a Heidi que quisiera ayudarla a mantener su pequeño hotel.

Sin embargo, Heidi le restó importancia.

—Estoy disfrutando mucho de esto, señora Appleton. Además, así puedo volver a ver a mi amiga. Ya había llegado el momento de dejar mi trabajo. Las circunstancias eran de todo menos agradables.

—Sí. Jo me ha contado algo. Lo siento mucho. Me encantaría pagarte, pero...

Heidi le dio una palmada en la mano buena a Marge.

—No se preocupe por eso. Para mí es como si fueran unas vacaciones y así puedo refrescar mi inglés.

Marge asintió, aunque no muy convencida.

—Vale, pero llámame Marge, no señora Appleton.

—Heidi. Un placer.

Después de la cena, Jo fue a casa de Seamus para ver cómo iba la página web que el hermano de Marie estaba creando y ya de paso revisó el correo electrónico.

—¿Qué es esa bobada de que Nick no puede venir al hotel? —le preguntó Jo a Seamus una vez que apagó el ordenador.

Seamus se rascó la cabeza avergonzado.

—Son cosas de Duncan, no mías. Espero que lo sepas. Dice que no eres una buena influencia para el niño y que no quiere que Nick aprenda a mentir como tú.

—¿Perdona? —dijo Jo mientras resoplaba del enfado—. Como si él fuera la decencia reencarnada en persona. Pero será imbécil. Lo siento. Sé que es tu sobrino, pero...

Pero Seamus sonrió de buen humor y dijo con un guiño:

—Pero si Nick se escapa y se va contigo, nadie puede evitarlo, ¿no?

—Gracias, Seamus, pero no entiendo a Duncan. Después de todo, fui yo la que salvó a Nick de aquel lío con esos gamberros en la parte de atrás de la tienda. ¿Y ahora se supone que no soy una buena influencia para él? Esta es la gota que colma el vaso.

Jo seguía indignada por el comportamiento de Duncan, pero, cuando captó la mirada preocupada de Seamus, se detuvo.

—Perdóname. Será mejor que esto lo aclare yo con Duncan. Sé que es una situación complicada para ti. Voy a volver al hotel. —Le dio un beso de forma espontánea en la mejilla a Seamus—. Gracias por dejarme el ordenador.

—De nada. Duncan no tiene malas intenciones. Solo es muy cabezota de vez en cuando. Pero es un niño con buen corazón.

Jo sonrió al pensar que alguien siguiera llamando niño a un hombre como Duncan. Se despidió de Seamus y volvió al hotel.

Al día siguiente le enseñó a Heidi lo que tenía que hacer en el hotel hasta que llegaron los primeros huéspedes del pueblo. Heidi colaboró de inmediato y ayudó a asignar las habitaciones. Un poco más tarde, se detuvo un taxi en la puerta y de él se bajó un hombre de mediana edad, guapo y bronceado. Miró a su alrededor como si esperara que alguien viniera a por su equipaje.

—Jo —dijo Heidi mirando por la ventana antes de avisar a su amiga —. Ven aquí. Tiene que ser él.

Jo miró por encima del hombro a Heidi.

—No sé. No lo he visto antes y tampoco he encontrado fotos de él por internet. ¿Traje y corbata? Eso ya le baja la nota.

—Le queda bien. Voy a ocuparme de él.

Jo observó desde la ventana cómo Heidi se acercaba al nuevo huésped.

—Hola. Bienvenido al Brambleberry Cottage.

Tom miró a Heidi con escepticismo.

—¿Eres Marge?

—No, pero ¿quiere que le ayude con el equipaje?

—¿No tenéis un servicio de equipaje en condiciones? No quiero dejarle las maletas a una chica tan delgada como tú.

La sonrisa de Heidi se congeló por un instante.

—¿Una chica tan delgada? Le ruego que me disculpe.

Pero Tom la ignoró y pasó junto a ella con las dos maletas hasta entrar en el hotel. Heidi lo siguió indignada ante tanta insolencia. Una vez dentro, se encontró con Jo, quien había vuelto para ponerse detrás del mostrador con una sonrisa muy dulce.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Si es usted Marge, lo primero que quiero es ver mi habitación. Después, quiero que me enseñe las cuentas del año en curso.

Sin duda, fue directo al grano.

—Puedo solucionar lo de la habitación, pero, por lo general, no podemos mostrarle el libro de cuentas a los huéspedes. —Probó la táctica de hacerse la tonta.

—Sabe muy bien que no soy un huésped cualquiera, señora Appleton.

Jo ignoró su error. Puede que fuera mejor que le hiciera creer que era Marge.

—Ah, sí. Claro, como no tiene una etiqueta ni una señal pegada en la frente que diga quién es.

—Soy Tom Hudson.

—Vaya. Qué alegría poder conocerlo, señor Hudson. Por fin nos conocemos en persona.

—No sea tan hipócrita. Ha evitado todas mis llamadas, así que me he visto obligado a personarme aquí. Por suerte, tengo una reunión en Londres la semana que viene, por lo que no he venido solo por usted.

—Bien. —Jo cogió la llave y se adelantó para mostrarle su habitación al antipático huésped. Había elegido una que estuviera lo más lejos posible de la de Marge. La habitación estaba en la última planta y era una de las mejores. Abrió la puerta y lo dejó pasar.

—Aquí es. El desayuno es de ocho a diez de la mañana, y la cena, de siete a nueve de la noche. No tenemos menú fijo a la hora del almuerzo, pero puede picotear algo en el *pub* del pueblo. Si necesita algo, marque el número noventa y se pondrá en contacto con recepción. Espero que su estancia con nosotros sea la mejor posible.

—No estoy aquí de vacaciones, señora Appleton. Voy a refrescarme y bajo para que me enseñe el libro de cuentas.

Jo se aclaró la garganta.

—Lo siento, señor Hudson, pero eso va a tener que esperar. Tenemos el hotel repleto de huéspedes esta noche y tengo que estar en la cocina.

Tras decir eso, se giró y se alejó de Tom. Tenía que darle a Heidi un poco de tiempo y, luego, hablar con Marge para asegurarse de que todos los ingresos estuvieran incluidos en las cuentas. Sin embargo, no pensaba decirle que aquel tipo tan grosero estaba en el hotel.

—El tal Hudson quiere que le envíe las cuentas por fax.

Jo colocó con cuidado el té en la mesita de noche junto a la cama de Marge, quien se llevó las manos a la cara sorprendida.

—Madre mía. Por eso mismo lo estaba evitando, porque me temía tal cosa. Su tío nunca se había interesado por el tema económico.

—¿Dónde están los libros de cuentas, Marge? —la interrumpió Jo de forma amable.

Marge señaló al escritorio.

—Cajón superior a la derecha, pero ya te digo que no te va a gustar lo que vas a ver. ¿De verdad hay que enviárselo? ¿No hay otra posibilidad?

—Me temo que tendremos que enseñárselo tarde o temprano. —Jo suspiró y se acercó al escritorio—. Sin embargo, tal vez podamos ganar algo de tiempo. —El cajón se atascó un poco, como si tratara de evitar que viera lo que había dentro. Tras un fuerte tirón, Jo lo abrió y sacó un gran cuaderno negro. La última entrada era del día en que Marge tuvo el accidente. Jo todavía tenía que añadirle sus gastos, por lo que los números serían incluso más rojos que la sangre misma, por no decir rojo tirando a chillón.

—A mi amiga Heidi se le dan muy bien los números. ¿Puedo enseñarle las cuentas? Tal vez sepa cómo maquillarlas un poco.

Marge asintió mostrando tristeza. Jo le puso la mano en el hombro para reconfortarla.

—Lo siento mucho, pero te prometo que Heidi y yo haremos lo posible para salvar el hotel. Confía en mí. Intentaremos retrasar a Hudson lo que podamos. Ya tengo un plan.

—Ojalá pudiera levantarme y hacer algo —se lamentó Marge sonándose la nariz.

—Seguro que pronto podrás hacerlo.

Jo le acarició el brazo con simpatía. Luego, se levantó y fue a buscar a Heidi.

—¿Qué quieres, que modifique las cuentas? —susurró Heidi mirando a todos los lados para asegurarse de que nadie la estaba escuchando—. Eso es ilegal, Jo. Y no es un delito menor. Puedes ir a la cárcel por ello.

—Es solo en caso de emergencia, por si no podemos quitarnos a Hudson de encima. Le diré que estamos pasando la contabilidad al ordenador y no la tenemos aquí. Y eso no será ni mentira, porque puedes meter los números en el ordenador de Seamus y, después, hacer desaparecer un par de gastos en el proceso.

—¿Y cómo le vamos a explicar el saldo del banco? Es una locura.

Jo miró a Heidi suplicándole con los ojos.

—Vale. Voy a pasar los números a Excel para que parezca más profesional. Puede que encuentre un par de errores, pero creo que deberíamos convencer al señor Hudson de los cambios cuanto antes. Tenemos que demostrarle que estamos ayudando a Marge a modernizarlo todo y que esto dará sus frutos a nivel de ingresos en el futuro. Hablando de eso, ¿por qué no le has dicho que no eres Marge?

—Porque no quiero que vaya a su habitación. Ella ya está bastante alterada. Y si descubre que no soy Marge, no parará hasta que la vea. Será mejor que me use de chivo expiatorio por ahora. Yo me ocuparé de él.

Heidi suspiró.

—Bueno, vale. Voy a ir a casa de Seamus y luego vuelvo para ayudarte a servir.

Jo desvió el teléfono de la recepción a la cocina y se puso el delantal. Tenía que hacer un esfuerzo extra con la comida para ver si así conseguía suavizar un poco los ánimos del propietario. Estaba pelando zanahorias cuando llamaron a la puerta trasera. Se trataba de Nick con una gran sonrisa y con Lizzie en sus brazos. Se quedó asombrada porque, hasta el momento, ella no había logrado coger a la gatita.

—¿Puedo darle algo de comer?

—Todavía es un poco pronto. Bueno, no pasa nada. Te voy a dar su cuenco con comida. Pero tendrás que darle de comer afuera porque estoy cocinando para los huéspedes.

Un poco más tarde, Nick volvió a la cocina.

—¿Puedo ayudarte?

Jo lo miró y comprobó que estaba muy sucio tras haberse pasado un buen rato jugando.

—Vale, pero primero tienes que arremangarte el suéter y lavarte bien las manos y los brazos con jabón.

Cuando terminó, bajo su supervisión, se puso un delantal de cocina. A continuación, Jo le dio las patatas para lavarlas y pelarlas.

—Sabes muy bien que no deberías estar aquí conmigo, ¿verdad? —le dijo Jo con sonrisa traviesa.

—Sí, pero me sigue pareciendo una regla un tanto estúpida. Además, estaba aburrido. ¿Podemos poner música?

—Claro, pero no podemos subir tanto el volumen como la otra vez porque vamos a molestar a los huéspedes.

Jo puso un CD y, al momento, ambos estaban cantando tan alto que no oyeron el golpe fuerte en la puerta.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Y qué hace este chico en la cocina?

Jo saltó cuando oyó a Tom detrás de ella, y se apresuró a apagar la música.

—Qué susto me ha dado, señor Hudson. ¿Necesita algo?

—Sí, necesito que me explique qué hace este chico en la cocina del hotel.

¿Cómo se atrevía? Jo ya se estaba cansando de que fuera tan entrometido, así que se colocó delante de Tom, que era unas dos cabezas más alto que ella, y le dijo furiosa:

—En primer lugar, esta sigue siendo mi cocina, no la suya, señor Hudson, por lo que soy yo quien determina quién puede entrar y quién no. Y si alguien no puede entrar es usted, ya que no les está permitida la entrada a los huéspedes como puede ver perfectamente en el cartel que hay en la puerta que dice «Solo personal».

—Espero que no me esté diciendo que este niño forma parte del personal.

Jo puso los brazos alrededor de los hombros de Nick, quien se había colocado a su lado y miraba a Tom tan desafiante como ella.

—Él está conmigo y yo sí que soy empleada, ¿no?

—Disculpe. No sabía que tenía un hijo, Marge. Aun así, no debería estar en la cocina. Los niños son antihigiénicos.

Nick miró a Jo con los ojos bien abiertos. ¿Acababa de decir que era su madre? Sonrió y se acercó un poco más a ella.

—Se ha lavado las manos y los brazos con jabón, trae ropa apropiada y sabe comportarse en una cocina, ¿no es así, Nick?

—Sí, mamá —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bien, señor Hudson, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Como no hay minibar en la habitación, quería que me trajeran

agua, pero nadie ha cogido el teléfono.

¡Vaya! Puede que no oyera el teléfono por la música.

—Lo siento. No volverá a suceder. Le llevo el agua de inmediato. ¿La quiere con o sin gas?

—Con gas, por favor. Pero ahora que ya estoy aquí, me la puedo llevar yo mismo.

Fue a la despensa, le dio la botella que él quería y un vaso limpio. Cuando salió de la cocina, miró a Nick con una sonrisa.

—Creo que será mejor que no pongamos música para que no nos pase lo mismo.

—Has dicho que soy tu hijo —dijo Nick con una sonrisa tímida. Jo le alborotó el pelo—. Bueno, no he dicho eso. El señor Hudson lo ha supuesto porque he dicho que estás conmigo. —Al ver la cara de decepción de Nick, agregó—: Pero, si tuviera un hijo, me encantaría que fuera como tú. Y dejaremos que el señor Hudson se lo siga creyendo, pero ahora será mejor que nos pongamos a lavar las verduras si queremos que los huéspedes puedan cenar hoy.

Poco antes de las seis, Heidi entró por la puerta de la cocina.

—Pequeño, te están buscando por allí. Será mejor que siga yo por ti aquí.

Jo le dio una galleta en la mano a Nick.

—Gracias por ayudarme, Nick. —Luego, lo miró más de cerca—. Oye, ¿estás bien? Te noto un poco pálido.

—Me duele un poco la cabeza, pero no es nada. ¿Puedo volver mañana?

Ella le dio un abrazo rápido.

—Me pondría muy triste si no lo hicieras.

Luego, abrió la puerta y lo vio correr por el césped. A continuación,

se volvió hacia Heidi.

—¿Cómo va la contabilidad?

—Mejor ni preguntes.

—¿Tan mal?

—Ya he metido casi todo el año 2013 en el ordenador, pero ese no es el problema, sino que me parece que no vamos a poder pasar nada por alto. De hecho, es un milagro que Marge haya podido mantener esto a flote durante tanto tiempo.

—Invirtió todos sus ahorros aquí. Si ahora el señor Hudson decide cerrar el hotel o venderlo, se quedará en la calle. No podemos permitirlo.

Heidi suspiró.

—Creo que lo mejor es que le cuentes toda la verdad, que pongas las cartas sobre la mesa y le expliques cómo vamos a tratar de encarrilar de nuevo el negocio. Puede que...

—¿No lo has visto? —la interrumpió Jo con vehemencia—. No nos va a esperar. ¿No le has visto los signos del dólar en los ojos?

—Entonces, ¿cómo pretendes explicarle este desastre?

—Voy a intentar no tener que mostrarle los libros de contabilidad. Tal vez le sirva con ver que el hotel está lleno de gente.

Jo abrió la puerta y miró hacia el comedor, donde ya estaban sentados los primeros huéspedes. El estadounidense también estaba allí, revisando su tenedor para asegurarse de que estaba limpio. «Sí, está limpio, idiota», gruño Jo en voz baja.

Comenzó a servir la comida con la ayuda de Heidi. Jo no dejaba de mirar a Tom Hudson para ver si le gustaba la comida, pero su expresión facial no delató nada. Al acabar la cena, Heidi entró por la puerta de la cocina cargada de platos y Jo ya había comenzado a lavarlos.

—Quiere otro expreso y quiere que se lo sirvas tú.

Jo fue a la máquina de café y presionó el botón de expreso.

—Aquí lo tiene.

Jo colocó el expreso en la mesa.

—Siéntese un momento, por favor.

Jo dudó

—Me queda mucho trabajo por hacer.

—Soy el dueño de este negocio y me gustaría que mi encargada se sentara conmigo un momento. ¿Es mucho pedir? —Tenía un tono de voz apaciguador, pero a la vez un tanto alarmante.

Jo sacó la silla y se sentó. Estaba preparada para que le asestara el golpe definitivo, pero iba a resistirse en lugar de aceptarlo sin más. Entonces, levantó la cabeza y miró desafiante a los ojos a Tom Hudson, dándose cuenta de que ¿estaba sonriendo?

—Es usted muy buena cocinera, Marge —comenzó—. Y si hay tanta gente aquí todas las noches, es porque el hotel va bien.

Jo exhaló profundamente. Su plan parecía estar funcionando.

—Pero...

Mierda. ¿Qué va a decir?

—Algo me huele mal. Parece que es usted una encargada pésima. Hay errores en los extractos que me envió hace unos meses, busco el hotel en internet y no encuentro nada, parece que no tiene ni ordenador aquí y tampoco veo anuncios en la prensa local. ¿Cómo hace para sobrevivir?

—¿Con el boca a boca? —intervino Jo de forma espontánea—. Mire, señor Hudson, antes las cosas no iban muy bien que digamos, pero me di cuenta de que no podíamos vivir sin modernizarnos, aunque no encajara con el concepto de este alojamiento. He

conseguido que Heidi me ayude a administrar el hotel y lo estamos pasando todo a ordenador, pero necesitamos un poco más de tiempo.

Tom le dirigió una mirada penetrante.

—Me pregunto, Marge, ¿por qué tiene acento suizo y nombre británico? Mi instinto me dice que aquí está pasando algo raro.

—Me casé con un británico, espetó. —La red de mentiras se volvía cada vez más ominosa. Sabía que acabaría liándose con sus propias mentiras, pero solo quería retrasar al señor Hudson un poco más—. Ya ha conocido a mi hijo.

Tom siguió mirándola, pero acabó asintiendo.

—Como quiera, pero quiero ver las cuentas mañana, ¿entendido? —Tras decir aquello, se levantó—. Buenas noches, Marge

—Buenas noches, señor Hudson.

De vuelta en la cocina, Jo se deslizó cansada hasta el suelo junto a la puerta.

—¿Ha ido mal? —preguntó Heidi con simpatía.

—Quiere ver las cuentas mañana y sospecha que estoy tratando de engañarlo.

—Entonces, tendremos que mantenerlo ocupado mañana para que no piense en revisar las cuentas.

—¿Y cómo lo haremos? No hay nada por aquí que pueda mantenerlo mucho tiempo ocupado. Incluso si lo enviamos a jugar al golf, como tenemos previsto, volverá en unas pocas horas.

—Ya se nos ocurrirá algo. Primero vamos a ordenar la cocina y luego nos hacemos un té.

Comenzaron a cargar los platos en el lavavajillas en silencio, luego comenzaron con las ollas y después con la vitrocerámica. Ambas se quedaron pensativas. Tenía que haber alguna forma de mantener

ocupado al señor Hudson. De repente, Jo dejó de fregar y miró a Heidi con una sonrisa traviesa.

—Lo tengo. Lo vamos a involucrar en la gestión del hotel. Vas a ir con él a varias destilerías de *whisky*, donde se supone que deberá elegir el *whisky* adecuado para el hotel y tendrá que negociar el precio con el fabricante. Tienes que asegurarte de que los pruebe todos y de que al final esté tan bebido que no pueda distinguir un cero de un nueve. Es fácil.

Heidi dejó reposar la propuesta en su cabeza durante un rato.

—Puede funcionar.

—Funcionará. Ya verás. Todos los hombres funcionan de la misma manera.

—Pero eso no está bien a nivel moral, que lo sepas.

—Bueno, no lo vamos a emborrachar de *whisky* nosotras, se lo va a beber él mismo.

—Esperemos que sí. Ojalá no vomite en el coche. Me debes una después de esta jugada, Jo.

—Te debo tantos favores que no voy a poder devolvértelos todos en esta vida.

Jo se levantó muy temprano al día siguiente. Todavía era de noche cuando ya estaba metiendo los panecillos en el horno. Luego, preparó las mesas para el desayuno, ya que la noche anterior no lo hizo porque estaba demasiado cansada. Cuando por fin salió el sol anticipando un gran día, fue a ver a su paciente con un té y unos panecillos. Marge se sentía mejor. Estaba impaciente. A pesar de ello, el médico no la dejaba levantarse todavía, pero eso no duraría mucho más, por lo que, si Tom Hudson seguía allí, Jo tendría que pensar en otro plan. Tenía que evitar por todos los medios que se cruzaran para no preocupar más a Marge.

Iba de regreso a la cocina cuando alguien llamó fuerte a la puerta trasera. Jo abrió y Duncan la empujó de inmediato hacia dentro. Detrás de él estaba Nick con cara de culpable y un color muy

pálido.

—¿Cómo te atreves a utilizarlo para tus intereses? Por eso mismo no quería que estuviera contigo.

—¿De qué estás hablando? Y buenos días a ti también.

—Le has dicho a Tom Hudson que eras la madre de Nick, ¿no es así?

—Eso no fue así. —Nick se abrió paso entre ellos y miró desafiante a su padre—. No me has escuchado, papá.

—Nick, vete ahora mismo con el tío Seamus y no quiero oír ni un solo reproche.

—No me voy.

—¡Nick! —Duncan pareció perder pronto los estribos.

Jo sonrió de forma alentadora a Nick.

—Vete, Nick. Tu padre no me va a matar.

—Yo no estaría tan seguro —gruñó Duncan en voz baja para que su hijo no pudiera escucharlo. Nick fue trotando a la casa de su tío abuelo con la cabeza agachada. Cuando Duncan se volvió hacia ella, Jo miró hacia abajo avergonzada.

—El señor Hudson asumió por error que Nick era mi hijo y yo no lo corregí. Pero ¿qué hay de malo en eso?

—¿Que qué hay de malo en eso? —Duncan sacudió la cabeza con incredulidad y volvió a mirarla—. Que estás engañando a mi hijo. Desde que perdió a su verdadera madre, siempre ha querido volver a tener una. ¿No te lo has llegado a plantear? Pues claro que no, porque solo piensas en ti. Llevas mintiendo y haciendo trampas desde que te conozco.

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió y Tom asomó la cabeza.

—¿Pasa algo aquí?

Duncan resopló.

—Problemillas familiares, si lo quiere llamar así.

Tom miró a uno y luego a otro y vio a través de la puerta de la cocina cómo Nick desaparecía hacia la casa vecina.

—Ah, usted debe de ser el marido de Marge, el señor Appleton, ¿no es así?

Jo pensó que las cosas estaban empeorando cada vez más cuando, de repente, Duncan la atrajo hacia él con un movimiento rápido y la besó con fuerza. Puede que fuera por puro castigo, pensó, pero la agarraba tan fuerte y le gustó tanto el beso que se derritió en sus brazos. Al cabo de un instante, suavizó el beso y dejó que Jo pudiera respirar contra sus labios.

Tom se aclaró la garganta de forma discreta, lo que provocó que Duncan la soltara.

—Que tengas un buen día, cariño —gruñó antes de desaparecer de la cocina.

Jo miró a Tom avergonzada.

—Es un poco temperamental —le dijo—. ¿Quiere un poco de té o café para desayunar?

—Café. El más fuerte que tenga, por favor.

Cuando Tom Hudson se marchó, Jo dejó caer la cabeza sobre la mesa.

—Lo siento, Josy. —La voz de un niño sonó de repente junto a ella. Nick se había dado la vuelta detrás del seto de la casa de Seamus y se había marchado a escondidas de vuelta a la cocina. El beso la había dejado a cuadros, por lo que miró a Nick confundida.

—No quería decírselo a papá, pero se me escapó. —Se acercó con cautela y Jo lo atrajo hacia ella.

—No has hecho nada malo, Nick. Tu padre ha sido un poco exagerado y yo a veces soy un poco estúpida. Siéntate. Te voy a preparar un chocolate, pero primero tengo que prepararle un café al señor Hudson.

Cuando volvió a la cocina, se dio cuenta de lo pálido que seguía Nick.

—¿Te encuentras bien, Nick? —preguntó preocupada poniéndole la mano en la frente—. Estás un poco caliente.

—Estoy cansado y me duele la cabeza.

—¿Se lo has dicho a tu papá?

—No, porque entonces no me habría dejado quedarme con Seamus ni contigo.

Jo suspiró.

—Espera. Te voy a preparar un poco de té.

—No quiero. Estoy un poco mareado.

En ese momento, Heidi entró en la cocina.

—Heidi, ¿puedes ocuparte del desayuno un momento? Nick no se siente bien y prefiero llevarlo en un momento a casa de Seamus.

—Sí, claro.

Jo cogió a Nick de la mano y lo llevó a la casa de su tío abuelo. Seamus le abrió la puerta con una taza de té en la mano.

—¿Duncan sigue aquí?

—No, se ha ido al trabajo bastante cabreado.

—Como siempre. Enfadado por una tontería, pero no se da ni cuenta de que su hijo está enfermo.

Seamus miró a Nick con preocupación.

—¿Qué te pasa?

—Tengo un poco de náuseas y me duele la cabeza —le explicó Nick de forma tímida.

—Creo que también tiene fiebre. ¿Puede quedarse aquí contigo, Seamus? Se podría quedar con nosotros, pero no creo que a Duncan le haga mucha gracia.

—Claro. Tiene su habitación aquí. Ven conmigo, grandullón.

—Tengo que volver. Heidi está sola con el desayuno, pero te veré luego, Nick.

—Vale.

Nick entró arrastrando los pies en la casa, sosteniendo la mano de Seamus. Mientras tanto, los huéspedes falsos ya habían ocupado sus lugares en la mesa del desayuno del hotel y Heidi corría de un lado a otro con cafés y tés. Como Heidi parecía tenerlo todo bajo control en el salón, Jo fue a la cocina a freír bacón con huevos en una sartén grande.

Más tarde, cuando la avalancha de huéspedes terminó, Jo fue a la recepción porque algunos de los huéspedes estaban saliendo. Tom la observó desde la esquina, sin querer perderse nada. «Espero que a ninguno de los huéspedes se le escape nada», pensó Jo, pero todo salió a la perfección. Lo mejor fue cuando Bob anunció en voz alta que le había encantado el hotel y que volvería al mismo sitio con mucho gusto para relajarse durante unos días. Jo tuvo que morderse la lengua para no reírse a carcajadas.

—Nos alegra que haya disfrutado de su estancia con nosotros —dijo en cambio mientras los acompañaba tanto a él como a su esposa a la puerta. Tras despedirse de los dos, Tom se acercó a la recepción.

—Ahora tiene tiempo para que veamos las cuentas.

—No, no tengo tiempo. Heidi me necesita en la cocina, después tengo ir al mercado a comprar las cosas para la cena y, entre tanto, tengo que ver cómo está mi hijo, que parece que está con gripe.

—Qué pena. Pero si parecía estar bien esta mañana.

—Yo también lo pensaba al principio, pero ya lo había visto pálido y luego me confesó que se encontraba mal. Su tío abuelo lo está cuidando mientras yo estoy aquí, pero me gustaría ir a verlo. —Jo cerró la caja y luego miró a Tom como si se le acabara de ocurrir una idea.

—Pero ya que tenemos aquí al propietario, podría echarnos una mano. De hecho, tenía planeado ir a algunas destilerías hoy para elegir una selección de *whiskies* para el bar y firmar un trato con el proveedor, pero tengo que quedarme con Nick. ¿Podría ir a las destilerías con Heidi?

¿Qué hombre iba a rechazar la oferta de ir a probar diferentes tipos de *whisky* con una mujer guapa y poder dar su opinión como experto? —pensó Jo. Pero Tom la miró con escepticismo y se tomó un tiempo para responder.

—¿O tiene otros planes, señor Hudson?

—Vale. Iré yo por usted.

—Bien. Puede llevarse mi coche si quiere. —Solo tenía que pedirle a Marge las llaves del coche, las cuales Seamus había dejado en el escritorio de la habitación cuando volvieron del médico.

—Entonces, ¿cómo va a ir de compras?

—En bicicleta, y lo que no pueda llevarme me lo acercan al hotel los dueños de las tiendas. Voy a ir a avisar a Heidi. Vuelva a las diez a la recepción si es tan amable.

Él asintió y volvió a su habitación. La jugada le había salido mejor de lo que esperaba.

—Se lo ha creído —gritó Jo mientras se acercaba a Heidi en la cocina—. Tienes que estar en el vestíbulo a las diez para ir a las destilerías. Vamos a ver por dónde tienes que pasar, y avisaré a las destilerías de que vais para allá.

Dejaron la cocina desordenada para limpiarla después y extendieron

un mapa sobre la mesa. Jo señaló las destilerías que estaban lo más lejos posible para que Tom estuviera ocupado todo el día.

—Mierda. ¿Tengo que conducir? No he conducido nunca por el lado izquierdo de la carretera.

—No te preocupes. No creo que Hudson deje que lleves tú el coche. Voy a ir a ver a Marge para coger las llaves del coche y tú ve a ponerte guapa.

—No creo que eso vaya a funcionar. No le gusto. ¿No has oído que me ha dicho antes que estoy muy delgada?

Jo se rio.

—Seguro que lo acabas engatusando. Todavía no ha nacido hombre que pueda resistirse a ti.

Heidi gimió.

—Ojalá tuviera la misma confianza que tú.

—Venga, vamos, Heidi. En cuanto consiga las llaves del coche, cojo el ordenador de Seamus e informo a las destilerías. Si hay algún cambio de planes, te llamo al móvil, ¿vale?

Heidi se rindió a su destino y asintió un poco de mal humor.

—Que te lo pases muy bien.

—Como si fuera a ser verdad, Jo.

Marge le dio sin problemas las llaves del coche a Jo cuando se las pidió para ir a hacer unos mandados del hotel. De todos modos, no entendía que Jo fuera siempre en bicicleta a hacer la compra, ya que le parecía demasiado incómodo.

—Gracias, Marge, me va a ser de gran ayuda. Luego te las devuelvo —dijo Jo antes de ir directa a la habitación de Heidi para darle las llaves. Luego, salió por la puerta trasera del hotel y fue a pie hasta la casa de Seamus.

—¿Cómo está Nick? —le preguntó.

—Está durmiendo otra vez. Me temo que al final va a tener sarampión.

—Vaya tela. ¿Tú lo has pasado ya?

—Creo que sí, cuando era pequeño. ¿Y tú?

—No tengo ni idea, pero creo que me vacunaron de pequeña. Luego iré a verlo. Ahora necesito el ordenador.

—Sin problema. Todo tuyo. —Seamus se echó a un lado y dejó que pasara Jo. Ella le habló de su plan para distraer a Tom y que no les pidiera las cuentas durante todo el día.

—El pobre hombre no puede con dos mujeres como vosotras. —Seamus sonrió y llevó a Jo a su oficina.

—No tiene ni la más mínima posibilidad —confirmó Jo con una sonrisa mientras se sentaba frente al ordenador para buscar las tres destilerías de *whisky* que había preseleccionado. Pidió cita en las tres y luego se lo pasó a Heidi al móvil. Tras hacerlo, revisó el correo electrónico y se alegró cuando vio que ya habían creado la página web del hotel. Solo tenía que revisarla y ya después podrían publicarla en internet. Verificó los datos más importantes, es decir, dirección, números de teléfono, correo electrónico, precios y cómo llegar hasta allí, y dio el visto bueno para que pudieran subirlo a internet. Pensó en comprobar el resto de los detalles más tarde, puesto que lo importante era subir la página cuanto antes. Al terminar, apagó el ordenador y fue a ver a Nick, quien estaba dormido cuando ella entró en silencio en la habitación. Le colocó con suavidad la mano en la frente y notó que estaba bastante caliente. También pudo ver las primeras pústulas del sarampión en su rostro pálido. Pobrecito. Nick abrió los ojos y estuvo a punto de rascarse el brazo.

—Será mejor que no hagas eso si no quieres que te pique aún más. Parece que al final tienes sarampión —le dijo con simpatía—. El tío Seamus ya ha llamado al médico y vendrá luego a verte.

—Me duele todo —se lamentó Nick.

—¿Quieres que te lea un cuento? Tal vez eso te distraiga un poco.

Nick la miró abriendo los ojos con gesto compasivo y asintió.

—Voy a pedirle un libro a tu tío y te traigo algo de beber. Ahora vuelvo.

La cocina del hotel tendría que esperar un poco más para que la limpiaran, aunque tampoco era tan importante.

Capítulo 8

Tom Hudson miró con impaciencia su reloj. Ya eran las diez y cuarto. Entonces, oyó a alguien bajar las escaleras. Se giró para ver a la belleza rubia del hotel flotando por las escaleras con un vestido de flores azul que resaltaba aún más su color de ojos.

—Llegas tarde —gruñó—. ¿Podemos irnos ya?

Sin inmutarse por su mal humor, Heidi le sonrió.

—Por supuesto.

Tom caminó hacia el lado del conductor de forma automática y se montó en el coche, que estaba en el aparcamiento del hotel.

—¿Este es el coche de Marge? —preguntó mirando a un Saab antiguo, por no decir otra cosa aún peor.

Heidi asintió y le tiró las llaves.

—Su hotel no es que sea una mina de oro como para que Marge pueda comprarse un Bentley. —Se sentó en el asiento del copiloto y sacó un mapa del bolso.

—¿Cómo? ¿No tienes GPS?

—Señor Hudson, yo seré hoy su GPS.

Heidi había decidido no enfadarse con Tom, pero ya la estaba poniendo nerviosa. Lo que tenía claro era que Jo iba a tener que pensar en algo increíble para compensárselo.

Tras arrancar y hacer un giro, Heidi gritó horrorizada:

—¡Por la izquierda! ¡Aquí se conduce por la izquierda!

—No me grites. No ha pasado nada.

El resto del camino hasta el pueblo fue en silencio hasta llegar a la tienda de Alistair.

—¿Por qué se detiene aquí? Vamos tarde. Deberíamos seguir —dijo Heidi un poco nerviosa.

—Yo no tengo la culpa de que vayamos tarde, le recordó—. Tengo que comprar un par de cosas. Espérame en el coche.

Pero Heidi no le hizo caso, puesto que no sabía con quién se encontraría allí y quería evitar cualquier contratiempo. Tom cogió el *London Times* del estante de periódicos, luego tomó una botella de agua y, para el asombro de Heidi, también cogió chocolate. Cuando se dio cuenta de su mirada atónita, se encogió de hombros y le dijo:

—Es para los nervios.

—¿Para mí? —le preguntó con dulzura.

—No, es para mí.

Heidi cogió enfadada dos tabletas de chocolate, para demostrarle que ella también podía jugar a ese juego. Tom colocó sus cosas en la cinta y estudió con atención a la cajera, la esposa de Alistair, mientras iba haciendo las cuentas.

—¿No la vi ayer en el Brambleberry Cottage?

Para horror de Heidi, la mujer se sonrojó, pero Alistair se acercó con rapidez y le dio a su esposa un beso cariñoso.

—Sí, puede ser. Ayer celebramos nuestro aniversario de boda y nos dimos el capricho de pasar una noche en este encantador hotel. ¿Está alojado allí?

Tom asintió. Pareció satisfecho con la explicación. Heidi exhaló suavemente detrás de él. Se había salvado por los pelos. En el coche, abrió la primera tableta de chocolate y le dio un mordisco.

—Por favor, no manches los asientos de chocolate.

—Le recuerdo que no es su coche.

—Tienes razón, pero me gustaría devolver el coche tal y como nos lo prestaron.

—Qué pesado es.

«Y qué bien hueles tú», pensó Tom mientras miraba a la carretera. Conocía demasiado bien a las mujeres como Heidi. Muñequitas codiciosas que solo pensaban en beber cava, comer caviar y en llevarse a un tío con dinero a la cama. Pero no pensaba volver a enamorarse de una perra así. El divorcio le había costado muy caro, ya había aprendido la lección. Heidi comenzó a girar los botones de la radio. A Tom le pareció bien, puesto que así no tendría que hablar con ella.

Jo volvió a la habitación de Nick con un libro gordo en una mano y un zumo de naranja en la otra.

—¿Me siento en esta silla o en la cama contigo?

—En la cama.

Nick se deslizó para dejarle espacio. Jo se sentó para que Nick pudiera apoyarse en ella. Sintió el calor de la fiebre que parecía haber aumentado. Esperaba que el doctor llegara cuanto antes para ponerle remedio. Mientras tanto, abrió un libro que se titulaba *La isla del tesoro* y comenzó a leer. En realidad, debía volver al hotel para limpiar en lugar de estar leyéndole un libro de piratas a un niño. Tenía que limpiar las habitaciones y la cocina, además de hacer la compra. Se enfureció al pensar en todas las cosas que le quedaban por hacer, pero luego miró a Nick y se dio cuenta de que él era lo que importaba en aquel momento. Cuando comenzó a leer, ambos acabaron quedándose dormidos y así fue como se los encontró Duncan cuando llegó al mediodía. Seamus lo había llamado por la mañana para contárselo, por lo que se había organizado para tener la tarde libre y poder estar con él.

Se conmovió al verlos durmiendo juntos. De hecho, parecían madre e hijo, pero ella no era la madre de Nick, se recordó de inmediato, y

tampoco iba a ocupar su lugar. No quería que una mentirosa y estafadora tuviera una relación tan importante con su hijo. Estaba a punto de despertarlos cuando ella suspiró, abrió los ojos y lo miró fijamente. Sus ojos le recordaron al musgo oscuro que crece en los bosques donde apenas llegan los rayos de sol. Era sorprendente cómo cambiaban de color según la luz o el estado de ánimo. Al verlo, Jo se sobresaltó y se le cayó el libro de las manos, lo que también despertó a Nick.

—Papá.

—Hola, grandullón. —Le acarició la frente con ternura notando que estaba caliente—. ¿Cómo te encuentras?

—Josy cree que tengo sarampión.

—Me temo que va a tener razón. —Volvió la mirada hacia Jo y le dijo—: Gracias por cuidar de él.

—Me ha leído *La isla del tesoro*. Es una historia emocionante, ¿la conoces?

Jo salió de detrás de Nick y se puso en pie.

—Ahora que ya estás aquí, puedo volver al hotel. Tengo mucho trabajo.

—Te acompaño.

—No hace falta. —Se inclinó sobre Nick y le tocó la nariz con el dedo índice—. Ponte bien, grandullón. Te necesito en la cocina.

Nick sonrió.

—Me pondré bien.

—¿Seguro que no te has equivocado? —preguntó Tom. Llevaba media hora conduciendo por una zona boscosa y deshabitada. Los únicos habitantes de esa parte de Escocia parecían ser ovejas, las cuales aprovechaban lo poco que tenían para pastar entre los bosques.

—¿Cree que por ser rubia no sé leer un mapa? —dijo Heidi mirando a Tom. Era un tipo muy impertinente—. Ahora nos vamos a encontrar con un cruce. Siga por la derecha y llegaremos en un minuto.

Para su asombro, así fue. ¿Cómo podía ir bien una destilería allí, en el fin del mundo?

—Supongo que te debo una disculpa —dijo mientras salía del coche.

—Sí, así es.

—Pero ¿cómo me iba a imaginar que habría una destilería aquí en medio de la nada?

Heidi se paró frente a él y lo miró enfadada.

—¿Confiando en mí?

Le gustaba el temperamento de Heidi. La gente solía amedrentarse con él, pero aquella grácil rubia no parecía rendirse con facilidad. Tuvo que esforzarse para no sonreír.

—Primero tienes que ganarte mi confianza. —Se dio la vuelta y caminó hacia la entrada—. No te enfades. Vamos.

Ella suspiró y lo siguió. ¿Cómo podía un chico tan guapo como Tom ser tan antipático? Se enfadó con la naturaleza por crear tal desperdicio.

Los estaban esperando. La secretaria llamó al jefe de ventas. Como por arte de magia, Tom se transformó en un verdadero caballero en la destilería. La trató con respeto, le abrió las puertas y la incluyó en las conversaciones. De vez en cuando, ella lo miraba con incredulidad, ya que era un hombre encantador cuando quería. El jefe de ventas les mostró la destilería y les explicó cómo hacían el *whisky*. Tom escuchó con interés y siguió haciendo preguntas. Luego, los llevaron a la sala de degustación. Tras el primer sorbo, Heidi tiró la toalla y tosió. No le iban las bebidas tan fuertes. Tom, por otro lado, miró asombrado al jefe de ventas y dijo:

—Está exquisito.

—¿A qué sabe? —le preguntó enorgullecido.

—Primero un poco de miel, luego naranja con un toque de vainilla, y parece ahumado al final.

Heidi miró con asombro a Tom.

—¿Todos esos sabores ha diferenciado?

Tom sonrió.

—El *whisky* no se bebe de un sorbo. Hay que dejar que se derrita en el paladar, querida.

—Prueben este ahora. —El jefe de ventas les entregó dos vasos nuevos, pero Heidi lo rechazó de inmediato—. Gracias, pero mejor que lo pruebe el señor Hudson.

Después de cuatro vasos más, Tom eligió el que más le gustó y comenzaron las negociaciones. Llevó a cabo una estrategia muy inteligente, pensó Heidi. Al final, Tom dijo:

—Bueno, me lo voy a pensar y ya mi encargada se pondrá en contacto con usted en los próximos días. —Era probable que no solo comprara *whisky* para este hotel en particular, sino también para el resto, por lo que la parada en Escocia podía haber valido la pena al final.

—Estaríamos encantados de abastecer su negocio, señor Hudson, y, como le he comentado, nos encantaría organizar visitas guiadas en nuestra destilería para sus huéspedes.

—Genial. Gracias por su tiempo.

Cuando salieron, Tom quiso volver a conducir, pero Heidi se plantó frente a la puerta del conductor.

—Aquí no hay discusión que valga. Ha bebido, así que conduzco yo.

—Solo he probado el *whisky*. Estoy en perfectas condiciones para

conducir.

Heidi extendió la mano abierta.

—Las llaves, por favor.

Se desafiaron frente a frente y ninguno estaba dispuesto a retroceder.

—Podemos quedarnos una hora aquí si lo desea. No pienso apartarme hasta que no me dé las llaves. No pienso subirme al coche de un borracho.

—¡Pero bueno! No estoy borracho. Ni siquiera lo estoy un poco. Pero no quiero que lleguemos tarde a la próxima degustación, así que toma las llaves.

Se sentó enfadado en el asiento del copiloto y cerró la puerta con un golpe. Heidi se sentó al volante con una sonrisa triunfal iluminando su cara. Al estar en medio de la nada, se pudo acostumbrar a conducir por el lado izquierdo sin ponerse nerviosa. La segunda destilería se encontraba en un pequeño pueblo cercano.

Otra vez volvieron a enseñarles la destilería, pero esta vez fue el propio encargado. Les volvieron a explicar los orígenes del *whisky* y les ofrecieron varios vasos. Esta vez, Heidi lo rechazó desde el principio. Después de tomarse seis vasos más, Tom tenía ya los ojos vidriosos. Le dio las gracias al encargado y le aseguró que se pondría en contacto con él en los próximos días. Al salir, Tom tuvo que concentrarse para no tropezarse. Heidi se rio entre dientes, ya que el plan de Jo parecía funcionar. En el coche, Tom se agarró al techo por un momento.

—Deberíamos volver al hotel. Mejor posponemos la visita a la última destilería para otro día.

Heidi le sonrió de forma descarada.

—Así que no es usted el tipo duro que pretende aparentar.

—Piensa lo que quieras —gruñó y se metió en el coche.

Mientras iban por un camino sinuoso sobre un pequeño paso de montaña, Tom gritó:

—Para, para. Para ya.

Heidi se detuvo a un lado de la carretera y lo vio salir tambaleándose del coche y vomitar entre los arbustos. Casi sintió pena por él. Luego, se apoyó contra el coche por un momento para respirar el aire fresco de las Tierras Altas. Heidi, que también había salido mientras tanto, le ofreció una botella de agua.

—¿Está bien?

Él asintió y cogió la botella.

—El último *whisky* ha sido demasiado.

—Creía que era por mi forma de conducir.

Él la miró y, por primera vez, le mostró algo parecido a una sonrisa. Estaba muy guapo cuando sonreía porque se le formaban dos pequeños hoyuelos en las mejillas. Sus ojos color chocolate seguían aturdidos, pero le encantaban las arrugas de expresión que se le formaban alrededor.

—Debería reírse más a menudo —le dijo—. ¿Seguimos?

—Un momento. Me estoy orinando —confesó Tom antes de dirigirse hacia los arbustos.

Mientras tanto, Heidi se sentó en el coche a esperarlo. Cuando vio que no volvía pasados unos minutos, comenzó a preocuparse y salió a buscarlo.

—¿Tom? ¿Está bien?

¿Debía ir a buscarlo? En realidad, no quería seguirlo entre los arbustos, ya que, después de todo, estaba borracho y no lo conocía muy bien. Podía ser un violador o un asesino en serie. Comenzó a pensar en cosas escalofriantes, cuando, de repente, oyó un grito en los arbustos detrás de ella. Al oírlo, salió corriendo sin pensar en las fechorías que él podría haber planeado hacer con ella.

—¿Tom? ¿Dónde está?

—Aquí atrás. ¡Ay! Mierda. Ten cuidado porque te puedes caer cuesta abajo.

Heidi se detuvo justo a tiempo. Tom había tropezado en una pequeña pendiente y había caído unos tres metros.

—¿Se ha hecho daño? —le preguntó.

—Un poco.

—¿Un poco? ¿Qué es un poco? ¿No podría ser un poco más específico? Voy hacia usted. No se mueva.

Heidi miró a su alrededor y descubrió que podía caminar hacia él un poco más a la izquierda sin tener que trepar por las rocas. En un momento, se plantó junto a él, aunque se sobresaltó al ver que tenía una herida abierta en la frente y le corría sangre por toda la cara. Tom se subió los pantalones para ver qué le pasaba en la pierna.

—Madre mía —exclamó Heidi cuando vio la larga y profunda herida que tenía en la parte inferior de la pierna. Estaba sangrando en abundancia y parecía que le sobresalía un hueso.

—No te vayas a desmayar ahora —exclamó Tom bajándose la pernera del pantalón.

Horrorizada, cogió el teléfono para llamar a los servicios de rescate, aunque no se sabía el número.

—¿Cuál es el número de emergencias por aquí? —le preguntó, tratando de no parecer histérica.

—Aquí no tendrás señal —dijo con total naturalidad. Ella continuó mirándolo y él siguió sacudiendo la cabeza.

—No lo sé.

—Voy a llamar a Jo.

Tom no tenía ni idea de quién era Jo, pero tampoco es que le

importara mucho. Heidi levantó el móvil y caminó un poco, pero no sirvió de nada porque no había señal.

—Mierda, mierda, mierda. —Entonces, se paró a pensar por un momento—. Tenemos dos posibilidades: se espera aquí hasta que vuelva con ayuda o lo arrastro de vuelta al coche y lo llevo al hospital más cercano.

—Me gusta más la segunda opción.

—Vale. ¿Puede levantarse?

Heidi trató de recordar la época en la que trabajaba en la residencia de ancianos, ya que solía ver cómo los ayudaban a levantarse. Sin embargo, del dicho al hecho hay un trecho. Tom apretó los dientes. Le dolía casi más el tobillo que la pierna y se encontraba fatal, pero al final, con la ayuda de Heidi, logró levantarse.

—¿Puedes darte la vuelta? —Al ver la mirada inquisitiva de Heidi, sonrió de forma tímida—. Todavía no me ha dado tiempo a...

—Ah, ya veo —dijo apresurada antes de alejarse unos pasos—. ¿Qué ha estado haciendo durante tanto tiempo entonces?

—¿Buscando el lugar correcto?

Heidi se mordió la lengua para no reírse a carcajadas.

—Por aquí hay pocos baños.

Cuando terminó, Heidi volvió a acercarse y vio que estaba bastante avergonzado.

—Lo siento.

Ella asintió y luego miró hacia arriba. Solo había unos cincuenta metros hasta el coche. Tom también miró hacia arriba, sabiendo que el tramo no sería corto tal y como tenía el tobillo, pero tenía que llegar de alguna manera. Heidi lo agarró por la cintura para que pudiera apoyarse en ella. El camino se le hizo interminable mientras avanzaban poco a poco. Tom apenas emitió un solo sonido, pero las gotas de sudor en la frente hacían entrever el dolor

que estaba padeciendo.

Cuando iban a mitad de camino, se cayó, y Heidi no pudo sostenerlo, así que ambos acabaron en el suelo.

—Vamos a parar —gimió afligido. Volvió a subirse un poco los pantalones y vio lo que ya sospechaba: tenía el tobillo hinchado. Se echó hacia atrás frustrado porque Heidi no podía llevarlo hasta arriba sola.

—Quédese aquí. Voy a intentar parar a alguien para pedir ayuda.

Cerró los ojos y oyó pasos retrocediendo. Heidi esperaba que se aproximara algún coche por la carretera, pero en las Tierras Altas no es que hubiera mucho tráfico. Entonces, recordó que siempre llevaba analgésicos en el bolso porque a menudo tenía dolores de cabeza. Puede que con eso consiguiera calmar un poco el dolor, así que fue al coche y rebuscó en su gran bolso hasta que encontró los medicamentos. Volvió a la zona donde estaba Tom con una botella de agua de la tienda del pueblo y una bufanda que había encontrado en el coche, la cual suponía que era de Marge. Tom yacía inmóvil y Heidi temía que se hubiera desmayado, pero cuando se arrodillo a su lado, abrió los ojos.

—¿Has encontrado a alguien?

—¿Ve a alguien a mi lado? —respondió irritada. La caída no parecía haberle venido muy bien—. No, no estamos en Oxford Street, pero tengo algo que le vendrá bien —explicó un poco más conciliadora.

Él la miró con escepticismo mientras ella levantaba una pequeña bolsa de medicinas.

—*Tachán*.

—¿Qué se supone que es eso? —Vio que era una bolsa de chica cosida a mano y pensó que se trataba de algún tipo de maquillaje o algo que no le serviría de nada.

—Son analgésicos.

—¿Los has encontrado? Te daría un beso ahora mismo.

—¿Tan fea soy que solo me daría un beso por haber encontrado analgésicos? —Abrió la bolsa y sacó las pastillas.

—No quería decir eso.

—Ah, ¿no? Es verdad. No ha parado de elogiarme desde que nos conocimos.

—Eso no es cierto.

—Me dijo que estaba muy delgada. —Le dio la pastilla y la botella de agua. Tom se las tomó una tras otra y se recostó en la hierba.

—Lo siento.

—¿Y quiere que me lo crea? Súbase los pantalones para vendarle la pierna y frenar un poco el sangrado.

Tom miró la bufanda sin estar muy convencido.

—Eso no está esterilizado.

—¿Quiere ponerse a lloriquear o prefiere esperar a quedarse sin sangre?

Tom no hizo ningún ruido mientras Heidi le ataba el pañuelo alrededor de la herida lo más fuerte posible. Luego, se sentó junto a él en la hierba a esperar que las pastillas hicieran efecto.

—Tienes los ojos más bonitos que he visto en mi vida —le dijo en voz baja mirando a las nubes que pasaban en el cielo.

Heidi soltó una carcajada.

—Se lo ha pensado mucho antes de decirme un cumplido. Además, está borracho.

—¿Y no dicen que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad? —Al ver que no respondía, continuó—: No me gustan las mujeres guapas. No he tenido buenas experiencias con mujeres

guapas.

—Entonces está de suerte, porque yo no lo soy. ¿Ha visto lo torcida que tengo la nariz?

Ahora le tocó reírse a él, aunque no es que tuviera muchas ganas.

—A mí me gusta tu nariz.

Heidi oyó un coche detenerse arriba y se apresuró a levantarse y subir. Un hombre acababa de salir de su coche y estaba gritando:

—¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda?

—¡Eres un ángel caído del cielo! Mi compañero ha tenido un accidente y no tenemos señal para llamar a una ambulancia. ¿Puedes ayudarme a llevarlo hasta el coche?

—Pues claro. —El chico bajó la pendiente sin dudarlo. Por suerte, era un chico de constitución fuerte y bastante alto.

—Menos mal que has pasado por aquí. Soy Heidi.

Él le tendió la mano de forma amistosa.

—Mac. —Tom notó que Mac le sonreía a Heidi de forma estúpida sin poder apartar la mirada.

—Tom —se presentó de forma breve sin siquiera darle la mano.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Mac sin dejar de mirar a Heidi.

—Un *whisky* y una pendiente de más, supongo. —Heidi sonrió de una forma encantadora, y Tom podría jurar haberle visto corazones en los ojos a Mac. El chico se rio demasiado alto para su gusto.

—Sí, nuestro *whisky* es solo para hombres de verdad.

Tom quiso darle un puñetazo, pero, como necesitaba la ayuda de aquel armario empotrado, se mantuvo callado.

—Bueno, vamos a ver si podemos levantarte, amigo. —Tom reprimió un comentario mordaz cuando Mac lo levantó de forma

brusca y luego le puso la mano debajo de los hombros. Heidi había actuado con mucha más delicadeza, pero también es cierto que gracias a él pudo volver a la carretera y sentarse gimiendo en el asiento del copiloto.

—Gracias —gruñó de mala gana. Luego, también vio cómo Heidi le daba un beso en la mejilla a Mac.

—No sé qué habríamos hecho sin ti. Gracias. ¿Dónde está el hospital más cercano?

—Está en Inverness. Vas a tener que conducir un buen rato. Pero, si sigues por este camino, llegarás a Little Cave, y allí hay un médico.

—Gracias, Mac. Eres mi héroe.

Mac sonrió avergonzado, luego se subió al coche y aceleró.

—Eres mi héroe —dijo Tom burlándose de ella—. Te has pasado un poco, ¿no?

Heidi se rio y volvió a sentarse en el lado del conductor.

—Bueno, al menos lo ha ayudado a subirse al coche. A algunos hombres les gustan ese tipo de cumplidos.

Tom murmuró algo que ella no llegó a entender, pero que no sonaba muy amigable. Preocupada, notó que Tom comenzaba a temblar, así que salió del coche para coger una manta del maletero. No era la manta más nueva del mundo, pero servía. Sacudió la manta con fuerza para deshacerse de gran parte de la suciedad y luego la extendió sobre Tom. Cuando la quiso subir hasta sus hombros, Tom le agarró la mano a medio camino justo donde estaba su corazón y la miró profundamente a los ojos.

—Gracias —dijo en voz baja, pero esta vez de forma sincera. Heidi sintió que su corazón latía bajo su palma y, de repente, sintió mucho calor.

—De nada.

A continuación, se liberó de su agarre flojo y se sentó al volante.

Capítulo 9

Jo se preguntó dónde estarían Heidi y Tom. Ya eran las seis y media de la tarde y no habían regresado. Además, necesitaba a Heidi en la cocina. Tenía un solomillo envuelto en hojaldre chisporroteando en el horno mientras preparaba la ensalada. Ya había intentado comunicarse con ella varias veces por teléfono, pero siempre saltaba el contestador. A las siete, el restaurante se llenó, así que empezó a servir la sopa. En realidad, podría haberles pedido a los huéspedes que se marcharan, puesto que no eran huéspedes de verdad, pero le parecía de muy mal gusto. Después de todo, ellos no tenían la culpa de que Tom, para quien habían preparado dicho teatro, no estuviera allí, y ella les había prometido que podían comer en el hotel. Tan pronto como sirvió la última sopa, se apresuró a volver a la cocina para servir las ensaladas. En ese momento, llamaron a la puerta trasera. Mierda. No tenía tiempo para abrir, así que gritó:

—Pasa.

Duncan hizo lo que le dijeron y se encontró a Jo dando vueltas en la cocina.

—¿Qué quieres? Ahora mismo no tengo tiempo ni ganas de hablar contigo. Heidi no ha vuelto todavía y tengo el restaurante hasta arriba.

—¿Te echo una mano?

Jo no estaba preparada para escuchar eso. Por un momento, lo miró asombrada, pero luego aprovechó la oportunidad.

—¿Alguna vez has trabajado de camarero?

—No —admitió.

—Da igual. Tráeme los platos de sopa vacíos del restaurante. Apílalos en el fregadero. Ya luego los meteré en el lavavajillas.

Duncan se quitó la chaqueta y se fue directo al comedor. Como le había dicho, no tenía mucha práctica y solo podía llevar dos platos a la vez. A los huéspedes les pareció divertido ver a Duncan trabajando de camarero y se burlaron de él de buen rollo. Cuando llevó los primeros platos a la cocina, Jo ya estaba cortando el solomillo.

—La mitad del pueblo está en el comedor. ¿Todos están metidos en esta pantomima?

Jo levantó los ojos de la carne por un momento para mirarlo con reproche.

—La pantomima es para que Marge no se quede sin su hotel, y sí, para ellos también es importante.

—¿Dónde está ese ricachón imbécil?

—Ha ido con Heidi a un par de destilerías de *whisky*.

Duncan soltó una carcajada.

—¿Lo habéis emborrachado?

Jo se concentró en cortar el solomillo.

—Date prisa. Tienes que recoger todos los platos antes de servir el solomillo. Después cotilleamos si quieres.

Llegado el momento, cada comensal tenía ya su plato de ensalada fresca con solomillo de ternera en hojaldre. Olía muy bien y Duncan sintió que le sonaba el estómago de forma considerable. Cuando volvió a la cocina, vio que Jo también le había preparado un plato.

—¿Para mí? —preguntó.

—No, para el Niño Jesús. Pues claro que es para ti. —Entonces, le sonrió de forma genuina—. Menos mal que me has ayudado. Gracias.

Duncan se sentó y probó el solomillo de inmediato.

—¡Dios! ¡Sí que sabes cocinar!

Jo sonrió.

—Supongo que eso es un cumplido.

Duncan bajó el tenedor por un momento.

—Sí, lo es. Y tengo que agradecerte que te hayas ocupado de Nick hoy a pesar de tener tanto trabajo.

—¿Cómo está? —preguntó Jo lavando los tazones de sopa con agua antes de meterlos en el lavaplatos.

—Está durmiendo. El médico ha confirmado que era sarampión y le ha recetado un par de medicamentos. Me quedaré cuidándolo hasta que se mejore y Seamus se encargará del jardín por mí.

—Ah, bien. Entonces, iré a verlo de vez en cuando si te parece bien.

Duncan se metió otro delicioso bocado en la boca.

—Le caes bien —dijo entre bocado y bocado.

—Y él a mí. Es un chico encantador.

—Un chico que ha pasado por mucho.

Duncan dejó el cuchillo y el tenedor por un momento y miró a Jo serio. Ella estaba de espaldas a él colocando los platos en el lavaplatos.

—No quiero que le hagan daño, y me temo que tú se lo acabarás haciendo tarde o temprano.

Jo casi dejó caer un plato. Se volvió hacia él enfadada. Si las miradas matasen, lo habría fulminado en aquel momento.

—¿Por qué siempre estás acusándome? —le respondió enfadada—. En la vida le haría daño a Nick. Te repito que me cae bien. No soy tan mala como crees.

Duncan se levantó y se acercó a ella en el fregadero. Quería quitarle

un mechón de pelo de la cara, pero Jo le apartó la mano como si fuera una mosca. Le mantuvo la mirada. No podía desprenderse de él tan fácilmente.

—Sé que no se lo harías a propósito, Josy. —A Jo le temblaron las piernas al escucharlo decir su nombre de una forma tan dulce—. El problema es que al final acabarás volviendo a tu país. En algún momento, Marge volverá a hacerse cargo del hotel, por lo que te irás de Escocia y, entonces, ¿qué? No quiero que le rompas el corazón por tener que volver a tu vida y porque esté demasiado apegado a ti.

Jo sintió la chispa entre ellos. Duncan estaba a solo unos centímetros de ella. Hizo lo primero que se le vino a la mente, que no fue otra cosa que empujarlo para alejarlo de ella.

—Serás idiota y engreído. Crees que lo sabes todo, pero siento decirte que no eres Dios. No puedes predecir el futuro. Y si le prohíbes a Nick que me vea, entonces le estás rompiendo tú el corazón, no yo. Ahora cómete el maldito solomillo antes de que se enfríe.

Tras decir aquello, lo dejó solo en la cocina y fue al comedor para ver si alguien necesitaba algo más y así alejarse de Duncan.

Al norte del Brambleberry Cottage, un pequeño Saab continuaba su travesía al caer la noche. Heidi respiró aliviada cuando vio las primeras casas.

—Casi estamos.

Tom lo dudaba, ya que no pensaba que un médico de pueblo fuera capaz de tratar una herida tan profunda, pero no dijo nada.

Heidi se detuvo en la primera casa y preguntó por el médico. Con las indicaciones en mente, avanzó unas cuantas calles más y, esta vez, cuando tocó el timbre de una casa, una mujer abrió la puerta:

—¿Diga?

—Buenas noches. Mi amigo necesita atención médica urgente. ¿Puede verlo su esposo?

La mujer sonrió.

—Si necesita atención médica, será mejor que lo vea yo en lugar de mi marido.

—Oh, disculpe. —Heidi se sonrojó—. Qué vergüenza. Normalmente no suelo ser tan...

—No te preocupes. —La mujer terminó la diatriba de Heidi con humor y miró hacia el interior del coche—. Puede que sí tenga que llamarlo para que nos ayude a meter a tu compañero en casa. Dave, ¿puedes venir a echar una mano?

La mujer se presentó más tarde como Anni McCloud. Ya una vez en la consulta, le quitó con cuidado el zapato del pie lesionado a Tom, luego cortó el pantalón justo por encima de la rodilla y sacó la bufanda ensangrentada de la herida. Encendió una luz especial para verla más de cerca.

—Lo siento, pero tienes que ir a un hospital. La herida es demasiado profunda como para atenderla aquí. Veo que tiene algunos músculos y tendones afectados también. Yo soy internista y para esto se necesita a un cirujano claramente. El tobillo también parece estar roto. Habría que colocarlo en su sitio.

—Ya me lo imaginaba —dijo Tom frustrado.

—Pero te voy a administrar una inyección para calmar el dolor y te voy a limpiar la herida para que no se infecte más. También te puedo coser la laceración de la cabeza y ponerte algunos puntos para que solo se te quede una pequeña cicatriz. Y ahora tenemos dos opciones: llamar a una ambulancia de Inverness y esperar aquí a que llegue o que te lleve tu compañera que, por supuesto, sería más rápido.

Tom miró a Heidi.

—Creo que será mejor que espere a la ambulancia. Ya te he hecho pasar demasiado. Estarás cansada.

—Ni lo sueñes. Si puedo acostarme en alguna parte mientras lo cura, estaré como nueva luego. Seguro que la ambulancia tarda una

eternidad. Si te llevo yo, llegaremos muchísimo antes.

—Cierto. Ven conmigo. Aquí al lado tenemos una cama en la habitación de invitados. —Anni la guio hasta la habitación y poco después volvió para atender a su paciente.

Primero le inyectó un analgésico, luego le limpió la superficie de la herida en la parte inferior de la pierna, la tapó con una gasa estéril y le colocó un vendaje. Luego, le limpió la herida de la cabeza con mucho cuidado.

—Podría hacerte una radiografía del tobillo ahora mismo, pero creo que sería mejor que te la hicieran los compañeros en el hospital.

No le importaba. Ya solo con haberse tomado un analgésico más fuerte que la pastilla para el dolor de cabeza que le había dado Heidi, estaba más que contento.

Después de suturar la herida de la cabeza con cinco puntos pequeños, le consiguió unas muletas y le preparó un poco de té. Cuando regresó, Heidi ya estaba saliendo de la habitación contigua.

—Estoy como nueva. Muchas gracias.

—Te voy a preparar un café. ¿Quieres un sándwich también?

—No le voy a decir que no.

—A tu compañero no puedo ofrecerle nada porque tiene que estar en ayuno por si necesita anestesia.

Mientras Heidi se comía el sándwich en aquella acogedora cocina, Anni llamó al hospital. Su esposo apareció con un gran mapa de carreteras y les explicó cuál era la mejor ruta. Poco después, se montaron en el coche de nuevo y partieron hacia Inverness.

—La gente de aquí es muy amable y servicial —dijo Heidi.

—No solo la gente de aquí, tú también —respondió Tom—. Podrías haberme hecho esperar a la ambulancia con Anni y su marido y haberte vuelto al hotel. ¿Por qué haces esto por mí?

Ella lo miró.

—Cualquiera lo habría hecho.

—No después de que esa persona te hubiera tratado mal.

—Creo que debajo de ese caparazón duro se esconde un gran corazón.

—¿Y por qué lo piensas?

—Lo noto en tus ojos. —La conversación avanzaba poco a poco en una dirección un tanto extraña. Heidi pensó que debían cambiar de tema—. Bueno, ¿y cómo acabaste en el Brambleberry Cottage? —preguntó de inmediato.

—Lo heredé de mi tío hace tiempo. Ni siquiera sabía que tenía un hotel aquí en Escocia. No me había contado nada al respecto.

—¿Teníais mucha relación?

—No mucha. Nos veíamos unas dos o tres veces al año, pero yo era su único pariente. Era el hermano de mi madre. Mis padres murieron cuando yo tenía dieciocho años y, como él no tenía hijos, la herencia pasó a mí.

—Debió de ser muy duro perder a tus padres tan joven. ¿Qué paso? No sé si quieres hablar de ello.

—Murieron en un accidente de avión. Pero no teníamos tanta relación. Viajaban mucho, así que me metieron en un internado en Inglaterra con siete años.

Eso explica muchas cosas, pensó Heidi.

—¿Con siete años? Qué despiadados.

Él sonrió.

—Sabía que dirías eso. Pero querían que tuviera una buena educación. ¿Conoces la cadena hotelera de la Bahía de Hudson? Esa fue mi herencia.

Heidi se quedó asombrada. Había oído hablar de aquella cadena de lujo, pero nunca había estado en ninguno de esos hoteles.

—¿Comenzaste a dirigirla con dieciocho años?

Tom se rio.

—No, claro que no. Primero tenía que terminar los estudios. Hasta entonces, mis padres tuvieron a mi tío como apoderado. Después, él me lo enseñó todo. El Brambleberry Cottage no encajaba en todo este asunto. En su testamento señaló que este hotel era muy importante para él y que no podía despedir a los empleados y mucho menos a la encargada.

—¿Eres el tipo de jefe que echa a la gente de sus trabajos?

—Solo si no rinden o me intentan engañar.

Heidi tragó saliva.

—Y me parece que algo va mal en el hotel y que Marge y tú estáis tratando de engañarme.

Heidi pisó el freno de tal manera que hizo que Tom se diera un golpe con la ventanilla por no tener puesto el cinturón.

—No me lo creo. ¿Llevo horas conduciendo para llevarte a un hospital y me tratas así?

Puede que tuviera razón, pero ella estaba haciendo todo lo posible para compensarlo. Enfadada, se giró para mirarlo de manera que sus cabezas quedaron solo a centímetros de distancia. Tom olió su aroma fresco y primaveral y no pudo evitarlo. La atrajo hacia él y la besó de forma apasionada. Ella quiso apartarlo, pero sus brazos no obedecieron y lo envolvió de forma mágica alrededor del cuello para acercarlo aún más. Le pasó la mano por su espeso cabello y se le escapó un pequeño suspiro, pero, de repente, recordó quién era en realidad y que no debía complicar más las cosas, por lo que se obligó a alejarse de él.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó casi sin aliento.

—Quería hacerlo.

—¿No decías que no te gustaban las chicas guapas?

—¿Y quién dice que lo seas? —bromeó.

Aunque apenas podía ver en la oscuridad de la noche, notó que le saltaban chispas de los ojos.

—Creo que las pastillas y el alcohol te están haciendo efecto, Tom Hudson.

Volvió a ponerse al volante y arrancó el coche de nuevo para continuar.

—Si vuelves a acercarte, te irás andando al hospital.

—No te preocupes. No es que me haya gustado mucho el beso. —Soltó aquella mentira sin ningún problema. Solo admitiría que le había gustado si lo apuntaban a punta de pistola.

Heidi respiró hondo.

—Hazme un favor. Trata de dormir un poco para que pueda descansar yo también.

A partir de entonces, continuaron el camino en silencio. Después de lo que pareció una eternidad, Heidi llegó a urgencias, ayudó a Tom a salir y le dio las muletas.

—Entra. Voy a aparcar y ahora entro yo.

—No hace falta. No tienes que quedarte conmigo. Ya soy muy mayorcito. Vete a casa y te llamaré cuando haya acabado. —Se inclinó hacia delante y la besó de nuevo. Mientras se alejaba, sonrió de forma descarada—. Puedo ir caminando desde aquí.

Pero, en lugar de lanzar una respuesta enfadada como esperaba, Heidi le cogió la cara con ambas manos y lo atrajo hacia ella con determinación para conquistar la boca, la mente y el corazón de Tom con sus esplendidas armas de mujer. Cuando lo soltó y volvió a subirse al coche sin decir una palabra, Tom tuvo que recuperar el

aliento antes de ir cojeando hasta la sala de urgencias. ¡Pero qué bien besaba!

Heidi aparcó el coche en el aparcamiento del hospital y luego rebuscó en el bolso para coger el móvil y poder al fin llamar a Jo.

—¡Madre mía! Estaba preocupadísima. ¿Dónde estás, Heidi?

—Estamos en Inverness. Tom ha tenido un accidente.

Heidi le contó a Jo lo sucedido, pero no le contó que se habían besado. No quería hablar de eso, ya que estaba confundida y aún no sabía qué pensar de todo ello.

—No puede ser. Ahora casi siento pena por el ricachón. Creo que nos hemos pasado. —Jo se sintió culpable y deseó no haberlos enviado a las destilerías.

—No digas eso. Nadie lo obligó a beber tanto *whisky* y tampoco podemos evitar que sea tan torpe como para caerse por una pendiente mientras intentaba orinar. Ahora tienes todo el tiempo del mundo para arreglar lo que quieras en el hotel.

—Sí —suspiró Jo—. Pero no me gusta que sea él quien tenga que pagar por esto. ¿Sabes cuánto tiempo estará en el hospital? Puede que mientras tanto pueda desalojar a los huéspedes.

—No lo sé, pero, cuando lo sepa, te lo digo. Madre mía. Has tenido que hacerlo todo tú sola esta noche. Ni me había acordado. ¿Ha salido todo bien?

—Sí, Duncan me ha ayudado

—¿Cómo que Duncan?

Jo se rio.

—Sí, y lo mejor es que los dos seguimos vivos. Ya se ha ido a casa de Seamus para cuidar de su hijo, que tiene sarampión.

—Vaya. Espero que no haya propagado el virus por todo el hotel. Eso ya sería el colmo.

—No creo. Solo estuvo un tiempo en la cocina conmigo.

—Eso espero. Voy a dormir un poco en el coche y luego voy a ver a Tom. Te llamo por la mañana otra vez.

—Perfecto. Que descanses.

—Igualmente.

Y ahí se acabó la conversación. Heidi se acostó en la parte trasera del coche, pero era demasiado incómoda como para quedarse dormida. Entonces, salió y fue al hospital. Sacó té caliente de la máquina y se sentó en un sillón. Mientras tomaba un sorbo de aquella infusión demasiado dulce, pensó en por qué Tom la había besado si creía que no era guapa o atractiva. A ella le parecía bastante atractivo con esos ojos color chocolate, esa complexión atlética y esos hoyuelos que tenía en las mejillas. Además, había sentido mariposas en el estómago al besarlo.

Soltó un suspiro suave, miró la hora y vio que era la una de la mañana. Solo había estado en la sala de urgencias media hora. Aun así, se puso de pie y fue a la recepción para preguntar dónde estaba y cuánto tardaría. No tenía intención de dejar a Tom allí solo, como él le había pedido, ya que, después de todo, tanto ella como Jo tenían parte de culpa en todo aquello. La señora de la recepción hizo una llamada rápida y la informó de que le acababan de administrar la anestesia para poder tratar la herida de forma adecuada y de que iban a tardar una o dos horas antes de que lo llevaran a la habitación.

—¿Es usted familiar?

—Soy su prometida. —Ni siquiera se sonrojó por la mentira, aunque no era algo que soliera hacer. Sabía que, de lo contrario, le iban a pedir que se marchara y que volviera en horario de visitas—. Llevo un tiempo fuera porque el accidente ha sido en un lugar remoto de las Tierras Altas. ¿Puedo esperarlo en la habitación?

La mujer la miró sospechando de ella.

—Siéntese un momento ahí, si no le importa. Voy a ver qué puedo

hacer.

Un poco más tarde, Heidi ya estaba sentada en un cómodo sillón de aquella espaciosa habitación privada. Estaba claro que el heredero de unos hoteles de lujo estaba bien asegurado, pensó ella. Una enfermera le trajo un té recién hecho, que no tenía ni comparación con la repugnante infusión de máquina que se había tomado al llegar. Después de un rato en aquel cómodo sillón, se le cerraron los ojos. Se despertó cuando entraron en la habitación con Tom en camilla. La enfermera le explicó que todo había ido bien y que solo tenía que guardar reposo.

—¿Puedo hablar con el médico? Me gustaría saber el estado de mi prometido.

—Sí, venga conmigo. Lo mismo podemos hablar con él antes de que se marche a dormir.

El médico estaba a punto de irse a dormir un rato cuando la enfermera llevó a Heidi hacia él.

—Todo ha salido bien —dijo el médico—. Le hemos tenido que coser un tendón y un músculo, así como algunas capas de piel. Luego, le hemos tratado la fractura del tobillo y le hemos puesto una férula. No sufrirá ninguna secuela de la caída.

—¿Cuándo me lo puedo llevar a casa?

—En cuanto se despierte y se encuentre bien. No tiene que quedarse en el hospital, pero debe tomárselo con calma e informar a su médico de familia. Será necesario realizar un seguimiento de la cicatrización de la herida y de la fractura. Que no haga ningún esfuerzo con la pierna durante las dos primeras semanas y que vuelva a hacerlo poco a poco cuando pase ese tiempo.

—¿Eso es todo?

—Sí, no es gran cosa, pero no se lo diga a su prometido. A los hombres nos gusta que nos cuiden cuando estamos enfermos. —El doctor le hizo un guiño travieso—. La enfermera le va a preparar unos analgésicos y un antibiótico para que se los lleve a casa.

Asegúrese de que se los tome. —Luego, le tendió la mano—. Ahora, voy a descansar un poco antes del próximo turno. Que se mejore.

—Gracias de parte de los dos.

—De nada. —Tras decir eso, se fue al despacho bostezando.

Tom todavía estaba dormido cuando Heidi volvió a la habitación y se sentó en la silla. Incluso con la cara pálida, la tirita en la sien y aquella bata tan fea de hospital estaba para comérselo. Tuvo que forzarse a no mirarlo más y pensar en otra cosa, así que cerró los ojos.

Cuando Tom se despertó, miró a su alrededor confundido por un momento, hasta que vio a Heidi durmiendo en el sillón y lo recordó todo. La había enviado a casa antes de entrar al hospital, así que ¿qué estaba haciendo allí todavía? En ese momento, ella abrió los ojos y lo miró. No había mentido al decir que no era una chica guapa. No pensaba que fuera guapa, sino hermosa. Sus ojos azul claro lo miraron de repente e hicieron que los latidos de su corazón de descompasaran por un momento. Sin estar seguro de poder encontrar una frase sensata, se conformó con un simple:

—Buenos días.

—Buenos días. —Se levantó y caminó hacia la cama—. ¿Cómo estás?

—Un poco molesto. —Se movió de lado para que ella pudiera sentarse en el borde de la cama—. ¿Qué haces todavía aquí? Pensé que te habías ido cuando te lo dije.

—¿Cómo iba a dejarte aquí solo? —Su mano parecía estar cobrando vida propia de nuevo y le acarició el pelo de la frente con un poco de ternura—. No tienes una imagen muy buena de mí.

En ese momento, se abrió la puerta y una enfermera se asomó a la habitación.

—Vaya, ya está despierto. Ahora les traigo el desayuno a usted y a su prometida. Cuando la enfermera se fue, Tom levantó la ceja y le sonrió a Heidi.

—Mi prometida, ¿no?

Heidi se sonrojó un poco.

—¿Qué querías que dijera? Si no les hubiera dicho eso, me habrían echado y tendría que haberme esperado al horario de visita.

—¿Mi prometida puede darme un beso? Si la enfermera vuelve en cualquier momento, debería ver que somos pareja de verdad, ¿no?

—No voy a darte un beso.

Pero Tom la agarró de la cintura y la atrajo hacia él. Sin esperarlo, ella gritó en voz baja, pero el grito se detuvo de forma inmediata cuando su boca le tapó los labios. «Qué rápido se ha recuperado», pensó, pero luego su cerebro se apagó y dio paso a los sentimientos celestiales que ya había desencadenado en ella.

Ni siquiera se habían dado cuenta de que la enfermera había vuelto, por lo que esta se aclaró la garganta y dijo:

—¡Por favor! Aunque estén en una habitación privada, les recuerdo que siguen estando en un hospital. —Dejó con fuerza la bandeja del desayuno sobre la mesita—. El doctor vendrá a verlo en una hora y, si todo va bien, podrán irse a casa y hacer allí lo que quieran.

—Discúlpenos. —Tom sonrió—. Llevamos muy poco tiempo comprometidos.

Heidi respiró hondo.

—Y no será por mucho tiempo a menos que te comportes bien. —Tras decir aquello, le sacudió el brazo, que todavía colgaba de la cintura.

La enfermera sonrió mostrándole que la comprendía y se retiró. Si bien el desayuno no era un auténtico manjar, Heidi no había comido apenas nada el día anterior, así que se lo comió todo con un hambre voraz.

Tom la miró riéndose.

—Nunca he tenido una novia que coma tanto. ¿Cómo te las arreglas para seguir tan delgada?

—Primero, no soy tu novia; segundo, ayer apenas comí nada, y, tercero, no estoy delgada, sino en forma —agregó. Mientras tanto, Heidi le había untado mantequilla y mermelada en otro panecillo antes de ofrecérselo—. Y tú también deberías comer algo.

—No suelo desayunar nada. Solo me tomo un café.

—Normal que siempre estés tan gruñón.

—No soy un gruñón.

—Sí, eres un verdadero cascarrabias al que todos temen.

—¿Y tú no?

—¿Por qué iba a tenerte miedo? Solo digo que, si desayunaras en condiciones, estarías de mejor humor. El desayuno es la comida más importante del día. Mi abuela siempre me lo decía. —Luego, le volvió a ofrecer el panecillo, y esta vez sí que se lo comió.

La miró de reojo mientras masticaba.

—No tienes prejuicios en absoluto, ¿verdad? Me conoces de hace dos días y ya me has encasillado.

—Ya me conozco a los tipos como tú. —Heidi cogió un vaso con zumo de naranja.

—¿Los tipos como yo?

—Sí, los que se creen que tienen derecho a mandar sobre todo el mundo porque están a cargo de algo. Pero te voy a decir una cosa: no serías absolutamente nada sin tus trabajadores, sin tus hormiguitas obreras.

—¿Tan malo soy? —La miró con tanta franqueza que ella no pudo evitar reírse.

—Peor. Pero quién sabe. Puede que detrás de este caparazón duro...

—Le acarició la mejilla con suavidad— ...haya algo que se pueda aprovechar.

Durante la visita del médico, Heidi esperó fuera y aprovechó para advertir a Jo de que era posible que volvieran al hotel por la tarde. El médico le acabó dando el alta, así que abandonaron el hospital y regresaron a casa.

Para el viaje de vuelta pudieron ir por una autovía y no tuvieron que tomar las pequeñas carreteras secundarias de las Tierras Altas como el día anterior, por lo que avanzaron muy rápido. Al llegar al pueblo, Tom le pidió a Heidi que se detuviera justo delante de la única tienda de ropa que había por la zona. Quería comprarse unos pantalones de chándal porque no llevaba ninguno. No se habría llegado a imaginar que necesitaría unos, puesto que solo tenía planeado asistir a reuniones de negocios y cenas formales.

—Quédate en el coche si quieres. No voy a tardar mucho —le dijo a Heidi. Luego, se bajó y entró en la tienda con las muletas. La vendedora lo miró extrañada. No todos los días entraba en su tienda un tipo con los pantalones cortados por una pierna con tijeras.

—Como puede comprobar, necesito unos vaqueros nuevos y unos pantalones de chándal. ¿Tiene algo para mí?

—Por supuesto.

También le dijo la marca y la talla de los vaqueros que quería y luego vio cómo la empleada le elegía los más adecuados. Aquella mujer le resultaba familiar. Cuando le dio los pantalones de chándal que quería junto con los vaqueros, lo recordó.

—Usted estaba alojada en el Brambleberry Cottage el otro día, ¿no?

—¿Yo? —La mujer se sonrojó por completo—. No. Se habrá confundido.

—No suelo confundirme con este tipo de cosas. Estaba en la mesa al lado de la mía.

Entonces, la vendedora tuvo una idea brillante y le salió una sonrisa un poco falsa.

—Se estará confundiendo con mi hermana gemela. Está de visita y, como mi apartamento es tan pequeño, siempre se aloja en el Brambleberry. Somos idénticas.

Tom la miró a los ojos y luego asintió. Compró los pantalones sin probárselos, ya que con la férula habría sido complicado hacerlo. Salió de la tienda con las compras en una bolsa que colgaba de las muletas. La expresión de Tom era bastante seria cuando se sentó en el coche, pensó Heidi.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí, sí. La vendedora era un poco rara.

Heidi sonrió.

—Puede que tu atuendo la haya asustado un poco.

De vuelta en el hotel quiso retirarse a su habitación.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó Heidi.

—No, no. Voy a dormir un rato.

—Vale. Entonces voy a ver si puedo echarle una mano a J... Marge.

Heidi encontró a Jo en la cocina y la ayudó a picar verduras mientras le contaba lo sucedido.

—Me acaba de llamar Daisy, la dependienta de la tienda de ropa del pueblo —la informó Jo preocupada cuando Heidi terminó de contarle la historia.

—Tom le ha comprado unos pantalones cuando volvía porque la doctora le tuvo que cortar los suyos. No sabía que la conocías.

—Estuvo aquí hace dos noches haciendo de huésped y Tom la ha reconocido.

—Mierda.

—Le ha dicho que era su hermana gemela, que estaba de visita,

pero no está segura de si se lo ha creído.

—Tom estaba bastante pensativo cuando salió de la tienda.

Jo se pasó la mano por el pelo con nerviosismo.

—Si nos pilla ahora, se irá todo al traste. Cerrará el hotel y Marge se quedará sin casa.

—No creo que sea capaz de hacer algo así. En realidad, es bastante amable cuando no hace de jefe.

—¿Amable? —Jo miró a su amiga extrañada—. Quiere destrozarnos y acabar con nosotros. ¿Por qué te parece amable?

—Puede que no sea eso lo que quiere en realidad—objetó Heidi vacilante.

—No te habrás enamorado de él, ¿no? —Al ver que Heidi no respondía de inmediato, Jo la agarró de los brazos y la miró directamente a los ojos—. Heidi, es un capullo. Un capullo que además vive al otro lado del mundo.

—Lo sé, pero besa como los ángeles.

—¿Lo has besado? Madre mía. ¿Por qué me pasan estas cosas a mí? —Jo miró por la ventana consternada—. No puedes enamorarte de él. Es nuestro enemigo. No puedes aliarte con el enemigo.

—No es nuestro enemigo, Jo. Si le contaras la verdad, estoy segura de que encontraríais una solución válida para todos. Habla con él, por favor.

Jo negó con la cabeza.

—Ya es demasiado tarde para eso, Heidi. No entenderá por qué lo hemos engañado.

Llamaron a la puerta de la cocina y, al momento, Tom asomó la cabeza.

—Tengo que marcharme.

Heidi y Jo se miraron confundidas.

—Pero ¿no querías descansar? —preguntó Heidi preocupada.

—Sí, pero me necesitan en Londres y, como tengo una reunión allí el lunes de todos modos, puedo irme de inmediato.

—Pero si el doctor te ha dicho que tienes que guardar reposo.

—Estoy bien, Heidi.

Estuvo a punto de preguntarle por la relación que acababan de empezar, pero logró controlarse. Al parecer, los tiernos besos que se habían dado no significaban lo mismo para él. ¿Cómo podía estar tan equivocada? Jo notó la confusión y la decepción en el rostro de Heidi y le dio el cuchillo.

—Quédate aquí, yo registro la salida. —A diferencia de su amiga, se alegró al saber que se iban a deshacer de él antes de tiempo.

—¿Ha sido todo de su agrado, señor Hudson? —preguntó Jo una vez llegados a la recepción mientras cogía la llave de su habitación.

—Sí, todo perfecto, pero me gustaría ver las cuentas. —Le entregó una tarjeta con la dirección de su hotel en Londres—. Envíame los papeles aquí. Quiero echarles un vistazo antes de volver a Estados Unidos.

Jo leyó la dirección del hotel de cinco estrellas.

—Se lo enviaré aquí.

El taxi que había pedido ya estaba llegando. Jo acompañó a Tom y le entregó el equipaje al taxista.

—Adiós, señor Hudson. —Jo tuvo que contenerse para no celebrarlo con alivio mientras le tendía la mano para despedirse.

—Adiós, señora Appleton.

Cuando Jo estuvo segura de que el taxi se había ido, saltó en el aire y lo celebró en voz alta. Antes de la cena, informó a los invitados de

que ya podían dormir en casa.

—Por fin soy libre.

Duncan acababa de doblar la esquina y la vio bailando de alegría, lo que hizo que tuviera que reírse.

—¿Ya se ha ido?

—¡Sí! —dijo sonriendo de oreja a oreja.

—¿Y de verdad se lo ha creído todo?

—¡Y tanto! Solo quiere que le envíe las cuentas a su lujoso hotel de Londres para revisarlas. Pero las cuentas se perderán por el camino.

Duncan negó con la cabeza.

—¿Cuándo se acabará esta farsa?

—Cuando el pequeño hotel de Marge esté a salvo.

—O cuando lo haya perdido por completo. Estás siendo demasiado imprudente, Jo.

—Quien no arriesga no gana. ¿Necesitas algo?

—Nick se está quejando de que le pican mucho los granos. Me ha dicho que le gustaría comer un poco de pudin de chocolate y, como yo no es que sea muy bueno cocinando...

Jo se rio.

—Es una clara emergencia. Ven a la cocina. Voy a preparar un poco de pudin.

Cuando cruzaron la puerta, se encontraron con Heidi llorando sentada en la mesa de la cocina.

—Perdón. Son las cebollas —dijo mientras se sorbía los mocos cuando vio a Duncan detrás de Jo.

—Siempre pasa —gruñó Jo—. Vale, Duncan. Te llevo el pudin en

un minuto.

—Vale. Me voy. —Salió corriendo de la cocina agradecido de poder evitar las lágrimas de Heidi.

Jo la abrazó con fuerza.

—Me besa y ni se despide de mí.

Eso sí que era un corazón roto. Jo, de repente, se comenzó a sentir bastante culpable. Después de todo, fue ella quien le pidió a Heidi que distrajera a Tom. Lo que no esperaba era que su amiga se fuera a enamorar de él.

—No merece la pena, Heidi.

—Sí, Jo. Es un hombre muy dulce.

Jo resopló.

—Claro. Por eso se acaba de ir sin más.

—No entiendo nada —sollozó Heidi.

—Venga, sube a tu habitación, te duermes un rato y así te calmas antes de que empiece el revuelo aquí abajo.

—¿Te las podrás arreglar sin mí?

—Sí. Voy a prepararle el pudin a Nick y luego me pongo con la cena. No es gran cosa.

Nick le sonrió con los ojos afectados por la fiebre cuando Jo le llevó el pudin de chocolate más tarde. También llevó un poco en la canasta para Duncan y Seamus.

—¿Cómo estás, Nick? —preguntó Jo sentándose a su lado en la cama.

—Me pica muchísimo por todas partes.

—Puede que mi pudin te ayude —le dijo guiñándole un ojo y dándole uno de los cuencos con una cuchara.

—¿Me lees un libro después?

—Me encantaría, pero todavía quedan algunos huéspedes. Mañana seguro que tengo más tiempo cuando todos se vayan.

—¿El estadounidense estúpido también?

Jo se rio.

—El estadounidense estúpido se ha ido hoy. —Duncan, que acababa de entrar en la habitación, los miró a ambos con reproche—. ¿No os da vergüenza? El hombre solo hace su trabajo. Ni siquiera lo conoces, Nick. No puedes saber si es un estúpido o no.

—Quería quitarle el hotel a Marge, así que es un estúpido —dijo Nick serio.

Jo se levantó de la cama y miró a Duncan de forma provocativa.

—Será mejor que me vaya antes de que me sueltes un sermón. La cocina me espera.

—Te acompaño a la puerta —se ofreció Duncan.

—Gracias, pero sé dónde está. Será mejor que le leas a tu hijo un cuento de honor y virtud. —Le guiñó un ojo a Nick a modo de despedida y luego pasó rápidamente junto a Duncan.

Capítulo 10

Heidi bajó de su habitación antes de la cena para ayudar a Jo a servir. Todavía tenía los ojos un poco llorosos, pero ya había recuperado la compostura. Jo había decidido informar a los huéspedes de que Tom Hudson ya se había marchado antes de servir la sopa como entrante. Cuando ya todos estaban sentados, entró en el comedor y golpeó una copa para llamar la atención. Se hizo el silencio de inmediato.

—Quiero agradeceros a todos que hayáis participado en este teatro que hemos montado. Tom Hudson se ha ido hoy. —Se produjo una breve ovación.

—¿Eso significa que no vamos a cenar esta noche? —preguntó alguien desde el fondo cuando todos se quedaron en silencio.

Jo se rio.

—No, claro que no. Lo prometido es deuda. Hoy podéis comer sin problema aquí, pero ya os podéis marchar a dormir a vuestras casas.

—¿El hotel entonces está a salvo? —preguntó Daisy, que temía que todo se hubiera arruinado después de que Tom la hubiera reconocido en la tienda.

—Eso creo... —Pero entonces se abrió la puerta del comedor y entró Tom. Jo jadeó y miró desesperada a Heidi.

—Puede que no. Después de esta brillante actuación, creo que lo voy a cerrar para siempre. —Enfadado, cruzó el pasillo en muletas hasta llegar a Jo—. ¿Crees que soy tan estúpido como para no darme cuenta de que la mitad del pueblo estaba involucrado en esta pantomima que has montado? —Se dio la vuelta—. Un tendero que invita a su esposa a pasar su aniversario de boda aquí, o tú... —señaló a Daisy— ...que pretendes que me crea que tu hermana

gemela se había estado hospedando aquí. Y desde luego… —Se volvió hacia Heidi—. Tú eres la peor de todos, cariño. ¿Te lo has pasado bien jugando conmigo? Y no me digas que no te mandaron para sacarme de aquí y distraerme.

—Era así al principio, pero...

Pero Tom levantó la mano y la interrumpió.

—No quiero saberlo. ¿Hasta dónde habrías llegado? ¿Te habrías metido en la cama conmigo? ¿Sabes cómo llamamos a las mujeres como tú en Estados Unidos?

Jo, que sabía lo que venía después, se puso delante de su amiga para protegerla.

—No, a ver, la culpa aquí no es de Heidi. Ella solo quería ayudar a salvar el hotel. Pero al final se ha enamorado de usted.

—¡Jo! —dijo Heidi sonrojada.

—Basta ya. El juego ha terminado. Has hecho todo lo que has podido para evitar que vea las cuentas del hotel. —Tom se volvió hacia Heidi—. Pero solo el hecho de que estuvieras de acuerdo confirma la opinión que tenía de ti al principio.

La puerta se abrió de nuevo.

—¿Qué está pasando aquí? —Marge entró cojeando a la sala con una bata puesta. También iba en muletas. Si no fuera tan trágica, la situación habría llegado a ser ridícula. Pero Jo estaba de todo menos de humor para reírse.

—Marge, ¿cómo estás? —preguntó alguien entre la multitud.

Tom miró confundido a Marge y a Jo.

—Así que ni siquiera eres Marge, ¿no? Esto mejora por momentos. ¿Quién demonios eres tú?

—¿Y tú quién eres? —preguntó Marge con vigor.

—Marge, este es Tom Hudson, el dueño del hotel —empezó Jo antes de volver a mirar a Tom—. Yo soy Jo Müller. Me he hecho cargo del hotel mientras Marge estaba enferma.

—¿Qué hacéis todos vosotros aquí? Bob, Daisy, Mitch... —preguntó Marge mirando a su alrededor confundida.

—Jo nos pidió que nos alojáramos aquí como si fuéramos huéspedes del hotel para que no lo perdieras después de haber metido todos tus ahorros en el negocio de este ricachón imbécil —dijo Daisy con toda la simpatía del mundo.

—¿Qué has dicho?

—Marge... —dijo Jo para empezar.

El rostro de Marge se fue enrojeciendo.

—¿Se lo has contado a todo el mundo? ¿Cómo has podido? Os lo conté a ti y a Seamus en confianza.

—Marge, no pasa nada. Todos hemos hecho alguna tontería alguna vez. —Daisy se levantó y estaba a punto de ponerle el brazo alrededor de los hombros a Marge para consolarla, pero esta le apartó la mano y se acercó furiosa a Jo.

—Vienes de otro país, no conoces a la gente de aquí y crees que lo sabes todo, que sabes hacerlo mejor que nadie. Crees que puedes salvar del desastre el hotel que llevo dirigiendo décadas moviendo solo el dedo meñique. Y crees que puedes hacerlo solo porque sabes cocinar. Luego, me pones de vieja tonta que tira su dinero por la ventana y es incapaz de mantener un negocio delante de todo el pueblo. ¿A qué se debe todo esto? ¿Qué quieres, quedarte tú con el hotel?

—No lo he hecho por mí, Marge —se defendió Jo.

—¿Y eso quién se lo cree? Hazme un favor y márchate de aquí. —Luego se volvió hacia los huéspedes—. Y ahora, por favor, todo el mundo a su casa.

Se quedaron Heidi, Tom y Marge en la sala.

—Marge, Jo no quería hacerte daño —defendió Heidi a su amiga, pero ni Tom ni Marge le hicieron caso.

Tom le tendió la mano a Marge.

—Encantado de conocerte por fin, Marge. Mi tío hablaba muy bien de ti.

Marge le cogió la mano.

—Fue un palo muy duro cuando me enteré de que había fallecido. Y debería disculparme contigo por todo este alboroto.

—¿Es cierto que me enviaste tu propio dinero en lugar de las ganancias del hotel?

Marge miró hacia abajo un poco avergonzada.

—Sí, siempre pensaba que el hotel iba a mejorar y que solo se trataba de una mala racha. Siento haberte engañado, pero mi casa estaba en juego.

—Tom —Heidi los interrumpió a ambos.

—Ahora no, Heidi.

—Tenemos que hablar.

Se volvió hacia ella con una mirada fría.

—No creo que tengamos mucho más que hablar nosotros dos.

—Escúchame. Es cierto que Jo me encomendó distraerte para que no pudieras revisar las cuentas del hotel al principio, pero, si fuera una bestia tan fría y despiadada como piensas, no me habría quedado en el hospital contigo, me habría vuelto. Después de todo, habrías tardado más en volver al hotel y te habríamos tenido más tiempo distraído. —Heidi lo miró suplicando—. Pero me importas de verdad.

Tom la miró pensativo por un momento.

—Después hablamos, Heidi —accedió Tom al final—. Primero tengo que aclarar la situación con Marge. ¿Podemos ir a tu despacho, Marge, o estás cansada? ¿Prefieres acostarte de nuevo?

—No, no. Supongo que es hora de que pongamos las cartas sobre la mesa. Acompáñame.

Los dos salieron cojeando de la habitación, dejando atrás a una angustiada Heidi.

El comedor estaba vacío, y no tenía nada que hacer allí. Abatida, Heidi fue a la cocina a apartar la comida del fuego. Tanto Jo como ella habían tenido buenas intenciones, pero todo había salido mal. ¡Jo! Tenía que ir a buscar a Jo, ya que ella debía de haberse sentido incluso peor que Heidi. Subió a su habitación, pero estaba vacía. Tampoco estaba en el jardín. Era posible que estuviera en casa de Seamus o que hubiera ido a dar un paseo para despejarse, así que decidió abandonar la búsqueda por el momento y volver a la cocina para empezar a limpiar. Así, cuando Jo regresara, no tendría que lidiar con ese desastre también.

Marge le explicó a Tom en su despacho cómo se había producido todo aquel lío. Sin embargo, no encontraron los libros de cuentas del hotel y supuso que Jo todavía los tenía en su habitación. Aun así, Marge no lo pintó nada bien y le mostró a Tom los recibos bancarios que guardaba en una carpeta.

—¿Vas a cerrar y vender el Brambleberry Cottage? —preguntó Marge tímidamente cuando terminó.

Tom la miró serio.

—Tengo que decirte con total honestidad que, si fueras la encargada de cualquiera de mis otros hoteles, te despediría y lo cerraría de inmediato, porque, si hay algo que odio de verdad, es que me mientan o que me intenten engañar. Pero mi tío me pidió en su testamento que no te despidiera, así que supongo que te tendría en un pedestal. —Hizo una pausa y se fijó en el rostro triste de Marge—. No soy ningún monstruo y sé que este hotel tiene potencial, así que no voy a venderlo.

Marge respiró aliviada.

—Pero no te emociones mucho, Marge. Tendrás mucho trabajo por delante una vez te recuperes. También incorporaré a alguien que te ayude a implementar todas las mejoras necesarias. El primer día me fijé en todos los detalles del hotel y hay que reparar varias cosas. Parece ser que Jo también ha creado una página web del hotel, lo cual es algo imprescindible hoy en día. Y, aunque Jo nos haya engañado a ambos, hay que decir que es una excelente cocinera. No es que sea una cocina innovadora, pero sí que es comida casera y de buena calidad. Deberíamos mantenerla.

Marge asintió.

—Puede que haya sido demasiado dura con ella. Jo me ha estado cuidando durante un tiempo, pero sí es cierto que me ha molestado que le haya contado mis problemas a todo el pueblo.

—Sí, eso es comprensible. Por otro lado, también es bueno saber que el pueblo te respalda y apoya al hotel.

Marge asintió, aunque estaba muy incómoda con lo sucedido.

—Deberías haber acudido a mí, Marge. Podríamos habernos puesto manos a la obra mucho antes.

—No te conocía y temía perder mi único hogar.

—Es cierto que la gente me tiene miedo —admitió con un atisbo de sonrisa—. Pero ahí es cuando se esfuerzan y hacen lo que yo quiero. Como mi tío, tengo una debilidad por los hoteles pequeños como este. Y está tan lejos que nadie se enterará si tengo algo de compasión por una vez. Está claro que te devolveré el dinero. No quiero enriquecerme a costa tuya y, además, también ha sido culpa mía por no preocuparme por este hotel.

Las mejillas de Marge se sonrojaron de la vergüenza.

—No puedo hacer otra cosa que pedirte mil disculpas.

—No pasa nada. Y ahora vamos a descansar un poco para poder recuperarnos y volver al pie del cañón. —Tom se levantó y cojeó

hacia la puerta. Luego, se giró hacia ella sonriendo—. Vamos a hacer que este pequeño hotel vuelva a ser la joya que era.

Estaba deseando volver a la habitación y acostarse, ya que le dolía la pierna y estaba muerto del cansancio, pero aún le quedaba una conversación pendiente. Cojeó hacia el comedor y se lo encontró todo en orden de nuevo, pero Heidi no estaba. Fue a la cocina y allí se la encontró. Estaba fregando la vitrocerámica. Levantó la mirada cuando él entró en la cocina.

Está pálido, parece exhausto, pensó ella.

Se quedó allí parado durante un rato sin decir nada. Se miraron a los ojos. Él solo quería acercarse a ella y abrazarla, pero lo había traicionado y no estaba seguro de si quería seguir con ella.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Casi no se dio cuenta de que había dicho lo que estaba pensando en voz alta. Heidi dejó el estropajo a un lado y se acercó a él.

—No he hecho nada malo, Tom. —Se fijó en las pequeñas gotas de sudor que le caían de la frente—. No te encuentras bien. Deberías descansar.

—Ya puedes dejar de actuar, Heidi. No voy a vender el hotel, así que tu hipocresía no sirve de nada.

Ella jadeó.

—Eres un imbécil y un arrogante. Cuando te bajes de la nube en la que estás subido, deberías preguntarte por qué me senté junto a tu cama anoche en el hospital en lugar de volver aquí. No sé qué vi en ti ayer.

Dejó caer las muletas y la acercó hacia él con un rápido movimiento para darle un beso apasionado que la dejó sin aliento.

—Deberías empezar por decir qué quieres de mí, Tom Hudson —dijo en voz baja cuando él la soltó. Luego, recogió las muletas y se las entregó—. Acuéstate. Te voy a preparar un poco de té y te lo llevo a la habitación.

Tom solo asintió y salió cojeando de la cocina. Heidi primero se apoyó en el armario para controlar sus sentimientos. Al darse cuenta de lo que había dicho sobre el hotel, volvió a buscar a Jo para darle la buena noticia, pero no la encontró y tampoco le contestaba a las llamadas. ¿Dónde podría estar? Volvió a la cocina y le preparó un té a Tom. Un poco más tarde, cuando llamó a la puerta de su habitación, no obtuvo respuesta. Decidió entrar y abrió la puerta. Estaba acostado en la cama con la ropa puesta y parecía haberse quedado dormido. Cerró la puerta en silencio y dejó la taza en la mesita de noche. En realidad, debería haberse ido, pero no podía dejarlo así. No estaba cómodo y era probable que tuviera frío. Entonces, fue hasta el pie de la cama, le desató los cordones y le quitó el zapato del pie sano. Miró hacia arriba y vio que no se había despertado. Parecía que la jornada se le había hecho demasiado larga solo un día después del accidente. Lo único que debía hacer era ponerle una manta por encima y marcharse, pero sus manos fueron al primer botón de la camisa y lo desabrochó con facilidad, luego el siguiente y así uno tras otro hasta que llegó a la cintura de los vaqueros. Le desabrochó el cinturón de cuero sin mucho esfuerzo, pero, cuando llegó a los botones del pantalón, Tom le colocó la mano encima de la suya.

—No creo que sea una buena idea, rubia. —La voz de Tom era espesa—. No creo que pueda darte lo que buscas esta noche.

—No es lo que parece. Solo estaba...

—¿Desnudándome? —Sonrió con cansancio, y se sintió satisfecho al ver que la había ruborizado. Tal vez debería haber esperado antes de tomarse los analgésicos que le habían dado tanto sueño. Se arrepintió con un poco de pena.

—Voy a dejar el té en la mesita. Ahora que ya no me necesitas, será mejor que me marche.

Tom la cogió del brazo con un movimiento rápido y la agarró con fuerza.

—Quédate, por favor. Acuéstate conmigo un rato. —Ella lo miró con incertidumbre—. Solo si puedes quitarme las manos de encima, claro —añadió con una sonrisa.

—Serás idiota. —Pero luego, para su propio asombro, se sentó en la cama y se acostó junto a él. Ambos estaban tumbados bocarriba mirando al techo.

—Ha sido un día movidito. Deberíamos dormir un poco.

—Sí, deberíamos —susurró ella.

—Creo que podré dormir mejor si te tengo entre mis brazos.

—Ah, ¿sí?

—Así es.

—Pero no soy un osito de peluche.

—Es verdad. Los ositos tienen más curvas.

Le dio una palmada en el costado indignada, pero luego se volvió hacia él, colocó la cabeza sobre su hombro y dejó descansar la mano en su pecho. Él suspiró de satisfacción y entrelazó sus dedos con los de ella. Ella sintió que su corazón latía con fuerza al principio, pero se fue ralentizando, al igual que su respiración. El latido constante la dejó dormir poco a poco.

Se oyó un golpe fuerte en la puerta, lo que hizo que Heidi se despertara. Ya era de noche, así que tuvo que buscar el interruptor de la luz. Cuando lo encontró y pudo encenderla, Tom se quejó. Heidi se levantó y se encontró a Marge con cara de preocupación en la puerta.

—¿Sabes dónde está Jo? No la encuentro por ninguna parte.

—He supuesto que ha ido a dar un paseo para despejarse. ¿Qué hora es?

—Son casi las once. Si hubiera ido a dar un paseo, habría llegado ya hace un rato. Estoy muy preocupada.

Heidi se unió a Marge en el pasillo y cerró la puerta.

—Voy a volver a llamarla desde mi móvil, creo que me lo he dejado

en la cocina.

—He sido demasiado dura con ella. Tenía buenas intenciones —se lamentó Marge mientras acompañaba a Heidi a la cocina, donde la gata, Lizzie, dormía plácidamente en una silla.

Heidi cogió el teléfono de la mesa y volvió a teclear el número de su amiga, pero esta vez saltó el buzón de voz: «El número al que llama no se encuentra disponible en este momento».

—Lo tiene apagado. ¿No está en su habitación?

—No, pero tiene todas sus cosas allí.

—Voy a casa de Seamus a ver si está ahí. Quédate aquí por si vuelve. Me llevo el móvil para que me avises si regresa.

Heidi cogió una linterna y fue a casa de Seamus. La luz seguía encendida en el salón. Para no despertar a Nick, que probablemente estuviera dormido, llamó a la ventana y, para su asombro, fue Duncan quien la abrió.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó ella.

—Nick está enfermo, así que nos quedamos en casa de mi tío hasta que se mejore. ¿Y qué haces tú aquí?

—Estoy buscando a Jo. ¿No está contigo?

—No. ¿Por qué iba a estarlo?

Heidi suspiró.

—Es una historia muy larga.

—Como si las historias de Jo fueran cortas alguna vez. ¿Ya se ha caído toda la montaña de mentiras que había montado?

—Se ha caído por completo —confirmó Heidi—. Ha discutido con Marge y Tom dijo que iba a cerrar el hotel. No la hemos visto desde entonces.

—Pero ¿Tom no se había ido esta tarde?

—Sí, y luego volvió en secreto y nos pilló.

—Se lo advertí —suspiró Duncan. Luego, miró la hora y vio que eran las once y cuarto.

—¿Alguna idea sobre dónde podría estar? —preguntó Heidi esperanzada.

—No. No creo que conozca a mucha gente por aquí. —Pero, de repente, recordó algo—. Eso significa que puede que se haya quedado con sus antiguos compañeros de piso.

—¿Dónde?

Había olvidado que Heidi no sabía dónde había estado trabajando Jo antes.

—Voy a avisar a Seamus para que se quede con el niño y voy contigo.

Un poco más tarde, ya se dirigía hacia allí con él en su Land Rover.

—Jo es una buena persona —dijo para romper el silencio.

—Lo sé. Es solo que las mentiras me ponen de los nervios.

—Lo cierto es que nunca llegó a mentir —dijo Heidi defendiendo a su amiga—. Dame un ejemplo real en el que te haya mentido de verdad. —Duncan pensó por un momento—. ¿No es más como si asumieras algo y ella te dejara creerlo?

Duncan gruñó.

—Eso es rizar el rizo, que al final viene a ser lo mismo.

Llegaron a la zona donde se encontraba el hotel y aparcaron en el estacionamiento frente a las dependencias del personal.

—No creo que sea así —continuó Heidi de forma enérgica—. Y en la mayoría de los casos ha tenido que mantener la boca cerrada

para proteger a los demás, no a sí misma. También deberías poner eso en la balanza si quieres jugar a ser juez.

Las luces del apartamento estaban encendidas, por lo que había alguien despierto. Duncan le dirigió a Heidi una mirada hosca y llamó a la puerta. Oyeron unos pasos al momento y la puerta se abrió un poco. Marie sacó la cabeza, mostrando parte de su pelo rizado.

—¿Duncan? ¿Pasa algo?

—¿Jo está contigo o se ha puesto en contacto contigo?

Marie abrió la puerta por completo.

—No ¿Por qué me iba a llamar?

Detrás de ella apareció el tipo con el que Duncan había pillado a Jo en el invernadero.

—Si él está aquí, Jo también está. Deja de mentirme, joder —le espetó Duncan molesto.

Marie miró a Duncan, luego a Phil y viceversa.

—¿Eh?

—Tú eres el novio de Jo. ¿Dónde está?

—¿Quién es Jo? —preguntó Phil confuso.

—Jo, Josy, Josephine... No sé cómo la llamas tú.

—Duncan, este es el novio de Audrey —corrigió Marie un poco confundida.

Duncan resopló.

—Ah, ¿sí? Entonces ¿por qué se estaba besando con Jo en el invernadero?

Entonces, apareció Audrey, quien había escuchado la conversación desde el salón.

—Porque me estaba encubriendo —explicó con timidez.

—¿Cómo?

—Nos pilló besándonos en el invernadero. Jane ya me había advertido de que, si me volvía a pillar intimando con algún huésped del hotel, me echarían. De repente, oímos que alguien venía, y Phil dijo que era mejor que me escondiera y Jo me cubriera.

—¿Esto es en serio? —Duncan se pasó la mano por el cabello.

—Me estaba jugando mi puesto de aprendiz. No me vas a echar ahora, ¿verdad? Al menos Phil ya no es un huésped y puedo hacer lo que quiera con él.

—Entonces, ¿Jo no está aquí? —le preguntó a Marie ignorando a Audrey por completo.

—No, Duncan, te prometo que no.

Él asintió, dio media vuelta y regresó al coche. Heidi sonrió a modo de disculpa al equipo.

—Gracias y buenas noches.

—Buenas noches. —Marie cerró la puerta cuando se marcharon. Tan pronto como Heidi se montó en el coche, Duncan arrancó.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa.

—Deberíamos llamar a la Policía.

—Eso no sirve de nada. No empiezan a buscar hasta que pasan veinticuatro horas de la desaparición. Voy a por mi perro y trataremos de seguir el rastro.

—¿Sabe hacerlo?

—Cuando era un cachorro, fuimos a una clase de perros rastreadores solo por diversión. Parecía disfrutar, pero luego no

tuve más tiempo para seguir yendo. Vale la pena intentarlo. Pero primero tengo que ir a casa a por un par de cosas. —Cuando se detuvo frente al edificio, se volvió hacia Heidi—. Espérame aquí. O entra si quieres.

Heidi se quedó en el coche y volvió a intentar llamar al móvil de Jo.

Capítulo 11

Después de la pelea con Marge, Jo salió corriendo del hotel. Estaba tan alterada que ni siquiera había pensado en ponerse una chaqueta. Una vez más lo había estropeado todo, aunque lo único que quería era ayudar. El hotel iba a cerrar, Marge perdería su casa y Heidi, que se había enamorado de aquel idiota, acabaría con el corazón roto y todo por su culpa. «Bien hecho, Jo», se regañó a sí misma. Estaba tan enfadada consigo misma que no prestó atención a hacia dónde se dirigía. Tenía que haber una manera de salir de aquel lío, alguna forma de al menos asegurarse de que Marge no perdería su casa. La velocidad a la que iba era tal que no paraba de jadear y sudar, pero eso solo parecía un castigo justo por lo que había hecho. ¿Por qué siempre le salía mal todo? El trabajo en la residencia de ancianos, su ex, luego el trabajo de jardinera, Duncan, quien tampoco quería saber nada más de ella. Duncan... No, no quería pensar más en él y en el beso que le había dado. Entonces, pensó en Nick. Sí, eso era mucho mejor. No pensaba estropear su amistad con él. El chico era un amor. Él sí que la entendía bien. Una sonrisa cruzó su rostro. Era una locura. Un niño con un ligero retraso mental la entendía mejor que cualquier adulto. ¿Qué decía eso de ella? No sabía cuánto tiempo llevaba caminado, pero, de repente, el camino por el que había atravesado el bosque no tenía salida. Impresionante, como su vida, sin solución. Era probable que tuviera que dar la vuelta. Se sentó en un árbol talado y soltó algunas lágrimas de autocompasión.

Probablemente lo mejor era que volviera a Suiza, a casa de sus padres. Sí, su ex se reiría otra vez de ella. Se levantó y gritó tan fuerte como pudo a la nada.

—¡Arrrrrrrrrrrrrrrrrrrrg!

Lo único que consiguió es que le doliera la garganta del grito. Con lágrimas en los ojos, emprendió el camino de vuelta. Tenía pensado colarse en el hotel y dejar una carta para pedirles perdón a Heidi y

Marge. Luego, cogería el autobús hacia Glasgow y volaría a casa desde allí. Sí, señor. De repente, llegó a una bifurcación en el camino. ¿Había pasado por allí antes? ¿Tenía que ir a la izquierda o a la derecha? No tenía ni idea de qué camino había seguido para llegar hasta allí.

—Tomaré el camino correcto. ¡A partir de hoy, solo tomaré el camino correcto, Duncan! ¿Te enteras? Ya no volveré a mentir más.

Lo dijo en voz alta como si Duncan pudiera escucharla, pero ¿qué más daba? Aquel ignorante no la escucharía ni aunque le gritara en el oído. No se había dado ni cuenta de que no quería hacerle daño a nadie, sino ayudar. Ya se imaginaba lo que diría cuando se enterara de que iban a cerrar el hotel: «Te lo dije».

—Serás capullo, señor Scary Man. ¡Pero ya no te tengo miedo! ¡Qué te den!

«¿Qué hago gritándole a los árboles? Ellos no tienen la culpa», pensó. Era posible que se hubiera vuelto loca. Mierda. Había otra bifurcación más adelante. Volvió a elegir el que pensaba que era el camino correcto y, después de tres cruces más, se encontró de nuevo con un camino sin salida y tuvo que admitir a regañadientes que estaba perdida por completo. ¡Perfecto! Decidió no dar marcha atrás esta vez, sino subir a la montaña. Así podría ver desde arriba dónde estaba el pueblo y en qué dirección tenía que ir. Se estaba haciendo de noche y se dio cuenta de que probablemente no llegaría al Brambleberry Cottage antes del anochecer, pero decidió seguir caminando mientras pudiera ver un poco.

Al haberse hecho ya casi de noche, no podía dar ni un paso sin tropezarse, así que pensó que era mejor sentarse y esperar a que se hiciera de día otra vez. Iba a pasar una noche al aire libre en el bosque. ¿Qué más me tendrá reservado el destino? Bueno, en realidad, puede que aquello no tuviera tanto que ver con el destino, sino con la estupidez. ¿Por qué no había prestado atención al camino? El estómago le rugía porque llevaba sin comer nada desde el almuerzo y cada vez tenía más frío. Había sudado tanto que se le había humedecido la ropa y la sentía congelada sobre su piel a medida que bajaba la temperatura. Si hubiera cogido una chaqueta antes de salir... Pero no, tenía que salir corriendo del hotel tal cual.

Ni siquiera llevaba el móvil encima. ¿Había animales peligrosos en Escocia? Oyó un ruido en algún lugar a su derecha.

Jo se envolvió las rodillas con los brazos e inclinó la cabeza entre ellas. No había lobos ni osos, pero sí que había arañas. Quería saltar, pero se dio cuenta de que no le serviría de nada. Trató de distraerse. Sus pensamientos volaron a su primer día en el hotel donde conoció a Duncan. Se lo imaginó de nuevo apoyado en el tronco del árbol, mordiendo la manzana con deleite. Recordó el momento en que él notó su presencia y fijó sus ojos azules en ella... Dios. Las mariposas comenzaron a bailar de nuevo en su estómago al recordarlo. Entonces, suspiró, imaginando lo que podría haber pasado si él hubiera sido un poco menos él y ella un poco menos ella. Se imaginó acostada en sus brazos en un prado, acurrucados juntos. Un gran manzano viejo se alzaba sobre ellos. Una sonrisa soñadora se dibujó en su rostro. Claro, y entonces habría caído una manzana, le habría dado en la cabeza y, por supuesto, me habría vuelto a echar a mí la culpa. Para ella las historias nunca tenían un final feliz. Y vivieron felices y comieron... Nada, nada.

Llegó el punto en el que estaba tan cansada que no le importaron las arañas y se acostó en el suelo sin más. Tenía la esperanza de que se hiciera de día pronto, así que cerró los ojos y acercó mucho las piernas para contener el calor de su cuerpo.

Duncan sacó una mochila grande del desván y la llenó con todo lo que pudiera ser importante: comida, botiquín de primeros auxilios, comida para perros, GPS, linterna y un termo que llenó con té caliente en casa de Seamus. También cogió las dos radios que había comprado para Nick y para él. Como el pronóstico del tiempo para el día siguiente no era muy favorable, también cogió un gorro y una chaqueta impermeable y abrigada. Tras hacer todo esto, cerró la puerta y colocó la mochila en el maletero.

—Sigo sin localizarla —dijo Heidi preocupada.

Duncan asintió.

—La encontraremos. —Cuando aparcaron frente al hotel, Duncan le dio a Heidi una de las radios del maletero—. Toma. ¿Sabes cómo

funcionan?

Pues claro que no lo sabía. En Suiza podías comunicarte con cualquier persona con un teléfono móvil. Heidi negó con la cabeza.

—Vale. Pues voy a explicártelo en un momento mientras preparo el té.

—¿Vas a salir de noche? —preguntó sorprendida por un lado, pero aliviada por el otro. Volvió a asentir y cogió la mochila—. ¿Crees que es buena idea? No vas a ver nada de noche.

—El perro ve con la nariz. Mañana hará mal tiempo y me temo que, si no la encontramos cuanto antes, la lluvia también cubrirá el rastro para el perro. Vamos.

Ella lo siguió a la cocina de Seamus, donde Duncan colocó una olla de agua a hervir. Luego, le explicó en la mesa de la cocina cómo utilizar la radio.

—Puedes llevártela al Brambleberry, pero te agradecería que informaras a Seamus mañana de que me he ido. Te diré dónde me encuentro a más tardar al amanecer. Si no encontramos ninguna pista o la perdemos, tendremos que formar un equipo de búsqueda. Entonces, Seamus sabrá qué hacer.

Añadió algunas hierbas al agua, que mientras tanto se había calentado, y al poco tiempo la coló en el termo. Le dio a su monstruoso perro una porción extra de comida que desapareció en su estómago en un abrir y cerrar de ojos, tanto fue así que Heidi tuvo náuseas solo con verlo. Luego, volvieron al hotel juntos con el perro atado.

—Necesito una prenda usada de Jo para que Bandit pueda captar su olor.

—Claro.

Duncan esperó fuera del hotel hasta que Heidi regresó con una camiseta usada de Jo. La sostuvo frente a Bandit, dejó que la olfateara y le dio la orden.

—Vamos, busca.

Bajo la mirada escéptica de Heidi, primero llevó al perro por el hotel. En la entrada principal, el perro pareció captar su olor y, de repente, tomó una dirección diferente.

—Te avisaré cuando la encontremos.

Tras decir eso, Duncan desapareció en la oscuridad con Bandit y Heidi regresó al hotel y se puso a preparar té. Marge, al enterarse de que Heidi había regresado, entró cojeando en la cocina con ella. Se culpó a sí misma. No pudo aguantar más esperando en su habitación.

—No debería haber sido tan grosera con ella. Lo único que quería era ayudarme —se lamentó.

Heidi le acarició la mano para reconfortarla.

—Supongo que solo quería estar un poco a solas para despejarse. Jo sabe cuidarse sola. No le pasará nada. —Sabía que no solo estaba tratando de convencer a Marge, sino que también trataba de autoconvencerse.

El perro lo alejó con rapidez del pueblo en dirección al bosque. Duncan esperaba que su perro hubiera seguido el rastro de Jo y no el de un conejo, y, dado que Bandit siempre se mantenía en el camino y nunca se desviaba hacia los arbustos, estaba bastante seguro de que su perro estaba haciendo un gran trabajo.

—Buen chico. Sigue buscando, vamos.

En una bifurcación del camino, Bandit pareció inseguro, pero luego continuó guiándolo hasta que llegaron a un lugar sin salida. El perro husmeó por todas partes y luego lo llevó de regreso a la misma bifurcación, pero esta vez fue hacia el otro lado. Entonces, volvieron a llegar a otro lugar sin salida. Duncan hizo una pausa y le dio un poco de agua a Bandit. Unos minutos después, dio la orden de seguir con la búsqueda. Sospechó que Jo se había perdido porque se había salido y probablemente decidió subir a la montaña. Entendió el razonamiento, pero era mejor quedarse en el camino y

esperar a que alguien la encontrara. Era un poco incómodo mantener al perro atado por aquella zona, pero era la única forma de poder seguirlo en la oscuridad. A la luz del día lo desataría. Miró la hora y vio que llevaban andando unas tres horas y que ya eran las cuatro y media. Otra hora y media y saldría el sol. «¿Dónde estás, Jo?». Se preguntó si todo habría sido diferente de haber pillado a Audrey con Phil en el invernadero en lugar de a ella. Todo habría cambiado para él. Si eso no hubiera sucedido, o si simplemente hubiera confiado en ella, entonces habrían mantenido una relación y Jo no se habría ido del jardín. Pero le molestó que ella se hubiera besado con el primero que pasara después de besarse con él. Nick siempre había visto algo en Jo que Duncan no había reconocido por culpa de su orgullo herido. Si hubiera confiado en los instintos de su hijo... Pero no, lo que hizo fue que tuviera que pasar una noche en el calabozo. Aunque él dijera que no, sabía muy bien que, si se llevaba los cerdos al Chelsea Flower Show, la iban a culpar a ella. Pero, siendo honesto, le daba igual. Quería que sufriera un poco. La nota de Jane lo aclaraba todo, pero no sabía que la misma Jane eliminaría la nota. Sin embargo, las mentirijillas de Jo no le gustaban nada. ¿Tanto le costaba decir la verdad de una vez? Entonces, aparecieron las palabras de Heidi en su mente. En realidad, tenía razón. Jo nunca había mentido de forma intencionada. Solo dejaba que el resto creyera algo diferente, lo cual no era mucho mejor.

A primera hora de la mañana, la lluvia comenzó. Jo tenía tanto frío que volvió a ponerse en camino, aunque apenas podía ver nada. Tenía el cuerpo entumecido y dolorido por haber tenido que dormir en el suelo frío y húmedo. Tenía que encontrar una forma de salir de allí. Tras un rato, algunos toques grises de la luz del día se mezclaron con la noche negra, pero eso no mejoró mucho su situación porque, como descubrió para su frustración, una espesa niebla había decidido hacerle la vida imposible. Si llegaba a la cima de la montaña, probablemente tendría que esperar hasta que se fuera la niebla. ¡Perfecto! Aunque no estaba lloviendo mucho, una fina llovizna la rodeó e hizo que se empapara por completo. Se le iban agotando las fuerzas. Estaba helada y, además, se le había formado una ampolla en el talón.

Por fin el día dejó atrás a la noche y pudo ver las cosas con más

claridad. Aun así, la visibilidad era de poco más de cincuenta metros. Jo esperaba con ansias que la niebla se disipara un poco cuando llegara a la cima. No quería pasar otra noche a la intemperie. Siguió caminando mientras jadeaba. Paso a paso, poco a poco, hasta que pasó la línea de árboles y llegó a un prado.

No estaría muy lejos del punto desde donde podría ver bien el valle cuando mejorara el clima. Descubrió un pequeño arroyo y fue a beber agua, pero estaba tan helada que solo pudo darle un sorbo. Agotada, se tumbó en la hierba mojada y luego se echó a reír como una histérica. Solo tenía que abrir la boca si quería beber. Se estaba volviendo loca. Se puso de pie temblando y siguió caminando. ¿Haría tanto frío como para morir de hipotermia? Se suponía que era una muerte agradable. Creía haber leído en alguna parte que te dormías sin más. Pero ¿cómo iban a saberlo? Los que contaban esas cosas estaban vivos, no muertos. El ardor del talón empeoró, así que tuvo que sentarse de nuevo en la hierba para descansar un poco.

Cuando Duncan llegó a la línea de árboles, soltó a Bandit. Temía que, debido a la lluvia, dejara de oler el rastro de Jo. El tiempo se acababa y a Bandit no hacía falta que se lo dijeran dos veces. El perro salió corriendo y Duncan lo perdió de vista debido a la densa niebla. De vez en cuando le silbaba y Bandit obedecía la orden antes de volver a correr. Parecía disfrutar mucho de la búsqueda. «Al menos alguien está disfrutando», pensó Duncan molesto.

Jo estaba a punto de levantarse cuando un perro salió disparado hacia ella desde la niebla. Al no reconocerlo al principio, entró en pánico. No tenía nada con qué defenderse de él, pero luego reconoció a aquel monstruo desmelenado y empapado con alivio.

—Bandit —gritó llena de felicidad mientras se arrodillaba para abrazarlo y para que este le diera algunos besos húmedos—. ¿De dónde vienes?

En ese momento, sonó un silbido y Bandit miró hacia la niebla y luego hacia ella otra vez. Decidió quedarse y ladrar desde allí. Duncan apareció al poco tiempo de entre la niebla. Jo comenzó a soltar lágrimas de alivio.

—Duncan...

Este dio un par de zancadas hasta llegar al lugar.

—Muy bien. Buen chico. —Sacó el juguete de Bandit de la chaqueta y lo arrojó al prado para que el perro obtuviera su merecida recompensa. Luego, se volvió hacia Jo, quien estaba hasta arriba de suciedad y llorando, y se arrodilló ante ella—. ¿Estás herida? —preguntó preocupado. Ella negó con la cabeza porque no podía hablar del temblor y las lágrimas. Duncan, contento por haberla encontrado, le apartó un mechón de pelo húmedo de la cara con la mano y luego la levantó para abrazarla—. Ya estoy contigo. Tranquila. —La abrazó durante un rato hasta que dejó de sollozar.

—Lo siento —le dijo ella entre sollozos—. Menos mal que has pasado por aquí con Bandit.

Él la miró confundido.

—No estaba pasando por aquí. Hemos venido a buscarte. En el hotel están todos preocupadísimos por ti. —Se quitó la chaqueta y se la puso por encima—. Toma. Póntela.

—No. Entonces, nos mojaremos los dos.

—Estás congelada, debemos asegurarnos de que no pierdas más calor corporal. No quiero tener que cargar contigo todo el camino porque te hayas desmayado. Venga, póntela. —Cuando vio que obedecía, abrió la mochila y sacó el termo. Ella aceptó agradecida la taza que él llenó de inmediato de té humeante. Mientras bebía a pequeños sorbos para no quemarse la boca, Duncan llamó por radio a Heidi—. Duncan a Heidi, por favor, responde.

—¿La has encontrado? —preguntó de inmediato nerviosa.

Él sonrió mientras miraba a Jo.

—Sí, está ilesa. Solo con una leve hipotermia. Vamos a ir al refugio del lago McNamara y esperaremos a que pase la lluvia y recupere fuerzas. ¿Puedes decírselo a Seamus también?

—¡Gracias a Dios! Estábamos tan preocupados.

—Heidi, ¿puedes llevarle la radio a Seamus, por favor? Quiero

hablar con él después cuando estemos en la cabaña para ver cómo se encuentra Nick.

—Ahora se la llevo. Y, Duncan, dile a Jo que aquí la esperamos.

Duncan sonrió.

—Te ha escuchado, Heidi. Cambio y corto.

—La he cagado de verdad —oyó susurrar a Jo mientras guardaba la radio y el té en la mochila.

—Sí que la has cagado. Hasta un niño sabe que aquí en las Tierras Altas no se puede ir sin chaqueta ni equipamiento. A saber lo que te podría haber pasado.

Ella lo miró con asombro.

—No me refiero a eso. Me refiero a que Marge se ha quedado sin casa por mi culpa y Heidi, ahora que se había enamorado, tiene el corazón roto por mi culpa también. ¿Por qué todo me sale mal?

—Ahora lo hablamos cuando estemos secos. —Revisó el GPS, silbó al perro para que regresara y le agarró la mano helada a Jo—. Vamos. Está aquí al lado.

Jo sintió la seguridad y la fortaleza de su mano. Ella iba caminando al ritmo de Duncan, pero este lo bajó un poco porque se dio cuenta de que estaba exhausta. No habló a propósito para que pudiera concentrarse en el camino y ahorrarse el aliento para caminar. Tras un rato, notó que iba cojeando.

—Estás herida. ¿Puedes llegar a la cabaña? Puede que tardemos otro cuarto de hora.

—Solo es una ampolla. No tienes que llevarme en brazos.

—Entonces, te la miraré después en la cabaña.

—No hace falta. Ya lo haré yo sola.

Siguieron caminando en silencio, pero Duncan trató de caminar un

poco más despacio. Cuando Jo pensaba que ya no era capaz de seguir caminando, llegaron a una colina y, de repente, un lago oscuro yacía frente a ella. La niebla se había levantado un poco y podía distinguir una pequeña cabaña al otro lado del lago a través de la llovizna. Duncan le sonrió.

—Ahí está. Solo tenemos que rodear el lago. ¿Serás capaz?

Jo asintió y siguió caminando con valentía. Bandit se había adelantado, parecía conocer bien el lugar y, cuando por fin llegaron, los estaba esperando en el porche seco. Tras rodear el lago, lo lograron. Duncan se inclinó sobre el marco de la puerta para coger la llave.

—Buen escondite —resopló Jo exhausta.

—No es un escondite. Los excursionistas que lo necesiten deberían encontrar refugio aquí.

—Entonces ¿por qué está cerrado?

—Para que no llegue un animal, empuje la puerta y destroce todo lo que hay dentro. —A estas alturas de la conversación, ya había girado la llave en la cerradura y la puerta chirrió al abrirse—. Quítese los zapatos y pase, *milady*.

Se sentó en el escalón del porche y luchó contra los cordones con los dedos entumecidos. Duncan ya se había quitado los suyos cuando ella se quitó el primero, así que se arrodilló frente a ella y le desató el segundo. Cuando trató de quitárselo, ella lo apartó con un movimiento brusco.

—Yo me lo quito. —Esto lo dijo porque se trataba del pie donde tenía la ampolla. Duncan la observó mientras abría el zapato lo máximo posible para quitárselo con mucho cuidado. Aun así, tuvo que contenerse para no llorar. El corazón de Duncan se congeló cuando vio el calcetín empapado de sangre. Había caminado con eso hasta la cabaña sin quejarse ni una vez.

—Ya me lo podrías haber dicho.

—¿Para qué? No podrías haberme llevado a cuestas todo el camino

—le recordó mientras se levantaba para entrar cojeando en la cabaña. Solo había dos habitaciones con muy pocos muebles, pero que parecían ser los indispensables.

—Deberías quitarte la ropa mojada. —Entró en la habitación del otro lado y le hizo un gesto para que lo siguiera—. Aquí hay mantas para que te tapes mientras se seca la ropa.

Jo cojeó tras él hasta una habitación un poco más pequeña con dos literas. Cogió uno de los dos colchones y lo sacó al salón frente a la chimenea. Sin dudarlo, se quitó la ropa húmeda mientras Duncan se esforzaba en encender la chimenea y el hornillo. Después, fue a buscar agua y la puso en una olla grande. Mientras tanto, Jo se había envuelto en una manta y estaba dudando en si quedarse mejor en el dormitorio, ya que le daba un poco de apuro estar con él en aquellas condiciones.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Duncan al ver que estaba tardando tanto.

Jo salió de la habitación agarrando la manta con fuerza. Duncan estaba a punto de verter un poco de agua tibia de la olla en dos cazos y volver a llenar la olla de agua. Su perro se encontraba tumbado en la vieja alfombra de retazos en el rincón, junto a la chimenea.

—Te conoces bien la cabaña, ¿no? —dijo Jo.

Él se volvió hacia ella y una sonrisa se dibujó en su rostro al ver lo guapa que estaba. La manta era tan grande que parecía tragársela. Tenía las mejillas sonrojadas y sus ojos verdes brillaban como dos lagos oscuros del bosque a la luz del sol. A juzgar por su apariencia, había pasado la noche tumbada en el suelo porque tenía rastros de agujas de pícea y estaba muy despeinada. Estaba guapa y sexi al mismo tiempo.

La veía un poco insegura, nada parecida a la Jo enérgica y atrevida que conocía. Duncan sacó una silla de la mesa.

—Siéntate. Te voy a mirar el pie. Ya había sacado el botiquín de primeros auxilios de la mochila y lo había colocado sobre la mesa.

Luego colocó los dos cazos de agua a un lado. Sacó dos trapos de un pequeño armario que había debajo del fregadero. Jo se había acomodado en la silla, pero mantuvo el pie debajo de la manta. Duncan se arrodilló frente a ella. En una mano sostenía el trapo que había empapado en agua mientras estrechó la otra esperando a que le acercara el pie. Ella lo miró de manera desafiante e intentó quitarle el trapo.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Has cuidado de Marge y de Liz, has protegido a Audrey y has cuidado también de mi hijo cuando estaba enfermo. Ahora, por favor, deja que sea yo quien te cuide a ti, Josy.

Le comenzó a latir el corazón a toda pastilla. Temía que se diera cuenta de lo nerviosa que se ponía cuando la tocaba. Sin embargo, sacó el pie de la manta. Duncan vio que aún no se había quitado el calcetín, así que dejó el trapo a un lado y cogió las tijeras para cortar vendajes que tenía en el botiquín.

—No irás a cortarlo, ¿no? —exclamó indignada, cubriendo el pie con la mano.

—Sí, así te va a doler menos —dijo seguro—. Además, estos calcetines no cuestan nada.

—No es eso, sino que se supone que tendré que volver a bajar la montaña, ¿no?

—Le pediré a Seamus que nos recoja en coche. Solo tendrás que caminar un poco, así que puedes hacerlo sin calcetines. —Le apartó la mano y comenzó a cortar el calcetín para después sacarlo con mucho cuidado de no tocar la herida. Tenía el pie helado. Luego, le limpió la herida con un trapo empapado en agua tibia, pero lo hizo con mucho cuidado. Por último, usó el desinfectante—. Ahora vas a tener que apretar un poco los dientes, Josy.

Ella asintió y respiró hondo cuando el líquido pasó ardiendo por la herida. Duncan dejó el líquido a un lado y cortó una tirita grande que pegó con fuerza sobre la herida. Tan pronto como le soltó el pie, Jo lo metió de nuevo bajo la manta. Cuando Duncan cogió el

segundo trapo y lo empapó en agua limpia, Jo lo miró con recelo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó.

Duncan le metió la mano en el pelo alborotado, le quitó una aguja de pícea y se la puso en la nariz.

—Te voy a quitar los restos que tienes en la cara. Ha debido de ser una noche muy salvaje.

Jo se sonrojó, lo que hizo que su corazón se acelerara. Exprimió el trapo y le quitó la suciedad de la cara. Le pareció extraño y muy íntimo, pero aun así se sintió segura y protegida. No pensaba resistirse a él. Cruzaron miradas y, de repente, todo un ejército de mariposas pareció invadir el estómago de Jo. A continuación, Duncan se inclinó hacia delante como en cámara lenta y la besó. Fue un beso ligero al principio, como el batir de las alas de una mariposa escapando de su estómago, pero, cuando ella le devolvió el beso, perdió el control y la mariposa pareció quedar atrapada en una tormenta. Extendió un brazo de la manta para acercarlo más a ella y, mientras lo hacía, sintió que su cuerpo también se estaba congelando, ya que él todavía llevaba la ropa empapada por la lluvia.

—Deberías quitarte la ropa mojada tú también —susurró ella, alejándose de él para quitarle la camisa. Mientras tanto, él le iba dando besos en el cuello para distraerla de lo que estaba haciendo. Al fin le había abierto la camisa, así que ahora tocaba sacarla de los vaqueros y deslizarla por los hombros. Llevaba una camiseta debajo que también le sacó de los pantalones, pero, para sacársela por la cabeza, necesitaría una segunda mano, lo que haría que perdiera la manta.

Antes de que pudiera terminar sus pensamientos, se levantó de la silla con la manta. A los pocos pasos, la llevó frente a la chimenea, donde la depositó con cuidado sobre el colchón.

—Aquí hace más calor —dijo en voz baja.

Luego, con un movimiento fluido, Duncan se quitó la camisa por la cabeza. Jo casi suspiró cuando vio la parte superior de su cuerpo

fortalecida por la jardinería, aunque se sorprendió al ver su pequeña barriga. Sin embargo, le pareció una combinación encantadora. Se sentó a su lado en el colchón y, cuando estaba a punto de atraerla de nuevo hacia él, ella lo detuvo.

—Me has dicho que esto es un refugio. No entrará nadie, ¿no?

Las comisuras de la boca de Duncan se torcieron en un gesto pícaro.

—Sí que lo es, pero con este tiempo solo hay chicas locas como tú por aquí y ya las he recogido a todas.

Se inclinó de nuevo hacia ella, pero esta lo apartó con la mano en el pecho.

—Prefiero que cierres con llave.

Duncan se levantó suspirando y, bajo la mirada de admiración de Jo, fue a la puerta y la cerró. Cuando se volvió, ella desvió la mirada a toda prisa, pero no fue suficiente, puesto que Duncan se había dado cuenta de que lo había estado analizando. No es que le diera vergüenza su cuerpo, pero sí que tenía un poco de frío, así que aprovechó que ya estaba de pie para ir a por dos mantas y almohadas de más de la habitación de al lado. Luego, se sentó junto a Jo en el colchón. Tenía los vaqueros mojados pegados a la piel y le molestaban bastante, pero no quería que Jo sintiera que la estaba presionando, así que se los dejó puestos.

—¿No te los quieres quitar también? —preguntó Jo de forma inocente mientras bajaba la mano hacia el cinturón—. Por Dios, te estás aprovechando de la situación sin ningún tipo de pudor.

Le quitó la mano del cinturón y se la llevó a la boca. Debajo de sus labios sintió que se le aceleraba el pulso en la muñeca. Al final se quitó los vaqueros y se quedó en ropa interior, lo cual impresionó bastante a Jo. Cuando se volvió hacia ella, esta levantó un poco la manta para que pudiera acurrucarse junto a ella. Él aceptó la invitación con mucho gusto y extendió las otras mantas sobre ellos. Luego, atrajo a Jo a sus brazos con total naturalidad. El fuego no era lo único que desprendía calor en aquel momento. La mano de Jo exploró su cuerpo con curiosidad, mientras él se deleitaba

explorando cada centímetro de su piel con la boca. Fue capaz de encontrar lugares que ni la misma Jo sabía que le provocaban tal hormigueo. Trató de quitarle la ropa interior sin aliento, pero él la distrajo de una forma tan hábil que sus músculos y huesos parecieron derretirse. Llegó el momento en el que la última prenda salió volando del acogedor nido de amor. Ella suspiró y casi le rogó que empezara de una vez por todas, ya que estaba lista para sentirlo por completo.

—No tengas tanta prisa, cariño —susurró—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Jo no sabía que esperar podía ser tan placentero. Después de todo, no es que fuera la persona más paciente del mundo, pero, a veces, un ritmo más lento era sinónimo de puro placer. Jo tenía la sensación de que iba a desvanecerse cuando, por fin, comenzó a hacerle el amor. Él la levantó en sus brazos mientras la besaba y susurraba su nombre. Jo le acarició el pelo y lo atrajo aún más cerca. Cuando él comenzó a moverse lentamente, ella abrió los ojos para encontrarse con los de él. Se ajustó a su ritmo y fue atraída hacia el mar oscuro de sus profundos ojos azules. Al darle un beso, le cortó un suspiro y pensó que podía oír las olas golpeando en su cabeza. Se paró frente al abismo y la esperó. Juntos dieron el último paso hacia las profundidades. Mente y cuerpo parecieron desprenderse de ella, como si la catapultaran a un mundo sensual paralelo. Cuando su mente volvió a ver la luz, todavía la sostenía con fuerza en sus brazos. De repente, todo le parecía claro y lógico. Al fin estaba en casa. No era en ningún otro lugar, sino con él.

—¿Qué ha sido eso? —Él sonrió y la recostó sobre el colchón, donde ella colocó la cabeza sobre su pecho. Duncan tenía el corazón a mil y le provocó una sonrisa de oreja a oreja. Lo que acababan de experimentar era algo especial. Jo no se había acostado con muchos hombres, pero creía que sabía lo que era el amor. En aquel momento se dio cuenta de que había estado equivocada hasta entonces. Parecía como si no solo se acabaran de unir sus cuerpos, sino sus almas, todo su ser.

Era como si su corazón hubiera abrazado al de Duncan diciendo: «Por fin te encuentro».

Se quedaron escuchando cómo la lluvia había aumentado y golpeaba con más fuerza contra la ventana.

—¿No podemos quedarnos aquí para siempre, Duncan?

Él sonrió y le besó el pelo despeinado que ya se había secado un poco.

—Creo que eso no va a poder ser, Josy. Nos moriríamos de hambre y mi hijo se quedaría huérfano. Pero tenemos este lugar solo para nosotros durante un tiempo.

Pasaron todo el día en su nidito de amor. Duncan echó más leña al fuego y Jo cocinó la poca comida que había en la cabaña. Durante la comida, ella le contó lo que había sucedido en el hotel. Le contó que no quería huir, sino despejarse, pero se había perdido por el camino. Jo se sentía fatal por Marge y Heidi, pero Duncan la tranquilizó un poco al decirle que Heidi era la que estaba buscándola y que tanto ella como Marge la estaban esperando en el hotel.

Por la tarde, Duncan llamó a Seamus para ver cómo estaba Nick y para decirles que estaba bien. Nick parecía haber pasado la fiebre y la peor parte del sarampión. Ya se encontraba mucho mejor, pero, aunque estaba acostumbrado a estar sin su padre en el internado, lo extrañaba, así que Duncan le prometió que regresaría al día siguiente. Acordó un punto de encuentro con Seamus para que este los recogiera con el todoterreno. Poco a poco la vida en la cabaña volvió a la normalidad y Jo se dio cuenta de que Duncan y ella no eran las únicas personas del mundo. Sin embargo, cuando Duncan apagó la radio, despejó todos esos pensamientos confusos que tenía en la cabeza.

Jo se despertó temprano al día siguiente. El sol parecía salir. Salió de debajo del brazo de Duncan con cuidado para escapar de la cama improvisada sin despertarlo. Cogió una manta en la que se envolvió y caminó en silencio hacia la puerta. Bandit también se levantó y fue tras ella. Al salir, lo que vio le pareció impresionante. La lluvia y la niebla se habían ido y habían dejado un aroma fresco a su paso.

El lago que había junto a la cabaña se veía liso como un cristal y

solo de vez en cuando se formaba un pequeño círculo cuando un pez intentaba atrapar algún mosquito para desayunar. El sol comenzó a extender su brillante luz roja y amarilla detrás de una de las muchas colinas de las Tierras Altas. En ese momento pensó en la canción *Caledonia* de Dougie McDonald. Era como si lo tuviera justo al lado cantándola y sintió el profundo amor por Escocia que se escondía detrás de sus letras. Una lágrima le pasó por la mejilla. Oyó la puerta de la cabaña abrirse detrás de ella e inmediatamente sintió cómo la envolvían dos brazos fuertes. Duncan le besó el cuello con ternura.

—Buenos días, cielo —murmuró. Movió la boca un poco más hacia arriba y fue entonces cuando probó el sabor salado de la lágrima que tenía en la mejilla. La giró con suavidad para mirarla a los ojos y le dijo—: ¿He hecho algo mal? ¿Te duele algo?

—No. Es solo que... me he dado cuenta de que me he enamorado de este país. No quiero irme de aquí.

Duncan suspiró de alivio.

—Yo tampoco voy a permitir que te vayas, Josy. Te quiero.

Los latidos de su corazón se detuvieron por un instante. Luego, le cogió la cara con las manos y lo besó con toda la pasión que ardía dentro de ella.

—Yo también te quiero, Duncan Scarman —confesó conmovida a más no poder.

—No quiero ni recordar el tiempo que hemos perdido por lo idiota que he sido.

Ella se rio.

—No, lo digo en serio. Todo esto habría sucedido mucho antes si no me hubiera puesto tan celoso.

Jo lo miró asombrada.

—¿Tú? ¿Celoso? ¿De quién?

—Cuando te pillé en el invernadero con aquel tipo. Creí que estabas saliendo con él y que nuestro beso no había significado nada para ti.

—Creo que te debo una explicación.

—No hace falta. Audrey ya me ha dicho que lo hiciste para protegerla.

—¿La habrías despedido de verdad?

—No creo que lo hubiera hecho, pero sí que le habría caído un buen sermón. Sé que hay muy pocos puestos para aprendices por aquí y que nuestra educación es muy importante para ellos. No iba a echarla solo por tener una aventura. Si Jane la hubiera visto, sí es cierto que no creo que siguiera en el hotel.

—Ya lo sabía. Por eso intenté ayudarla. Lo siento. —Jo lo miró con sinceridad a los ojos y le acarició con ternura la mejilla con los dedos.

—No tienes que disculparte. Por cierto, Audrey sigue con ese chico, pero, como ya no es huésped, Jane no puede decir nada.

—Bien. ¿Preparo el desayuno?

Duncan la abrazó de nuevo con amor y la soltó para que pudiera volver a la cabaña.

—Tengo mucha curiosidad por ver qué vas a cocinar con lo que queda por aquí porque solo hay unas pocas latas de comida. Y en mi mochila solo guardo algunas barritas energéticas. Incluso diría que Bandit va a tener un mejor desayuno que nosotros.

Jo le rodeó el cuello con los brazos y lo miró con picardía.

—Tendré que admitir la derrota junto al fuego entonces. Pero creo que será el mejor desayuno que te hayan llevado nunca a la cama. Guarda las barritas energéticas porque las vas a necesitar después.

—Vale, pero déjame que le dé de comer al perro antes para que al menos uno de nosotros tenga algo decente en el estómago. —

Sonrió.

Mucho, mucho más tarde, Jo se encontraba mordisqueando una barra de granola apoyada en Duncan.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Duncan?

Él sonrió.

—Conociéndote, lo harás de todos modos sin importarte mi respuesta, así que dispara.

—Sabes que Nick significa mucho para mí. Por eso también me interesa mucho saber qué fue lo que sucedió en realidad. Sé que tuvo un accidente y que su madre murió en el acto.

Duncan respiró hondo y no dijo nada durante un rato, lo que hizo que Jo pensara que no quería hablar de ello.

—Ha sido muy difícil todo —comenzó—. Tengo que retroceder un poco en el tiempo para que lo entiendas. Yo tenía ya treinta años en ese momento y acababa de comenzar mi carrera como diseñador de jardines. Trabajaba en un jardín de Londres cuando conocí a Alice en un *pub*. —Jo sintió una pequeña punzada de celos, aunque sabía que ese amor no llegó a ningún puerto. Mientras tanto, Duncan continuó con la historia de cómo se habían enamorado perdidamente.

—¿Qué fue lo que te atrajo de ella? —interrumpió Jo con curiosidad.

—No lo sé, la verdad. No lo recuerdo. Era una mujer hermosa, con el pelo rubio rizado y los ojos color ámbar. Pero más tarde me di cuenta de que, por mucho que sonriera, la felicidad no llegaba a sus hermosos ojos. Teníamos expectativas de vida completamente diferentes, pero, como te he dicho, me di cuenta demasiado tarde. Me presentó a sus padres, quienes no es que estuvieran muy emocionados por perder a su hija en manos de un jardinero escocés, ya que pertenecían a la nobleza de Inglaterra. Pero el destino quiso que Alice se quedara embarazada de Nick. Sus padres se enfurecieron y exigieron que nos casáramos de inmediato. No es

que no tuviéramos la intención de hacerlo, pero encima nos lo impusieron. Querían comprarnos una casa cerca de ellos, pero mi orgullo no lo permitió, así que pedimos un préstamo, que conseguimos gracias al nombre de Alice, y compramos una casa de campo en Escocia, lo más lejos posible de sus padres. Fui aceptando cualquier trabajo que me salía, ya que tenía que pagar el préstamo y mantener a mi futura familia. El problema es que tuve que viajar mucho. Alice invitaba a sus amigos a casa porque estaba de moda venir aquí, pero, con el tiempo, sus amigos se cansaron de hacer viajes tan largos y Alice se volvió a quedar sola en casa. Las discusiones entre nosotros fueron en aumento. Luego nació Nick y nuestra relación mejoró durante unas semanas porque me tomé unas vacaciones para pasar tiempo con ellos. Volví a buscar trabajo como un loco en los alrededores, pero aún me quedaba mucho por aprender y no estaba listo para un trabajo fijo bajo la mano de un jardinero jefe. Quería esforzarme todo lo que pudiera para demostrarles a ella y a sus padres que era capaz de hacerlo. Alice se cansó de la vida en el campo y quiso volver a Londres con sus amigos para poder tener un poco más de vida. Me acusó de tenerla cautiva en el campo, pero tampoco es que hiciera ningún esfuerzo en llevarse bien con la gente del pueblo e integrarse. Tenía muchas cosas que hacer, tanto en la casa como en el jardín, pero no fue suficiente para ella. Y yo tampoco era suficiente para ella. Me dijo que debería haberles hecho caso a sus padres y haberme dejado antes de quedarse embarazada. Cuando llegué a casa un viernes por la noche, me la encontré en la puerta con las maletas hechas y con Nick agarrado de la mano. Quería llevárselo, aunque tuvo la decencia de dejarme en persona en lugar de hacerlo con una simple carta. Tuvimos una gran discusión porque no dejé que se lo llevara. El amor se había acabado, pero Nick... —Hizo una pausa. Le costaba contar la historia—. Lo era todo para mí. Desde el momento en que lo tuve en mis brazos por primera vez, supe que haría cualquier cosa por él. Era una parte de mí y no pensaba dejar que se lo llevara. Ella tiró las maletas al coche, le puso a Nick el cinturón y se giró hacia mí. Todavía recuerdo cómo me miró, enfadada. Me gritó diciéndome que no volvería a verle la cara a Nick. Le pedí que no se pusiera a conducir con tal enfado y también le pedí que nos diéramos otra oportunidad, aun sabiendo que no íbamos a arreglar nuestra relación, pero por el bien de Nick. Ella aceleró y yo me subí a mi coche para seguirla, pero comenzó a conducir como una loca,

así que los perdí de vista. Unos minutos más tarde, pasé junto a a un accidente. Vi que en una intersección un coche parecía no haber visto el suyo y había chocado con ella. Por suerte para Nick, si es que podemos llamarlo suerte, el coche chocó por el lado de Alice. Todo ocurrió en mitad de un pueblo, por lo que todo el mundo ya había ido corriendo a asistirlos cuando yo llegué. Corrí hacia el coche y vi a Alice sin vida apoyada sobre el volante. Luego vi a Nick desplomado en el asiento trasero con sangre en la cabeza. Pero seguía vivo. Un transeúnte me impidió sacarlo del asiento, agarrándome. Podría haber empeorado las lesiones de haberlo hecho.

Jo escuchó la historia preocupada y entendió todo por lo que tendría que haber pasado en aquel momento.

—No te imaginas lo difícil que es esperar a una ambulancia en un momento así. Le hablé con dulzura a mi hijo, comprobándole el pulso y la respiración una y otra vez. Alguien me dijo que Alice estaba muerta, pero la odiaba tanto en ese momento que la noticia me dio igual. En aquella situación, junto al coche completamente destrozado, la culpé a ella de lo que le había pasado a Nick. No quería admitir mi propia culpa por lo que había sucedido. Tras un rato, el médico del pueblo llegó al lugar del accidente y atendió a Nick hasta que llegó la ambulancia. No aparté los ojos de mi hijo ni por un momento hasta que lo metieron en el quirófano, ya que, a partir de ahí, lo único que podía hacer era esperarlo fuera. Tuvo un traumatismo cerebral, y estuvo en coma varias semanas. Su vida pendió de un hilo durante mucho tiempo, y le rogué a Dios que no se lo llevara. Le prometí que enmendaría mis errores, cuidaría de él y sería el mejor padre del mundo si no se lo llevaba. Únicamente lo dejé solo para asistir al funeral de Alice. Fue como un funeral de Estado, pero, aunque yo era su marido, me hicieron sentir que no querían que estuviera allí. Sus padres me culparon de su muerte y, de alguna forma, tenían razón.

Jo quiso contradecirlo, pero Duncan la besó para silenciarla.

—Shhh... Bueno, tenían razón en parte. Si no la hubiera dejado sola con Nick tan a menudo, las cosas habrían sido diferentes. Te prometo que me lo planteé más de una vez junto a la cama de Nick.

—Pero tenías que ganar dinero para mantener a tu familia.

—Podría haber aceptado el dinero de mis suegros, pero era demasiado orgulloso.

—Duncan, sabes que lo que estás diciendo no tiene sentido. No habrías sido feliz y también habría destrozado tu matrimonio.

Le acarició la mejilla con cariño.

—Qué bien me conoces, Josy. Pero debería haberlo intentado al menos.

—Pero parece que los padres se han reconciliado contigo después de todo —Jo retomó el hilo.

—Sí, pero la batalla por la custodia de Nick fue una locura. Pero no nos adelantemos. Nick estuvo en coma varias semanas y, cuando despertó, fue un milagro que su cerebro no hubiera sufrido ningún daño importante. Lo único que le quedó fue una discapacidad de aprendizaje y que habla un poco lento. Cuando le dieron el alta, contraté a una niñera para que lo cuidara durante el día. Tuve varios trabajos temporales cerca de casa, y al final conseguí el trabajo fijo en el Lochcarron Garden Estate. Cuando el jardinero jefe se jubiló, los Douglas me ofrecieron sucederlo y pusieron a mi disposición la casa en la que vivimos Nick y yo ahora. Mis suegros fueron al tribunal y trataron de convencer al juez de que yo no era apto para cuidar de mi hijo. No sé con quién hablaron gracias a su estatus social, pero me acabaron quitando a Nick cuando tenía solo cinco años.

Jo jadeó.

—¡No me lo puedo creer!

—Sí, eso fue lo que yo pensé en aquel momento. Nick no paraba de llorar cuando se lo llevaron. Le prometí que no me rendiría, que siempre estaría cerca de él, así que me fui a vivir junto a la casa de mis suegros a una caravana vieja, pero la Policía me sacó de allí. Aun así, seguí volviendo una y otra vez. Nick se escapaba siempre que podía. Me habría gustado haberme escapado con él algún día,

pero no podía permitirme arrastrarlo a una situación así, por lo que me mantuve cerca de mis suegros siempre que pude para que vieran que no me pensaba rendir y que Nick debía estar conmigo. Tras un tiempo, los servicios sociales intervinieron de nuevo. Dijeron que, si estaba siempre cerca de mi hijo, no podría adaptarse a su nueva situación, pero tuve la suerte de que nos asignaron un asistente social a quien su esposa le había quitado a sus hijos y que sabía por lo que estábamos pasando. Trató de convencer a mis suegros hablando con ellos en vez de amenazarlos con medidas legales y, en una de estas ocasiones, se llevó también a Nick para que les contara qué era lo que quería de verdad. Ellos ya sabían que él quería vivir conmigo, pero el hecho de que lo dijera en voz alta delante de más gente y de que ellos quedaran como los malos hizo que recapacitaran. Al final accedieron a que se viniera a vivir conmigo, pero insistieron en que tenía que pasar un fin de semana al mes con ellos. Fue un acuerdo fuera de los tribunales y hace tres años accedieron por fin a cederme la custodia que les habían otorgado hace años.

—Me parece genial que al final hayáis conseguido llevaros bien.

—Sí, pero supongo que todos lo hacemos por el bien de Nick. Él quiere a sus abuelos y yo tampoco se los quiero quitar, pero bueno... —Tiró hacia atrás las mantas y comenzó a levantarse—. Dejemos el pasado atrás. Ahora deberíamos empezar a ordenar la cabaña y pensar en volver a la civilización de una vez.

Jo gimió porque no estaba lista para hacerlo. Trepó hacia él y volvió a tirarlo al colchón.

—¿Qué tiene la civilización que sea mejor que esto? —susurró entre besos.

—Una bañera, comida... —dijo mientras la respiración aumentaba debido a las caricias.

—Todo eso está sobrevalorado, amor.

—Bueno, entonces... —Le mordisqueó el labio inferior mientras le bajaba las manos.

Capítulo 12

Duncan cerró la puerta del refugio y volvió a colocar la llave en su lugar. Ya tenían la ropa seca, pero olía bastante a humo. Volvió a ponerse la mochila y luego miró a Jo.

—¿Nos vamos?

Jo había metido el pie con la ampolla en el calcetín que le quedaba dejando el otro pie descalzo en el zapato. Duncan le había prometido que no tendrían que ir muy lejos, ya que había llamado a Seamus por radio para que este fuera a recogerlos en coche. Jo asintió y miró atrás con nostalgia.

—Adiós, pequeño remanso de paz.

Duncan sonrió y le agarró la mano.

—Vamos. Seguro que Seamus ya nos está esperando. Además, estarán todos esperándote en el hotel.

Jo gimió.

—No quiero ni pensarlo. Marge me odia y estoy segura de que Tom me echará del hotel en cualquier momento.

—Venga ya. Seguro que Marge no te guarda ningún rencor y está deseando que llegues para que le eches una mano. Aunque también puedes pasar el fin de semana conmigo y con Nick. Luego iré a recogerlo a casa de Seamus para llevármelo a casa. ¿Qué te parece la idea?

—No puedo hacerle eso a Heidi. Acaba de llegar a Escocia y, en realidad, ha venido por mí. —Suspiró y continuó—. Qué torpe fui emparejándola con Tom, que acaba de darle calabazas. ¿Cómo se atreve? Ningún hombre ha dejado a Heidi. ¿A quién se le ocurre dejar a una mujer como ella?

Duncan sonrió.

—Ahora que lo mencionas. Mejor que invitarte a ti, tal vez debería traérmela a ella a casa un finde conmigo y con Nick.

Jo le dio un empujón.

—Yo cocino mejor que ella.

Duncan la atrajo hacia él y le dio un último beso sabiendo que, cuando doblaran la próxima curva, Seamus los estaría esperando.

—Y también besas muy bien —bromeó—. Puede que al final te quedes tú en casa.

Cuando doblaron la curva, se encontraron con Seamus de pie delante del coche.

—Ahí estáis —los saludó.

—Perdona el retraso, Seamus. —Duncan puso la mochila en el maletero y luego le dio una palmadita en la espalda a su tío a modo de saludo—. Ya sabes cómo son las mujeres. Tardan demasiado cuando se meten en el baño.

Los dos se rieron.

—Ja, ja, muy gracioso.

Jo se subió al asiento trasero. Estuvo muy callada durante el trayecto mientras Duncan y Seamus tenían una charla muy animada. Estaba muy nerviosa porque estaba a punto de reencontrarse con Marge. Puede que Marge las echara del hotel a ella y a Heidi. ¿Qué iban a hacer? Le encantó trabajar en aquel pequeño hotel. Sí, era cierto que podía quedarse a vivir con Duncan unos días, pero se acababan de enamorar como quien dice, así que no sabía cuánto duraría su relación. También tenía a Heidi bajo su responsabilidad porque había ido a Escocia por ella. Tenía que buscarle una solución a ella también. Puede que lo mejor fuera que ambas volvieran a Suiza, aunque se dejaran sus corazones atrás. Llegaron a la casa de Seamus más rápido de lo que hubiera querido.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó Duncan cuando salieron.

—No, no. Esto es un asunto entre Marge y yo.

Seamus, que no sabía nada sobre la discusión que había tenido con Marge, la miró un poco confundido. Sabía que el rescate del Brambleberry Cottage no había funcionado, pero pensaba que era Tom el que estaba molesto con ella.

—Ya sabes que puedes quedarte con nosotros cuando quieras. —La atrajo hacia él y la abrazó por un momento—. Llámame cuando lo hayas solucionado. Te espero con Nick en casa de Seamus.

—Vale. —Jo se apartó de él a regañadientes y caminó por el sendero rocoso que había delante de ella.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó Seamus con una sonrisa. Parecía que la discusión con Marge no era lo único que se había perdido. Pero Duncan solo sonrió y cogió la mochila para meterla en su coche.

—No te vayas y me dejes aquí así, niño.

—Un caballero calla y disfruta —dijo Duncan con un guiño.

Cuando Jo iba caminando por la propiedad en dirección al hotel, Heidi abrió la puerta de la terraza y salió corriendo hacia ella.

—Dios mío. Estaba tan preocupada. ¿Estás bien?

Jo sonrió y abrazó a su amiga.

—Lo siento. No quería huir. Solo fui a despejarme un poco y, de repente, me perdí. Soy una imbécil. ¿Marge sigue enfadada conmigo?

—No. Se estaba culpando más a sí misma. Entra. Te voy a preparar un poco de té.

Jo sostuvo a su amiga por el brazo.

—¿Y tú? ¿No estás enfadada conmigo? La he cagado con lo de Tom.

Heidi sonrió con picardía.

—¿Que la has cagado? No, Jo. Estaba enfadado, pero al final entendió que mis sentimientos por él eran reales y que no podía luchar contra ellos.

—Entonces, ¿ahora mismo estáis juntos?

Heidi dijo con una sonrisa de oreja a oreja:

—No es solo eso. La semana que viene me voy con él a Londres a unas reuniones que tiene.

Jo chilló y abrazó a Heidi de felicidad. En el tumulto, ni siquiera se había dado cuenta de que Tom y Marge también habían salido a la terraza.

—Espero que no te importe que te robe a tu amiga, pero, después de todo, tienes parte de la culpa de que necesite un poco de ayuda —dijo Tom cojeando hacia ellas.

—Vamos a ver. Ni Heidi ni yo te echamos el *whisky* en la garganta. No podemos hacernos responsables de todo. —Cuando vio que frunció el ceño, continuó rápidamente—: Claro que no me importa que Heidi se vaya contigo. ¿Cómo me iba a importar?

«Ya no tendré que preocuparme por Heidi», pensó aliviada. Jo se acercó a Marge, que estaba en muletas en el patio con lágrimas en los ojos.

—Marge, voy a recoger todas mis cosas de inmediato. No tendrás que aguantarme más aquí. Solo quería volver a decirte que no sabes cuánto lo siento. No quería que...

Marge dejó caer las muletas y abrazó con fuerza a Jo sollozando.

—Lo siento, hija. Has hecho tantas cosas por mí. Si te hubiera pasado algo, no me lo habría perdonado. Me afectó tanto a mi orgullo que...

—No pensé en eso cuando fui a pedir ayuda a los demás para que no perdieras tu casa. Fui una desconsiderada. Es imperdonable que vayas a perder el hotel por mi culpa, de verdad. No era mi intención.

Jo también empezó a llorar, pero Marge la detuvo sonriendo.

—No voy a perder el hotel.

Jo miró confundida a Marge y a Tom.

—Pero si dijiste que...

—Sí, estaba enfadado —admitió Tom—. Pero tiene razón. No voy a cerrar una joya como esta. Marge, por supuesto, seguirá viviendo aquí y siendo la encargada, aunque contará con la ayuda de alguien que hará que nos adaptemos a los tiempos modernos.

Marge agarró a Jo de la mano.

—Hemos pensado en ti. ¿Seguirías encargándote de la cocina y me ayudarías a actualizar el hotel por un sueldo decente?

—Tendrás a dos ayudantes y Heidi llevará la contabilidad. Tiene un gran talento para los números —agregó Tom orgulloso.

—¿Qué te parece? —preguntó Marge.

Jo primero tuvo que sentarse en los escalones del patio.

—Vaya. Han cambiado muchas cosas aquí. ¿Cuánto tiempo he estado fuera? ¿Un mes?

Heidi se puso en cuclillas frente a ella.

—¿Qué te parece? Este siempre ha sido tu sueño.

Jo volvió a mirar a Marge.

—¿De verdad te gustaría que fuera así? No quiero imponerme ni quitarte nada.

—Lo sé, querida. Me avergüenza haberte gritado así, pero me quedé

impactada al ver que todo el pueblo sabía que había cometido una estupidez.

—No hiciste ninguna estupidez. Simplemente estabas luchando por tu hogar. Yo habría hecho lo mismo que tú.

Marge soltó una carcajada.

—Seguro que lo habrías hecho mejor que yo. Tengo muchas ganas de que le devolvamos el brillo a este hotel.

—Vale. Pues acepto la oferta.

Heidi gritó aplaudiendo.

—Traed champán.

—Antes de celebrarlo, me gustaría darme una ducha. Tengo que quitarme una montaña entera de tierra de encima.

—Sí, claro. Y seguro que también tendrás hambre.

Jo suspiró con deleite mientras se duchaba. Parecía ser que la civilización sí que tenía sus ventajas. Envuelta en una toalla de baño, se colocó un nuevo apósito en la ampolla, que ya tenía mejor pinta. Mientras iba tarareando mentalmente, se puso el único vestido de verano que había traído de Suiza y se roció con su perfume favorito antes de salir de la habitación una hora después. Siguió las risas en la terraza para reunirse no solo con Heidi, Tom y Marge sentados afuera, sino también con Nick, Seamus y Duncan.

—Bien, ya estamos todos. —Heidi le dio a Tom el champán y las copas.

Nick corrió a su encuentro y la envolvió con sus brazos para abrazarla.

—Me alegro de que Bandit y papá te hayan encontrado.

Jo le devolvió el abrazo y luego le revolvió el pelo.

—Yo también, pero me alegro aún más de que ya no tengas fiebre y puedas correr de nuevo.

Cuando levantó la vista, lo primero que vio fueron los ojos de Duncan. Vio tanto amor en él que le dio un vuelco el corazón.

Heidi pasó las copas y Nick también cogió una, aunque llena de limonada. Todos se levantaron en el momento del brindis y Tom se aclaró la garganta.

—Brindemos porque todos estamos sanos y salvos, por hacer que el Brambleberry Cottage vuelva a ser lo que era y por la amistad. —Luego, le guiñó un ojo a Heidi y agregó—: Y, por supuesto, por el amor.

Se oyó una risita y todos brindaron con las copas.

—Deberías ponerte vestidos más a menudo, Jo. Te quedan muy bien —le susurró Duncan en voz baja provocando que le brillaran las mejillas.

—Jo, ¿me ayudas a sacar la comida? —preguntó Heidi.

Cuando llegaron a la cocina, Heidi se volvió hacia ella.

—¿Me vas a contar qué ha pasado entre Duncan y tú allí arriba en la montaña?

—¿A qué te refieres?

—No te hagas la tonta, Jo. Duncan no quería volverte a ver más y miraos ahora. Hasta un ciego se daría cuenta de que estáis totalmente enamorados el uno del otro.

Jo se sonrojó aún más. Heidi se rio y la abrazó con fuerza.

—¿Ha sido bonito?

—No tengo palabras. Habría preferido no haber bajado de la montaña. Hasta me ha preguntado si quería pasar unos días con Nick y con él. ¿Te importaría?

Heidi sonrió.

—Pues claro que no. El martes me voy a Londres con Tom, pero diviértete hasta entonces. No tenemos ninguna reserva para la semana que viene y Marge está ya recuperada para poder valerse por sí misma, así que disfruta de estos días, que te los tienes bien merecidos.

Comieron, bebieron, rieron y charlaron hasta bien entrada la noche. Fue la primera noche que se podían quedar hasta tarde. Nick fue a por el equipo de música y puso algunos casetes viejos. Le encantaba bailar al ritmo de la música de los ochenta. Cuando sonó una canción de *rock*, Heidi y Jo no lo pudieron evitar y los tres bailaron sin parar hasta quedarse sin aliento. Luego, sonó una canción lenta y Heidi le dirigió una sonrisa burlona antes de comenzar a bailar con un risueño Nick. Jo se giró para volver a su sitio mientras se reía cuando se tropezó con Duncan, que se encontraba detrás de ella. Sin decir una sola palabra, la atrajo hacia él y comenzó a moverse al ritmo de la música. Al sentir sus cálidas manos en la espalda, suspiró y apoyó la cabeza en su pecho. Rebosaba felicidad.

Hacia las nueve y media de la noche, Nick se había quedado dormido en el banco del jardín.

—Creo que es hora de llevarse al peque a casa. ¿Te vienes con nosotros? —preguntó Duncan.

—Sí, espera, voy a por mis cosas.

Se despidió del resto y cogió una bolsita en la que había guardado lo esencial. Acordó con Tom que se verían el martes antes de que se fuera a Londres para firmar el contrato.

Cuando se sentó en el coche de Duncan, este la vio sonriendo en silencio y le preguntó:

—¿Feliz?

—Sí —le salió del corazón.

Pasó tres días maravillosos con los dos antes de tener que regresar al hotel. Tom ya había puesto en marcha un par de cosas para que

las innovaciones pudieran avanzar. Al final de la semana, tendrían un ordenador con internet. Luego publicó un anuncio para el servicio de limpieza que tanto Marge como Jo elegirían juntas, y otro anuncio que enfatizaba la buena comida y las acogedoras habitaciones del hotel. También había pedido ventanas nuevas porque las viejas no eran herméticas y se perdía demasiado calor en invierno.

—Heidi y yo estaremos en Londres buscando muebles nuevos para las habitaciones —informó a Marge y a Jo—. Cuando lo tengamos todo nuevo, contrataremos a un fotógrafo para que haga fotos de las habitaciones y podamos subirlas a internet.

—Ya veréis —dijo Heidi—. Ya tenemos las primeras reservas para otoño gracias a la nueva web. Parece que esto mejora.

Marge sonrió contenta. Sí, estaba mejorando, pero eso era lo que pasaba cuando tenías dinero. Podías invertirlo para mejorar la situación. El Brambleberry Cottage ya no sería lo que era, pero puede que eso fuera una buena noticia. Volvería a estar repleto de gente, de sueños, de carcajadas.

Tom y Heidi se fueron a Londres por la tarde, dejando las riendas del hotel a Marge y a Jo. La semana fue turbulenta y había tanto que hacer que Jo no tuvo tiempo para ver a Duncan, aunque él también estaba bastante ocupado en el jardín, ya que habían llegado nuevos becarios y tenía que formarlos. Sin embargo, el viernes por la noche sacó un hueco para pararse en la puerta de la cocina del hotel y abrazar con fuerza a una sonriente Jo, quien estaba preparando un menú para algunos clientes que habían leído el anuncio en la tienda del pueblo y habían ido a disfrutar de su cocina en una noche de verano.

—Parece que se está corriendo la voz sobre la excelente cocina del Brambleberry Cottage —dijo, refiriéndose a los coches aparcados en el estacionamiento.

—Sí, parece que no fue tan mala idea traer a medio pueblo aquí a comer mientras tratábamos de engañar a Tom. ¿Quieres que os prepare la cena a Nick y a ti?

—Claro. Parece que mi papel de padre soltero y jardinero trabajador que quiere dar pena está funcionando.

—No creas que va a ser siempre así, pero, mientras Nick esté aquí, me aseguraré de que coma en condiciones.

—Qué mala eres. —Duncan la siguió de vuelta a la cocina y vio cómo le sacaba unas costillas con patatas salteadas y judías verdes envueltas en bacón—. Me buscaré otra excusa para que sigas haciéndome de comer.

Le colocó las manos alrededor de la cintura y la atrajo hacia él. Pero antes de que pudiera besarla, ella le puso la cuchara de madera en la boca.

—Eso no le funcionará, señor Scarman.

Él la soltó, sonriendo como un adolescente.

—Había que intentarlo. ¿El finde lo tienes libre?

—Sí, no tenemos ninguna reserva. La tranquilidad no se acaba hasta la semana que viene.

—Podrías venir a acompañarme. Tengo que llevar a Nick a casa de sus abuelos. Así podemos pasar un finde junto al mar. El domingo por la noche volvemos, recogemos a Nick y lo llevamos de vuelta al internado. Parece que ya se ha acabado la epidemia de sarampión y lo han reabierto

¡Un fin de semana con Duncan junto al mar! El mero hecho de pensarlo ya hizo que sonriera.

—¿Puedo tomarme esa sonrisa como un «sí»?

—Así es. ¿A qué hora quedamos?

—¿A las nueve?

Se pasó el resto de la noche como si estuviera flotando. ¡Un fin de semana entero con Duncan junto al mar! Largos paseos por la playa, ver las gaviotas volando y escuchar sus graznidos, acostarse en los

brazos de Duncan y disfrutar de su compañía. ¿Había algo más bonito que eso?

El viaje a Inglaterra para visitar a los abuelos de Nick les llevó casi tres horas, pero se detuvieron a mitad de camino al ver un gran lago. A primera hora de la tarde, condujeron por un largo camino rodeado por robles y se pararon frente a una lujosa mansión. El jardín estaba diseñado de una forma bastante formal y precisa.

—No es tuyo, ¿verdad? —le susurró Jo a Duncan.

—Claro que no —susurró él sonriendo. El mayordomo abrió la puerta—. Hola, Gustav —lo saludó Nick antes de pasar corriendo hacia dentro.

—Adelante, por favor. Los señores los están esperando en el salón, señor Scarman.

—Gracias, Gustav.

Jo se sintió muy incómoda en aquella situación, además de un poco intimidada. Siguió a Duncan por aquella casa que le parecía un museo. Por todas partes había cuadros de hombres y mujeres en poses rígidas que seguramente llevaban muertos mucho tiempo. Los ostentosos muebles también eran antiguos, aunque no tenían una gota de polvo. Gustav entró con la columna totalmente erguida en el salón, donde una señora ligeramente canosa con un traje azul oscuro y un anciano con traje y corbata estaban sentados tomando el té. Nick estaba de pie junto a su abuelo, ya con una galleta en la mano. Duncan los saludó a ambos formalmente, sin abrazos ni besos en la mejilla. Luego, les presentó a Josephine Müller. Jo estuvo a punto de tenderle la mano a la señora Thornton, pero Duncan se anticipó para detenerla. Solo le dejó que asintiera a modo de saludo.

—Nicholas, sube las escaleras y ponte la ropa de montar. Iremos directos a la cuadra luego. He contratado a un nuevo profesor de equitación.

—Vale, abuelo. —Nick cogió otra galleta y salió corriendo de allí.

—Sentaos. Gustav os traerá ahora un poco de té —instruyó Katherine Thornton.

—En realidad, nos íbamos ya —dijo Duncan.

—Siempre hay tiempo para un té, querido —dijo Katherine con firmeza. Jo casi sonrió ante la forma en que le hablaba, pero pudo controlarse—. Tengo que hablar contigo sobre una cosa —continuó Katherine.

Gustav llegó con las tazas de té y las colocó en la mesa del salón. Jo se sentó en una silla después de que el mayordomo le hubiera servido el té. ¿Cómo podía Nick sentirse cómodo en una atmósfera tan formal?, se preguntó.

—¿De qué se trata? —preguntó Duncan con cautela.

—Te he conseguido un trabajo. Una amiga mía quiere un jardín al estilo Scarman y le he dicho que te pondrías en contacto con ella.

—Sabes que ya no acepto trabajos, Katherine. Ya estoy bastante ocupado en el hotel durante esta época del año.

—*Lady* Ashcroft es una persona muy influyente. Aumentaría tu reputación.

—¿*Lady* Ashcroft? Vive en Devon. No pienso encargarme de su jardín. Como ya sabes, tengo un hijo...

—... que va a un internado. Se puede quedar los fines de semana con nosotros mientras tú estés allí.

—Ni lo pienses.

—Duncan, el jardín de *lady* Ashcroft no es tan grande y ya le he prometido que te encargarás tú.

—Ese no es mi problema, Katherine. No me voy a separar de Nick —afirmó antes de golpear el platillo con la taza.

—Yo también puedo hacerme cargo de Nick mientras estés fuera —sugirió Jo para intentar apaciguar.

—¡No te metas en esto, por favor! Es un asunto familiar —espetó Katherine sin ninguna delicadeza.

Duncan se levantó exasperado.

—¡No seas tan grosera, Katherine! O paras inmediatamente o...

En ese momento, Nick volvió al salón. Jo pensó que estaba precioso con el traje de montar. Nick miró preocupado a su padre y a su abuela, pero Jo se levantó rápido y fue hacia él.

—Qué guapo estás. ¿Me enseñas tu caballo mientras papá y la abuela terminan de aclarar una cosa?

—Vale —le agarró la mano y la llevó fuera de la casa—. Siempre se están peleando —le dijo serio por el camino.

—Bueno, puede que sea así, pero eso no es problema tuyo.

—Lo es, porque la mayoría de las veces es por culpa mía.

Se puso de cuclillas frente a él.

—¿Por qué piensas eso?

—Siempre que me acerco se quedan en silencio, pero se lo noto en la mirada.

—Creo que lo hacen porque te quieren tanto que no quieren discutir delante de ti. ¿Te lo pasas bien aquí?

—A veces más, a veces menos. Prefiero estar con papá, pero sé que, si no me quedo aquí el fin de semana, intentarán alejarme de papá otra vez y no quiero que pase eso. Pero aquí puedo montar a caballo y eso me gusta mucho —dijo sonriendo—. Aunque prefiero montar en vaqueros que con esta ropa tan ridícula.

Jo se rio y le dio un abrazo. No se había dado cuenta de que alguien los observaba desde casa. Katherine los miraba por la ventana con desaprobación.

—¿De dónde has sacado a esta mujer con ese acento tan horrible?

Duncan caminó hacia ella y vio a su hijo agarrando a Jo.

—Esta mujer tiene un nombre, así que deberías tener un poco de educación y utilizarlo. Jo es suiza y puede que no hable un inglés perfecto, pero tiene más corazón y bondad de la que te puedas imaginar. Bueno, no sé por qué te digo esto si tú no sabes ni lo que es eso.

—Dijo el hombre que mató a mi hija porque la dejó sola con su hijo.

—¡Katherine! —intervino su marido.

—No pasa nada, William. Sé que es lo que pensáis. —Tras decir aquello, salió del salón y fue a ver a Nick y a Jo.

Mientras tanto, estos ya habían llegado al establo. Nick fue directo a un box concreto, donde un enorme caballo negro asomó la cabeza con curiosidad.

—Este es Vesubio. —Jo notó que Nick lo decía con orgullo. La verdad es que esperaba que montara un poni, no un caballo tan grande.

—Es un frisón. Es muy simpático. —Le ofreció una manzana que había cogido de la canasta de la entrada. El caballo cogió la manzana con mucho cuidado—. Acarícialo si quieres, Josy.

—Vale. —Jo frotó con suavidad las fosas nasales de aquel grandullón tan gentil. Cuando resopló, Jo se asustó, lo que provocó la risa de Nick.

—¿De verdad montas a un caballo tan grande? —preguntó incrédula, provocando que Nick se riera aún más.

—Los grandes suelen ser mucho más tranquilos y acogedores que los pequeños. Eso es lo que me dijo mi abuelo.

—¿Y cómo te subes ahí arriba?

—Afuera hay una escalera por la que me puedo subir encima de él, pero hay veces que es mi abuelo quien me sube directamente. De

todas formas, no puedo salir a montar sin él.

Duncan se unió a la conversación.

—Y hace bien en acompañarte, Nick. Aunque Vesubio es un amor. —Le acarició el cuello con cariño—. Jo y yo nos vamos. Vendremos a recogerte a la hora de siempre, ¿vale?

Nick abrazó con fuerza a su padre.

—Vale.

William estaba fuera junto al establo cuando Duncan y Jo salieron.

—Duncan, tengo que disculparme por el comportamiento de Katherine. Ha reaccionado así porque es muy importante para ella hacerle ese favor a su amiga. ¿Puedes pensártelo al menos?

Duncan estuvo a punto de decir que no, pero sintió que Jo le apretaba la mano suavemente y supo lo que estaba tratando de decirle.

—Vale, me lo voy a pensar, pero no te prometo nada.

El anciano asintió.

—Menos es nada. Ahora voy a ocuparme del pequeño jinete que tenemos ahí dentro. —Pasó junto a ellos sin despedirse.

La pareja pasó un rato en silencio durante el viaje, pero Jo notaba la tensión en el rostro de Duncan.

—Para un momento —le pidió de repente mientras iban por un camino rural.

—No puedes orinar aquí —dijo.

—No voy a hacerlo. Solo quiero que me dé el aire.

Duncan aparcó el Land Rover justo en el arcén y ambos salieron del coche. Jo se acercó a Duncan y lo atrajo hacia ella. Sintió que la tensión en sus brazos se aliviaba poco a poco.

—Lo siento. No debí haberte metido en esto. La forma en que Katherine se ha dirigido a ti es inadmisible.

—¡Chsss! Tranquilo. No me lo he tomado como algo personal. Solo quiero que te des cuenta de que vuestra tensa relación no le hace nada bien a Nick. Cree que os peleáis por su culpa.

—¿Te ha contado eso?

—Más o menos.

Duncan la abrazó con más fuerza y cerró los ojos.

—Yo soy un idiota, pero esta mujer me va a volver loco.

—Por el bien de Nick deberíais encontrar la manera de no pelearos continuamente, y puede que el jardín de *lady* Ashcroft sea un comienzo.

—Sé que tienes razón, pero no me gusta nada la idea.

—Está claro, pero también sabes que Seamus y yo estaremos ahí para cuidar de Nick e incluso podríamos ir a visitarte a Devon algún fin de semana. Seguro que a Nick le encantaría. No tiene por qué pasar días de más con sus abuelos si ninguno de los dos queréis.

Duncan le levantó la barbilla y miró fijamente a sus profundos ojos verdes.

—Eres demasiado buena. No te merezco, pero tampoco permitiré que te escapes.

Jo sintió un escalofrío de felicidad. A continuación, le agarró la cara y lo besó con todo el amor que llevaba guardado dentro.

Más tarde, Duncan la llevó a un pequeño hotel junto al mar, en el que solía quedarse después de dejar a Nick en casa de sus abuelos. En aquella joya podía apartarse del ruido de la vida cotidiana. Solo tenía siete habitaciones y se encontraba muy por encima de los acantilados. Un sendero angosto conducía a una cala de arena por la que se podía pasear durante horas. La propietaria conocía bien a Duncan y parecía muy contenta de volver a verlo. Después de que le presentara a Jo, ella le estrechó mano y luego le guiñó un ojo a Duncan.

—Me alegra que vengas acompañado, Duncan.

Luego, les entregó las llaves de la habitación en la que siempre se hospedaba cuando iba allí. Jo se quedó sin palabras cuando salió al pequeño balcón. Las vistas eran espectaculares y el aire olía a mar de una forma increíble. Duncan se colocó detrás de ella y la abrazó.

—Es bonito, ¿verdad?

—Bonito se queda corto. Yo diría increíble, único, impresionante. No me canso de verlo.

Duncan comenzó a acariciarle el cuello con los labios.

—Es una pena, porque las vistas desde la cama son espectaculares.

Ella se rio y dejó que la llevara de vuelta a la habitación. La ropa voló y poco después se dio cuenta de que Duncan no la había mentido. Las vistas desde la cama eran un puro espectáculo. Tras varias horas, Jo suspiró y se inclinó sobre su pecho.

—Espléndido. Son más de las cinco de la tarde y estamos en la cama. ¿Por qué somos tan traviesos?

—Puedo volver a convertirte en una mujer respetable vistiéndome y llevándote a la playa a dar un paseo. ¿Qué te parece la idea?

—No sé si voy a poder levantarme. Mis músculos y huesos tratan de recordar cómo se llaman y adónde pertenecen.

—Te puedo echar una mano si quieres. —Sin previo aviso, comenzó a hacerle cosquillas, haciendo que saltara de la cama con un grito y le tirara la almohada—. Esto no vale, señor Scarman.

Se rio y luego se puso de pie. Se le escapó un suspiro mientras lo miraba. Él la miró sonriendo.

—No soy un juguete erótico, señora Müller.

—Yo no estoy tan segura de eso —bromeó ella. Con un solo movimiento, Duncan la empujó hacia la ducha. Cuando llegaron a la playa, el sol ya se estaba poniendo y se sentaron en una roca para ver el anochecer.

—Será mejor que pospongamos el paseo a mañana.

Jo asintió.

—Gracias, Duncan, por traerme aquí. No recuerdo la última vez que me sentí tan en paz, tan libre, tan feliz. —Se acurrucó en los brazos de Duncan y no solo porque tuviera frío.

—Lo mismo digo. Venga, vamos a cenar algo.

En la mesa hablaron en voz baja. Tenían tanto que aprender el uno del otro que no se les acababan los temas de conversación. Hablaron sobre su infancia, sobre dónde crecieron y sobre anécdotas divertidas de sus trabajos y cómo veía cada uno la vida. Al final de la conversación, Duncan la miró con calma.

—Dime, ¿has estado con muchos hombres antes que conmigo?

Jo casi se atragantó con el vino.

—Disculpa. ¿Qué?

—Bueno, yo te he hablado de mi esposa, pero no sé nada sobre ti.

—Tampoco es que haya mucho que contar. Ha sido más trágica que llena de acontecimientos —sonrió un poco—. Los hombres nunca me han hecho mucho caso. No sé muy bien por qué. Siempre he elegido a las personas equivocadas y me he enamorado de ellas. La mayoría eran hombres a los que no les importaba en absoluto. Una vez incluso me enamoré de un chico al que le gustaban más los hombres que las mujeres. Como soy tan ingenua, ni lo había notado. Cuando sintió que estaba enamorada de él, fue cuando me lo contó. —Se sonrojó al pensar en aquel momento tan incómodo—. Pero la gota que colmó el vaso fue el último: Markus. Cuando se enamoró de mí, supongo que me alegré tanto de haber encontrado a alguien finalmente que bajé la guardia ante sus defectos.

Duncan sacudió la cabeza con incredulidad.

—No me lo puedo creer, de verdad. Eres una mujer tan segura, tan adorable y guapa. Los suizos son un poco imbéciles. Mejor para mí.

Jo tragó saliva. Le había hecho el cumplido con tanta naturalidad y con tal convicción que pareció decirlo de corazón. Entonces, dijo con suavidad:

—No te sientas obligado a decir eso, Duncan...

Él la agarró de la mano y la besó.

—Josy, nadie me obliga a decir eso, pero es la realidad. Ahora quiero saber cuáles eran los defectos de tu ex. Suena bastante entretenido —dijo para volver a un terreno más seguro.

—Estuvimos juntos diez años. Mucho tiempo para dejar pasar muchas cosas. Al principio fue un tipo decente y a los dos o tres años nos mudamos juntos. Luego, hace dos años, se quedó sin trabajo. Siempre pensé que debía de ser complicado encontrar trabajo de lo suyo.

—¿A qué se dedicaba? —preguntó Duncan con interés.

—Trabajaba de escenógrafo en un canal de televisión, y no es que haya muchos canales en Suiza. Podía trabajar de decorador

también, pero siempre me decía que lo habían rechazado en muchos sitios. Entonces, era yo la que mantenía la casa, pero, el día que me despidieron de mi trabajo, llegué a casa más temprano de lo normal y lo pillé acostándose con la vecina...

—Qué idiota —espetó Duncan—. Eso te tuvo que doler.

Para su sorpresa, las comisuras de los labios de Jo se levantaron y pareció estar reprimiendo una sonrisa.

—Al principio sí, pero deberías haber visto la escena. Estaban jugando a juegos sadomasoquistas y Susi estaba sentada sobre él con un disfraz ridículo y con una fusta.

Duncan casi se atragantó con el vino.

—¿Eso pasó de verdad?

Ella le dirigió una mirada de complicidad y asintió.

—En realidad, me vino bien que sucediera aquello porque pude abrir los ojos al fin. Lo único que me dio pena fue el marido de Susi, quien supongo que no sabía nada de todo esto. Debería haberme dado cuenta antes de que me estaba utilizando, pero me había acomodado demasiado en la relación. Lo que hice fue coger mis cosas e irme a casa de mis padres. Fue vergonzoso. Casi cuarenta años y volví corriendo a casa de mi mamá.

Él la miró serio.

—Yo no pienso así, Josy. La familia siempre está ahí para apoyarse, sin importar la edad que tengas. ¿Y qué pasó después?

—Encontré por casualidad un artículo sobre tu jardín en una revista de jardinería, pero tuve la mala suerte de derramar un poco de café, lo que hizo que parte del anuncio no se pudiera leer bien. Solo leí que ofrecían un año de prácticas y me di cuenta de que era mi oportunidad. No tenía trabajo ni novio, es decir, nada de compromisos. Podía hacer algo atrevido por fin en mi vida.

Él sonrió.

—No sabes cuánto me alegro de que al destino, o al azar, no le guste el café.

A la mañana siguiente, un rayo de sol despertó a Jo. Al principio, ni siquiera sabía dónde estaba. Solo recordó que estaban en el hotel cuando oyó el graznido de una gaviota y el sonido del mar entrando por una ventana abierta. Se volvió y miró el rostro dormido de Duncan. Quería soltar un suspiro de felicidad. Entonces, Duncan abrió los ojos un poco somnoliento y allí estaba de nuevo, aquel mar oscuro y profundo que tenía por ojos en el que a Jo le encantaba sumergirse.

—Buenos días —murmuró atrayéndola de forma perezosa hacia él. Empezó a mordisquearle el cuello con deleite e inhaló con fuerza su olor. Ella le pasó las manos por el cabello y él sintió su suave suspiro contra su garganta incluso antes de que saliera de su boca. Sus labios se arrastraron más abajo, dejando un rastro caliente entre sus pechos hasta su estómago. De repente, le gruñó tan fuerte que Duncan la miró y se rio.

—Parece que alguien tiene hambre.

—Ignóralo sin más —dijo ella. Sus manos vagaron por su cuerpo para evadirse de todo, pero la atrapó y la miró sonriendo—. Cariño, incluso los ángeles necesitan comer para volar. Venga, vamos a darnos una ducha ecológica y bajamos.

—¿Una ducha ecológica? ¿Eso qué es?

Él se rio y la sacó de la cama para llevarla a la ducha.

En teoría, si todo el mundo se ducha de forma individual, se gasta más agua, pero al ducharse juntos acabarían tardando más tiempo. Jo se atrevió a dudar si eso era de verdad una ducha ecológica.

Después de un abundante desayuno, caminaron por la hermosa playa de arena.

—Dime —dijo Duncan de repente—, ¿de verdad tienes que vivir en el hotel por tu trabajo? ¿No puedes venirte a vivir con Nick y conmigo?

Jo se detuvo y lo miró asombrada.

—¿Lo dices en serio? ¿No estamos yendo un poco rápido?

Con una sonrisa, Duncan le apartó un mechón de pelo de la cara, aunque el viento lo apartó de inmediato.

—Sé lo que quiero, Josy. No tengo que esperar mucho ni darle vueltas. Nick te adora y yo quiero que estemos igual que aquí. Quiero dormir contigo, despertarme contigo, quererte lo máximo posible, hablar contigo, reír, disfrutar. Te quiero a ti.

Jo parpadeó para quitarse las lágrimas de emoción y le tiró de la cabeza para besarlo de forma apasionada.

—¿Eso es un sí? —preguntó Duncan sin aliento cuando lo soltó.

—Sí, pero no de inmediato. Heidi y Tom aún no han vuelto de Londres y Marge estará sola de nuevo porque no hemos contratado a ninguna sirvienta todavía. No está en forma del todo como para dejarla sola.

—Lo entiendo, pero, en cuanto se recupere, te mudas al apartamento de los machotes.

Ella se rio.

—Si crees que voy a ir detrás de vosotros limpiando y cocinando, estás muy equivocado.

—Yo nunca te pediría eso —dijo indignado—. Me conformo con que hagas la compra, las camas, la plancha...

Consiguió escapar de los puñetazos que Jo le lanzó por la indignación y ella lo persiguió riéndose. Cuando recogieron a Nick de casa de sus abuelos aquella tarde, Duncan le dijo a Katherine que se haría cargo del jardín de su amiga, pero que no lo haría hasta finales de otoño, cuando tuviera más tiempo.

—Me alegra oír eso, Duncan. Como ya te he dicho, te vendrá muy bien. Por supuesto, Nicholas puede quedarse con nosotros los fines de semana.

—Ya veremos cuando llegue el momento. Por cierto, dale las gracias a Jo. Ha sido ella quien me ha convencido para que aceptara el trabajo.

Katherine miró a Jo con menosprecio.

—Ah, ¿sí? ¿Fue ella?

Jo apartó la mirada avergonzada. La mujer no le caía nada bien. Por supuesto, Katherine no soltó ni una sola palabra de agradecimiento por sus finos labios, pero de todas formas Jo lo había hecho por Nick y Duncan, no por aquella vieja arrogante y autoritaria.

Ya en el coche, Nick les contó con entusiasmo que había mejorado montando a caballo.

—El abuelo me ha dicho que, si sigo así, podría estar compitiendo en torneos el año que viene.

—Vaya. Sí que se te tiene que dar bien —comentó Jo con admiración, volviéndose hacia él con una sonrisa—. ¿No te da miedo caerte?

—No. Vesubio tiene mucho cuidado conmigo. Es el mejor caballo del mundo mundial.

—Seguro que sí, sonrió Jo.

—¿Y vosotros qué habéis hecho? —preguntó Nick con curiosidad.

—Hemos estado holgazaneando, esperando que pasara este finde tan aburrido sin ti.

Duncan la miró de reojo y reprimió una carcajada.

—¿En serio? Eso no suena muy divertido.

—Así es. Ha sido horrible. Tu padre me ha tenido muerta de hambre y caminando horas y horas por la playa.

—Es mentira, Nick.

Se rieron y bromearon hasta que llegaron al internado. Jo primero se despidió de Nick y luego se quedó observándolos a ambos. Le dolía ver a Nick despidiéndose de su padre y entrando en el colegio. Duncan permaneció bastante callado durante el resto del viaje.

—Una vez me dijo que le gustaba el colegio —dijo Jo para tratar de animarlo.

Duncan asintió.

—Es un buen colegio; está dirigido a niños con problemas de aprendizaje. Aun así, daría lo que fuera por que pudiera vivir conmigo en lugar de en este internado. Siento que estamos perdiendo mucho tiempo juntos.

Jo le acarició el brazo con simpatía.

—Pero por ahora es lo mejor para él.

El hotel tuvo un buen arranque gracias a los anuncios y el nuevo sitio web. Gracias a las dos chicas del pueblo que contrataron de sirvientas, Jo pudo concentrarse más en la cocina. Le encantaba poder confeccionar menús nuevos sin que nadie le dijera qué hacer, aunque tenía que controlar los gastos, cosa que ella ya sabía hacer. Dos semanas después, Tom y Heidi regresaron de Londres. Heidi se maravilló con los nuevos ordenadores, mientras que Tom estaba más interesado en las nuevas ventanas. Todavía caminaba con muletas, pero ya le habían cambiado la férula, aunque tenía que seguir con ella una o dos semanas más. Marge, por otro lado, estaba mucho mejor y pudo dejar de usar las muletas por completo y volver a realizar tareas más simples. Ver como el hotel volvía a tener vida pareció darle un verdadero chute de energía. Tanto ella como Tom fueron al despacho para que pudiera informarlo de lo que había pasado en las tres semanas anteriores. Mientras tanto, Heidi y Jo se sentaron en el jardín con una copa de cava.

Jo suspiró feliz.

—¿Quién nos iba a decir que ambas estaríamos aquí sentadas con trabajos nuevos y enamoradas?

Heidi sonrió.

—Bueno, Tom es genial, pero no sé qué va a pasar entre nosotros.

—¿A qué te refieres? ¿No te lo has pasado bien en Londres?

—Sí, pero no sé qué significo realmente para él. Puede que solo me vea como una simple aventura antes de volver a Estados Unidos. No sé. —Heidi cogió la copa y tomó un sorbo largo.

—¿Has visto cómo te mira? No creo.

—Pasado mañana se vuelve a casa y no me ha dicho absolutamente nada sobre lo nuestro ni si quiere que me vaya con él. No sé si una relación a tanta distancia funcionará.

—Tienes que hablar con él, Heidi. Dile lo que significa para ti. A los hombres les cuesta más darse cuenta de estas cosas. Puede que no haya notado tus sentimientos.

—Pues si no lo ha notado...

—¿Estás dispuesta a arriesgarte a perder al hombre de tus sueños solo porque eres demasiado orgullosa?

—Cambiemos de tema. ¿Cómo van las cosas entre Duncan y tú? Te veo enamorada hasta las trancas.

Jo sonrió.

—Me ha pedido que me vaya a vivir con Nick y con él.

Heidi chilló.

—¿Cómo? ¿Y qué haces sentada aquí?

—Quería esperar a que volvierais o a que Marge se mejorara. Lo llamaré más tarde y le preguntaré si sigue pensando igual. Si me dice que sí, mañana me mudo con ellos.

—Me alegro mucho por ti. Cuando pienso en ese idiota de Markus... —Heidi puso los ojos en blanco y resopló para mostrar su disgusto

por el ex de Jo—. Duncan parece mucho más agradable.

Jo sonrió.

—No es que sea más agradable, sino que es mejor que él en muchos otros aspectos. Por Dios. Debo de haber estado muy desesperada para salir con un perdedor como Markus.

Se rieron en voz baja de las anécdotas con él hasta que Marge y Tom se unieron. Jo tuvo que ir a la cocina porque un grupo de huéspedes habían reservado para cenar esa noche, pero antes de todo llamó a Duncan.

—Hola —dijo reconociendo su número de inmediato en su móvil.

Su sola voz hizo que se le pusiera la piel de gallina.

—Hola, Duncan. ¿Estás ocupado?

—Muchísimo. Estoy ocupado imaginándote en mi cama esta noche haciéndote cosas muy malas.

Ella se rio.

—Esta noche no puedo, pero guarda esa idea para mañana. ¿Podrás recogerme del trabajo? Voy a llevar mucho equipaje.

—¿Eso significa que te vas a mudar conmigo?

—Me lo tengo que pensar —bromeó ella—. No, creo que prefiero mudarme con Nick.

Sonó un chillido por el altavoz y tuvo que apartárselo del oído.

—Heidi y Tom han vuelto y Marge ya está mejor. Eso significa que ya no me necesitan por aquí.

—Me alegro.

—Ah, ¿sí? No lo he oído bien. Entonces ¿vas a venir a recogerme mañana?

—Estaré puntual allí para recogerte, amor. Que sueñes conmigo.

—Qué engreído eres —sonrió.

Cuando los últimos huéspedes se marcharon y tras ayudar a Jo a limpiar la cocina, Heidi se fue a su habitación. Por primera vez en tres semanas volvía a estar sola. Fue una situación extraña. Podía irse con Tom, pero prefería acostumbrarse a ello, ya que pronto se marcharía. Acababa de cepillarse los dientes cuando llamaron con un toque suave a la puerta de su habitación.

Heidi abrió un poco la puerta y se encontró a Tom.

—¿Puedo pasar? —preguntó en voz baja. Heidi le abrió la puerta por completo para que pudiera entrar. Dejó las muletas apoyadas en la pared para tener más movilidad. A continuación, se volvió hacia ella para abrazarla, pero Heidi lo evitó y se fue hacia la ventana.

—Heidi, ¿qué te pasa? —preguntó en voz baja mientras cogía algo de detrás de ella—. Desde que te dije que volvía a Estados Unidos, has estado muy distante.

Ella siguió mirando por la ventana para evitar mirarlo tratando de contener las lágrimas.

—Heidi, contéstame. —La agarró del brazo y la giró para mirarla. Tragó saliva cuando vio que le brillaban los ojos—. No llores, por favor, no llores. —Aquello hizo que cayeran las primeras lágrimas. La atrajo hacia él y la abrazó mientras sentía que las lágrimas mojaban su camisa—. ¿No podrías darme una bofetada mejor? —preguntó. Luego, le acarició con suavidad el cabello—. ¿He hecho algo mal o he dicho alguna estupidez?

Ella levantó la cabeza un momento y lo miró con los ojos llorosos.

—Pensaba que significaba algo para ti y ahora coges y te vuelves a Estados Unidos y me dejas aquí —resopló. Incluso a ella le había sonado como si fuera una niña malcriada. Odiaba perder la compostura con él delante.

Tom la miró asombrado.

—Pues claro que significas algo para mí. Mucho, de hecho. Solo tengo que solucionar un par de cosas en casa y luego volveré. Tengo

que solucionar unos problemas en uno de mis hoteles.

—¿Y por qué no me llevas contigo?

—Porque tienes que trabajar aquí. De hecho, pensé que te lo estabas tomando en serio. Marge y Jo te necesitan aquí. —Se acercó cojeando a la cama y se sentó—. Mira, Heidi, siempre habrá momentos en los que tenga que hacer viajes de negocios. Tengo hoteles por todo el mundo y no siempre podré llevarte conmigo. Tienes cosas que hacer aquí por mí. También quiero resolver un par de cosas allí para poder controlarlo todo desde aquí en el futuro.

Ella se sentó a su lado en la cama.

—Creía que te ibas a escapar y que no volverías nunca más.

Tom le cogió la cara para después besarla.

—¿Cómo iba a hacer eso? Me has robado el corazón. ¿Qué más quieres?

Ella lo empujó con suavidad a la almohada.

—Se me acaba de ocurrir algo.

Poco a poco fue desabrochándole cada botón de la camisa mientras le pasaba la mano por su cuerpo bien entrenado. La boca seguía el rastro de la mano para explorar cada centímetro de su piel. Mientras le daba mordiscos en la garganta, le quitó la camisa por los hombros y la dejó caer al suelo junto a la cama. Tom intentó darle la vuelta en la cama para devorarla, pero la dichosa férula que tenía en la pierna se interpuso en su camino, por lo que no le quedó otra que dejar que ella liderara la expedición.

—Cuando regrese, ya no tendré esto y seré yo el que mande —gruñó.

Ella se rio.

—Pero, hasta entonces, haré lo que quiera contigo.

Tom se sentó y le quitó la camisa, que aterrizó junto a la suya en el

suelo. El sostén de Heidi les hizo compañía al poco tiempo. Las palabras tiernas y los suspiros de placer inundaron la habitación mientras se entregaban el uno al otro.

Heidi se esforzó en mantener las lágrimas cuando lo vio meter las maletas en el taxi. No quería que la recordara así y, además, sabía que iba a volver. Tom le estrechó la mano a Marge y a Jo antes de que ambas se marcharan para dejar que la pareja pudiera despedirse.

—Tú, ven aquí —dijo con la voz tomada, atrayéndola a sus brazos.

Mantuvieron los labios unidos un momento como si pudieran evitar que el resto del cuerpo se separara del otro. El taxista se aclaró la garganta.

—¿Nos vamos?

Tom le acarició la mejilla con ternura a Heidi y la miró profundamente a los ojos.

—Volveré lo antes posible, te lo prometo.

Ella asintió. No se atrevió a hacer más para no ponerse a llorar de inmediato. Luego, subió al taxi, que se alejó a toda velocidad. Jo salió del hotel y corrió hacia ella para tomarla en sus brazos. Abrazó a su amiga, quien ahora sí había comenzado a llorar libremente.

—Volverá, Heidi. Ya verás. Se te pasará rápido.

—Lo sé —sollozó ella—. Seré tonta. Llorando como una adolescente. Pero es porque no nos hemos separado en estas semanas. ¿Y si conoce a alguien que le guste más en Estados Unidos? No nos conocemos desde hace tanto tiempo.

Jo se rio.

—No encontrará a nadie mejor que tú en ninguna parte, Heidi. Está loco por ti. Hasta un ciego podría verlo. Y ahora entra. He hecho *mousse* de chocolate. Eso siempre ayuda.

Heidi siguió a su amiga sollozando al interior de la casa.

—Ni me ha dicho que me quiere.

—Creo que los hombres no se llevan muy bien con esa palabrita, pero, cuando estáis juntos, se nota que estáis enamorados.

—¿Sí?

—Pues claro. ¿A que sí, Marge? —le preguntó a la tercera del grupo, que ya estaba en la cocina sirviendo el té en las tazas mientras Jo sacaba el *mousse* de chocolate de la nevera.

—Así es, querida. El pobre hombre está enamorado de ti, Heidi. Ya no le queda otra. —Se rieron y las comisuras de la boca de Heidi se torcieron sospechosamente.

—¿Sabéis qué? Es la primera vez que me importa un hombre.

—No me digas —bromeó Jo—. No me lo habría imaginado nunca. Por cierto, mi chico me recoge esta noche para llevarme a su cueva. ¿Os puedo dejar solas?

Marge y Heidi se miraron sonriendo.

—Por fin nos libramos de ella, ¿no?

Capítulo 13

El siguiente domingo por la mañana, Jo se dio cuenta de lo maravillosa que podía ser la vida. Era libre y amaneció junto al hombre más irresistible del mundo. La puerta del dormitorio se abrió de forma silenciosa y Nick asomó la cabeza. Jo se alegró de haberse vuelto a poner la camiseta y los pantalones cortos después de haber hecho el amor con Duncan.

—¿Estáis despiertos? —preguntó Nick susurrando.

—Sí, pasa —susurró Jo. Duncan refunfuñó, pero, para su sorpresa, Nick desapareció por la rendija de la puerta y volvió poco después con una gran bandeja.

—Os he hecho el desayuno —dijo con orgullo mientras les llevaba la bandeja. Jo la cogió y Nick volvió a desaparecer para buscar el chocolate que había preparado. Hasta que no se metió en la cama con ellos, Duncan no se despertó del todo.

—El desayuno, papá —dijo Nick con orgullo.

Duncan parpadeó y luego miró a Jo.

—¿Quién es este chico que está a mi lado y dónde está mi hijo?

Nick sonrió orgulloso.

—Os habría preparado unas tortillas como me enseñaste, Josy, pero no había más huevos.

Duncan respiró aliviado porque pensaba que había quemado la cocina. Ya con tener que cambiar las sábanas tras ese desayuno tenía bastante. Pero le gustaba ver a su hijo adaptarse y disfrutar tanto como él de la presencia de Jo. «Bueno, no de una forma tan intensa como yo», pensó para sí, y sonrió en silencio.

—Yo nunca he desayunado en la cama. Solo cuando he estado

enfermo —le explicó Nick a Jo.

—Pues hoy va a ser el día. Duncan, pásame la Nutella, por favor.

Cuando terminaron de desayunar, las sábanas eran un desastre, pero Duncan envió a Jo a la ducha mientras él y Nick las cambiaban. Como estaba lloviendo, decidieron pasar el resto del día en casa jugando y leyendo. Después de llevar a Nick de vuelta al internado por la noche, Jo y Duncan se acurrucaron en el cómodo sofá frente a la chimenea. Jo suspiró feliz cuando Duncan le dio un pequeño beso en la sien.

—Es una pena que no todos los días sean domingos —dijo.

—Has disfrutado de este día en familia, ¿verdad? Cuando Nick ha entrado en la habitación con el desayuno, he temido que fuera a molestarte.

—¿Estás loco? ¿Cómo voy a enfadarme si me ha traído sándwiches de Nutella a la cama?

Él sonrió.

—Bueno, ya sé con qué puedo sobornarte en un futuro. No, en serio, me hace muy feliz ver que os lleváis tan bien. Nick es parte de mí...

—Lo sé —lo interrumpió ella girándose para besarlo. —No hay nada de ti que no me guste, señor Scarman.

A la mañana siguiente llegó al trabajo cansada, puesto que no había dormido mucho. Pero a veces hay que priorizar. Heidi también se sentía mejor porque Tom la llamaba todos los días y se pasaban horas hablando. El miedo a que se olvidara y rompiera con ella se había desvanecido. Sin embargo, los problemas en el hotel eran mayores de lo que esperaba, así que tardaría un poco más en regresar. El encargado no solo había robado dinero, sino que también había instigado al personal que tenía, y aquello estaba tan mal organizado que todo era un caos. Tom tuvo que despedir a algunas personas y reconstruir los equipos. También tuvo que emprender acciones legales contra el encargado. Por otro lado, el Brambleberry Cottage sí que volvió a funcionar muy bien. Llegaban

reservas a raudales y desde hacía una semana tenían incluso varias habitaciones ocupadas. Era agradable ver florecer el hotel, pero también a Marge. Gracias a las ayudantes, Marge tenía más tiempo, que pasaba en su mayoría con Seamus.

Habían pasado cuatro semanas desde que se fue Tom, pero, como le había asegurado a Heidi, estaría de vuelta en dos semanas a más tardar. Heidi entró en la cocina justo cuando Jo estaba friendo bacón para el desayuno de los huéspedes. De repente, palideció y salió corriendo al baño contiguo. Cuando regresó, Jo la miró preocupada.

—¿Estás bien?

—No, me voy a acostar de nuevo. Tengo ganas de vomitar.

—Acuéstate. Ahora te llevo una manzanilla.

Heidi acababa de llegar a la habitación antes de volver a vomitar. Después, se acostó en la cama y pensó en qué podía haber comido que estuviera en mal estado.

Jo llamó a la puerta con suavidad antes de entrar en su habitación y colocar la manzanilla en la mesita de noche. Luego, cogió una toalla, la humedeció bajo un chorro de agua fría y se la colocó con cuidado en la frente a su amiga.

—Ahora compruebo que nadie se haya infectado, aunque no creo que haya sido la comida. Yo estoy bien y he comido lo mismo que tú.

Heidi asintió angustiada.

—Descansa. Luego vengo a verte.

Al mediodía, se sintió un poco mejor, así que pudo volver a su despacho para seguir trabajando. Jo le llevó pan tostado y un poco de té.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, un poco. ¿Algún huésped se siente mal?

—No, han venido todos a cenar. Puede que hayas pillado algún virus gastrointestinal en alguna parte.

—Será eso.

—O es que estás embarazada —bromeó Jo.

Heidi dejó caer el pan tostado al suelo. Mierda, no había pensado en eso. ¿Cuándo tuvo el periodo por última vez?

—¿Heidi? ¿Todo bien?

—Necesito una prueba de embarazo de inmediato —gritó mientras saltaba y cogía la chaqueta y el bolso.

—Era broma, mujer. Venga, yo te llevo. Espera. Voy a decirle a Marge que vamos a salir un momento.

Más tarde, ambas se sentaron en la habitación de Heidi y se quedaron mirando las cinco diferentes pruebas de embarazo esperando el resultado. Heidi quería asegurarse, por lo que no iba a confiar en una sola prueba.

—¿Te preocupa estar embarazada de verdad? —preguntó Jo en voz baja.

—No lo sé —Heidi miró a Jo un poco insegura—. Tener un hijo de Tom sería algo precioso, pero ¿seré capaz de estar a la altura?

Volvieron a mirar las pruebas que poco a poco comenzaban a revelar el resultado.

—Creo que podrás responderte en nueve meses —sonrió Jo cogiéndola de las manos—. Enhorabuena, Heidi. Vas a ser mamá.

Heidi chilló, en parte de alegría y en parte de sorpresa.

—¿Y qué voy a hacer si no se me da bien y me convierto en la peor madre del mundo?

—Pues ya estaré yo para darte dos tortas. ¡Dios, me alegro muchísimo por ti y por Tom!

—¡Tom! Tengo que decírselo. ¿Y si no quiere tener hijos? ¿Y si me deja? —Heidi la miró atónita—. Nos conocimos hace unas semanas. Nunca hemos hablado de tener hijos.

—¿Y vas y no usas anticonceptivos? Perdona. No quería que sonara como una acusación.

—No pasa nada. Claro que los usamos... ¡Mierda! —gritó Heidi al recordar una cosa—. Se me olvidó tomarme la pastilla una vez. Me va a matar.

Jo se rio y abrazó a su amiga.

—No lo hará. No puede dejar a su hijo sin madre. Solo hay una forma de saber si quiere tener hijos, y es diciéndoselo.

—No puedo hacerlo por teléfono. Tengo que esperar a que vuelva. ¡Dios, Jo, voy a tener un hijo!

Jo sonrió y volvió a abrazarla.

—Y vas a ser una madre estupenda, estoy segura.

Cuando Jo le contó lo sucedido a Duncan aquella noche, este no pudo evitar reírse al imaginarse al apuesto Tom limpiándose la saliva de su hijo de su chaqueta de diseño. Pero luego la miró seriamente.

—¿Y qué te parece? ¿A ti no te gustaría tener hijos?

Jo sonrió. Duncan era muy empático.

—Antes quería, pero creo que el tren ya ha pasado, y no lo digo con pena. Ya tengo casi cuarenta años. Sé que, en teoría, sería posible, y no me importaría con el hombre adecuado a mi lado, pero cuando pienso que yo tendría sesenta años cuando mi hijo cumpliera veinte... No quiero hacerle eso, y tampoco me parece lo mejor para mí. Un niño necesita una madre joven como Heidi.

—Bueno, también hay muchas madres jóvenes a las que les hubiera ido mejor sin tener hijos. Yo a ti te veo con Nick y creo que se te dan muy bien los niños.

—Él también es un gran niño...

—... y tiene un gran padre. ¿Ibas a decir eso ahora?

Ella le dio un golpe con la almohada sonriendo.

—¡Serás engreído!

El médico confirmó el embarazo de Heidi y le dijo que las náuseas desaparecerían en unas pocas semanas y que debía tomárselo con calma. Estupendo. Jo y Marge ya la estaban mimando. Cuando pensó en que había un pequeño ser creciendo en su vientre del que ella sería responsable, se asustó muchísimo. Además, Heidi no estaba segura de cómo reaccionaría Tom. Le costaba mucho no contárselo cuando hablaban por teléfono, pero quería mirarlo a los ojos cuando lo hiciera. Quería comprobar de inmediato si estaba diciendo la verdad o no. Después de todo, solo se conocían de hace unas semanas y ella ya iba a dar a luz a su propio hijo. Aunque él también tenía algo que ver en toda esa historia. Heidi se alegraría mucho si Tom compartiera la alegría y el miedo con ella, pero no estaba segura de cuál sería su reacción.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando estaban hablando por teléfono esa noche—. Te noto un poco deprimida y diferente.

—Te echo mucho de menos, Tom. ¿Cuándo vuelves?

—A finales de la semana que viene. Creo que puedo encargarme del resto desde Escocia.

—¿Has despedido a ese tipo que ha causado tantos problemas?

—Sí, y también lo he denunciado por malversación de fondos. Su asistente testificará en su contra, aunque me ha costado bastante convencerlo porque no quería delatar a nadie. Pero un trabajo en Antigua ha terminado de convencerlo.

—Ah —se rio Heidi—. ¿Y no crees que la Policía lo considerará un soborno e invalidará la declaración?

—Solo si se enteran. Además, el asistente no tendrá el trabajo hasta que no se resuelva este asunto. Sabe que puede confiar en mí. Y si

lo descubren antes de todo, será que he tenido muy mala suerte. De todos modos, no volveré a ver mi dinero, pero me gustaría que ese capullo acabe en la cárcel por lo que ha hecho. Pero volvamos a lo importante. Me echas de menos, ¿no?

Heidi se rio.

—No seas tan engreído.

—Yo también te echo de menos, rubia. Son solo unos días y ya estaré de vuelta contigo la semana que viene.

Pero esos pocos días se hicieron eternos. Aunque evitaba entrar en la cocina, todavía tenía náuseas por las mañanas e incluso se mareaba de forma ocasional.

—Me estás preparando para lo que me espera en los próximos veinte años, pequeñajo. Pero te diré algo: no me rendiré tan fácilmente. No soy solo tu mamá, sino también tu jefa, así que harás lo que yo te diga.

Jo, que acababa de pasar junto a ella, lo escuchó y se volvió sonriendo.

—Lo estás asustando. Así no va a salir.

—Tiene que saber desde el principio quién manda aquí. Oye, ¿puedo coger el coche del hotel para recoger a Tom en el aeropuerto de Glasgow por la mañana?

—Pues claro. No lo necesito hasta la tarde cuando vaya a hacer la compra.

Por fin había llegado el momento. Había llegado el día en que Tom volvía con ella. Heidi se había puesto más guapa de lo normal para la ocasión. Aunque ya habían llegado las primeras mañanas frescas de otoño, lucía un vestido veraniego con un estampado floral. Jo silbó entre dientes cuando Heidi bajó de la habitación, pero, antes de que saliera del hotel, esta le puso una chaqueta de punto en la mano.

—No querrás que Tom se encuentre con su novia congelada, ¿no?

—No, mami. —Aceptó agradecida la chaqueta y se la puso—. Con esto me verá como si fuera un espantapájaros.

—Claro. Seguro que Tom te ve y se vuelve corriendo a casa. Venga y vete ya.

El estómago de Heidi no paraba de dar vueltas una y otra vez durante el camino, y en esta ocasión no era solo por el embarazo, sino por volver a ver a Tom. ¿Seguirían teniendo la misma relación o volvería como el cabrón que conoció por primera vez? Encendió la radio y cantó para distraerse. Dos horas más tarde, se encontraba esperando en la parte de llegadas del aeropuerto, mordiéndose el labio inferior y leyendo la pantalla donde aparecen los vuelos. El avión de Tom había aterrizado hacía unos minutos. Se movía nerviosa de un lado a otro.

El olor a *croissants* recién horneados hizo que su estómago gruñera de nuevo. Trató de ignorar las crecientes náuseas, pero el pesado olor oriental de la comida india en el puesto de al lado, combinado con el olor a *croissants*, fue demasiado. Heidi notó que se estaba mareando y un caballero amable la sujetó antes de que cayera al suelo. Tuvo la suerte de que aquel hombre reaccionara tan rápido y la llevara a sentarse a un banco.

—¿Quiere que le traiga un poco de agua, señorita? —preguntó el hombre con amabilidad.

—No, no, solo necesito descansar un momento. Gracias.

—Será mejor que ponga la cabeza entre las piernas un momento y respire hondo.

—¿Heidi?

Levantó la cabeza, que aún le daba vueltas, y vio a Tom frente a ella con cara de preocupación.

—¿La conoce? Ha estado a punto de desmayarse.

—Sí, gracias por cuidar de ella.

—De nada. Cuídese, querida —dijo el hombre antes de desaparecer

entre la multitud.

Tom se agachó frente a ella.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

Ella le sonrió.

—No, no, solo ha sido un mareo. No he desayunado esta mañana y entre eso y este olor de aquí...

Se levantó con cautela y se sintió aliviada al ver que la cabeza ya no le daba vueltas.

—Por fin has llegado.

Lo abrazó con fuerza y le dio un beso como si acabara de regresar de la guerra. Se sintió muy bien, pero se olvidó por completo de que había más personas en el aeropuerto.

Tom se separó de ella y le apartó el pelo de la cara con amor.

—Te he echado mucho de menos —admitió—. Vamos a un lugar más tranquilo.

Al estar tan agotado por el viaje, la dejó conducir sin decir nada. Se alegró de que ella no lo molestara con innumerables preguntas y lo dejara descansar. Cuando Heidi lo miró durante el viaje, vio que se había quedado dormido. Justo en las afueras de Glasgow, una ola de náuseas volvió a aparecer. Tuvo la valentía de luchar contra ellas, pero llegó un momento en el que tuvo que frenar de golpe, desabrocharse el cinturón y salir del coche. Logró llegar al arcén cuando empezó a vomitar. Aunque no había comido, le daban arcadas una y otra vez. Tom, que se había despertado por la brusca frenada, le dio una botella de agua que le habían dado en el avión cuando se calmó un poco.

—Estás enferma. Toma un poco de agua. Te voy a llevar directamente al médico.

Heidi, con las manos en las rodillas e inclinada, ignoró la botella. Temía que volviera a causarle náuseas.

—No hace falta, Tom. No estoy enferma.

La agarró del brazo y la giró para mirarla de frente.

—Casi te desmayas en el aeropuerto, luego vomitas y ahora me dices que estás bien. Heidi, tiene que verte un médico. Súbete al puto coche, te voy a llevar.

—¡No estoy enferma, Tom, estoy embarazada, por el amor de Dios!

Habría preferido decírselo con más delicadeza, pero no pudo ser. Tom pasó de estar preocupado a quedarse perplejo con muchas preguntas en la mente y después se enfadó. Fue como si le arrojaran un paño frío a la cara. A Heidi le hubiera encantado haber tenido una cámara para grabarlo.

—¿Quién es el afortunado?

Antes de que supiera lo que Heidi estaba haciendo, esta se acercó y le dio una bofetada con todas sus fuerzas. Nunca le había pegado a nadie, por lo que se sorprendió al notar que le dolía la mano, aunque no tanto como su corazón, ya que Tom lo había destrozado.

—Supongo que me merezco esa bofetada —dijo Tom con timidez—. Pero ¿no hemos estado usando métodos anticonceptivos?

—¿Solo piensas en eso?

—Por Dios, Heidi, dame al menos un par de minutos para digerirlo. No he dormido en toda la noche, me bajo del avión, veo a mi novia al borde del desmayo y vomitando en el arcén, y ahora me dice que está embarazada. Deja que lo digiera todo.

Ella lo miró enfadada, todavía dolida por lo que le había dicho.

—Nuestro hijo está creciendo dentro de mí, no de ti, y no he tenido tiempo de acostumbrarme tampoco. Me recuerda todas las mañanas que está ahí porque por su culpa tengo que ver los azulejos del baño de cerca. Y aun así me alegro de tener una parte de ti dentro de mí.

Tom levantó el dedo índice frente a su rostro.

—Espera. Un momento, por favor.

Dicho esto, se giró y caminó de vuelta al coche. Ella levantó los brazos molesta. ¿Adónde pensaba que iba a ir? Tom rebuscó en su equipaje de mano y maldijo por lo bajo. ¡Estupendo! Heidi se dio la vuelta decepcionada y contempló el paisaje otoñal. Le habría encantado que a él también le hubiera parecido una buena idea tener un hijo. A tomar por culo. También podía cuidar de él sola.

—¿Heidi? —se le había acercado por detrás y todavía sonaba un poco nervioso. Ella se volvió hacia él y lo vio arrodillado frente a ella con una caja pequeña. Se quedó sin respiración.

—No te lo iba a dar hasta esta noche, cuando estuviéramos celebrando que estoy de vuelta, pero ahora me parece más oportuno. Sé que nos conocimos hace muy poco, pero, si encajamos tan bien, pues encajamos. ¿Quieres casarte conmigo?

Heidi lo miró con asombro durante un momento y luego balbuceó. La escena era un tanto absurda.

—¿Eso es lo que dices para pedirme matrimonio? ¿«Si encajamos tan bien, pues encajamos»? —Se rio con tanta fuerza que no pudo parar.

Él se levantó con una sonrisa tímida en su rostro.

—Lo siento. Debería haber sido más romántico, pero me has cogido por sorpresa con esta noticia. Pero lo digo en serio. Quiero casarme contigo, Heidi. Quiero que seas mi esposa. Cuidaré de ti y de nuestro bebé. ¿Qué me dices?

Ella lo miró seria a los ojos de nuevo.

—Tom, no lo sé. Voy a tener un hijo y no quiero que esta sea la única razón por la que quieras casarte conmigo.

Quiso atraerla hacia él, pero ella lo detuvo.

—Acabo de vomitar, Tom. No creo que quieras besarme ahora.

Pero aun así la atrajo hacia él y la sostuvo con fuerza en sus brazos.

—Lamento que pienses que solo quiero casarme contigo por el bebé. Si lo piensas bien, ya tenía el anillo antes de que me contaras que estabas embarazada. Te quiero. Estas seis semanas sin ti han sido una tortura. Te quiero a mi lado por los siglos de los siglos. Y, cuando nuestros hijos nos pregunten cuándo le pedí matrimonio a su madre, les diré con mucho orgullo que fue justo después de que vomitara porque estaba embarazada de uno de ellos. ¿Qué te parece ahora? ¿Quieres casarte conmigo?

Heidi se apartó de él para poder mirarlo directamente a los ojos.

—Bueno, si es así, creo que... Sí. Sí, quiero casarme contigo.

Él se rio y la levantó para hacerla girar en el aire. Ella gritó y le rogó que la bajara antes de que volviera a vomitar. Decidieron esperar a la cena para contárselo a los demás y pedirle a Duncan y Jo que fueran sus padrinos de boda.

Cuando su hijo no estaba en casa, Duncan iba al hotel a cenar con Jo, Marge, Heidi y, a veces, Seamus. De alguna forma se habían convertido en una gran familia. Tom miró a su alrededor y agradeció en silencio a su tío que todo aquello fuera posible gracias a él. ¿Habría experimentado algo similar a lo que estaba experimentando él y por eso le tenía tanto aprecio a ese hotel? Cuando ya todos estaban sentados en la mesa de la cocina, Heidi soltó la noticia y todos gritaron de alegría. Marge bajó a buscar una botella de champán mientras las mujeres se abrazaban y los hombres se daban palmaditas en la espalda.

—Queremos que tú y Jo seáis nuestros padrinos de boda. ¿Qué os parece? — preguntó Tom.

Y Heidi agregó:

—Será algo muy íntimo. Vendrán mis padres y vosotros.

—¿Y tu hermano? —preguntó Jo.

—No, ya casi no tenemos relación, aunque no la hemos tenido nunca. Solo quiero que venga gente a la que quiero de verdad.

—¿Podemos contar con vosotros o no? —preguntó Tom.

Duncan y Jo se miraron y sonrieron.

—Pues claro. ¿Cuándo os casáis?

—En dos semanas.

—¿En dos semanas? —Jo pensó que había oído mal.

—Sí. Me gustaría entrar en el vestido y, como os he dicho, va a ser una cosa muy íntima.

Jo miró a su amiga con una sonrisa traviesa.

—No te preocupes. Aunque sea una celebración íntima, nos encargaremos de que sea como un cuento de hadas, te lo prometo.

—Pero prométeme que no será muy exagerado, Jo. No soy tan cursi como tú.

—¿Cursi? Yo no soy cursi. ¿Algún presupuesto al que ajustarnos?

Tom le sonrió a Jo.

—No. Quiero que mi esposa tenga la boda de sus sueños. No le hagas caso a Heidi. Las bodas son cursis de toda la vida.

—Perfecto —intervino Duncan.

—Conozco el lugar perfecto. Mañana me ocuparé de ello.

Los siguientes días, todos se ocuparon del hotel y de la boda. Mientras Tom y Marge se encargaban del desayuno para los huéspedes, Heidi y Jo fueron a Glasgow a comprar los vestidos indicados para una fecha tan especial. Como tenían que regresar más tarde para que Jo pudiera encargarse de la cena, iban con bastante prisa, pero al final consiguieron el vestido perfecto. Era sencillo, muy simple, sin tul ni volantes. La tela era de un color nieve muy suave, estaba cortado en línea recta e iba atado en la nuca. Como era probable que hiciera un poco de frío en otoño, también compraron una cómoda estola hecha de plumas de avestruz

y, por supuesto, los guantes de piel de cabra eran imprescindibles. También se hicieron con rosas pequeñas de tela para trenzarle el pelo recogido.

—Vaya —dijo Jo detrás de Heidi frente al espejo—. Tom se va a desmayar cuando te vea.

—¿Tú crees? ¿No piensas que es demasiado?

—¿Demasiado? No hay nada más simple que esto. Pero te queda bien; estás preciosa. Aunque tú puedes ponerte un saco de patatas que te quedaría genial de todas formas. —Jo soltó un suspiro burlón y luego se volvió hacia la dependienta—. ¿Tienes un vestido apropiado para la dama de honor que no la haga parecer tan patética al lado de este pedazo de mujer?

La dependienta sonrió y la llevó a la sección contigua donde se encontraban los vestidos de celebración mientras Heidi iba al probador. Jo se decidió por un vestido de satén verde lima con adornos florales blancos como la nieve. También compró unos guantes como los de Heidi, pero se estaba congelando solo de pensar en el clima escocés. Para lucir, hay que sufrir. Una hora y varios cavas y zumos de naranja más tarde, salieron de la tienda de vestidos de novia con varias bolsas de compra.

Al final del día, Jo se derrumbó sobre el sofá de Duncan con un suspiro después de cerrar la cocina del hotel y él se sentó a su lado sonriendo, le levantó los pies sobre su regazo y le dio un masaje.

—¿Todo bien por Glasgow?

—Ajá —suspiró ella contenta.

—Yo también he solucionado lo mío.

Ella abrió los ojos de repente.

—¿Ya tienen donde casarse?

—Pues claro —sonrió con aires de suficiencia.

—Y, cuando te diga dónde, seguro que me gano al menos un beso.

—Le habló de un pequeño castillo con una capilla familiar aún más pequeña. En realidad, la propiedad era de una familia y no estaba abierta para celebraciones ni visitas, pero Duncan había restaurado el jardín de rosas de la familia y, como quedaron tan contentos con el resultado, les preguntó si podrían hacerle el favor. Cuando la familia oyó que solo sería un pequeño grupo de personas, estuvieron de acuerdo e incluso pusieron a su disposición un pequeño salón de banquetes—. Como sé que a ti te gustaría encargarte del menú, también he preguntado si puedes utilizar su cocina y me han dicho que sí.

—Eres un genio —dijo Jo inclinándose hacia él para darle un beso.

—Lo sé —murmuró con deleite—. Y también he reservado dos coches antiguos que recogerán a los novios y los llevarán al castillo.

—No sabía que eras tan romántico.

—Hay muchas cosas que todavía no sabes de mí, cariño —dijo alzándola y llevándola al dormitorio.

Capítulo 14

Tom había contratado a un ayudante de cocina para que Jo tuviera más tiempo para encargarse del menú y el pastel. Los padres de Heidi llegaron el viernes anterior a la celebración. Duncan iba de camino a recoger a Nick del internado, por lo que solo Jo y Marge estaban detrás de la puerta de la cocina mirando a la mesa donde yerno y suegros se conocían por primera vez.

—¿Crees que estarán contentos con la elección de su hija? —preguntó Marge en voz baja. Parecía tan curiosa como Jo.

—Ni idea. Si no se está comportando de una forma tan arrogante como cuando llegó aquí por primera vez, seguro que están encantados con él. Vamos a ver. Es guapo, tiene mucho dinero, es el padre de su futuro nieto y ama a su hija. ¿Hola? ¿Qué más se puede pedir?

Estalló al fin una carcajada en la mesa y Jo y Marge suspiraron de alivio.

—Seguro que se llevan bien —dijo Marge, volviéndose para cargar el lavavajillas.

El día siguiente fue agitado. Jo fue a la cocina del castillo temprano para preparar todo el menú y para enseñarle a todo el personal contratado cómo hacerlo todo. También terminó el pastel de boda que había preparado en la cocina del hotel. Las flores del salón las encargó en la floristería del pueblo de al lado y se sintió satisfecha al ver las rosas blancas y rosas combinadas con arvejas. Los dueños del castillo, una pareja de personas mayores, comían con ellos. Los novios habían insistido en que así fuera al ser conscientes del honor que les estaban concediendo. Incluso les habían permitido usar la vajilla del castillo. Duncan también había contratado a un gaitero para que tocara a la llegada de la novia y después de la ceremonia. Jo acabó con los últimos retoques cuando oyeron dos coches acercándose por el camino de entrada. Duncan y Nick habían

recogido a Tom en el hotel en el primer coche antiguo. En el otro, un coche normal, iban Seamus y Marge. Más tarde, llegaría Heidi con sus padres en el otro coche antiguo. Pero, hasta entonces, Jo iba sirviendo las copas de champán y una versión para niños para Nick. A Tom le encantó el castillo y les dio las gracias a los propietarios por concederles tal honor. Todos fueron a la pequeña iglesia menos Jo, que tenía mucho frío por el vestido tan fino que llevaba puesto. Oyó el segundo coche llegar y vio a Heidi saliendo de él y dándose una vuelta radiante de alegría.

—Pero bueno. Os habéis superado —le dijo a Jo—. Este sitio es precioso.

—Ha sido idea de Duncan, pero será mejor que te des prisa y entres. Parece que está a punto de llover. —Parecía que había empezado a llover, pero en realidad era la madre de Heidi llorando. Jo le dio un pañuelo—. Tu hija está preciosa, ¿verdad?

—Sí —dijo mientras intentaba contener las lágrimas.

Heidi entró en la iglesia agarrada del brazo de su padre y seguida por Jo y su madre. El gaitero comenzó a tocar afuera. Cuando Jo miró a Tom y vio que rebosaba felicidad, se dio cuenta de que habían acertado. Sonriendo, sus ojos vagaron hacia Duncan, quien le estaba susurrando algo a Tom. Nick estaba de pie al lado de su padre, estaba precioso con su traje de chaqueta versión mini. Llevaba un pequeño cojín de terciopelo rojo oscuro sobre el que descansaban los anillos. Cuando Heidi alcanzó a Tom, este intentó besarla, pero Duncan lo detuvo.

—Todavía no, amigo.

En ese momento, llegó el sacerdote y comenzó la ceremonia. Mientras tanto, Duncan agarró de la mano a Jo y logró que dejara de escuchar las palabras del sacerdote. Cuando llegó la hora de los anillos, Duncan se aclaró la garganta para que Nick supiera que era su momento.

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Tom no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Volvió a sonar la

gaita afuera y Jo luchó por contener las lágrimas mientras Duncan le sonreía y le apretaba la mano.

—¿Cuándo nos vamos a casar nosotros? —le susurró al oído.

Jo se secó una lágrima que se le había escapado y le sonrió con descaro.

—Me lo tendré que pensar, pero primero tendrás que pedírmelo en condiciones, y espero que no te atrevas a hacerlo aquí porque hoy es el día de Tom y Heidi.

Duncan se rio.

Fue una hermosa celebración en el castillo, los dos parecían estar disfrutando al máximo. Cuando se acabó la última miga del pastel decorado con mazapán, Duncan se levantó y le dio un golpe breve a su vaso.

—No os preocupéis, no habrá discurso. —Luego, se volvió hacia la pareja de recién casados—. Heidi, Tom, sé que no queríais una fiesta a lo grande, pero en Escocia celebramos este tipo de cosas como es debido, por lo que vuestros nuevos vecinos y amigos os esperan para daros la enhorabuena. Así que ahora os pido que os volváis a subir al coche porque nos dirigimos al *pub* O'Reilly, donde la fiesta continuará hasta que salga el sol. ¡Vamos allá!

Pero en el *pub* no solo estaba esperando la mitad del pueblo, sino también una banda escocesa.

—Cuando ya hayas tenido suficiente, puedes escabullirte por la puerta trasera —le susurró Duncan a Tom, entregándole la llave del coche—. Mi carro está aparcado allí.

—Gracias, amigo, por organizar todo esto tan bien. Es la mejor manera de terminar un día perfecto.

Le dio una palmada en el hombro a Duncan y sonrió a su esposa, que ya estaba saltando con Jo en la pequeña e improvisada pista de baile.

—Somos unos afortunados, ¿verdad?

—Así es. Vamos a tomarnos una cerveza mientras estas dos se desahogan.

Nick también se unió a la fiesta durante un rato, hasta que Seamus y Marge se lo llevaron a casa.

Capítulo 15

Mientras todos estaban de fiesta en el *pub*, en el Lochcarron Garden Estate, una preocupada Jane Douglas revisaba las cuentas del mes pasado. ¿Qué estaba pasando? Las reservas de las habitaciones en el resort mostraban una ligera tendencia al alza y, sin embargo, los ingresos del restaurante habían caído de forma significativa durante varias semanas. Cogió el teléfono enfadada y llamó a Adrián a su despacho.

—¿Es muy importante? Estamos terminando los postres de hoy.

—Vale, pues entonces ven a mi despacho cuando termines.

Media hora más tarde, llamaron a su puerta y entró el chef un poco nervioso. Jane levantó los papeles con las cuentas del restaurante y miró a Adrián con reproche.

—¿Qué está pasando en tu cocina? En las últimas semanas ha disminuido el número de ventas de tus menús, a pesar de que tenemos más huéspedes. ¿Qué es lo que ocurre?

Adrián miró un poco avergonzado a su jefa.

—El Brambleberry Cottage.

—¿Cómo?

—Que el problema es el Brambleberry Cottage o, mejor dicho, su nueva cocinera. La gente del pueblo ya no viene aquí cuando tiene algo que celebrar, sino que va al Brambleberry. Los huéspedes de nuestro hotel también suelen ir allí a cenar. Es un tipo de cocina barata y sencilla, pero a la gente parece gustarle.

Jane miró a Adrián enfadada.

—Pues haz algo al respecto. Piensa en alguna solución.

—¿Bajo los precios o hago comida casera? Querías cocina *gourmet*. Una cocina tan simple no se adapta a un hotel de cinco estrellas.

—¿Quién es la cocinera?

—Tú la conoces. Es Jo Müller, la mujer suiza que trabajaba en el equipo de Duncan. Me han contado que ahora también son novios y viven juntos. Esperemos que Duncan se case con ella y la deje embarazada lo antes posible para que tenga que quedarse en casa cuidando de los niños y no pueda cocinar.

Jane miró a su chef estrella como si estuviera loco.

—Fuera de aquí. Y si no quieres que busque a otro cocinero, será mejor que pienses en algo nuevo que mantenga a nuestros huéspedes aquí. Si yo fuera tú, me daría vergüenza que una simple cocinera de cafetería me quitara los clientes.

—Será imbécil —murmuró Adrián en voz baja después de cerrar la puerta del despacho de Jane.

Jane se quedó pensativa mirando al frente. Su chef era un idiota, pero le había dado una idea. Pensó en llamar a una vieja amiga de la familia a primera hora de la mañana.

—Jane, me alegra saber de ti de nuevo. ¿Cómo están tus padres? —preguntó con amabilidad Katherine al día siguiente.

—Bien, gracias. Están en isla Mauricio; se han ido para despejarse del bullicio de Londres. ¿Cómo estáis William y tú? ¿Todo bien?

—Sí, gracias por preguntar, querida.

Jane continuó un poco la charla antes de ponerse manos a la obra.

—¿Habéis conocido ya a la nueva novia de Duncan?

—Sí, es una persona muy corriente. En realidad, William y yo esperábamos que Duncan y tú acabarais saliendo juntos, Jane. ¿No hay nada entre vosotros? —preguntó Katherine expectante.

Jane no pudo evitar reírse.

—No, por desgracia no. No es que no lo haya intentado, pero simplemente no encajamos. Nos arrancaríamos la cabeza mutuamente antes de llegar al altar. Pero volvamos a Jo. ¿Sabes que se ha ido a vivir a casa de Duncan? Hay rumores de que se van a casar y me he acordado de ti. ¿No te da miedo de que te quite a Nick? Sé lo apegada que estás a él. Se supone que es el heredero de Thornton Enterprises y de tu patrimonio, ¿no es así? Ella es una simple cocinera.

Puso tanto disgusto en la palabra como pudo.

—¿Qué va a enseñarle? ¿Quieres que le enseñe a cocinar cerdos asados? ¿Y si convence a Duncan para llevárselos a Suiza? Entonces, apenas verás a Nick.

Katherine no era estúpida, aunque Jane tenía cierta razón.

—¿Y para qué quieres que Jo se vaya? No me estás diciendo todo esto por mí, ¿verdad?

—¿Yo? —Jane fingió sorpresa.

—Jane, no finjas. Os conozco a ti y a tus padres, y sé que no me habrías llamado si no fuera porque te interesa.

—Es la cocinera del Brambleberry Cottage —admitió Jane a regañadientes—. Su cocina de ama de casa barata me está quitando a los huéspedes y el idiota de mi cocinero no parece capaz de lidiar con el problema. Pero si tú y yo nos unimos, ambas sacaremos beneficio de esto.

La boca de Katherine se convirtió en una sonrisa maliciosa.

—Puede que sí, querida. ¿Y qué tienes pensado?

Duncan y Jo saludaron a los recién casados a la mañana siguiente. Tenían por delante una larga luna de miel en el Caribe, tres semanas de descanso, playa y mar. Jo se apoyó en Duncan y suspiró.

—Podría ponerme un poco celosa si tuviera tiempo, pero tengo que volver a la cocina.

Duncan sonrió.

—Y yo al jardín. Pero pronto nos tocará a nosotros, cariño.

—Ah, ¿sí?

—Pues claro. Pero primero tengo que encargarme del jardín de la amiga de Katherine en el sur profundo de Inglaterra.

Jo le rodeó la cintura con los brazos.

—Maldita sea. ¿Ya ha llegado el momento? ¿Cuándo piensas irte?

—El miércoles que viene. —Se inclinó hacia delante para besarla.

—¿Y si no te dejo ir? —murmuró ella entre sus labios.

—Entonces, Katherine irá a por ti con todo lo que tenga. Podría ser un baño de sangre.

Jo sonrió y se rindió al beso.

—Eso es demasiado peligroso para mí. Vas a tener que sacrificarte.

—Haría cualquier cosa por ti, mi amor. Ella se ha ofrecido a quedarse con Nick durante este tiempo, pero prefiero que se quede en casa contigo y seguro que él también lo prefiere. ¿Crees que podrás tomarte libres algunos findes en el hotel?

—Sí, sin problemas. El ayudante de cocina que ha contratado Tom es genial y, si lo dejo todo preparado, no tengo que pasar tanto tiempo en la cocina. Pero este fin de semana no puedo ir a recogerlo hasta el sábado por la mañana porque tenemos el hotel lleno hasta el viernes por la noche.

—No creo que le importe. Ya verás qué contento se pone cuando le diga que se va a quedar contigo.

Pero Jo se quedó esperando en la puerta del colegio a la hora acordada el sábado. Nick no salió corriendo felizmente. Después de esperar quince minutos, entró en el edificio, que parecía bastante desierto. Llegó a la portería y se encontró con la encargada, quien la

miró sorprendida.

—¿Viene a recoger a Nick? El mayordomo de los Thornton ya vino a recogerlo ayer después de clase. Ha tenido que salir antes porque su abuela tenía algo importante, al menos eso ha dicho el mayordomo.

—Vale, gracias. Debe de haber habido un malentendido. No tendrá el número de teléfono de la señora Thornton por casualidad, ¿no?

—Lo siento, pero no podemos revelar información sobre los niños, y usted no es familiar, ¿no?

Jo asintió y le dio las gracias de todos modos. Cuando se montó en el coche, pensó en llamar a Duncan. En realidad, era lo que debió haber hecho, pero solo conseguiría que se peleara con los Thornton de nuevo y lo preocuparía sin necesidad de ello. Era mejor que intentara solucionarlo de forma pacífica. Llamó a Marge para decirle que iba a estar fuera más tiempo del planeado porque tenía que ir a casa de los abuelos de Nick. Por desgracia, saltaba el contestador automático cuando la llamaba. Le molestó tener que perder medio día solo porque los Thornton habían decidido romper el trato. Jo apenas se acordaba del camino, pero, después de un par de horas conduciendo, entró por el extenso camino de entrada a la casa. Parecía que la estaban esperando porque el mayordomo le abrió la puerta enseguida. Esta vez, sin embargo, no la llevaron al salón, sino que tuvo que esperar en el vestíbulo. Después de lo que le pareció una eternidad, apareció Katherine. Como la última vez, parecía que venía de un evento importante.

—Supongo que vienes a buscar a Nick —comenzó, mirando a Jo con desprecio.

—Así es. Duncan me ha pedido que me lo lleve a casa este fin de semana y no creo que le siente bien que se quede aquí.

—¿Y vamos a dejar a nuestro nieto con una cocinera de cafetería? ¡Ni pensarlo! El chico se queda aquí. Y de camino, querida, puedes ir preparándote para regresar a Suiza y no volver a poner un pie en este país.

Jo pensó que había oído mal.

—Disculpa. ¿Qué?

—Lo que has oído. —Señaló la pequeña mesa junto a las escaleras, en la que yacía una carta—. Pero primero tienes que firmar esta carta.

—¿Para qué?

—Muy simple. Si no la firmas, haré todo lo posible para que me devuelvan la custodia de Nick.

—¡No vas a salirte con la tuya! A Duncan no le quitarían la custodia. Es un padre ejemplar.

—Querida, sabes que puedo hacerlo. Mi marido y yo tenemos contactos en los más altos círculos de poder y, como estoy segura de que Duncan ya te lo habrá contado, no sería la primera vez que lo conseguimos. ¿De verdad quieres correr el riesgo de que Nick vuelva a perder a su padre por tu culpa? ¿Quieres ser la responsable de que no vuelvan a verse?

El rostro de Katherine reflejaba pura petulancia y desprecio. Jo se creyó de inmediato que pudiera recuperar la custodia. Solo la idea de que Duncan perdiera a Nick le rompía el corazón. ¿Cómo podía Katherine tener un corazón tan frío?

—¿Por qué eres así? ¿Te he hecho algo? Estoy segura de que, si Duncan se entera...

—Estoy segura de que no lo hará —dijo Katherine con firmeza—. Este acuerdo es entre nosotras dos. Y si vuelves a ponerte en contacto con Duncan o Nick, comenzaré el proceso de custodia de inmediato. Seguro que esta foto convence al juzgado.

Abrió el pequeño cajón de la mesita y sacó una foto que colocó debajo de la nariz de Jo sin pestañear. Jo no podía creer lo que estaba viendo. En la foto aparecía Duncan con Audrey en una pose que no daba lugar a confusión.

—Sabrás que la chica es su aprendiz, ¿no? Se podría interpretar

como abuso de poder. Una persona así no puede ser un buen padre.

—Eso no es cierto —susurró Jo intentando coger la foto antes de que Katherine la apartara.

—Las fotos no mienten, cariño. Pero bueno, tú firma la carta, súbete al coche y mi chófer te llevará al aeropuerto de inmediato.

—No puedo. Tengo que volver al Brambleberry. Marge...

—Si te niegas o vuelves a pisar las islas británicas... —dijo Katherine—, lo consideraré una violación de nuestro acuerdo y cumpliré mi amenaza de traerme a Nick con nosotros. Esto también se aplica si se lo cuentas a alguien.

Sin poder creer lo que estaba pasando, Jo cogió el bolígrafo que estaba junto a la carta. Dudó por un momento, pero, cuando pensó en Nick, no pudo evitar firmar el documento sin leerlo detenidamente. De todos modos, las palabras se desdibujaban frente a sus ojos y no podía pensar con claridad.

Antes de salir de casa, se volvió hacia Katherine por última vez.

—Puede que seas de la nobleza inglesa, pero para mí eres la perra más cruel que he conocido. Que Dios te perdone por lo que estás haciendo porque yo no lo haré.

—Puedo vivir con eso, señorita Müller. Ahora, por favor, fuera de mi propiedad.

Cuando Jo se giró, el chófer de los Thornton ya estaba allí para acompañarla al coche y pedirle las llaves.

El corazón de Jo latía con muchísima fuerza mientras se encontraba sentada en la parte de atrás del coche pensando en lo que acababa de suceder. Todo parecía tan irreal, como si estuviera en una película barata.

La foto de Duncan entre las piernas desnudas de Audrey le había dado un puñetazo en la boca del estómago. ¿Cómo había podido? ¿Fue antes de que empezaran su relación o en realidad la estaba engañando? No se sorprendería porque tampoco se había dado

cuenta de que Markus lo estaba haciendo con Susi a sus espaldas. ¿Cómo podía ser tan ingenua? Le hubiera encantado pedirle explicaciones a Duncan, pero, dadas las circunstancias, estaba atada de pies y manos.

Sabía que Katherine era capaz de separar a padre e hijo. Aquella bestia era capaz de cualquier cosa gracias a sus contactos y, además, ya había demostrado que era capaz de hacerlo. Jo amaba a Nick y no quería que sufriera más después de todo lo que había sufrido a su temprana edad. Aun así, lo que quería en aquel momento era clavarle un cuchillo a Duncan para que sufriera como ella. Pero Nick no tenía la culpa de que los adultos fueran tan astutos y malvados. La prioridad era protegerlo. Se acordó de Marge, Heidi y Tom. Lamentaba mucho tener que decepcionarlos a los tres con el hotel, pero no podía arriesgar la felicidad de Nick.

En el aeropuerto, el chófer le entregó un sobre.

—Adentro tiene su pasaporte temporal y el billete de avión.

Sí, Katherine lo había preparado todo. Seguro que fingió en el consulado que su amiga extranjera había perdido el pasaporte y, gracias a sus conexiones, le emitieron los papeles provisionales sin ningún problema. Jo cogió el sobre y no se dio cuenta del cheque que había dentro hasta que pasó por el control de pasaportes. Aquella arpía la había valorado en cinco mil libras. Mientras todavía seguía en suelo británico, rompió el trozo de papel y lo tiró a la papelera más cercana.

Tuvo un desagradable *déjà vu* cuando salió del taxi en la puerta de la casa de sus padres. Tocó el timbre, pero nadie respondió, así que se sentó en las escaleras a esperar. Notó que la estaban llamando y, cuando cogió el móvil, vio que era el número del Brambleberry Cottage. Con las manos temblorosas, contestó a la llamada.

—¿Diga?

—¿Dónde estás? Marge parecía muy preocupada.

—Marge... Lo siento mucho —comenzó Jo, luchando por contener las lágrimas—. Marge..., tienes que llamar a Tom. No puedo volver.

Necesitáis un cocinero de inmediato.

Marge se rio.

—Sí, muy bueno.

—No, Marge. Lo digo en serio. No puedo volver, pero tampoco puedo decirte por qué. Lo siento muchísimo, de verdad. Por favor, perdóname.

Tras decir esto, colgó y apagó el móvil para que no la llamaran más. Encogió las rodillas, apoyó la cabeza sobre ellas y soltó las lágrimas y con ellas el dolor. Pasó un tiempo así y luego se recompuso. No quería que sus padres la volvieran a ver llorando. Después de todo, cumplía cuarenta años el mes siguiente y debía ser capaz de apañárselas de una vez por todas. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y luego rebuscó en las profundidades de su bolso en busca de pañuelos. Había vuelto a la casa de su infancia, pero solo sería algo temporal hasta que encontrara un nuevo hogar. Apenas había tomado esa decisión cuando llegaron sus padres. Su madre dio un chillido de alegría cuando vio a Jo sentada en los escalones y dejó las compras en el coche para abrazar a su hija lo más rápido posible.

—¿Por qué no nos has avisado de que venías? Qué alegría. ¿Cómo te va por Escocia? Tienes que contarme más sobre Duncan y Nick. ¿Tenéis fotos juntos los tres?

Su padre, que ya se había dado cuenta de que algo andaba mal, intervino sonriendo.

—Vamos a entrar en casa, cariño. —Abrazó a su hija y fue cuando Jo respiró el olor familiar a Old Spice. Fue un abrazo tan reconfortante que no quería que se acabara nunca.

—Pasa. Voy a preparar café. ¿O ahora eres más de té? —preguntó su madre bromeando.

—Café mejor.

Entraron en la casa mientras su padre sacaba la compra del coche. Jo se sentó exhausta en la mesa de la cocina. Se sentía vacía y le

dolía el cuerpo como si la hubieran desgarrado por dentro.

—¿Cuánto tiempo estarás por aquí antes de volver a ese encantador hotel? Papá y yo lo hemos buscado en internet y hemos pensado en reservar unos días de vacaciones para estar con vosotros el verano que viene.

—No voy a volver —dijo Jo en voz baja tratando de averiguar por sí misma qué iba a decir realmente. Su padre, que acababa de dejar las bolsas de la compra junto a la nevera, se sentó a su lado y le pasó el brazo por encima—. ¿Qué ha pasado? Creía que eras feliz allí.

—Y yo también, pero la suerte parece no querer llevarse bien conmigo.

—Qué tontería —dijo la madre, colocando una taza de café frente a su hija. —Entonces, Jo les contó a sus padres lo que había sucedido aquella mañana y, cuando terminó, ambos la miraron con compasión.

—¿Y de verdad crees que esa mujer sería capaz de conseguir la custodia de Nick? —preguntó su padre. Jo asintió.

—Ya lo ha hecho una vez y, como me dijo Duncan, fue un infierno tanto para Nick como para él. Nick está tan apegado a su padre que no puedo hacerle esto. No quiero que piense que va a perder a su padre otra vez. Solo con que se inicie el proceso ya se asustaría.

—¿Y la foto? Por lo que me has contado hasta ahora sobre este hombre, Jo, no me lo imagino teniendo una relación con una adolescente que está bajo su mando. Parece un tipo decente.

Jo hizo un gesto con las manos en el aire.

—Y yo qué sé. —Se levantó exasperada y fue hacia la ventana—. Puede que haya estado ciega hasta ahora. Tengo un imán para los imbéciles. Al fin y al cabo, tampoco me di cuenta de que Markus me estaba engañando, ¿no?

—Hablando de Markus... —comenzó su padre, pero su esposa lo detuvo de inmediato poniéndole la mano de forma suave sobre el

brazo y negando con la cabeza.

Jo se volvió hacia los dos y preguntó:

—¿Qué pasa con Markus?

—Nada, nada. —Su madre trató de tranquilizarla, pero la mirada de su padre la desmentía.

—Venga ya. Sé que ha pasado algo. Será mejor que me lo digáis ya, puedo soportarlo.

—El muy imbécil destrozó el apartamento antes de irse y, como está en paro y no pueden quitarle dinero, la Administración te ha enviado una carta con las facturas de las reparaciones.

Jo miró a su padre con incredulidad.

—Por desgracia, no lo cubre el seguro porque ha sido culpa vuestra —añadió sin necesidad.

—¡Sí, pero no es mi culpa!

—Eso no importa porque los dos firmasteis el contrato y ambos sois responsables.

—Pero... —Jo buscó a tientas una solución entre tanta confusión.

—El daño se ha hecho mientras el contrato de alquiler seguía en vigor, eso es así por desgracia —dijo su padre en voz baja.

—¿Y por qué yo no sabía nada de esto?

—Porque le diste a la Administración nuestra dirección para que se pusieran en contacto con nosotros y yo abrí la carta porque me daba miedo que nos metiéramos en problemas.

—¿Y por qué no me avisaste de inmediato?

—No queríamos preocuparte de forma innecesaria. Parecías tan feliz en Escocia... —añadió su madre, poniendo su mano sobre la de su hija—. Tu padre pensaba que podíamos resolverlo sin tener que

molestarte.

—¿Desde cuándo lo sabéis?

—Desde hace unas semanas. La Administración primero trató de pedirle el dinero a Markus, pero, al ver que no era posible, mandaron la carta aquí. Traté de hablar con ellos y fueron muy comprensibles al principio, pero al poco tiempo amenazaron con emprender acciones legales. Tu madre y yo pensamos en contratar a un abogado, pero eso habría encarecido el proceso y, como nos dijo el asesor legal gratuito del municipio, el tiro nos podía salir por la culata.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Jo en tensión.

—Ochenta mil francos.

—¿Cuánto? —Jo tuvo que volver a sentarse mientras su padre repetía la cantidad en voz baja—. ¿Cómo se pueden romper tantas cosas en un apartamento?

Su padre se levantó y salió un momento de la cocina. Cuando volvió, colocó varias fotos que tenía en la mano en la mesa de la cocina. Lo que vio Jo fue un auténtico destrozo. Markus había roto ventanas, quitado el papel tapiz, pintado con espray «perra» y otras sutilezas en la pared de yeso blanco. También había destrozado el precioso suelo de madera con un martillo y había cortado la moqueta del dormitorio con un cuchillo. Los azulejos del baño y la cocina estaban destrozados y, para colmo, había roto los grifos del fregadero, lo que provocó que se inundara todo el apartamento.

—¿Cómo puede hacer alguien algo así? —Jo se había quedado completamente sorprendida.

—Denunciamos a Markus, pero el problema es que no podíamos probar que hubiera sido él. —Su padre la miró vacilante—. Dice que has sido tú porque lo pillaste acostándose con otra.

—¿Cómo? ¿Dónde está ese hijo de puta? —Se levantó con tanta rabia de la silla que la tiró hacia atrás.

Su madre la agarró del brazo.

—Tu padre ya lo ha estado buscando, pero está escondido.

—Escucha, Josy, te vamos a ayudar...

—Eso ni lo penséis. No sois ricos. Yo me encargo. El lunes iré a la Administración para buscar una solución con ellos. Mientras tanto, buscaré trabajo.

—¿Seguro que no quieres volver a Escocia?

Jo suspiró.

—No puedo. Lo que yo quiera no importa. Por favor, no os enfadéis conmigo, pero ahora mismo necesito estar sola. La situación me ha sobrepasado.

—Tranquila. Vete a tu habitación, cariño. ¿Quieres un poco de té?

—No, gracias, voy a tratar de dormir un poco.

Jo se acostó en su cama con la ropa puesta. No tenía fuerzas ni para quitársela, aunque no podía ni dormir. No paraba de buscar una solución. Lo único bueno de todo aquello es que la había ayudado a distraerse de lo que le había sucedido en Escocia.

Cuando Jo salió de la cocina, sus padres se miraron preocupados.

—Pobrecita. El tal Duncan y su hijo significaban mucho para ella, y ahora lo del apartamento. ¿Crees que será capaz de superarlo? —preguntó María preocupada a su esposo.

Él le agarró la mano con cariño.

—Por supuesto. Lleva tu confianza y mi terquedad en los genes. Además, nos tiene a nosotros. Lo único que no entiendo es por qué se sigue enamorando de los hombres equivocados. El tal Duncan parecía un tipo decente.

Capítulo 16

Mientras tanto, en Escocia, Marge llamó varias veces a Tom y a Heidi, y esta quería acortar la luna de miel para poder ayudarla y ver qué le pasaba a su amiga. También había tratado de ponerse en contacto con Duncan, pero, como no tenía su número de teléfono y los trabajadores del Lochcarron Garden Estate eran unos inútiles y no querían darle el número, no lo consiguió. Sin embargo, Marge le prometió que le pediría el número a Seamus.

—No te preocupes y disfruta de la luna de miel. Solo quería saber si Tom conocía a alguien que la pudiera sustituir.

—Voy a hacer un par de llamadas y luego te llamo, Marge. —Cuando Tom colgó, vio el rostro de preocupación de su esposa.

—No es normal que Jo haga algo así. Es una mujer muy responsable como para tirarlo todo por la borda de esa manera. Estoy muy preocupada por ella.

Mientras Tom estaba hablando con Marge, Heidi había estado intentando ponerse en contacto con Jo, pero no lo consiguió porque parecía haber apagado el teléfono.

—Ha tenido que ocurrir algo malo.

—Puede que les haya pasado algo a sus padres y se haya tenido que volver rápido a Suiza.

—Entonces, me lo habría contado.

—¿Tienes el número de teléfono de sus padres? Si Jo no está allí, puede que ellos puedan ayudarnos.

—No lo tengo.

—Pero puedes buscarlo en la guía telefónica.

Heidi miró a su marido de reojo.

—¿Te haces una idea de cuántos Müller hay en Suiza? Es como buscar el apellido Smith en tu país.

—Entonces ¿qué hacemos?

Heidi se encogió de hombros.

—No nos queda otra que esperar a que nos conteste las llamadas. Y, por supuesto, buscarle una cocinera o un cocinero a Marge. El ayudante de cocina que Jo ha adiestrado es muy bueno, pero no es suficiente. Cuando volvamos, yo podré reemplazarla hasta que vuelva.

—¿Crees que volverá?

—No lo sé, pero debería. Este país y el hotel significan mucho para Jo, su sitio está aquí. Tendré que decirle cuatro palabritas a Duncan. Seguro que ha hecho algo. Si no es por eso, no se habría ido, estoy segura.

—Vale. Pues voy a hacer un par de llamadas a ver si encuentro a un cocinero de forma temporal.

En el sur de Inglaterra, Duncan se sorprendió también de que no le contestara al teléfono. Normalmente solía contestar al segundo pitido. Lo intentó varias veces sin éxito y luego llamó a su hijo y se enteró de que estaba con sus abuelos, así que llamó a Katherine, quien le informó sin muchos miramientos de que Jo le había pedido que cuidara de Nick ese fin de semana. Todo le parecía muy extraño y no tenía mucho sentido para él. Cuando llamó al hotel, Marge le contó que Jo no iba a volver y que no le había dicho por qué, lo cual hizo que se preocupara aún más. ¿Qué estaba pasando? Le hubiera encantado volver directo a Escocia, pero eso no iba a servir de nada porque Jo no estaba allí y, según Marge, ni siquiera su amiga Heidi sabía nada sobre su desaparición, así que decidió quedarse y seguir tratando de ponerse en contacto con ella.

A primera hora del lunes, Jo fue a por una nueva tarjeta SIM para su teléfono. Tiró la vieja a la papelera para no tener la tentación de

coger alguna llamada que proviniera de Escocia. No le servía de nada lamentarse por el pasado. Tenía que superarlo de alguna manera, aunque no tenía ni idea de cómo. No solo extrañaba a la gente y al hotel, sino el aire puro, las Tierras Altas y la tranquilidad que se respiraba en aquel país. Por supuesto, echaba más de menos a Duncan y a Nick, pero no quería pensar en ellos porque, cada vez que lo hacía, le provocaba otra grieta a su corazón. Le dolía mucho.

Fue a la Administración de la propiedad de su antiguo apartamento y preguntó por el señor Kunz, quien estaba a cargo de su caso. La mujer de la recepción la miró con curiosidad cuando le dijo su nombre. Jo se sonrojó un poco.

—No me mires así. No fui yo la que destrozó el apartamento.

—No, no, claro que no. Venga conmigo, por favor. —La joven la condujo a una sala de reuniones contigua y luego informó al señor Kunz, quien fue muy comprensivo, pero no cedió ni un poco.

—Lo siento mucho por usted, señora Müller, pero ambos firmaron el contrato y hemos recibido el apartamento en unas condiciones pésimas. El señor Bär afirmó que usted fue la que dejó el apartamento en ese estado, así que es su palabra contra la suya. Como le he dicho, usted también es responsable de los gastos y, dado que no podemos contactar con el señor Bär, tiene que hacerse cargo usted de todo el pago.

Jo asintió y, por un momento, consideró la tentadora idea de desaparecer y marcharse a algún país extranjero, pero su decencia no se lo permitía.

—Bien —dijo al final.

—Parece que no tengo ninguna salida, por el momento. Sin embargo, no puedo pagárselo todo a la vez porque no tengo tanto dinero. ¿Podríamos acordar que deposite una señal y dividir el resto en varias cuotas?

Al final, acordó con el señor Kunz que transferiría veinte mil francos al final de la semana y luego pagaría el resto en cuotas mensuales. Se quedaría sin dinero, pero libre de deudas en unos

cuatro o cinco años. Después de firmar el acuerdo, salió del edificio abatida. Compró dos periódicos con anuncios de trabajo en el quiosco de la esquina y se sentó a leerlos en la cafetería más cercana. Había muchas vacantes de cocinera, pero nada que le interesara realmente. Ya no podía imaginarse trabajando en la ciudad, aunque no le quedaba otra. Tendría que aceptar cualquier trabajo. Pagó el café y se fue a casa con los periódicos. Para bien o para mal, tenía que responder a aquellos anuncios. Ya en casa, se sentó frente al ordenador de sus padres para buscar ofertas de trabajo por internet. Sus ojos parpadearon cuando encontró un anuncio breve y simple que decía:

Restaurante en estación de esquí en el Cantón de los Grisones busca cocinero/a para temporada de invierno. Para más información, pónganse en contacto con el señor Capaul.

Vio que había una dirección y un número de teléfono al que llamó de inmediato, pero estaba ocupado. Genial. Seguro que no tenía ninguna posibilidad. El anuncio parecía haber despertado gran interés.

Al día siguiente, envió su currículum a varios contactos y, aunque pensó que no tenía ninguna posibilidad en el restaurante de la estación de esquí, también se lo envió al señor Capaul.

A poco más de mil kilómetros de distancia, Duncan también tenía una carta en sus manos y, aunque ya la había leído varias veces, seguía sin entender nada.

Querido Duncan:

He tenido que volver de inmediato a Suiza por una urgencia, por lo que no he podido despedirme de ti, pero no volveré porque he decidido que me quedaré aquí. En estas últimas semanas, he descubierto que mi lugar no está en Escocia, que no congeniamos del todo bien y que no quiero criar al hijo de otra mujer. Voy a volver a mi antigua vida, con el hombre al que no he podido olvidar. Lo siento si te di alguna esperanza. Respeta mi decisión y no intentes ponerte en contacto conmigo.

Jo

Jo había firmado la carta, pero no podía creer que fuera ella quien la había escrito. No parecía ella en absoluto, pero, sin embargo, se había marchado. ¿Por qué le había escrito aquella carta? Podría haberlo llamado. ¿De verdad estaba tan equivocado con ella? ¿Era tan cobarde? ¿Y cómo se suponía que iba a contárselo a Nick? Su hijo la amaba y hasta aquel momento pensaba que el cariño era mutuo. ¡Vaya mierda! ¿Cómo era capaz? Arrugó la carta con ira y la tiró al rincón de su habitación del hotel. Jane se la había mandado al hotel y tenía al menos una semana de antigüedad. Habría dejado su trabajo para estar con Jo, pero ella no quería saber nada de él. Quiso retorcerle el cuello en aquel momento por lo que le estaba haciendo a Nick. ¿Y cómo iba a volver con aquel cerdo pervertido? Se levantó furioso y salió de la habitación, cerrando la puerta con fuerza. Estaba desesperado por un poco de aire fresco y le daba absolutamente igual que estuviera diluviando. Además, encajaba a la perfección con su estado de ánimo.

Cuando regresó a su habitación más tarde, empapado y medio congelado, descubrió que el paseo no le había servido de nada. No sabía qué hacer y seguía furioso. ¡Que se vaya a la mierda!

En Lochcarron, Marge cogió las cosas de Jo maldiciendo sin parar y las guardó en el ático para que su sustituta pudiera alojarse en su habitación al día siguiente.

—Los jóvenes de hoy en día ya no tienen sentido de la responsabilidad —gruñó con rencor sin mirar a Seamus, que la estaba ayudando con la tarea.

—Venga ya. No sabes lo que ha pasado. No creo que Jo lo haya dejado todo sin ninguna razón y ni siquiera se haya llevado sus cosas. No me cuadra nada.

—Seguro que se ha peleado con tu sobrino. —Le soltó una mirada de reproche, como culpándolo por ello.

—Pues claro que no, porque él ni siquiera lo sabía.

—Los hombres nunca os enteráis de nada.

—¿Por qué estás enfadada conmigo? Yo no tengo la culpa de que Jo

se haya ido.

Marge se sintió culpable por un momento.

—Lo sé, perdóname. Es que estoy muy triste. Nos llevábamos muy bien y ha traído mucha vida a mi pequeño hotel. —Las lágrimas brotaron de sus ojos—. La echo de menos y no podré soportarlo si todo vuelve a desmoronarse sin ella.

Seamus se acercó a ella y la tomó en sus brazos.

—Eso no va a pasar, Marge. Heidi y Tom siguen aquí.

Hizo una pequeña pausa y le acarició la espalda con cariño.

—Tal vez sea el momento de que lo dejes para casarte conmigo y jubilarte.

Ella lo miró con asombro.

—¿Eso ha sido una propuesta de matrimonio, Seamus?

Él sonrió.

—Así es. Cada vez somos más viejos y ya sabes que te quiero, ¿no?

Ella sonrió un poco avergonzada.

—¿Y? ¿Qué te parece?

—Sí, quiero casarme contigo, Seamus, pero... —añadió—: No hasta que Tom y Heidi vuelvan a tener el hotel bajo control. Ahora que Jo se ha ido, no quiero decepcionarlos yo también.

Seamus sonrió, le agarró la cara y la besó con ternura.

—Vale, esperaré hasta entonces, pero ni un minuto más. Y ahora vamos a recoger todo esto para poder celebrar que nos hemos comprometido.

Capítulo 17

Una semana después, Duncan se encontraba con el coche aparcado frente al internado de Nick. Había vuelto el fin de semana para explicarle que Jo había desaparecido, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo, ya que no lo sabía ni él mismo, y el lunes tenía que volver al sur de Inglaterra.

Nick salió corriendo del internado con los otros niños, pero no parecía tan feliz como de costumbre. Duncan salió del coche y lo saludó con la mano. Nick fue corriendo y le dio un abrazo a su padre.

—¿Ya has vuelto? Creía que te quedaba otra semana.

—Ya era hora de pasar un fin de semana con mi hijo. ¿Qué te parece?

Nick lo miró serio a los ojos.

—Estás aquí por Josy, ¿verdad? ¿Se ha ido para siempre?

El corazón de Duncan se rompió cuando vio lo triste que estaba su hijo.

—No lo sé —admitió—. Si te soy sincero, ni siquiera sé dónde está o por qué se ha ido.

Nick comenzó a llorar.

—Es por mi culpa...

Duncan acercó a Nick y lo sostuvo con fuerza en sus brazos.

—No, no, no es eso, Nick. No es culpa tuya. Si alguien tiene la culpa, somos Josy y yo. No es culpa tuya, y no quiero volver a oírte decir algo así.

Nick sollozó.

—Suéltame un momento, papá. Tengo que sonarme la nariz.

—Vale. —Si Jo estuviera allí, le habría cantado las cuarenta. Una cosa era que le rompiera el corazón a él y otra que se lo rompiera a su hijo. No estaba seguro de qué haría si se volviera a encontrar con ella.

Le puso la mano en el hombro a Nick y le dijo:

—¿Y qué vamos a hacer ahora los dos de nuevo solos?

—Vamos al *pub* a emborracharnos —sugirió Nick. Duncan lo miró perplejo—. Es broma, papá.

—Vale. —No quería ni saber de dónde había sacado eso su hijo.

—¿Podemos ir a la cabaña a pescar?

—Puede que haya nevado... —comenzó, pero, cuando vio el gesto de decepción de su hijo, asintió—. Vale. Vamos a casa a hacer las maletas y vamos a la montaña.

Duncan debería haber sabido que, en cuanto abriera la puerta de la cabaña, todos los recuerdos de su primera noche juntos aparecerían de golpe. Le hubiera encantado darse la vuelta y volver a casa, pero Nick ya había entrado corriendo a la cabaña. Ya era de noche cuando llegaron, así que Duncan encendió la chimenea y preparó algo rápido de comer para irse pronto a la cama. Sin embargo, no se podía quitar a Jo de la mente. Recordó el momento en el que se acurrucaron juntos allí, hacía unas semanas. Recordó su risa, su pasión, la forma en que se acostaba en sus brazos. Era como si todavía pudiera oler su perfume. Cuando se fue a Inglaterra, todo iba bien entre ellos. ¿O se había equivocado? ¿Cómo podía cambiar tanto todo en una semana?

Escuchó a Nick dando vueltas en la cama encima de él, y pasó de echarla de menos a despreciarla.

—¿Tú tampoco puedes dormir, Nick?

—Sí. ¿Puedo acostarme contigo? Sé que ya soy demasiado mayor, pero...

Duncan sonrió.

—Nadie se va a enterar. Venga.

No tuvo que decírselo dos veces. Nick acurrucó su cabeza contra el pecho de Duncan.

—Tú no me vas a dejar nunca, ¿verdad? Me lo prometiste cuando me trajiste de vuelta de casa de los abuelos.

Duncan lo rodeó con el brazo.

—Eres mi hijo. Nada ni nadie nos podrá separar. —Poco después, oyó la respiración regular de su hijo, al fin se había quedado dormido.

A la noche siguiente, volvieron a casa con un par de peces grandes que habían pescado y que Duncan había destripado ante la atenta y absorta mirada de Nick. A pesar de todo, habían pasado un buen fin de semana. En la puerta del internado, Nick miró a su padre serio.

—Me gustaría volver al colegio normal para vivir contigo, papá.

Duncan no se esperaba que dijera algo así. Creía que su hijo estaba bien en ese internado.

—¿Ya no te gusta venir aquí? ¿Tienes problemas?

—No, estoy bien, pero me gustaría volver a casa. Ya he avanzado bastante en este colegio.

—Vale, Nick, el fin de semana que viene lo hablamos, ¿vale?

—Vale. —Salió y se despidió con la mano de Duncan.

Jo no tenía ni idea de que conseguir un trabajo de cocinera fuera tan complicado. Ya la habían rechazado en varias ocasiones. Ahora se dirigía a Davos, donde se suponía que había quedado con el

señor Capaul, el dueño de algunos de los restaurantes de la estación de esquí de Parsenn.

Al menos había logrado tener una entrevista de trabajo, que ya era más de lo que había conseguido con el resto. Entró en el restaurante donde había quedado con él y le preguntó a la camarera, quien la condujo directamente a un pequeño despacho en la parte de atrás. El señor Capaul ya tenía su edad. Le sonrió cuando Jo entró. Luego, le pidió que se sentara y él hizo lo mismo.

—Bueno, antes de que comencemos con la entrevista, me gustaría saber una cosa. En tu currículum faltan algunos meses a partir de cuando te despidieron de tu último trabajo. ¿Qué ha pasado?

El señor Capaul no se andaba por las ramas y fue directo al grano. Jo le contó con toda sinceridad por qué la despidieron y luego le contó que había estado viviendo en Escocia. A él le pareció divertido que hubiera probado suerte de jardinera.

—¿Y luego tú misma te encargaste de la cocina del hotel y lo volviste a levantar?

—Yo me encargué sola de la cocina, pero contaba con la ayuda de mi amiga y su ahora esposo para que todo volviera a funcionar.

—¿Y por qué has vuelto a Suiza si todo te iba tan bien?

Jo tragó saliva y dijo en voz baja:

—Por motivos personales.

—No habrá sido por tener alguna aventura en el hotel ni nada de eso, ¿no?

—No, claro que no. Soy muy profesional.

—Bien. El trabajo sería por el momento solo para la temporada de invierno y, por lo que me has contado, eres la persona perfecta. Es un restaurante en la montaña que también tiene algunas habitaciones para los esquiadores y senderistas. Eso significa que tendrás que pasar la noche allí para que los huéspedes no se queden solos y hagan alguna tontería. Tendrás a cuatro empleados del

servicio ayudándote durante el día, ya que hay mucho ajetreo durante la temporada de esquí. En realidad, quería contratar a un hombre, pero ninguno de los candidatos me parecía adecuado. ¿Serás capaz de quedarte sola en la cabaña con los huéspedes por la noche o te da miedo?

—No, no me importa. Puedo cuidarme sola.

—Los días que haga mal tiempo estarás sola, no tendrás huéspedes y puede que incluso te quedes atrapada por la nieve. ¿Serás capaz de quedarte sola?

Ella sonrió.

—No se me ocurre nada mejor ahora mismo.

Él le devolvió la sonrisa y le tendió la mano.

—Bueno, por mi parte, vamos a intentarlo a ver qué tal.

Jo le estrechó la mano. Luego, negociaron salario y fecha para empezar a trabajar.

Sus padres estaban menos emocionados cuando se enteraron del trabajo que había aceptado; sobre todo su padre, a quien le preocupaba que tuviera que dormir con extraños.

—Vale, me llevaré un perro si así te quedas más tranquilo. El señor Capaul me ha dicho que puedo tener uno y que me vendría bien en un refugio de montaña como este.

—¿Cuándo empiezas? —preguntó su madre.

—En dos semanas.

Aunque Jo no planeaba llevarse un perro al trabajo, fue a un refugio de animales al día siguiente para complacer a su padre. Le explicó a la encargada del refugio las circunstancias en las que iba a vivir el perro y cuál sería su trabajo.

—No creo que tengamos ningún perro adecuado para ti aquí. No tenemos san bernardos y eso es lo que buscas, ¿no?

Jo se rio pensando en un perro tan grande corriendo de huésped a huésped con un barrilete alrededor del cuello.

—No, esa no es la idea.

—Bueno, vamos a dar una vuelta por aquí y ya me dices.

Fueron de corral en corral y los perros que vio Jo eran todos preciosos, pero estaban demasiado emocionados como para llevarlos a una posada. Fue entonces cuando lo vio. Lo vio con otros cuatro perros que se movían con mucha fuerza entre los barrotes, pero él estaba calmado. Se sentó en una manta con muy mala pinta y ni siquiera la miró.

—Ese de allí. ¿Qué raza es y qué le pasó?

La encargada del refugio suspiró.

—Es el que más nos preocupa. El amo de Buster murió hace dos meses. Está muy triste y no se encuentra nada cómodo aquí en el refugio. Por eso está tan delgado, porque no quiere comer. Y no tenemos suficiente tiempo para mimarlo bien.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis años. ¿Quieres entrar a verlo?

—Con todos los demás perros ahí dentro, mejor que salga él.

La encargada del refugio sonrió y cogió una correa. Los demás perros la asaltaron cuando entró. El único que no hizo nada fue Buster, quien la siguió con la mirada. Sin más preámbulos, se dejó atar y sacar. Jo se arrodilló frente a él y le puso la mano frente a la nariz para que pudiera olerla.

—¿De qué raza es?

—Un poco de todo, diría yo. —La encargada sonrió—. Pero el gen que predomina es el del basset.

El perro la miró triste y dejó que le acariciara el pelaje corto de color marrón y negro.

—Llévalo a dar un paseo y así os conocéis.

Jo se sentía insegura, pero el perro la siguió sin ningún problema. Cuando se alejaron del refugio, Jo se arrodilló frente a él.

—Mira, si quieres, puedo sacarte de este sitio. El problema es que nunca he tenido perro, así que no sé si nos irá bien o no.

El perro la miró y levantó la pata ante su asombro. Ella le cogió la pata y la acarició con suavidad.

—Vale, me tomaré eso como un sí.

El perro la miró fijamente. Era una locura, sabía que tener un perro no era nada sencillo, pero Buster la miró con tanta calma y confianza que Jo se imaginó pasando las tardes sola en las montañas con él.

—En realidad, me gustan más los gatos —comenzó Jo de nuevo. Buster ladeó la cabeza como diciendo: «Ya cambiarás de idea».

Siguieron caminando y se encontraron con más perros, pero Buster no hizo absolutamente nada. Cuando volvieron al refugio, le dio la correa a la encargada y le dijo:

—Me lo llevo.

Ella se rio.

—Esto no es tan rápido. Primero, tienes que volver al menos dos veces más y pasar tiempo con él. Pero si quieres, te voy rellenando el formulario de solicitud.

Una semana después, cuando por fin le permitieron llevarse a Buster a casa, su padre se alegró.

—La verdad es que me imaginaba que volverías con un perro guardián. —Le acarició la cabeza a Buster, quien se acomodó de inmediato.

Jo se rio.

—Sí, puede que no sea un perro muy peligroso, pero me hará compañía y evitará que me vuelva loca. Además, seguro que a los huéspedes también les caerá bien. Para cuidarme a mí ya estoy yo.

El perro era un verdadero angelito y era un placer ver cómo se comía todo el cuenco de comida desde el primer día. Sus ojos se habían iluminado de nuevo y, además, adoraba a Jo. Buster también logró que ella recuperara la sonrisa y que dejara a un lado los malos recuerdos de Duncan. Cuando volvían esos pensamientos y el dolor, lo abrazaba una y otra vez hasta sentirse mejor.

—Los dos nos necesitamos el uno al otro, ¿verdad, Buster? —le susurró en su oreja grande y caída mientras este presionaba su larga nariz en el hueco de su cuello y suspiraba.

Buster era la serenidad hecha animal, por lo que no le importó mucho cuando, unos días después, Jo lo metió en la máquina pisanieves después de haber cargado todas las maletas. Luego, se subió junto a él y le hizo señas al tipo bronceado y robusto detrás del volante llamado Vincent para que se pusiera en marcha. Como no había camino que condujera a la posada y solo se podía llegar esquiando, todo se transportaba en ese tipo de vehículos, le explicaba Vincent mientras subía lentamente la pendiente de la montaña. Pero podía avisarlo sin problemas por la radio si quería que volviera a por ella o si necesitaba algo.

La posada parecía bastante acogedora desde fuera. Algunos de los huéspedes estaban descansando en la terraza. Vincent la estaba ayudando a sacar las cosas cuando el señor Capaul salió con un traje de esquí y una gran sonrisa.

—Vaya, parece que al final has decidido traerte un perro. —Sonrió y se agachó para acariciar a Buster, quien parecía disfrutar de las caricias.

—Mi padre insistió, aunque Buster parece ser más para una persona que se pase el día viendo la televisión en el sofá. No me servirá de perro guardián. Hola, por cierto. —Le tendió la mano y él la apretó con fuerza a modo de saludo.

—Me alegro de que ya estés aquí. El chef al que sustituirás sigue

aquí con nosotros, así que él te explicará cómo va todo. A partir de mañana, tú serás la responsable de todo esto. —Hizo un gesto englobando todo el recinto y se marchó de nuevo al restaurante.

—¿Tan pronto?

—¿No te ves preparada?

—Me asusta un poco, pero me las arreglaré. —Trató de sonar un poco más confiada de lo que realmente estaba.

—No te preocupes. Tienes a los camareros que pueden echarte una mano con cualquier duda. Lo único que no pueden hacer es cocinar.

Aunque era una posada antigua, la cocina estaba bien equipada, limpia y actualizada. El chef era un chico joven y agradable que no quería dejar la posada, pero su mujer estaba a punto de dar a luz a su primer hijo y no es que fuera el trabajo ideal en estas circunstancias. El señor Capaul se tuvo que marchar justo después de presentarle al equipo.

—Espero que todo vaya bien y que disfrutes.

—Gracias. No te defraudaré.

—Eso no me preocupa —dijo antes de emprender el camino de regreso al valle.

Cuando conoció al equipo, se relajó un poco más. Bárbara, una de las camareras, le mostró la habitación que había dejado libre el chef Martin. Jo dejó sus cosas dentro, se puso el uniforme y luego bajó con Buster. Le había llevado una cama para perros que colocó en el rincón más tranquilo del restaurante.

—Esos ojos tan tristes le dan un toque de dulzura —dijo Bárbara mientras dejaba una bandeja con vasos sucios en el mostrador—. ¿Cómo se llama?

—Buster. Es muy tranquilo, así que estoy segura de que no causará ningún problema.

—Eso parece. Los huéspedes lo van a adorar.

Jo lo acarició de nuevo, le dio una galleta y le ordenó:

—Quédate aquí.

—Puedes irte a la cocina tranquila. Nosotros lo vigilamos.

—Gracias.

Martin estaba probando la salsa para el especial del día mientras que Claudia, también camarera, servía la sopa en cuencos.

—Aquí estás. Estamos terminando el almuerzo y ahora te explico cómo va todo por aquí. Tú solo te encargas de cocinar. Luego, los chicos son los que se encargan de servirlo todo.

Martin le explicó que en la posada ofrecían comida sencilla y tradicional.

—A los esquiadores no les gusta la alta cocina. Patatas cocidas con salchichas, Schnitzel con patatas fritas, espaguetis a la boloñesa. Eso es lo que más triunfa aquí.

—Creo que puedo hacerlo sin problemas. ¿Para cuántas personas sueles cocinar?

—Depende. Si el tiempo está tan bueno como hoy, para cien o doscientas personas; si está lloviendo o nevando, unas cincuenta.

—¿Qué hay de los huéspedes que se quedan a pasar la noche?

—Lo normal suele ser que se queden los fines de semana, los días festivos o en temporada alta de esquí, desde finales de enero en adelante. Pero no suelen quedarse más de diez. Ahora que estamos a principios de invierno, lo normal es que pases las noches sola los días laborables. Por cierto, aquí arriba no hay línea móvil. Luego te enseño cómo funciona la radio.

—¿Cómo pedís provisiones si no tenéis línea?

—Por correo electrónico. Eso sí funciona a la perfección.

Cuando ya estaba anocheciendo, notó que le dolía la cabeza de todo

lo que había aprendido, pero también estaba más tranquila, ya que sabía que no iba a ser para nada complicado. Era un trabajo fácil, aunque también sacrificado.

Cuando los telesquíes dejaron de funcionar, el número de clientes fue disminuyendo y los camareros se marcharon a las cinco y media. Un poco más tarde, llegó Vincent con la máquina pisanieves para llevar a Martin con todo el equipaje al valle. Martin le estrechó la mano a Jo para despedirse y le dio su dirección de correo por si tenía más preguntas.

—Gracias, Martin, por habérmelo explicado todo tan bien. No suele ser lo normal.

—De nada. Estoy seguro de que te gustará el trabajo. El equipo es muy bueno y no vas a encontrar un lugar más hermoso para trabajar.

Ella sonrió y pensó con nostalgia en las Tierras Altas. Después, Vincent y Martin se adentraron en el valle y la dejaron sola con Buster. El pequeño ya se había hecho amigo de los huéspedes por la tarde. Cuando había salido un momento de la cocina, lo había visto dando vueltas en la terraza recibiendo caricias de los niños.

—Buster, creo que no estamos tan mal. ¿Qué opinas?

Él jadeó y ella podría haber jurado que estaba sonriendo. Se preparó un té en la cocina y repasó el menú del día siguiente. Había muchas provisiones para la semana y todo estaba bien planificado. No tendría que hacer ningún pedido hasta el final de la semana. Se abrigó bien y salió con su té y Buster a la terraza. Ya se había hecho de noche. Las estrellas brillaban en la noche clara pero bastante fría. Pensó en Duncan por primera vez en todo el día. Se preguntó qué estaría haciendo en ese momento. Probablemente estaba revisando si sus becarios habían vuelto a guardar todo el equipo. Sonrió al pensarlo. Pero entonces volvió a pensar en la foto de él y Audrey. Quizás había interrumpido su ronda de control para estar con ella, tal vez incluso en el invernadero. Molesta, se deshizo de ese pensamiento. No solo echaba de menos estar con Duncan, sino también a su amiga Heidi. Pero no se atrevió a contactar con ella. Seguramente le diría a Duncan dónde estaba y no quería hablar con

él, ni tampoco arriesgarse a que Nick fuera el que sufriera al final. Suspirando, volvió a entrar en la cálida posada y se fue a su habitación acompañada de Buster.

Duncan terminó el jardín de la amiga de Katherine antes de lo previsto tras descargar su ira con la azada para distraerse de sus pensamientos sombríos. Estaba contento de volver a casa y fue a dar un paseo por los jardines del Lochcarron Garden Estate con su perro Bandit para ver cómo avanzaba el trabajo. Se encontró con Seamus por el camino y este lo puso al día rápidamente.

—¿Y bien? ¿Cómo les va a tus vecinos del Brambleberry Cottage?

Seamus ya sabía a qué se refería Duncan.

—Les va bien, pero no tan bien como cuando Jo estaba por aquí. La cocinera sustituta hace lo que puede, pero le falta algo, le faltan el corazón y el alma de Jo a la hora de cocinar. Heidi y Tom vuelven este fin de semana, así que esperemos que con ellos mejore la situación. Marge está preocupadísima. —Seamus miró a su sobrino —. ¿Qué has hecho para que Jo haya desaparecido de la noche a la mañana?

—¡No he hecho nada, joder! —estalló Duncan—. No tengo ni idea de qué ha pasado. Pasó de decirme que su exnovio era un idiota a volver con él en un segundo. No entiendo nada. ¿Cómo nos ha podido hacer esto, sobre todo a Nick? Le retorcería el cuello ahora mismo.

Seamus lo miró preocupado.

—¿Tan mal le ha sentado a Nick?

—Deberías verlo. Fuimos a pescar a la cabaña el finde pasado. Estaba destrozado y se culpaba a sí mismo por lo que ha pasado.

—Tienes que hablar con ella.

—Pero si nadie sabe dónde está. Ni siquiera me coge el puto teléfono.

—Seguro que Heidi sabe algo más.

—Sí, eso es lo que pienso yo también. Hablaré con ella cuando vuelva de su luna de miel.

Pero Heidi no sabía nada más de lo que había dicho por teléfono.

—Pero vosotras habéis trabajado juntas y sois amigas, ¿no? ¿Cómo no vas a saber nada? —dijo enfurecido.

—Eh —le espetó Tom—. Si Heidi dice que no, es que no. Ella no tiene la culpa de que Jo se haya ido. Lo mismo deberías preguntarte qué has hecho para que mi cocinera, la única y la mejor que he tenido, haya desparecido.

—¿Por qué cojones me echáis todos la culpa a mí?

Heidi se interpuso entre los dos.

—Vamos a ver, Duncan, te entiendo perfectamente y me siento igual que tú. Yo también quiero saber dónde está para poder tener unas palabritas con ella. Primero me trae hasta aquí y ahora me deja sola en la cocina. Sé dónde vivía con su novio y todas esas cosas, pero ya he preguntado. Llevan mucho tiempo sin vivir allí y no me pueden dar la dirección por la protección de datos. Por desgracia, no sé dónde viven sus padres. Cuando dejó a su novio, se fue a vivir con ellos, pero solo nos vimos una vez y fue en un restaurante. Lo que ya no sé es si el restaurante está cerca de la casa de sus padres.

—Tendremos que averiguarlo. ¿Sus padres también son Müller?

—Sí, pero hay miles de personas que se apellidan así en Suiza.

Duncan le dio un puñetazo a la mesa del enfado. Heidi le puso la mano en el brazo con dulzura.

—Duncan, vamos a tener que esperar a que nos responda.

—¿Y si no lo hace?

Heidi notó lo desesperado que estaba.

—¿De verdad crees que será feliz con ese idiota?

A Heidi le conmovió que todavía le preocupara su felicidad a pesar de que lo hubiera dejado. Parecía que todavía la quería pese a que les hubiera roto el corazón tanto a él como a su hijo Nick.

—No lo sé, Duncan, pero no nos queda otra ahora mismo.

Duncan había llegado a un acuerdo con Nick para que terminara el año escolar en el internado. Mientras tanto, se encargó de hablar con los profesores de las distintas opciones que había de que Nick asistiera a un colegio público. Resultó que su hijo había progresado mucho, y los profesores pensaron que podía adaptarse a un colegio público si continuaba con la terapia de estudio y seguía esforzándose. Sin embargo, le recomendaron que no volviera al colegio en el que estuvo antes del internado porque podría tener algún conflicto. Era mejor empezar en otro colegio. Entonces, Duncan comenzó a buscar un colegio adecuado por la zona y encontró lo que buscaba en un municipio cercano. Después de un par de días de prueba, tanto Nick como la escuela decidieron que el niño podía seguir yendo a las clases. Iba a coger un autobús público para ir hasta allí, lo cual era un desafío que a su vez le daba a Nick un poco más de libertad.

Jo se había adaptado bien al nuevo entorno. Se llevaba tan bien con los empleados como con los conductores de las máquinas pisanieves, a quienes les gustaba almorzar en la posada en los descansos. Aunque Jo cocinaba menús simples, le encantaba innovar de vez en cuando y resultó que esto les gustó a algunos de los clientes. Jo celebró su cuadragésimo cumpleaños con Buster. No se lo había contado a nadie porque no tenía ganas de felicitaciones ni celebraciones. Sus padres le enviaron las felicitaciones por correo electrónico después de que unos días antes les hubiera pedido que no fueran a la montaña porque tenía mucho trabajo y no tenía tiempo para fiestas.

La Nochebuena estaba a la vuelta de la esquina y Vincent se había ofrecido a recogerla en la máquina pisanieves por la noche para que pudiera celebrarla con él y su familia y no tuviera que quedarse sola en la posada, pero a ella no le importaba. Disfrutaba de la tranquilidad de las montañas. Pero se le ocurrió algo para Año Nuevo y para el comienzo de la temporada alta. Pensó en que el

restaurante y el bar podrían estar abiertos más tiempo los viernes para poder organizar veladas acogedoras y románticas. Cenas a la luz de las antorchas en la nieve con música que también incitara a bailar. Y, después, las máquinas pisanieves podían recoger a los clientes y llevarlos de vuelta a eso de las diez y media. Vincent y su equipo estarían dispuestos a hacerlo por una tarifa adicional, y los camareros, también. Solo era cuestión de convencer al señor Capaul.

—Puedo preparar pequeños aperitivos. También podemos poner música animada u organizar un concierto en vivo.

—No sé —dudó el señor Capaul—. Eso parece muy ruidoso y me temo que podría ahuyentar a los esquiadores de travesía.

—No estamos hablando de una fiesta estilo Ibiza en la montaña, señor Capaul. Me refiero a algo tranquilo con música que invite a bailar, no a una fiesta tecno. Algo para románticos. También podemos ofrecer una cena romántica con velas.

—¿Y estás segura de que recuperaríamos el coste del transporte y el personal?

—Si mis cálculos no me fallan, así es.

—Vale, te daré un mes de prueba y, después, ya veremos.

Capítulo 18

Nick celebró la Nochebuena en casa del tío Seamus con su padre, Marge, Heidi y Tom. Fue una velada agradable, pero también un poco triste. Desde que Josy se había ido, su padre no era feliz. Y él tampoco es que estuviera para bromas. La extrañaba mucho y sabía que todo era por su culpa. Su padre lo había acostado hacía un rato, pero su conciencia culpable todavía lo mantenía despierto. También era debido a que se había pasado comiendo el pudin de chocolate que Marge había preparado y le pesaba demasiado en el estómago. Al no poder dormir, abrió en silencio la puerta y entró sin hacer ningún ruido en la habitación de su padre y se metió debajo de las sábanas. Pero la habitación estaba vacía, así que continuó por el pasillo y miró hacia abajo por las escaleras hacia el salón, donde había un gran árbol de Navidad que ambos habían talado en el bosque y decorado hacía unos días. Su padre estaba sentado en una silla con la cara entre las manos. Parecía tan solo y triste que Nick empezó a llorar.

—Es culpa mía, papá —gritó. Duncan se asombró cuando vio a su hijo bajando las escaleras corriendo y arrojándose a sus brazos. Nick estaba llorando de forma desconsolada, por lo que lo único que podía hacer era abrazarlo con fuerza. Le frotó la espalda con dulzura e intentó consolarlo. Cuando Nick se calmó un poco, lo sentó en el sillón y se agachó para ponerse a su altura—. ¿Qué es culpa tuya, grandullón?

—Yo tengo la culpa de que estés tan triste y de que Josy se haya ido. —Duncan le acarició la mejilla para secarle las lágrimas.

—Nick... —comenzó en voz baja, aunque apresurado—, ya te lo he explicado. No tienes nada que ver con esto. Esto son cosas de adultos y...

—Sí —lo interrumpió Nick con vehemencia—. La abuela le dijo a Josy que se encargaría de separarme de ti. Si Josy no se hubiera ido de inmediato, habrían pedido la custodia y tú y yo no nos

habríamos vuelto a ver.

Duncan miró a su hijo estupefacto.

—¿Qué has dicho? —Cayó en la cuenta de lo que estaba pensando Nick y lo atrajo con fuerza a sus brazos—. Nick, nadie, absolutamente nadie, podrá alejarte de mí otra vez. Eres mi hijo y eres parte de mí, nada lo cambiará. ¿Cuánto tiempo llevas con eso en la cabeza?

—Desde el fin de semana que se suponía que Josy me iba a recoger. La abuela envió al chófer para que me recogiera y me dijo que a Josy le había pasado algo. Cuando ya estaba en casa de los abuelos cambiándome para salir a montar, llegó un coche a la entrada. Quise bajar porque esperaba que fuera Josy, pero, cuando vi que estaba hablando con la abuela, me escondí arriba y me quedé escuchando.

En aquel momento, si Katherine hubiera estado presente, Duncan la habría estrangulado con sus propias manos.

—¿Y Josy se lo creyó?

—Al principio no, pero luego la abuela le dijo que ya lo había conseguido una vez porque conocía a personas poderosas. Sacó una foto y se la enseñó a Josy diciéndole que le serviría para convencer al jurado. Entonces, Josy firmó una carta y salió con el chófer de la abuela.

—¿Sabes de quién era la foto?

Nick asintió y salió corriendo por las escaleras hacia su habitación. Duncan se pasó la mano por el pelo. Todo comenzaba a tener sentido. Cuando Nick regresó, le dio la foto.

—Como parecía tan importante, la busqué en su despacho al día siguiente y me la llevé. Sé que estas cosas no se deben hacer, pero me daba miedo que nos volvieran a separar.

—Has hecho bien, Nick. Déjame ver.

Al ver la foto, casi vomitó la cena.

—¿Por qué le hiciste esto a Audrey? —preguntó Nick acusándolo—. ¿Y qué estabas haciendo?

Duncan miró más de cerca la foto y, como él sabía que no se había acostado con Audrey, reconoció enseguida las marcas del fotomontaje.

—¿Papá?

Duncan miró a su hijo y consideró durante un instante contarle la historia de la abeja y la flor, pero luego decidió ser claro con su hijo.

—A ver, Nick, cuando un hombre y una mujer quieren estar juntos porque se quieren, hacen lo que has visto en esta foto.

—Pero tú no quieres a Audrey, sino a Josy —intervino Nick confundido.

—Correcto, y por eso mismo este de la fotografía no soy yo. Si te fijas más de cerca, verás que la foto tiene algo extraño. La editaron con un ordenador y le añadieron mi cara. ¿Lo entiendes?

—Pero ¿por qué esta foto le serviría a la abuela en el juicio?

—Porque Audrey es mi aprendiz y no se debe hacer el amor con alguien que está bajo tu mando.

—No lo entiendo.

Duncan suspiró.

—No todo el mundo hace lo que estás viendo aquí de buena gana y por amor. A veces, y sobre todo las mujeres, se ven obligadas a hacerlo, y el tribunal podría interpretar que yo obligué a Audrey para no perder su puesto de aprendiz conmigo. Eso me habría hecho convertirme en un canalla que no podría estar al cargo de un niño.

—Entonces ¿he hecho bien en robarla?

—Y tan bien.

—¿Ya puede volver Josy?

—No lo sé, Nick, pero ahora ya sé lo que ha ocurrido, por lo que primero voy a tener unas palabritas con alguien y luego voy a buscar a Josy. Gracias por decírmelo. Has sido muy valiente.

Duncan agarró a Nick y se lo echó al hombro.

—Pero ahora te vas a la cama, héroe. —Nick chilló de alegría y sintió que el miedo a perder a su padre se disipaba poco a poco.

Duncan pasó la noche muy inquieto, dándole vueltas a la cabeza. Katherine había tramado todo aquello para separarlo de Josy, pero ¿de qué le servía? ¿Y de verdad Josy creía que había tenido algo con Audrey? De ser así, merecía el doble de crédito por tratar de proteger a Nick. Amaba con todas sus fuerzas a esa mujer a pesar de que había pasado semanas tratando de convencerse de lo contrario. Ahora que ya sabía la verdad, estaba dispuesto a mover cielo y tierra para encontrarla, pero primero tenía que ir a aclarar un par de cosas. Al día siguiente, Nick y él iban a casa de los Thornton, así que decidió presentarse allí solo y dejar a Nick con Seamus. Sin embargo, primero quiso hablar con Audrey para averiguar cuál era su papel en todo ese teatro.

Seamus se sorprendió cuando Duncan resumió en pocas palabras la noticia mientras dejaba a Nick en su casa.

—Katherine siempre ha sido una malvada —maldijo Seamus después de que Nick ya hubiera desaparecido dentro de la casa.

Al cabo de un momento, Duncan se encontraba llamando a la puerta de la casa de los padres de Audrey con la foto en la mano. Audrey estaba pasando las vacaciones con ellos y no volvería hasta enero al piso compartido. Su madre abrió la puerta y le dijo que Audrey estaba en el *pub*.

Cuando llegó al *pub*, se la encontró con Phil envolviendo su brazo alrededor de su cintura.

—Tengo que hablar contigo, Audrey.

Por su tono de voz, sabía que estaba enfadado, así que miró un poco

desesperada a su novio.

—¿No ves que está ocupada? —dijo Phil con rebeldía.

—Vale, Audrey, tú eliges: o sales y arreglamos esto de forma discreta o pongo la foto en cuestión aquí mismo en la mesa.

—Ahora vengo —le dijo Audrey a Phil.

—¿Seguro que no quieres que salga contigo?

—Sí, tranquilo.

Tras decir eso, siguió a Duncan afuera. Como estaba lloviendo a cántaros, se detuvieron bajo el toldo del *pub*.

—Ya sabes por lo que he venido, ¿verdad? —le preguntó sin rodeos.

—Me lo imagino. A ver, Duncan, lo siento mucho, pero me obligaron a hacerlo y te prometo que no sabía que tenía algo que ver contigo.

—No lo entiendo.

Audrey se encendió nerviosa un cigarro.

—Si te lo cuento todo, ¿me aseguras que no me quedaré sin trabajo?

—Si no abres la boca, me aseguraré de que te quedes sin trabajo —le dijo amenazándola.

—Vale, vale, ya veo que estoy de mierda hasta el cuello. Jane Douglas vino a verme un día y me exigió que me hiciera una foto haciéndolo con mi novio. Yo me negué, ya que me pareció algo muy pervertido, pero me amenazó con despedirme y con que se aseguraría de que no encontraría un puesto de aprendiz en ningún sitio de la zona. Firmó por escrito que no publicaría las fotos ni las subiría a internet, así que cedí. Pero no se lo conté a Phil porque me habría metido en problemas. Me he estado preguntando qué pasó con las fotos desde entonces. ¿Puedo verla?

Duncan metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y se la enseñó.

—Pero bueno. Aunque hacemos buena pareja —dijo sonriendo.

—Vamos a ver, Audrey, no me hace ninguna gracia. Han utilizado esta foto para intentar separarme de mi hijo y ya he perdido a mi novia por esto.

—Joder, lo siento mucho —dijo Audrey claramente consternada—. Pero te prometo que no sabía lo que iba a hacer Jane con las fotos. Si puedo ayudarte de alguna forma, dímelo.

Duncan asintió y volvió al coche sin decir ni una sola palabra más. ¿Qué coño tenía que ver Jane con toda esa historia? Giró la llave enfadado para arrancar el coche y aceleró hasta el Lochcarron Garden Estate, donde pensaba enfrentarse a la siguiente involucrada. Pero, antes de ir a ver a Jane, fue a su despacho para coger un bolígrafo y un papel. Unos minutos más tarde, llamó con fuerza a la puerta del apartamento de Jane.

—Vaya, Duncan, me alegro de verte. Feliz Navidad. —Hizo el intento de darle un beso en la mejilla, pero Duncan la apartó y entró al salón. A continuación, le tiró una carta que acababa de preparar en su despacho a la mesa. Ella la cogió y la leyó por encima—. ¿Vas a dimitir?

—Sí, y sin previo aviso. Y no intentes hacerme cambiar de idea.

—¿Qué ha pasado?

Tuvo el descaro de hacerse la despistada. Duncan tuvo que controlarse para no abalanzarse sobre ella. En cambio, volvió a meter la mano en el bolsillo de la chaqueta y sostuvo la foto frente a ella.

—Esto ha pasado.

—No deberías haberme mostrado esa foto. El sexo con empleados bajo tu cargo es asqueroso e ilegal, deberías saberlo.

Duncan había llegado al límite, así que la empujó contra la pared con violencia.

—Sabes muy bien quién ha manipulado esta foto y que no he hecho nada con Audrey. Cualquiera se daría cuenta de que es un montaje y, sobre todo, la Policía, que estará de acuerdo conmigo. Lo que a mí me interesa, querida... —dijo pronunciando esta última palabra con todo su odio—, ¿cómo te atreves a obligar a Audrey a hacer algo así?

—No puedes demostrar que he sido yo. Audrey no va a decir nada, estoy segura.

—Sabes muy bien que sí. Sé que Katherine Thornton es la cabecilla de todo esto, por lo que no voy a tomar medidas contra ti si confiesas ahora mismo por qué estabas involucrada.

Jane tragó saliva y pensó un momento.

—Vale, pero déjame respirar.

Duncan la soltó y dio un paso atrás.

—Desde que Jo Müller se hizo cargo de la cocina del Brambleberry Cottage, nuestros ingresos han bajado de forma considerable. Se lo conté a Katherine, que también tenía miedo de que Jo y tú os casarais y de que ella se fuera a quedar para siempre. A Katherine le preocupaba que a Nick lo criaran un jardinero y una cocinera, ya que es el heredero de los Thornton.

—Así que decidiste sin más preámbulos jugar con los sentimientos de otras personas. ¿Sabes cuánto ha sufrido mi hijo estas semanas atrás? Me da igual cómo nos sintamos Jo o yo porque somos adultos, pero él es un niño. ¡Me avergüenza haber trabajado aquí con alguien tan detestable como tú!

Tras decir aquello, se marchó de la habitación, cerrando la puerta al salir con un golpe.

Estaba demasiado alterado para conducir, así que bajó a la playa y gritó para soltar toda la ira que llevaba dentro. Estaba destapando a todas las partes involucradas en el juego poco a poco, pero de forma segura. Pero ¿y si no encontraba a Jo? Después de ir a ver a Katherine, decidió que iría a hablar con Heidi porque estaba seguro

de que tenía que haber alguna pista, pero primero tenía que ir a casa de su exsuegra.

Como de costumbre, el mayordomo le abrió la puerta y lo llevó a uno de los salones, donde se encontró con un ostentoso árbol de Navidad.

—Duncan, me alegro de verte. ¿Dónde está Nick? ¿Ya se ha ido a su habitación?

Katherine hizo el gesto de darle un beso en la mejilla por ser Navidad, pero él la detuvo y la apartó con los brazos extendidos.

—¿Dónde está William?

En ese momento, la puerta se abrió y entró el susodicho.

—Hola, Duncan, ¿ocurre algo? Pareces bastante alterado.

Duncan volvió a meterse la mano en el bolsillo de la chaqueta y le puso la foto en la nariz a William.

—Estoy alterado por esto mismo y por el hecho de que habéis intentado destruir mi vida y la de Nick con este montaje fotográfico.

—Duncan... —comenzó Katherine.

—No entiendo nada. ¿Qué tenemos que ver nosotros con tu vida sexual, Duncan? —dijo William un poco aturdido al devolverle a Duncan la foto.

Duncan miró confundido a William y Katherine.

—¿No sabías nada de esto?

—¿Qué es eso?

—Que tu esposa ha hecho que mi jefa chantajeara a mi aprendiz para hacerse una foto íntima con su novio y luego puso mi cara en la fotografía para también poder chantajear a Jo para que se fuera del país de inmediato, amenazándola con quitarme a Nick si no lo hacía. —Tuvo que parar para recuperar el aliento.

William miró a su esposa asombrado.

—¿Es cierto lo que dice Duncan, Katherine? ¿Has hecho eso de verdad?

—Solo ha sido por el bien de Nick y de Duncan. Es una simple cocinera. —Al ver la mirada fría de su esposo, añadió irritada—: ¡No podemos dejar que nuestra herencia pase a un joven que no ha aprendido un oficio decente y que habla como un paleto!

Duncan luchó por controlarse.

—¡Eres repugnante, Katherine! Y te diré más: si no recupero a Jo, no volverás a ver a Nick en tu vida. Te lo aseguro. Me has dado muchas razones para hacerlo, y cualquier tribunal estaría de mi lado.

—No lo conseguirás, Duncan. No subestimes mi poder. Tengo contactos en...

—¡Ya está bien, Katherine! —le espetó William como nunca había hecho—. Duncan tiene toda la razón. Lo que tú y esta tal Jane habéis hecho es algo muy repugnante e indigno de un Thornton. Si quieres tomar medidas contra Duncan, yo testificaría a su favor. ¡Vivimos en el siglo XXI, no en la Edad de Piedra, querida! No tenemos derecho a interferir en las vidas de Duncan y Nick.

—¡Él mató a nuestra hija! —les echó en cara a los dos.

—¡No lo hizo, y lo sabes tan bien como yo! Alice era una mocosa malcriada y temperamental que se enfadaba cuando las cosas no salían como ella quería. Fue un accidente causado por su arrebato de ira.

—¿Cómo te atreves...?

—¡Cállate! —Se volvió hacia Duncan—. Mira, chico, lo siento mucho. Si lo hubiera sabido, no lo habría tolerado. Espero que me creas. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte, dímelo.

—Gracias, William. Ahora lo que necesito es encontrar a Jo.

—Pero si ella no te ha dicho nada, ¿quién te ha contado lo de la foto y cómo la has conseguido? —preguntó Katherine con insistencia.

—Nick te estuvo escuchando mientras chantajeabas a Jo. Al día siguiente, se coló en tu despacho y se llevó la foto. Pensaba que era algo importante y tenía miedo de perderme. No te haces una idea de lo que ha sufrido estas semanas atrás. Creía que él tenía la culpa de todo esto.

Katherine apartó la mirada, avergonzada.

William colocó la mano sobre el hombro de Duncan para disculparse.

—Haremos lo que podamos para solucionar todo esto, ¿verdad, Katherine? —Miró a su esposa, pero esta no dijo nada.

—No importa, William.

Duncan les dio la espalda y salió de la casa.

Capítulo 19

En Suiza, Jo comenzó a preparar la velada de Nochevieja. Había impreso folletos que Vincent había repartido por los remontes y en el pueblo. Una Nochevieja para los más románticos. A la luz de las velas, iban a servir un menú de cinco platos. Más tarde, afuera, si no nevaba, pondrían música a un volumen bajo por los altavoces para que los clientes pudieran bailar bajo las estrellas. Vincent la miró con escepticismo cuando ella le sugirió eso porque lo más probable es que hiciera mucho frío afuera, pero la idea de pasarse la noche bien arropados con unas mantas fuera tenía cierto encanto. Servirían ponche caliente y repartirían mantas para las tumbonas. Jo ya había conseguido antorchas para clavarlas en la nieve y así poder iluminar la terraza con un cálido resplandor. También iban a encender una gran hoguera al lado de la cabaña. Y a medianoche, podrían disfrutar con una copa de champán de los coloridos fuegos artificiales que se dispararían abajo en el valle. No planeó comprar fuegos artificiales para la velada porque hacían demasiado ruido y le pareció que no encajaba muy bien con la montaña. Sobre la una de la madrugada sería cuando los conductores de las máquinas pisanieves llevarían a los clientes a la calle más cercana desde donde iban a bajar al valle en carruajes tirados por caballos. Jo suspiró solo de pensar en la Nochevieja que había planeado. Iba a ser algo precioso. Y parecía que muchas personas pensaron igual que ella, porque, en solo cuatro días, se acabaron todas las reservas. No es que se fueran a hacer ricos porque se habían gastado mucho al organizar todo, pero sí que se correría la voz y las cenas románticas más sencillas en otras épocas irían a la perfección.

Y tenía razón: fue una velada fantástica tanto para los clientes como para el personal. Todo iba como un reloj hasta que un invitado que había bebido más de la cuenta quiso subir a una de las habitaciones con su pareja. Jo los vio a los dos por el rabillo del ojo y los llamó.

—¿Adónde se dirigen?

—No necesitamos espectadores, cariño —balbuceó el borracho.

—Las habitaciones están todas ocupadas. Debo pedirles que vuelvan abajo.

El hombre empezó a juguetear con la camisa de su novia en las escaleras y le dio un beso con lengua que repugnó a Jo.

—Si no bajan ahora mismo...

—¿Qué vas a hacer, cielo? ¿Quieres apartarme de ella o quieres unirte a nosotros?

Vincent se colocó detrás de Jo y la empujó a un lado con suavidad, pero con firmeza.

—Señor, la jefa le ha pedido con amabilidad que baje y no moleste a los huéspedes. Si no lo hace...

No pudo seguir porque el tipo comenzó a vomitar de repente. Su novia chilló y corrió escaleras abajo.

—¡Perrrrrrfecto! —Vincent no dudó y dio un par de zancadas hacia él—. Vente conmigo. Volviéndose hacia Jo, continuó—: Voy a llevarlos al valle y ahora vuelvo. ¿Te parece?

Jo suspiró.

—Por supuesto. Luego, volvió a la cocina y cogió un cubo, artículos de limpieza, guantes de goma y un ambientador para tapar el mal olor del vómito. Disgustada, se puso manos a la obra y decidió que prestaría más atención al consumo de alcohol de los clientes a partir de ese día. Acababa de terminar de limpiar cuando comenzó a oír gritos de asombro en la terraza. Parecía que el Año Nuevo había llegado y los clientes estaban maravillados con los fuegos artificiales. Cuando salió, Bárbara le dio una copa de champán.

—Feliz año, Jo. —Brindaron y Jo se preguntó qué le depararía el Año Nuevo. ¿Podría superar lo de Escocia? ¿Sería capaz de olvidar a Duncan y a Nick y dejar de sufrir? ¿Sería capaz de pagar la deuda? Respiró hondo.

—Pareces preocupada, jefa. —Vincent se había acercado por detrás. Ella sonrió, cogió una copa de champán de la barra que habían improvisado y se la dio—. No es para tanto. Feliz año a ti también. ¿Has dejado a aquel idiota en el pueblo?

—Sí, iba con muy mala cara cuando salió. Después, su novia llamó a un taxi. Pobre taxista. Seguro que vomita en el taxi también.

Jo sonrió.

—Deberemos tener más cuidado con la cantidad de alcohol que les damos a los clientes. Gracias por tu ayuda, Vincent. Llegaste en el momento justo.

Alrededor de la una en punto, los compañeros de Vincent aparecieron con sus máquinas pisanieves y llevaron a los clientes de vuelta al pueblo mientras los camareros y Jo limpiaban. Por último, volvieron a pasar para llevarse al personal.

Jo volvió a quedarse sola con Buster y con los pocos esquiadores de travesía que querían pasar el Año Nuevo en la montaña y a los que aún les quedaba un poco de recorrido al día siguiente. Para Jo, eso significaba volver a levantarse temprano y preparar el desayuno. La vida en la posada no es que fuera un cuento de hadas, pero al menos la distraía de malos pensamientos y le daba un buen sueldo. El señor Capaul le había prometido que le daría una parte de las veladas románticas. Después de todo, había sido idea suya y también estaba trabajando más horas de lo acordado. En realidad, era una paradoja que Jo ganara dinero extra con veladas románticas, ella que seguía dándose de bruces con el romance y el amor. Cansada a más no poder, se metió en la cama con Buster a los pies y se durmió de inmediato.

Nick se despidió de su padre con un abrazo.

—La vas a traer de vuelta, ¿verdad, papá?

Duncan se arrodilló frente a su hijo y le alborotó el pelo.

—Haré todo lo que pueda, pero primero tengo que encontrarla. Pórtate bien con el tío Seamus, ¿vale? Cuento contigo.

—Sí, ya no soy un bebé.

Duncan sonrió y lo abrazó por última vez.

—Es verdad. Ya no lo eres. Hasta pronto, grandullón.

Le dio una palmada a Seamus en el hombro para despedirse de él y luego se subió al taxi que lo llevó al aeropuerto. La noche anterior había debatido con Tom y Heidi la forma en la que llevaría a cabo la búsqueda. En la guía telefónica habían encontrado más de mil setecientas entradas por el apellido Müller solo en la ciudad de Zúrich. Comenzaría la búsqueda por el restaurante donde Heidi y Jo habían quedado la primavera anterior. Heidi le había enseñado a preguntar en alemán por si alguien no sabía hablar inglés, pero, si le respondían en alemán, no iba a entenderlo. ¡Empezamos bien!

Aun así, tenía que encontrar a Jo como fuera, aunque tuviera que llamar a todos los timbres de Zúrich. Tom le había reservado una habitación de lujo en su hotel de cinco estrellas de Zúrich, el cual se encontraba en un lugar exclusivo sobre el lago de la ciudad.

Primero trató de llamar a todos los Müller de la lista por teléfono, pero, al no saber alemán, le resultó más difícil de lo que pensaba, así que fue a pie a todas y cada una de las casas que tenía en la lista. Cinco días después, seguía sin dar con ella. Nadie conocía ni a Jo ni a sus padres. Ya había ido a las casas de todos los Müller en un radio de tres kilómetros donde se encontraba el restaurante. Se tumbó agotado en la suave cama de la habitación del hotel y miró al techo, donde vislumbró los ojos verdes de Jo frente a él.

—¿Dónde estás, Josy? —De repente, le sonó el teléfono en el bolsillo—. ¿Diga? —respondió.

—Hola, papá.

—¿Nick? Me alegra oír tu voz. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. ¿Y tú? ¿Has encontrado a Josy?

Duncan se pasó una mano por el pelo y respiró hondo.

—No, por desgracia no, pero no me doy por vencido.

—El abuelo está aquí en casa de Seamus; ha venido a verte.

—¿William está ahí?

—Sí, se va a quedar a dormir en el Brambleberry.

—¿Y Katherine? ¿Está contigo también?

—No, la abuela se ha quedado en casa. ¿Puedo pasarte al abuelo? Quiere hablar contigo.

—Pues claro. Cuídate, grandullón.

—Lo haré. Adiós. Y le dio el teléfono a William.

—Hola, Duncan.

—William, ¿qué haces en casa de Seamus?

—He venido a buscarte. A ver, voy a ir directo al grano. Te dije que intentaría compensarte, así que le pedí a mi detective privado que buscara a Jo.

Duncan se quedó asombrado. No se lo esperaba.

—Gracias, William. Cualquier ayuda es buena. La búsqueda está resultando más difícil de lo que esperaba.

—Es lo mínimo que puedo hacer. No me parece nada bien lo que ha hecho Katherine, espero que lo sepas, pero lo que estoy tratando de decirte es que el detective ha encontrado una pista. Jo está trabajando para el señor Capaul, dueño de varios restaurantes y posadas en la montaña. Por desgracia, mi hombre no ha podido ponerse en contacto con él porque el señor Capaul está de viaje, pero supone que regresará mañana, así que podremos averiguar dónde está trabajando Jo. Mientras tanto, el detective ha encontrado la dirección de los padres de Jo y Tom me ha dicho que lo mismo querrías saberlo.

—William, no sé cómo agradecértelo.

—Te lo debíamos, muchacho —lo interrumpió William con

sinceridad—. Como ya te he dicho, lamento mucho todo esto. —Luego, le dio a Duncan la dirección, que en realidad estaba cerca del restaurante donde Heidi se había visto por última vez con Jo. Sin embargo, los padres de Josy no figuraban en la guía telefónica y por eso Duncan no pudo encontrarlos. Como ya estaba cayendo la noche, decidió no ir hasta el día siguiente, aunque le costó esperar.

Capítulo 20

Jo quedó satisfecha con su trabajo y el del equipo porque las dos siguientes veladas románticas fueron un verdadero éxito. Estaban completos hasta mediados de febrero. La noche anterior, uno de los clientes incluso le propuso matrimonio a su novia y el equipo estuvo encantado de seguirle el juego. Para celebrarlo, Jo les regaló una botella de champán. Jo sonreía, preguntándose qué ocurriría la próxima noche. Gian, el único hombre del equipo, acababa de entrar desde la terraza con una bandeja llena de vasos.

—Qué buen tiempo hace. Si sigue así, mañana volveremos a ver las estrellas. Justo lo que necesitamos.

Jo se alegró de que el equipo también estuviera tan entusiasmado con esos eventos como ella. Desde la noche anterior, incluso se habían puesto de acuerdo para vestirse más acordes a la ocasión. Todos iban de negro y casi ni los veían a la luz de las velas.

—Hay mucha gente en el pueblo hablando sobre lo que estamos haciendo aquí —dijo Claudia—. Dicen que es una locura.

Jo se rio.

—Sí, pero funciona. Eso es lo que importa. Voy a volver a la cocina.

El clima se mantuvo tal y como antojaba el día anterior, pero parecía que iba a empezar a nevar temprano por la noche, lo cual preocupó a Jo.

—Son solo unos pocos copos de nieve —dijo Vincent para tratar de calmarla mientras le llevaba los productos que había pedido—. Eso le dará a la velada un toque extra.

—Sí, pero ¿podrás llevar a la gente de forma segura al valle?

—Somos profesionales, mujer. Por algo nos llaman los pisanieves.

Aplastamos la nieve para crear nuestra propia pista.

Jo cogió una de las lechugas de la caja para comprobar si estaba fresca y quedó satisfecha tras la comprobación.

—Una cosa, Jo... —empezó Vincent con cautela—. ¿Hay alguna posibilidad de conseguirle a mi esposa una mesa esta noche?

Jo sonrió.

—¿Quieres una cena romántica? ¿A qué se debe todo esto?

Vincent se sonrojó un poco.

—Mañana es nuestro primer aniversario de bodas y he pensado que sería una buena forma de celebrarlo. Aunque sé que está todo lleno.

—En realidad, estamos completos. —Jo vio la cara de decepción de Vincent—. Pero siempre puedo hacerles un hueco a mi conductor favorito y a su esposa. Pondremos otra mesa en el comedor. —Vincent le dio un abrazo y un beso en la mejilla de forma espontánea. Ella se rio y le dijo que se guardara los cariños para su esposa. Luego, fue a la cocina para guardar los suministros y comenzar los preparativos para la noche.

A última hora de la tarde, miró por la ventana y vio los primeros copos de nieve bailando en el cielo. Parecía mágico. Los esquiadores se pasaron al interior de la posada y el ruido aumentó de forma significativa. No hubo más silencio hasta alrededor de las cinco en punto. Solo se oía al personal corriendo afuera y preparando las mesas para después por la noche. Los pisanieves llevarían a los clientes a la montaña a las siete. Alguien había puesto un CD en el equipo de música y Jo comenzó a tararear las canciones al ritmo de la música pop. Estaba probando la salsa para el pescado cuando entró Bárbara.

—Un cliente quiere hablar contigo, Jo.

—Creía que se habían ido todos. ¿No te puedes encargar tú? No tengo tiempo para esto ahora.

—Lo he intentado, pero dice que quiere hablar contigo.

Bárbara se fue. Poco después, sonó una nueva canción, una que Jo se sabía bien. No esperaba volver a escuchar la canción sobre Escocia y menos allí en las montañas de los Grisones. Y, de repente, se dio cuenta de quién era el cliente que preguntaba por ella. Sus manos comenzaron a temblar. ¿Debía salir? ¿Y entonces qué? Pondría en peligro la felicidad de Nick y, de todos modos, tampoco quería verlo después de enterarse de que la había engañado con su aprendiz. Había hecho algo repugnante. Los pensamientos se amontonaron en su cabeza cuando la puerta de la cocina se abrió detrás de ella y oyó la voz que había echado de menos durante tanto tiempo, aunque no quisiera admitirlo.

—¡Josy! —Duncan no avanzó más porque a Jo se le había caído la cuchara de la mano y salió corriendo por la puerta trasera a la nieve. Por un momento, se quedó un poco aturdido, pero luego la siguió.

—¡Jo, maldita sea! —gritó tratando de correr con todas sus fuerzas tras ella con las toscas botas de esquí que llevaba puestas. Jo tampoco es que pudiera correr muy bien con los zuecos de cocina debido a la gran cantidad de nieve. No paraba de llorar, estaba muy confundida. ¿Por qué había aparecido de repente allí? ¿A qué venía eso? ¿Por qué estaba poniendo en peligro a Nick? Bueno, él ni siquiera sabía que la custodia estaba en juego. Pero ¿por qué estaba allí si estaba con Audrey...?

Tras un rato, Duncan la agarró del brazo y tiró de ella con tanta fuerza que cayó a la nieve con un grito de dolor.

—Lo siento. ¿Te he hecho daño? Pero ¿por qué estás huyendo de mí? ¿Sabes cuánto tiempo llevo buscándote?

—¡No deberías estar aquí, Duncan! ¡Te van a quitar a Nick! —sollozó con la voz temblorosa. Estaba helada y la nieve se le había pegado a la ropa. Los copos blancos se arremolinaron a su alrededor como si trataran de reflejar su estado mental interno.

—¿Necesitas ayuda, Jo? —gritó Gian desde la puerta de la cocina.

—No, está bien —respondió Duncan por ella. No necesitaba un intérprete para imaginarse que sus compañeros estaban

preocupados por ella al ver que un cliente la estaba persiguiendo por la nieve.

—Prefiero que me lo diga ella. Jo, ¿estás bien?

—Sí —dijo con voz ronca.

—Pues será mejor que te ocupes de la salsa si no quieres que se queme —gritó Bárbara detrás de ellos.

Jo le tendió la mano a Duncan.

—Levántame, por favor. —Duncan lo hizo, pero, al hacerlo, la acercó más de lo necesario. Intentó besarla, pero ella apartó la cabeza—. Estoy trabajando, Duncan. Vete, por favor.

Enfadada, se secó las lágrimas de la cara. Luego, alzó la barbilla con orgullo y, con la poca dignidad que pudo sacar, pasó junto a él a través de la nieve y volvió a la posada. Había perdido uno de los zuecos en la nieve, así que iba cojeando.

Duncan la agarró por detrás. Antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba haciendo, la levantó y se la echó al hombro.

—¿Qué estás haciendo, idiota? —dijo mientras le daba golpes en la espalda.

—Para o te tiro a la nieve —la amenazó riéndose.

—Pues bájame.

—Cállate ya. Has perdido un zapato. —Mientras la dejaba en la cocina, le cogió la cara con ambas manos—. Mira, te voy a dejar trabajar ahora, pero luego tenemos que hablar.

Ella asintió, pero sabía que no iba a poder parar de pensar que él estaba allí al lado. En el interior, le pidió a Bárbara que lo llevara a su habitación, donde podía esperar a que terminara todo el ajetreo. Mientras tanto, sacó de una alacena un par de zapatillas que les solían prestar a los invitados y luego volvió a ponerse con la salsa. Cuando Bárbara volvió a la cocina, se acercó a Jo.

—¿Es él?

—¿Quién?

—El tipo de allí arriba. ¿Viniste aquí por él?

—¿Por qué iba a tener él la culpa? Será mejor que empieces a servir la sopa en los platos. Los pisanieves están aquí ya. Gian, ¿has encendido las velas? Y que alguien cambie esa mierda de música. Por Dios. Me estoy volviendo loca aquí.

—Ya voy, jefa. Tranquilidad.

Gian y Bárbara se intercambiaron una mirada, ya que nunca habían visto así a Jo. Pero, cuando comenzó todo el ajetreo, no tuvo ni tiempo de pensar en el invitado que tenía arriba. Entre el plato principal y el postre, Jo salió al comedor a saludar a todo el mundo en persona. Vincent le presentó a su esposa y Jo se sentó un momento con ellos a charlar. Tenía que hacer todo lo posible para concentrarse en la conversación, pero la esposa de Vincent parecía muy agradable. Hacían buena pareja. Luego, llegó el momento de volver a la cocina para preparar el postre. Ayudó a su equipo a servir el *mousse* de chocolate con forma de corazón que había preparado. Cuando sirvió los últimos platos, vislumbró a alguien observándola desde la oscuridad de la escalera. Casi se le cayó el dulce cargamento que llevaba en las manos. ¿Este hombre nunca podía hacer lo que le pedía? ¿No podía esperar en la habitación y dejarla que trabajara tranquila? Tan pronto como pudo, volvió a la cocina y comenzó a limpiar. Cuando el equipo sirvió el champán y encendió la música para bailar, Jo salió a ayudarlos. No esperaba que les fuera a gustar tanto la canción escocesa, pero ya la habían añadido a la lista de reproducción.

—Baila conmigo —dijo Duncan de repente detrás de ella.

—¿Cómo quieres bailar con esos esquís...? —Miró hacia abajo, pero notó enseguida que alguien también le había dado unas zapatillas —. Ah —fue todo lo que pudo decir. Sorprendida, dejó que la cogiera en brazos y le diera la vuelta con suavidad al compás de la música.

—Sé que querías que esperara en la habitación... —se disculpó—. Pero no podía quedarme allí más tiempo sabiendo que estabas aquí abajo. Jo, te he echado mucho de menos. —Su mano recorrió la espalda de Jo y la acercó más a él.

No quería causar revuelo entre la gente, aunque sabía que sus compañeros ya la estaban observando. Ella le dio un leve empujón.

—Quieto. No estamos solos aquí.

—Pues vamos arriba.

La idea de estar a solas con él en su pequeña habitación no la convenció del todo.

—¿No te atreves? —se burló de ella.

—Me atrevo, pero no confío en ti.

—No te he engañado con Audrey. —El tema sí que se estaba volviendo demasiado delicado como para hablarlo en público. Se lo llevó de allí y, de camino a la cocina, le pidió a Gian que se encargara de controlar la situación.

—Sin problemas, jefa. Tómate tu tiempo.

—Y no me mires con esa sonrisa —le susurró ella, pero con eso solo consiguió que la boca de Gian se abriera aún más.

Jo arrastró a Duncan detrás de ella a una habitación mal ventilada donde los huéspedes dejaban las botas y los esquís. Estaba segura de que allí dentro no intentaría nada extraño solo por el olor.

—Escucha —empezó Jo—, me importa un carajo lo que estés o hayas estado haciendo con Audrey o cualquier otra persona. Lo único que me importa es el bienestar de Nick... —Quiso seguir, pero él la detuvo.

—Lo sé, Josy, y eso solo hace que te quiera aún más, pero no tienes por qué preocuparte porque no voy a perder la custodia de Nick porque sigamos juntos.

—Pero Katherine... —De nuevo, la interrumpió, pasando el pulgar sobre sus hermosos labios para silenciarla.

—Katherine no puede controlarnos, aunque ella te diga que sí.

—Duncan, pero si ya te quitó a Nick una vez.

—Entonces era joven y estúpido. Ahora tengo algunos amigos influyentes que me echarían una mano en caso de necesitarla. Pero no hará falta. Lo que hizo el otro día con el fotomontaje de Audrey y mío... —Al ver su cara de asombro, dijo—: Sí, fue un montaje, y me duele que de verdad pensaras que me había aprovechado de mi aprendiz de esa manera.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Duncan le volvió a agarrar la cara con las manos y la besó con todo el amor que había estado reprimiendo. Esta vez sí que se lo permitió. Estuvo a punto de derretirse.

—Estamos todos esperándote en Escocia: Marge, Heidi, Tom, Seamus, pero sobre todo Nick y yo. Te necesitamos, Josy —susurró contra su boca. Ella se aferró a él para asegurarse de que no estaba soñando.

Jo se olvidó de todo lo que la rodeaba mientras exploraba su boca hasta que oyó el ruido de una puerta en alguna parte y se dio cuenta de dónde estaba de nuevo. Se apartó con suavidad de él mientras Duncan metía la mano en el bolsillo y sacaba una hoja de papel.

—Esto me lo ha dado Nick para ti.

Jo desdobló el papel y en la luz difusa pudo ver varios corazoncitos pintados. Encima de ellos, leyó un mensaje con letra infantil: «Te quiero, Josy. Vuelve, por favor». A Jo se le hizo un nudo en la garganta.

—Lo ha pasado muy mal. Se culpó a sí mismo por lo que había ocurrido.

—¿Por qué? —preguntó ella estupefacta—. Espero que lo hayas convencido de que no ha sido así.

—Lo intenté, pero os había escuchado a Katherine y a ti hablando. Después, estaba tan asustado de que Katherine cumpliera su amenaza de separarme de él que no dijo nada. Incluso robó la foto de su despacho.

Jo sonrió.

—¿En serio?

—Sí, pero no me dijo nada hasta Nochebuena. Noté que estaba un poco deprimido, pero pensé que sería algo del colegio y yo tampoco es que estuviera para pensar en muchas cosas. Me volví loco al pensar que de verdad habías vuelto con ese idiota después de todo lo que habíamos pasado juntos y encima sin decirme nada. —Le acarició la mejilla con ternura—. Pensé que eras una perra que había pisoteado mis sentimientos y los de Nick. Lo único que quería era estrangularte.

Duncan recorrió el cuello de Jo con la boca para que supiera a qué se estaba refiriendo y para su satisfacción notó que el pulso de Jo se había acelerado bajo sus labios. La puerta volvió a chirriar y esta vez se separó de Duncan para abrir la puerta y dejar pasar a Buster, quien comenzó a oler a aquel extraño de inmediato.

—Te presento a Buster, mi nuevo amigo.

Duncan le sonrió.

—Un poco peludo tu nuevo amigo, pero muy simpático.

—Duncan, tengo que terminar de trabajar. Después seguimos hablando, cuando los clientes se hayan ido. Todavía tengo que recoger la cocina.

—¿Puedo ayudarte?

Se lo pensó por un momento, pero luego se lo llevó a la cocina con ella.

—¿Tienes hambre?

—Sí, pero no me refería a eso cuando te he dicho que si podía

ayudarte.

Ella le sonrió haciendo que su corazón diera un vuelco por un momento.

—Antes de explotarte, quiero que te alimentes bien.

Entonces, sacó una buena porción de la comida que había sobrado en un plato y lo colocó en la mesa de la cocina para que fuera comiendo mientras ella atendía a los clientes afuera. Media hora después, llegaron los pisanieves para recogerlos. Vincent volvió a darle las gracias por la agradable velada que había pasado con su esposa.

—Parece que tú también tienes planes esta noche, Jo —dijo riéndose entre dientes, refiriéndose a Duncan.

—Eso aún está por ver. Hasta mañana. Que paséis una buena noche.

Se quedó observando cómo las máquinas pisanieves desaparecían a lo lejos haciendo mucho ruido. Luego, limpió el comedor y la cocina junto con el equipo y Duncan antes de que otra máquina pisanieves llevara al personal al valle. Tan pronto como el vehículo estuvo fuera de la vista, Duncan tiró de ella para acercarla a él.

—Por fin. Pensé que nunca se irían.

—Tenemos dos huéspedes arriba, Duncan. Pórtate bien.

—¿Qué dices?

—Dos esquiadores que no bajarán hasta mañana.

—¿Y siempre te quedas aquí sola con extraños?

—Tengo a Buster para protegerme.

Duncan sonrió.

—Ah, sí, un perro de presa aterrador.

—No digas eso. Vas a herir sus sentimientos. —Jo metió la mano en

su grueso suéter.

—¿Tú también me has echado de menos? —susurró Duncan colocando su frente sobre la de ella.

—Sí, aunque quería odiarte por engañarme con Audrey.

Duncan comenzó a desabrocharle la chaqueta de cocinera poco a poco, pero Jo le apartó la mano.

—Aquí no. Sígueme.

Lo condujo de vuelta a su habitación, seguida por Buster, quien, para su sorpresa, tuvo que quedarse fuera por primera vez. Aun así, Jo le había dado un hueso, lo cual servía como buena compensación. Adentro, comenzaron a sucederse besos apasionados, suspiros suaves, palabras tiernas, respiraciones aceleradas y gemidos lujuriosos. Duncan exploró cada centímetro de su piel, la cual olía tan bien como recordaba. Cuando ya no pudo soportarlo más, Duncan comenzó a hacerle el amor. De repente, se había olvidado del resto de huéspedes. Lo único que le importaba eran ellos dos.

—No vuelvas a dejarme —le exigió mientras ella yacía sobre él sin aliento, pero rebosando felicidad.

—Puede que tengamos que estar separados un tiempo —suspiró.

La mano de Duncan acarició con suavidad la espalda de Jo, provocando una agradable sensación de hormigueo.

—Ni lo pienses.

—Duncan, tengo un contrato aquí y mi ex me ha metido en problemas.

Le dio la vuelta y la miró preocupado a los ojos bajo la tenue luz de la lámpara de la mesita de noche.

—¿De qué estás hablando?

—Markus destrozó nuestro apartamento cuando me fui y se marchó

sin dejar rastro, así que ahora tengo una montaña de deudas.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Ochenta mil francos suizos.

Duncan lo convirtió en libras y la miró incrédulo.

—¿Cómo se puede destrozar tanto un apartamento?

—No me preguntes, pero tuve que aceptar este trabajo porque me pagan muy bien. Con el dinero que gane aquí, debería poder pagar un tercio de la deuda a final de temporada, pero, si te soy sincera, no sé cómo voy a pagar el resto. De hecho, le iba a preguntar al señor Capaul, el dueño de la posada, si también podía encargarme de la temporada de verano...

—No, no puedes hacerlo —la interrumpió Duncan con vehemencia mientras se sentaba—. No voy a volver a Escocia sin ti. Yo pagaré la deuda.

—Eso es problema mío, Duncan. Tú no tienes nada que ver.

—Si por culpa de eso tienes que quedarte aquí, entonces también es problema mío. Quiero que te vengas a casa conmigo, que nos casemos y que podamos vivir felices para siempre.

—¿Eso ha sido una propuesta de matrimonio?

—No, no es una propuesta, sino una declaración de hechos. Vas a casarte conmigo y a vivir conmigo y con Nick.

Jo se rio. Demasiadas cosas en una sola noche.

—Ah, vale. Pues te diré algo. El tipo que quiera que me case con él me lo tendrá que pedir como es debido, no afirmándolo entre sábanas arrugadas. Y sobre la deuda, ya se me ocurrirá algo. En cualquier caso, no vas a pagar porque haya estado saliendo con ese malnacido.

Duncan parecía un poco triste después de lo que le acababa de decir.

—Tienes razón, te mereces una propuesta de matrimonio en condiciones. Cuánto me alegro de haberte encontrado.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Jo con curiosidad, acercándose un poco más para evitar caerse de la estrecha cama y dejar de disfrutar de su calor corporal.

Duncan la rodeó con el brazo y comenzó a contarle cómo había rastreado las calles de Zúrich para encontrarla.

—¿Ibas tocando el timbre y preguntando por mí? ¿Cómo lo has hecho si no sabes alemán?

—Heidi me enseñó un poco para que pudiera pronunciar la frase de una forma medianamente comprensible. El problema era que no entendía las respuestas.

Jo se rio al imaginárselo.

—A mí no me hizo gracia, Jo.

Ella se mordió el labio para reprimir la risa.

—Un poco sí.

—Algunas han sido situaciones un tanto absurdas. Una de las veces, una anciana me invitó a entrar en su casa, y yo pensé que era tu abuela. Me dijo que me sentara en la mesa de la cocina. Luego, apareció con un café y un álbum de fotos. Yo pensé que me iba a hablar de tu infancia, pero mencionó todo tipo de nombres menos el de Josephine. Entonces, llegó el momento en el que me di cuenta de que la mujer no te conocía, sino que simplemente quería hablar con alguien.

Al imaginarse a Duncan sentado en la mesa y la mujer balbuceando, Jo no pudo evitar reírse.

—Tardé más de una hora en salir de allí porque no quería herir los sentimientos de aquella anciana.

Ella le dio un beso en la mejilla.

—No sabía que eras tan caballeroso. Lo has estado ocultando muy bien hasta ahora. Bueno, ¿cómo me encontraste entonces?

—William se sintió muy mal. Le preocupaba mucho que el comportamiento de Katherine provocara que no volviera a ver a Nick más, así que le pidió a su detective privado que te buscara. Este descubrió que trabajabas para el tal Capaul, pero no sabía dónde exactamente porque no pudo hablar con tu jefe. Lo que sí que pudo hacer fue darme la dirección de tus padres, así que a la mañana siguiente me presenté en tu casa.

Jo sonrió.

—Me hubiera encantado estar allí. Mis padres tampoco saben hablar inglés. ¿Te dejaron pasar?

—Sí, aunque tu padre no tenía muy buena cara. Diría que quería darme un puñetazo. Para no correr riesgos, llamé de inmediato a Heidi al teléfono y, en cuanto respondió a la llamada, le di el teléfono a tu madre para que se lo explicara todo. Fue entonces cuando tu madre me sonrió. Por cierto, tienes la misma sonrisa que ella. ¿Lo sabías?

Jo sonrió y le pasó la mano con ternura por el vello de su pecho.

—Sí, y el temperamento de mi padre, así que mejor que tengas cuidado.

—Tu madre me invitó a pasar y me preparó té. Luego, me anotó la dirección de la posada, pero tu padre lo cogió primero y me dijo algo en alemán que no entendí. Parecía que me estaba amenazando y diciéndome algo como «ni se te ocurra hacerle daño» o algo así. Luego, me dio la dirección, me dio un golpe en el hombro y salió de allí.

Jo sonrió.

—Qué mono.

—A ti te parecerá mono, pero yo me cagué de miedo —dijo Duncan —. De todos modos, aquí estoy y no me iré hasta que no te vengas conmigo.

—No puedes hacer eso. Tienes un trabajo y tienes a Nick.

—Ya no tengo trabajo, estoy en paro.

—¿Cómo?

—He dimitido porque la perra de Jane también estaba involucrada. Obligó a Audrey a hacerse una foto haciendo el amor con su novio.

—No me lo puedo creer.

—Eras demasiada competencia para ella. Al parecer, sus huéspedes habían cambiado de restaurante. Al no poder permitir que eso sucediera, tramó un plan con Katherine para deshacerse de ti lo antes posible.

—Pero tienes que volver por Nick, Duncan, él te necesita.

—Sí, y también te necesita a ti, así que ¿cuándo vas a volver a Escocia?

—Hoy no. Tengo otros planes. —Se levantó sobre él con una mirada pícara y comenzó a dejar un rastro de besos calientes desde su cuello hacia abajo con su boca. Él sabía muy bien lo que estaba tramando y, dadas las circunstancias, estaba demasiado contento como para impedir que no lo distrajera del problema real. Ninguno de los dos durmió mucho esa noche. Hicieron el amor y hablaron hasta la madrugada. Al rato de quedarse dormidos, sonó el despertador sin piedad alguna. Duncan trató de arrastrarla de vuelta a la cama, pero no pudo sostenerla.

—Tengo que levantarme, Duncan. Los huéspedes querrán desayunar. Si quieres ayudarme, vístete y quita la nieve del patio.

—Pues sí que eres una verdadera explotadora.

Ella se rio.

—No creo que seas el más indicado para decir eso, señor Scary Man.

Mientras Jo y su equipo alimentaban a los pocos esquiadores que se

dirigían a la posada en aquel día nublado, Duncan fue esquiando al pueblo. Según le había contado, no es que fuera muy buen esquiador, por lo que Jo lo observó nerviosa mientras este se ponía las botas de esquí. Sin embargo, Duncan, ofendido por la propuesta, había descartado que lo llevaran en una máquina pisanieves.

—Vamos a ver. Soy escocés, y los escoceses no somos unos cobardes.

—No, prefieres que te enyesen la pierna a pensar con la cabeza —le dijo—. ¡Hombres!

—¡Mujeres! —gritó antes de salir con aquellas botas toscas para ponerse los esquís.

—No iré a verte al hospital si te rompes el cuello. No tengo tiempo. —Tras decir aquello, se dio la vuelta y volvió a la cocina. Duncan se impulsó con los bastones de esquí con la esperanza de no caerse al menos hasta que la perdiera de vista. Sabía que Jo se iba a asomar a una de las ventanas para mirarlo sacudiendo la cabeza. Los escoceses no solo son valientes, sino que son muy orgullosos, por lo que no podía permitirse aterrizar sobre la capa de nieve más cercana. Cuando llegó al pueblo y consiguió tener cobertura, llamó a Nick y a Seamus para informarles de que había encontrado a Josy. Luego, llamó al Brambleberry para hacer lo mismo.

Mientras tanto, Jo estaba distraída con el trabajo de la posada para no tener que pensar en lo que le podía pasar a Duncan esquiando. Le pareció una eternidad el tiempo que pasó hasta que llegó de vuelta. A Jo no le importó que el equipo los mirara sonriendo mientras recibía a Duncan como si acabara de regresar de una expedición a la Antártida. Él sonrió y la sostuvo un poco alejada de él.

—Creo que debería ir a esquiar más a menudo.

—Serás imbécil —murmuró ella, atrayéndolo.

Debido al mal tiempo, nadie había reservado para el fin de semana, por lo que tenían la noche para ellos solos. Se sentaron en el comedor a la luz de las velas y se comieron los restos de ensalada

de patata con salchichas ahumadas. A sus pies, Buster roncaba con gusto.

Duncan le dijo que Nick se había alegrado mucho de que la hubiera encontrado.

—Por cierto, Tom me ha dicho que se hará cargo de tus deudas —dijo de forma casual, clavando el tenedor en la salchicha de su plato y cortando un trozo con el cuchillo.

Jo dejó caer sus cubiertos.

—No te habrás atrevido a...

Él sonrió.

—Tú has dicho que no quieres que yo te ayude. Quiere que vuelvas y que trabajes para él de nuevo. No importa que le debas el dinero a la Administración o a Tom. Bueno, sí, porque Tom no te va a presionar ni te va a estafar. Trabaja para él como antes y podrás ir pagando la deuda poco a poco. —Tras contarle el plan, se llevó el trozo de salchicha a la boca con aires de suficiencia y lo masticó con deleite.

—Deberías haberme preguntado antes de hablar con Tom.

Duncan levantó la ceja y fingió pensar por un momento.

—Sí, podría haberlo hecho, pero me parecía que era mejor no hacerlo. —Se puso en pie, empujó su silla hacia atrás y la miró un instante—. Espera un momento.

Ella se preguntaba qué había estado haciendo fuera cuando regresó con copos de nieve en el cabello. La agarró de la mano y tiró de ella hacia una ventisca. Las antorchas, las cuales había comprado cuando había estado en el pueblo, alumbraban la zona con una luz que provocaba una sensación de cuento de hadas. Duncan había hecho un gran corazón con ellas en la nieve. Y el corazón de Jo comenzó a latir a toda prisa cuando Duncan se arrodilló.

—Josy, has puesto mi vida patas arriba, pero al mismo tiempo le has dado luz. Tú... Tú iluminas mi vida como estas antorchas

iluminan la noche. Ya no quiero estar a oscuras, quiero reírme contigo, dormir contigo, despertar contigo, cuidarte, amarte... Hazme el hombre más feliz de la Tierra y cásate conmigo.

Jo se puso la mano en la boca con lágrimas en los ojos.

—No irás a llorar, ¿no? —preguntó él, preocupado.

Ella negó con la cabeza.

—¿Eso quiere decir que no te casas conmigo o que no vas a llorar?

Ella se rio y lo abrazó.

—Pues claro que quiero casarme contigo, escocés loco.

FIN

Sobre *Una temporada en Escocia*

Jo Müller no está pasando por su mejor momento. Con casi cuarenta años, se ha quedado sin trabajo, sin novio y sin casa, así que no le queda más remedio que volver a casa de sus padres. Sin embargo, su suerte está a punto de cambiar: tras ver un anuncio, se anima a hacer unas prácticas de jardinería en Escocia.

Con una buena dosis de confianza en la maleta, Jo viaja a las Tierras Altas escocesas, pero lo que la espera está lejos de ser una estancia idílica. Pronto tendrá que enfrentarse a un trabajo muy duro y a Duncan, un jefe tan atractivo como temperamental. Convencido de que Jo tiene formación en jardinería, Duncan no deja de sacarla de quicio de con todo tipo de exigencias.

Por su parte, Jo intentará ocultar el hecho de que en realidad es cocinera, lo cual acabará provocando más caos aún. Sin embargo, contará con la ayuda inesperada de Nick, el hijo pequeño de Duncan, que se ha dado cuenta de que su padre empieza a albergar sentimientos hacia Jo...

Una deliciosa comedia romántica y rural en la que los sentimientos arraigan con fuerza si se los riega adecuadamente.